

A SHADOWHUNTERS NOVEL  
FROM THE QUEEN OF FANTASY

# The Lost Book of the White

CASSANDRA  
CLARE and WESLEY  
CHU



#1 NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

# CASSANDRA CLARE

and WESLEY CHU

THE ELDEST CURSES

Book One

## The Lost Book of the White

A SHADOWHUNTERS NOVEL

THE ELDEST CURSES • BOOK TWO

# The Lost Book of the White

CASSANDRA CLARE  
and WESLEY CHU

SIMON & SCHUSTER



# ESTIMADO LECTOR:

El libro que estás por leer llega a ti gracias al trabajo  
desinteresado de lectores como tú.

Gracias a la dedicación de los fans esta traducción ha sido posible,  
y es por y para los fans. Por esta razón es importante señalar que  
la traducción diferirá de una hecha por una editorial profesional, y  
no está demás aclarar que esta traducción no se considera como  
oficial.

Este trabajo se ha realizado sin ánimos de lucro, por lo que queda  
totalmente prohibida su venta en cualquier plataforma. En caso  
de que lo hayas comprado, estarías incurriendo en un delito  
contra el material intelectual y los derechos de autor, en cuyo caso  
se podrían tomar medidas legales contra el vendedor y el  
comprador.

Las personas involucradas en la elaboración de la presente  
traducción quedan deslindadas de todo acto malintencionado que  
se haga con dicho documento. Sin embargo, te instamos a que no  
subas capturas de pantallas de esta traducción a las redes sociales  
ni que la subas a Wattpad o cualquier plataforma similar a ésta  
hasta que la traducción oficial al español haya salido. (Ya sea en  
España o en Latinoamérica)

Todos los derechos corresponden al autor respectivo de la obra.  
Como ya se mencionó, este trabajo no beneficia económicamente a  
nadie, en especial al autor. Por esta razón te incentivamos a  
apoyarlo comprando el libro original —si te es posible— en  
cualquiera de sus ediciones, ya sea en formato electrónico o en  
copia física, y también en español, en caso de que alguna editorial  
llegue a publicarlo.

# LEE ESTO, ES IMPORTANTE

Como bien sabrás, el libro que tienes ahora delante de tus ojos es una traducción realizada por un grupo independiente. Nosotros hacemos este arduo trabajo sin obtener nada a cambio, y lo ofrecemos de manera gratuita en nuestras diferentes redes sociales.

Sin embargo, esto no significa que apoyemos la idea de que nuestros lectores estén exentos de una responsabilidad: apoyar al autor, comprando la obra original en formato físico o digital.

¿Por qué creemos esto? Los libros son historias que todos disfrutamos y que nos traen mucha felicidad, pero detrás de ellos hay un duro trabajo, principalmente del autor, pero también de correctores, editores, artistas que crean portadas, etc. A lo que cabría añadir todo el sector de las librerías y los millones de puestos de trabajo que se ven afectados.

Por todas estas razones, queremos pedirte expresamente que apoyes a Cassandra Clare y a Wesley Chu. Nosotros siempre lo pedimos, pero en esta obra en concreto es más importante aún.

Puede que leas este libro meses después de su publicación y que no sepas la situación en la que se encontraba durante esta, la cual afectó mucho a la autora.

Cassandra Clare realizó un sorteo de copias avanzadas de este libro semanas antes de publicarse. Por negligencia de uno de los ganadores, el libro se subió a internet semanas antes de la fecha de publicación. Este hecho enfadó mucho a Cassandra, pues se sentía defraudada de que un supuesto fan destrozara su campaña de marketing con este libro.

En conclusión, consideramos que este libro en concreto debe ser apoyado especialmente por toda la situación que le ha rodeado, y para ayudar a los autores, Cassandra Clare y Wesley Chu, quienes están incluso debatiendo abandonar la saga, cosa que no queremos que ocurra.

Muchas gracias por leer hasta aquí,

El staff de CDFC.

# SINOPSIS:

Magnus Bane y Alec Lightwood se están instalando en la vida doméstica con su hijo Max cuando los hechiceros Ragnor Fell y Shinyun Jung irrumpen en su desván y roban un poderoso libro de hechizos. Dándose cuenta de que Ragnor y Shinyun están siendo controlados por una fuerza más siniestra, Magnus y Alec se proponen detenerla y recuperar el libro antes de que pueda causar más daño. Con la ayuda de Clary Fairchild, Jace Herondale, Isabelle Lightwood y Simon Lovelace (que acaba de salir de la Academia de Cazadores de Sombras), rastrean a los hechiceros hasta Shanghái.

Pero nada es lo que parece. Ragnor y Shinyun trabajan a instancias de un Gran Demonio. Su objetivo es abrir un portal desde los reinos de los demonios a la Tierra, inundando la ciudad de Shanghái con peligrosos demonios. Cuando un encuentro violento hace que la magia de Magnus se vuelva cada vez más inestable, Alec y Magnus reúnen a sus amigos para atacar el corazón de poder del demonio. Pero lo que encuentran allí es mucho más extraño y más nefasto de lo que jamás podrían haber esperado...

—The Eldest Curses, #2

# STAFF

## TRADUCCIÓN:

- ❖ Alec Blackthorn
- ❖ Amy
- ❖ BLACKTHORN
- ❖ Cami Herondale
- ❖ Cortana
- ❖ Dani Fray

- ❖ Elisa
- ❖ Emmasar
- ❖ Helkha Herondale
- ❖ Katvire
- ❖ Lost Carstairs
- ❖ Lovelace
- ❖ Mr. Lightwood

## CORRECCIÓN:

- ❖ BLACKTHORN
- ❖ Cortana
- ❖ Elisa
- ❖ ♥Herondale♥

- ❖ Jeivi37
- ❖ Lady Herondale
- ❖ Nay Herondale
- ❖ Roni Turner

## CORRECCIÓN FINAL:

- ❖ Mrs. Carstairs~
- ❖ Pigeon

## EDICIÓN DE PDF:

- ❖ Mrs. Carstairs~
- ❖ Pigeon

## EDICIÓN DE EPUB:

- ❖ BLACKTHORN

# ÍNDICE

Estimado Lector

Lee esto, es importante

Staff de Traducción

Índice

Dedicatoria

Epígrafe

Prólogo

Parte Uno: Nueva York

1: La Espina del Sueño

2: Entre Aire y Ángeles

3: Una Breve Despedida

Parte Dos: Shanghái

4: Lugares Celestiales

5: El Tablero de Ajedrez

6: Tian

7: La Casa Ke

8: Sombra y Luz Solar

9: El Palacio Celestial

10: La Impermanencia Blanca y Negra

Parte Tres: Diyu

11: La Primera Corte

12: Cabeza de Buey y Cara de Caballo

13: La Serpiente del Jardín

14: Caída Certera

15: La Dama de Edom

16: La Pluma de Fénix

17: Heibai Wuchang

18: Avici

19: El Camino Sin Fin

20: El Alma de la Clave

Epílogo

Agradecimientos

Más libros de los autores

Sobre los autores

Ciudad del Fuego Celestial



Para Steve  
—C.C.

Para Paula, Hunter y River  
Para familia  
—W.C

# PRÓLOGO<sup>1</sup>

Traducido por: BLACKTHORN  
Corregido por: Jeivi37

Idris, 2007.

NO ERA DEL TODO EL ALBA cuando Magnus Bane entró en el claro bajo con la muerte en su mente. Rara vez venía a Idris estos días (tantos Cazadores de Sombras muy juntos lo ponían nervioso) pero tenía que admitir que el Ángel había escogido un bonito lugar para el hogar de los nefilim. El aire era alpino y fresco, frío y limpio. Los pinos se movían afablemente los unos contra los otros en las orillas del valle. Idris podía ser intenso en ocasiones, sombrío, gótico y lleno de presagios, pero este hueco se sentía como de un cuento de hadas alemán. Quizás ese fuera el porqué, a pesar de los Cazadores de Sombras en todas partes, de que su amigo Ragnor Fell construyera su casa ahí.

Ragnor no era una persona animada, pero inexplicablemente había construido una casa animada. Era una cabaña de piedra achaparrada, con agudos frontones de paja de centeno. Magnus sabía perfectamente bien que Ragnor había teletransportado el techo de paja directamente de una taberna en Nueva Yorkshire, para la consternación de los clientes.

---

<sup>1</sup> El prólogo da lugar poco antes del capítulo 7 de Ciudad de Cristal, y creo que es un buen momento para recordar una escena icónica de ese capítulo:

—¿Eres... Ragnor Fell? ¿El brujo?

Magnus se sacó la pipa de la boca.

—Bueno, desde luego no soy Ragnor Fell la bailarina exótica."

Mientras trotaba con su caballo hacia el fondo del valle, sintió que los problemas del presente se desvanecían. En la cima del valle, todo era terrible. Valentine Morgenstern estaba trabajando muy duro para empezar la guerra que quería, y Magnus estaba mucho más enredado en ello de lo que hubiera deseado. Aunque estaba este chico, con esos ojos azules muy difíciles de describir.

Pero por un momento, serían solamente Magnus y Ragnor otra vez, como había sido en tantas ocasiones anteriores. Entonces tendría que lidiar con el mundo y sus problemas, quienes llegarían pronto en la forma de Clary Fairchild.

Dejó al caballo detrás de la casa y entró por la puerta frontal, que estaba desbloqueada y se abrió con su ligero toque. Magnus había asumido que encontraría a su amigo tomando una taza de té o leyendo un tomo voluminoso<sup>2</sup>, pero en su lugar, Ragnor estaba en el proceso de destruir su propia sala de estar<sup>3</sup>. Estaba sosteniendo una silla de madera por encima de su propia cabeza, en una especie de frenesí.

—¿Ragnor? —preguntó Magnus, y en respuesta Ragnor arrojó la silla contra la pared de piedra, donde se rompió en astillas—. ¿Mal rato? —llamó Magnus.

Ragnor parecía haber notado a Magnus por primera vez. Levantó un dedo, como si le dijera a Magnus que esperara un momento, y luego, con gran determinación, se dirigió al baúl de roble al otro lado de la habitación y, una tras otra, fue sacando las gavetas, dejándolas caer y chocar con el piso con un gran estrépito de metal y porcelana. Se enderezó, rodó los hombros y se volteó hacia Magnus.

—Tienes ojos locos, Ragnor —dijo Magnus cautelosamente.

Estaba acostumbrado a Ragnor como un caballero relativamente apuesto, bien vestido, con su piel verde, salubre y resplandeciente y un brillo en sus cuernos blancos que, desde su frente, se curvaban hacia atrás. El hombre frente a él habría parecido en mal estado sin importar quien fuera, pero para Ragnor, esto era muy, muy malo. Se veía perdido, su mirada parpadeando alrededor de la habitación, como

---

<sup>2</sup> Un tocho de +1000 páginas que si se lo arrojas a alguien lo descalabras dicho de forma elegante.

<sup>3</sup> Igualito a tu ex que cuando se enoja golpea la pared, pero a un nivel superior.



si quisiera atrapar a alguien escondido, pero fuera de vista. Sin ningún preámbulo dijo, en voz alta y clara.

—¿Conoces la expresión *sub specie aeternitatis*?<sup>4</sup>

Magnus no estaba seguro de qué esperaba que Ragnor dijera, pero no había sido eso.

—¿Algo como «las cosas como son en verdad»? Aunque claro que esa no es la traducción literal. —Esta conversación ya se había descarrilado completamente.

—Sí —dijo Ragnor—. Sí. Significa, desde la perspectiva de lo que es realmente cierto, real y verdaderamente cierto. No las ilusiones que vemos, que pretendemos son reales, sino las cosas despojadas de toda ilusión.<sup>5</sup> Spinoza<sup>6</sup>. —Después de un momento, añadió pensativamente—: ese hombre podía beber. Aunque es muy bueno para pulir lentes.

—No tengo idea de lo que estás hablando —dijo Magnus.<sup>7</sup>

El enfoque de Ragnor se rompió abruptamente y miró directamente los ojos de Magnus, sin parpadear.

—¿Sabes lo que es la existencia, *sub specie aeternitatis*? No nuestro mundo, no incluso los mundos que conocemos, sino ¿el todo de todo? Yo lo hago.<sup>8</sup>

—Lo sabes —dijo Magnus.

Ragnor no rompió su mirada.

—Son demonios —dijo—. Es maldad. Es caos hasta el final, un caldero burbujeante de intenciones malévolas.

---

<sup>4</sup> Según Santa Wikipedia, *sub specie aeternitatis* significa «desde la perspectiva de lo eterno».

<sup>5</sup> Pa' que no se me enrollen tanto porque hasta yo me confundí leyendo eso, significa el ver las cosas como son en verdad, punto. ¿Era tan difícil decir eso, Ragnor? 7-7

<sup>6</sup> Baruch Spinoza —también conocido como Baruj, Bento, Benito, Benedicto o Benedictus Spinoza o Espinosa porque al pobre hombre le tradujeron el nombre tantas veces que haría competencia con las traducciones de la Biblia— fue un filósofo neerlandés, considerado uno de los tres grandes racionalistas de la filosofía.

<sup>7</sup> Yo tampoco, alch, ¿qué te fumaste Ragnor? Invita.

<sup>8</sup> Ragnor fácilmente podría ser el profesor marihuano de Filosofía y Letras de la UNAM.

Magnus suspiró. Su amigo se había deprimido. Les pasaba a los brujos en ocasiones; lo absurdo del universo se convertía de alguna forma más y menos divertido al mismo tiempo a medida que su vida duraba mucho más que la de cualquier mundano. Este era un camino peligroso para Ragnor.

—Aunque algunas cosas son lindas, ¿no?

Trató de pensar en las cosas favoritas de Ragnor.

—¿El amanecer sobre Fujiyama?<sup>9</sup> ¿Una buena y vieja botella de Tokay?<sup>10</sup> ¿Ese lugar en donde solíamos tomar café en La Haya<sup>11</sup>, que venía en pequeños dedales y quemaba en su camino al estómago? —Pensó más duro—. ¿Lo estúpido que se ve un albatros<sup>12</sup> cuando aterriza en el agua?

Ragnor finalmente parpadeó, muchas veces seguidas y luego se dejó caer en el sillón tapizado a cuadros detrás de él.

—No estoy deprimido, Magnus.

—Seguro —dijo Magnus—, nihilismo<sup>13</sup> existencial total, ese es el viejo Ragnor.

—Me ha atrapado, Magnus. Todo esto. Ahora el tipo grande me persigue. El más grande. Bueno, el segundo tipo más grande.

—Todavía un tipo muy grande —concordó Magnus—, ¿es esto sobre Valentine? Porque...

—¡Valentine! —ladró Ragnor—. Asunto idiota de Cazadores de Sombras. No tengo paciencia para eso. Pero el tiempo es bueno. Para que yo desaparezca. Cualquier cosa mala sucediendo en Idris ahora mismo probablemente solo es parte

---

<sup>9</sup> Mejor conocido como *Monte Fuji*, es el pico más alto de todo Japón, es un volcán compuesto y el símbolo de todo Japón.

<sup>10</sup> Un tipo de vino de la región Tokaj-Hegyalja en Hungría.

<sup>11</sup> Ciudad en los Países Bajos

<sup>12</sup> Según mi diccionario: Nombre común de diversas aves marinas de gran tamaño, que se alimentan de peces y moluscos.

<sup>13</sup> El nihilismo es una posición filosófica que argumenta que el mundo, y en especial la existencia humana, no posee de manera objetiva ningún significado, propósito, verdad comprensible o valor esencial superior, por lo que no nos debemos a éstos.



de todo este asunto con los Instrumentos Mortales. No hay motivo para que los agentes de la amenaza real lo cuestionen.

Magnus se estaba hartando<sup>14</sup>.

—¿Quieres decirme de qué se trata todo esto? ¿Ya que me pediste que viniera? ¿Algo sobre un asunto de gran urgencia? ¿Podemos tomar una taza de té o ya rompiste la tetera?

Ragnor se inclinó hacia Magnus.

—Estoy fingiendo mi propia muerte, Magnus.

Se rio entre dientes, antes de girarse y dirigirse a través de una puerta que, Magnus supuso, estaba redecorada<sup>15</sup>. Reticente, Magnus lo siguió.

—Por el amor de Dios, ¿por qué? —dijo después de que Ragnor retrocedió.

—No sé por qué ahora —respondió Ragnor—, pero un puñado de ellos están regresando. No puedes matarlos, sabes, solo puedes mandarlos lejos por un tiempo, pero después regresan. Oh sí, ellos regresan.

Magnus se estaba empezando a preguntar si Ragnor había enloquecido.

—¿Quiénes?

Ragnor repentinamente apareció justo a un lado de Magnus, emergiendo de lo que Magnus había creído era un clóset, pero, ahora se daba cuenta, era un pasillo.<sup>16</sup>

—Él dice “quiénes” —vociferó Ragnor sarcásticamente, y por un momento sonó como su yo usual— ¿De quiénes estamos hablando? ¡Demonios! ¡Demonios mayores! Vaya nombre. ¿Por qué los dejamos autonombrarse? No son tan buenos.<sup>17</sup>

—¿Has estado bebiendo? —inquirió Magnus.

---

<sup>14</sup> ¿Y quién no? Ragnor ya parece mi yo emo de 13 años, pero con más conocimientos de filosóficos.

<sup>15</sup> Dicho irónicamente ya que Ragnor la había destrozado.

<sup>16</sup> Alguien sería tan amable de explicarme, ¿cómo es que un pasillo se puede confundir con un clóset? 🙄 😏 🙄

<sup>17</sup> En inglés, Demonios Mayores es *Greater Demons* y ahí, Ragnor dijo “They're not so great”, ya que great significa tanto magnífico como grande (entre otras definiciones relacionadas).



—Toda mi vida —dijo Ragnor—. Déjame decirte un nombre. Dime si significa algo.

—Adelante.

—Asmodeo.

—Querido viejo papá —dijo Magnus.

—Belfegor.<sup>18</sup>

—Cosa amorfa agrietada<sup>19</sup> —respondió Magnus—. ¿A dónde vamos con esto? ¿Alguno de ellos está tras de ti?

—Lilith.

Magnus aspiró aire por sus dientes. Si Lilith estaba tras el rastro de Ragnor, era muy malo.

—Madre de Demonios. Amante de Samael.

—Exacto. —Los ojos de Ragnor brillaron—. No ella. Él.

—¿Samael? —preguntó Magnus, riendo—. De ninguna manera.

—Sí —dijo Ragnor, con un tono de finalidad que hizo que Magnus se diera cuenta, con una sensación de hundimiento, que no estaba bromeando.

—¿Puedo sentarme o algo? —inquirió Magnus.

---

<sup>18</sup> Se le asocia con el pecado de la pereza. Según el Diccionario Infernal, Belfegor era el embajador del Infierno en Francia. Se le asocia con el Número de la Bestia: 666. Es el único Príncipe del Infierno en haber contraído matrimonio con una mortal, sin embargo, no fue un matrimonio feliz. Después de eso, Belfegor regresó al Infierno denunciando la institución del matrimonio. Se le conoce como «el señor de las aperturas», puede abrir pasajes hacia el Pandemónium: la ciudad de los demonios. Se le conoce por ser enemigo de la belleza, desprecia las cosas bellas. Fuente:

<https://twitter.com/ShadowbooksMx/status/1295796112125767680?s=19>

<sup>19</sup> El original decía *Blobby sort of chap* y alch no encontré una traducción que tuviera sentido, cosa amorfa agrietada es lo que sonaba mejor y se quedó, pero básicamente, Magnus estaba burlándose de Belfegor.

\* \* \*

SE REFUGIARON EN LA destrucción del cuarto de Ragnor. Se las había arreglado para dividir toda la cama en dos, lo cual era un truco bastante impresionante. Magnus se sentó en un escritorio que milagrosamente se había mantenido intacto. Ragnor caminaba de un lado a otro.

—Samael, como todos saben, está muerto —dijo Magnus—. Hizo algo que dejó a los demonios entrar a nuestro mundo, y después fue asesinado, la gente dice que por el Taxiarca<sup>20</sup>...

—Sabes que Samael no puede ser verdaderamente asesinado —espetó Ragnor con impaciencia—. Demonios mucho menos poderosos que él regresan eventualmente. Tarde o temprano iba a regresar, y ahora lo ha hecho.

—Bien —razonó Magnus—, pero no veo qué tiene que ver contigo. Digo, otro aparte del sentido de que tiene que ver con todos nosotros. No, por favor no lances ningún mueble hasta que me lo hayas explicado.

Ragnor bajó sus manos y una lámpara de pie que había estado girando perezosamente hacia el techo cayó al suelo con estrépito.

—Me ha estado buscando. No sé por qué, pero puedo adivinar.

—Espera —dijo Magnus, empezando a captar—, si Samael está de regreso, ¿por qué no está, ya sabes, causando estragos?

—No está del todo de vuelta. No puede pasar mucho tiempo en nuestro mundo y todavía está flotando por ahí en alguna clase de vacío. Creo que quiere que le encuentre un reino.

Las cejas de Magnus se alzaron.

—¿Un reino?

---

<sup>20</sup> Taxiarca es la palabra para referirse al jefe del ejército de los antiguos griegos.



Ragnor asintió.

—Un reino demoníaco. Una de las otras dimensiones en el racimo de pompas de jabón que es nuestra realidad. Será muy débil al inicio. Necesitará energía para realzar su fuerza, realzar su magia. Si puede encontrar un reino para reclamarlo como suyo, podría convertirlo en una especie de dínamo para su poder. Y yo, Ragnor Fell, soy el principal experto del mundo en magia dimensional.

—Y es muy humilde. ¿Por qué no puede encontrar su propio reino?

—Oh, él probablemente lo hará eventualmente. Probablemente ha estado buscando todo este tiempo. Pero el tiempo para los demonios no es el mismo que para los humanos. O incluso el tiempo de los brujos. Podrían ser cientos de años más antes de que regrese. O podría ser mañana. —Se apagó. En la esquina, una papelera se volcó lentamente y derramó su contenido sobre los tablones desiguales en el suelo.

—Entonces vas a fingir tu propia muerte. Eso no se ve... ¿precipitado?

—¿Entiendes —rugió Ragnor—, lo que significaría para Samael regresar a su pleno poder? ¿Si él regresa a Lilith y unieran su poder? Sería la guerra, Magnus. Guerra en la Tierra. Destrucción total. ¡No más botellas de Tokay! ¡No más albatros!<sup>21</sup>

—¿Qué hay sobre otras aves marinas?

Ragnor suspiró y se sentó junto a Magnus.

—Tengo que esconderme. Tengo que hacerle creer a Samael que estoy fuera donde nadie puede alcanzarme. Ragnor Fell, el experto en magia dimensional, debe desaparecer para siempre.

Magnus procesó eso un momento. Se levantó y salió de la habitación para observar la devastación que Ragnor causó en su sala de estar. Le gustaba esta casa. Era un lugar que se había sentido como un segundo hogar por más de cien años.

---

<sup>21</sup> Teoría conspirativa: en Thule, Samael logró regresar a su poder y ayudar a Lilith y ahí fue donde todo valió queso.



Ragnor había sido su amigo, su mentor, por muchos años más. Se sentía triste y enojado. Sin voltearse, preguntó—: ¿Cómo te voy a encontrar?

—Yo te encontraré —dijo Ragnor—, en cualquier nueva identidad que adopte. Me conocerás.

—Podríamos tener una palabra clave —dijo Magnus.

—La palabra clave —dijo Ragnor—, es que contaré la historia de la primera noche que tú, Magnus Bane, consumiste el brandy de ciruelas de Europa del Este conocido como *slivovice* en checo. Creo que cantaste una canción esa noche, de tu propia autoría.

—Quizás sin palabra clave —dijo Magnus—. Tal vez sólo puedas guiñar o algo.

Ragnor se encogió de hombros.

—No debería tomarme mucho tiempo restablecerme. Me pregunto quién debería ser. De cualquier forma, si no hay nada más...

—Lo hay —dijo Magnus. Se volteó y descubrió que Ragnor se había levantado del escritorio y se había unido a él en la sala de estar. Magnus, calladamente, dijo—: necesito el Libro de lo Blanco.

Ragnor empezó a reír entre dientes y después rompió en una verdadera carcajada. Palmeó a Magnus en la espalda.

—Magnus Bane —dijo—. Manteniéndome ahogado en intriga del Submundo hasta mi último falso aliento. ¿Por qué, por qué podrías posiblemente necesitar el Libro de lo Blanco ahora?

Magnus se volteó para enfrentar a Ragnor.

—Necesito despertar a Jocelyn Fairchild.

Ragnor rio nuevamente.

—Increíble. ¡Increíble! No solamente necesitas el Libro de lo Blanco, necesitas encontrarlo antes que Valentine Morgenstern. Mi amistad contigo siempre ha sido

un rico tapiz de cosas terribles pasando, Magnus. Creo que lo extrañaré<sup>22</sup>. —Sonrió—. Está en la Mansión Wayland. En la biblioteca, dentro de otro libro.

—¿Está escondido en la vieja casa de Valentine?

Ragnor sonrió aún más.

—Jocelyn lo escondió ahí. Dentro de un libro de cocina, *Recetas sencillas para amas de casa*, creo. Mujer admirable. Terrible elección de marido. De cualquier forma, estoy fuera. —Comenzó a dirigirse hacia la puerta.

—Espera. —Magnus lo siguió y tropezó con lo que resultó ser una estatua de un mono fundido en latón—. La hija de Jocelyn está de camino a preguntarte sobre el libro ahora mismo.

Las cejas de Ragnor se alzaron.

—Bueno, no puedo ayudarla. Estoy muerto. Deberás pasarle la información por ti mismo. —Se volteó para irse.

—Espera —dijo Magnus nuevamente—. ¿Cómo, eh... cómo moriste?

—Asesinado por los matones de Valentine, obviamente —dijo Ragnor—. Por eso estoy haciendo esto ahora.

—Obviamente —murmuró Magnus.

—Estaban buscando el Libro de lo Blanco ellos mismos. Hubo una pelea; fui asesinado. —Ragnor se veía impaciente—. ¿Debo hacer todo por ti? Aquí. —Pasó pisoteando a Magnus, señaló la pared negra con su dedo índice izquierdo, y empezó a escribir con letra *Abyssal* ardiente—. Lo escribiré en la pared para ti para que no lo olvides.

—¿En serio? ¿*Abyssal*?

—Fui... asesinado... por... los... matones... de... Valentine... porque... ellos... —Se detuvo y observó a Magnus—. Nunca mantienes tu *Abyssal*, Magnus. Esto será una buena práctica para ti. —Volteó hacia la pared nuevamente y siguió

---

<sup>22</sup> ¿Quién carajos usa la expresión "rico tapiz"? ;;;



escribiendo—. Ahora... estoy... muerto... oh... no. Listo. Lo suficientemente fácil para ti.

—Espera —dijo Magnus una tercera vez, pero no tenía nada que preguntar. Agarró un jarrón de vidrio que estaba volcado encima de la repisa de la chimenea—. ¿No llevarás tu... —Miró la etiqueta y arqueó una ceja hacia Ragnor—, pulidor de cuernos?<sup>23</sup>.

—Mis cuernos tendrán que irse sin pulir —dijo Ragnor—. Fuera de mi camino, estoy fingiendo mi muerte ahora.

—No sabía que tenías que pulir tus cuernos.

—Lo haces, o al menos deberías si tienes cuernos y no quieres que se vean sucios y descuidados. Me estoy yendo, Magnus.

Finalmente, la compostura de Magnus se quebró.

—¿Tienes que hacerlo? —dijo sonando ante sus propios oídos como un niño petulante—. Esto es una locura, Ragnor. No tienes que morir para protegerte a ti mismo. Podemos hablar con el Laberinto Espiral. No tienes que enfrentar esto solo. ¡Tienes amigos! ¡Amigos poderosos! ¡Como yo!

Ragnor observó a Magnus por un largo momento. Eventualmente, caminó de regreso y con gran solemnidad le dio un abrazo a su amigo. Magnus reflexionó que ese era probablemente el quinto o sexto abrazo en sus cientos de años de amistad. Ragnor no era mucho de contacto físico.

—Este es mi problema, y voy a enfrentarlo por mí mismo —dijo Ragnor—. Mi dignidad lo demanda.

—Lo que estoy diciendo —dijo Magnus—, es que no tienes que hacerlo.

Ragnor dio un paso atrás y lo miró tristemente.

—Sin embargo, tengo que hacerlo. —Se volteó para irse.

---

<sup>23</sup> Ragnor pule sus cuernos 🙄👄🙄



Magnus miró las letras de fuego en la pared, ahora desvaneciéndose en invisibilidad.

—No sé por qué estoy haciendo un gran problema de esto —dijo—. Solamente te encanta el drama. Veremos si esta cosa de la «muerte falsa» dura una semana antes de que te aburras y aparezcas en mi apartamento con tu juego de crokinole.<sup>24</sup>

Ragnor rio entre dientes y se desvaneció sin decir otra palabra.

Magnus se quedó ahí por un largo tiempo, observando el espacio vacío donde Ragnor solía estar. Su antiguo mentor no había llevado equipaje, cambio de ropa o un cepillo de dientes. Simplemente había desaparecido del mundo.

La puerta de entrada estaba abierta, como Ragnor la había dejado. Se veía mejor para el escenario que estaba tratando de retratar, pero carcomía a Magnus como una herida, y después de un tiempo, la cerró suavemente.

En las ruinas de la cocina de Ragnor, Magnus encontró una enorme pipa de tabaco de arcilla y en las ruinas del baño encontró una jarra de raras hojas secas, de origen idrisiano, que había sido popular entre los Cazadores de Sombras para fumar cuando el propio Magnus era un niño, cientos de años atrás. Por el bien de Ragnor, por el bien de los viejos tiempos, encendió la pipa y dio una calada pensativo.

Por la ventana observó las pisadas firmes de los caballos de Clary Fairchild y Sebastian Verlac descendiendo al claro para encontrarlo.

---

<sup>24</sup> Juego de mesa

The background of the cover features a stylized illustration. On the left, a person with dark hair and a white shirt is shown in a dynamic pose, holding a sword. The person's arms and shirt have red and white geometric patterns. Below the person is a city skyline with various skyscrapers in shades of grey and brown. The sky is filled with faint, swirling patterns and several red, concentric circular motifs that resemble ripples or energy waves. The overall style is graphic and artistic.

CLARE  
and CHU

**PARTE I**  
**NUEVA YORK**

THE LOST BOOK  
OF THE WHITE



# LA ESPINA DEL SUEÑO

Traducido por Mrs. Carstairs~ y Emmasar  
Corregido por Nay Herondale

Septiembre, 2010.

ERA TARDE, Y HASTA HACE un momento, todo había estado tranquilo. Magnus Bane, Gran Brujo de Brooklyn, sentado en su sala de estar en su silla favorita, con un libro abierto sobre su regazo, y miraba el cerrojo de la ventana del último piso agitarse. Durante la última semana, alguien había estado empujando y evaluando las salvaguardas mágicas que protegían su apartamento. Ahora parecía que habían decidido empujarlas más directamente.

Magnus pensó que esa era una decisión torpe de su parte. Los brujos trasnochaban por una razón. Por otro, él vivía con un Cazador de sombras; quien estaba patrullando en ese momento, cierto, pero Magnus era completamente capaz de protegerse a sí mismo, incluso en su ropa de dormir. Ajustó el cinturón de su bata de seda negra y movió sus dedos frente a él, sintiendo la magia acumularse en ellos.

Reflexionó que años atrás pudo haber sido mucho más casual sobre este tipo de irrupciones, dejando que ocurra naturalmente y confiando en que sus instintos lo guiaran. Ahora se sentó apuntando literalmente con sus dedos como pistolas hacia la ventana. Ahora su pequeño hijo estaba dormido justo al final del pasillo.

Con poco más de un año, Max dormía la mayor parte de la noche ahora. Eso fue un alivio, pero también una inconveniencia, porque ambos padres de Max trasnochaban. Max, por otro lado, tenía horario militarizado, despertando cada mañana a las cinco y media con un alegre chillido que Magnus adoraba y temía a partes iguales.

La ventana se deslizó hacia arriba. El fuego despertó en ambas palmas de Magnus, y la magia brilló en la oscuridad, azul zafiro.



Una figura empujó su torso a través de la ventana y se congeló. Enmarcado en la abertura estaba un Cazador de sombras en el equipo completo de caza demonios, el arco enlazado alrededor de un hombro. Lucía sorprendido.

—Uh, hola —dijo Alec Lightwood—. Estoy en casa. Por favor no me dispaes con rayos mágicos.

Magnus hizo señas con ambas manos, las luces azules palideciendo, luego guiñó un ojo, dejando leves trazos de humo elevándose en torno a sus dedos.

—Generalmente usas la puerta.

—A veces me gusta el cambio de ritmo. —Alec terminó de entrar y cerró la ventana tras él. Magnus le lanzó una mirada—. Está bien. La verdad. Un demonio se comió mis llaves.

—Pasamos por tantas llaves. —Magnus se levantó a abrazar a su novio.

—Espera, no. Apesto.

—No hay nada de malo —proclamó Magnus. Acercando su cabeza al cuello de Alec—, con el olor de sudor de una dura noche de trabaj... sí que apestas ¿Qué es eso?

—Eso —dijo Alec—, es el almizcle de un demonio de humo común del metro subterráneo.

—Oh, cariño. —Magnus besó el cuello de Alec de todas formas. Respiró por la boca—. Espera, la mayor parte está en el equipo.

Magnus le dio un poco de espacio y empezó a quitárselo: el arco, el carcaj, su estela, algunas espadas de serafín, su chaqueta de cuero, sus botas, su camisa.

—Déjame ayudarte con el resto de eso —murmuró Magnus mientras Alec terminaba de desabrocharse la camisa, y Alec le devolvió una verdadera sonrisa, sus ojos azules cálidos, y Magnus sintió una ola de amor que lo atravesó. Tres años después, seguía sintiendo un amor tan fuerte como siempre por Alec. Más cada día. Aún. Se maravilló de ello.

La boca de Alec se torció, y desvió la mirada al pasillo detrás de Magnus.

—Está dormido —dijo Magnus, y besó la boca de Alec—. Lleva horas dormido.  
—Se movió para tirar a Alec al sofá. Solo un rápido movimiento de sus dedos, y las velas de la mesa se encendieron y las lámparas se apagaron.

Alec se rio, bajo en su pecho.

—Tenemos una cama perfectamente buena, lo sabes.

—La cama está más cerca de la habitación del niño. Será más tranquilo quedarse aquí —murmuró Magnus—. Además, tendríamos que echar a presidente Miau de la cama.

—Aw —dijo Alec, agachando la cabeza para besar el hueco en la base de la garganta de Magnus. Magnus dejó caer su cabeza hacia atrás y se permitió un pequeño gemido de satisfacción—. Odia eso.

—Espera —dijo Magnus. Apartándose. Con una floritura, se retiró la túnica. Dejando caer un manto de seda negra bajo sus pies. Debajo, llevaba un pijama azul marino cubierto con pequeñas anclas blancas. Los ojos de Alec se estrecharon.

—Bueno, no sabía que esto iba a pasar, obviamente —dijo Magnus—. O me hubiera puesto algo más ardiente que mi pijama afelpada de marinero.

—Es bastante ardiente —dijo Alec, y luego ambos se paralizaron, porque un llanto repentino rompió el aire. Alec cerró los ojos y exhaló lentamente, y Magnus pudo ver que estaba contando mentalmente hasta diez.

—Yo iré —dijo Alec

—Voy yo —dijo Magnus—. Acabas de llegar a casa.

—No, no, yo iré. Quiero verlo de todos modos. —Aún solo con los pantalones puestos. Alec caminó hacia el pasillo de la habitación de Max. Miró por encima del hombro a Magnus, sacudiendo la cabeza y sonriendo—. Nunca falla, eh.

—El niño tiene un sexto sentido —agregó Magnus—. ¿Lo dejamos para después?

—Quédate ahí.



Magnus abrió un pequeño portal a la habitación de Max para ver a Alec levantar a su hijo y acunarlo. Alec miró el portal desde su extremo y dijo—: Claro, eso se ve más fácil que solo caminar por el pasillo.

—Me dijeron que me quedara aquí.

Alec señaló el portal y le dijo a Max—: ¿Ese es bapak<sup>25</sup>? ¿ves a bapak?

Magnus había querido que lo llamaran como algo que fuera fiel a su propia infancia, pero eso siempre se sintió extraño. Su propio padre, el humano, había sido bapak, y cuando se lo dijo a Max, sintió una pequeña punzada, como si estuviera caminando sobre la tumba de su padre.

Max se calmó rápidamente (estos días un llanto era más probable que fuera una pesadilla que cualquier cosa que requiriera más que calma) y parpadeó con ojos somnolientos a Magnus, quien sonrió y lanzó pequeñas chispas de los extremos de sus dedos para su hijo. Una sonrisa brotó en el rostro de Max mientras sus ojos se cerraban. Ya estaba casi dormido otra vez, con un brazo azul y regordete colgando a un lado. La piel de Max era de un azul profundo, esa era su marca de brujo, junto con unos adorables brotes que Magnus sospechaba que se convertirían en cuernos. Alec lo regresó a su cuna. Magnus lo miró, maravillado por la extraña felicidad de su vida actual, como un hombre hermoso, extremadamente en forma, sin camisa y con ojos llamativamente azules, cuidaba al bebé que tenían juntos. Maldijo su propio sentimentalismo y trató de tener pensamientos ardientes.

Alec lo miró, y en la tenue luz Magnus pudo ver lo cansado que estaba.

—Yo —declaró Alec—, iré a tomar una ducha. Luego volveré contigo a la sala de estar.

—Y entonces probablemente otra ducha —dijo Magnus—. Vuelve rápido. —Cerró el portal y volvió a su libro, un estudio de artefactos mágicos escandinavos, sus dueños y sus locaciones a través de la historia. Planeó empezar a tener pensamientos ardientes de nuevo cuando Alec regresara.

---

<sup>25</sup> Bapak: «padre» en indonesio.



A los dos minutos de la ducha de Alec, que, basado en las duchas habituales de Alec, probablemente durarían unos veinte minutos, Max dio un repentino grito mientras dormía. Magnus inmediatamente se puso alerta, y luego, cuando no hubo más ruidos, se relajó de nuevo y regresó a su lectura.

Unos minutos más tarde, escuchó pasos en el pasillo. Magnus se dio la vuelta rápidamente. No estaba loco, alguien había estado probando sus protecciones y planeando entrar.

Cuando vio quien apareció en la puerta, su corazón se hundió. No importaba para qué estaba aquí, nadie iba a tener ningún momento romántico esta noche.

—Shinyun Jung —dijo, con un tono de indiferencia—. ¿Estás aquí para tratar de matarme de nuevo?

La marca de brujo de Shinyun Jung era una cara sobrenaturalmente tranquila, una expresión vacía y misteriosa sin importar lo que sintiera. La última vez que Magnus la había visto, la habían atado a un pilar de mármol para contenerla, su plan para llevar al Príncipe del Infierno Asmodeus al poder arruinado. Magnus sentía compasión por ella, tenía rabia y dolor dentro de ella que él que podía entender muy bien. Y no se había molestado cuando «de alguna manera escapó» de la custodia de Alec y no tuvieron que entregarla a la Clave.

Ahora estaba ante Magnus, impasible como siempre.

—Llevó mucho tiempo atravesar tus protecciones. Eran muy impresionantes.

—No lo suficientemente impresionantes —dijo Magnus.

Shinyun se encogió de hombros.

—Necesitaba hablar contigo.

—Tenemos teléfono —dijo Magnus—, pudiste haber llamado, no es un buen momento, en realidad.

—Tengo muy, muy buenas noticias —dijo Shinyun, que no era lo que Magnus esperaba—. Además, necesito El Libro de lo Blanco. Me lo darás.

Eso era más lo que esperaba.

Magnus consideró si buscar una explicación del por qué, a pesar de desearle a Shinyun todo lo mejor en su vida, se mostró cauteloso de darle uno de los libros de hechizos más poderosos que existían, por todo lo que sabía de ella y todo lo que había hecho. En lugar de eso dijo—: Ya no lo tengo, lo entregué al Laberinto Espiral. Pero ¿cuál es la buena noticia?

Antes de que pudiera hablar, una segunda figura entró en la habitación por el pasillo.

Magnus jadeo.

Ragnor.

Ragnor, quien desapareció hace tres años. Quien le había asegurado a Magnus que se pondría en contacto pronto. Magnus esperó y luego realizó una búsqueda activa, y al final había concluido que, después de todo, Ragnor había sido capturado, que su artimaña había fallado, verdaderamente había muerto. Ragnor, por quien había llorado, y se había despedido en su cabeza, pero no en su corazón.

Ragnor, sosteniendo a Max.

Magnus se quedó sin palabras. En circunstancias normales, hubiera ido por su séptimo abrazo con Ragnor. Pero no eran circunstancias normales. Shinyun estaba aquí, y había algo muy extraño en la forma en que Ragnor miraba a Magnus.

Y la forma en que sostenía a Max. Lo sostenía con indiferencia, como a un saco de harina. A Max no parecía importarle en realidad. Todavía estaba casi dormido y parpadeaba muy lentamente.

—Así que —dijo Ragnor, más bruscamente de lo que Magnus hubiera esperado—. Veo que esto sucedió. Siempre asumí que terminarías con uno de estos de alguna manera, Magnus. Pero ¿es sabio?

—Su nombre es Max —dijo Magnus. Solo iba a tomarlo un momento a la vez—. Alguien tenía que acogerlo. Así que lo hicimos. Es nuestro. ¿Cómo entraron, de todos modos?



Ragnor se rio, un sonido familiar que se hizo espeluznante por su inexplicable reaparición.

—Magnus Bane. Tan grande en poder, tan suave de corazón. Siempre acogiendo a los indefensos y necesitados. Tienes un pequeño refugio aquí, entre el cazador de sombras y este pequeño arándano.

Magnus no estaba seguro de que, dada la actitud de Ragnor, tuviera derecho de llamarlo arándano.

—No es así —dijo. Miró a Shinyun, que observaba el debate con un interés silencioso—. Somos una familia.

—Claro que lo son —dijo Ragnor. Sus ojos brillaron.

—Entonces —dijo Magnus—. ¿Sigues fingiendo estar muerto? ¿O es oficial tu regreso a la vida? También, ¿cómo conoces a Shinyun? Y también, creo que deberías darme el bebé.

Shinyun habló.

—Ragnor y yo estamos colaborando en un proyecto.

Alec todavía estaba en la ducha. Magnus consideró hacer un ruido fuerte y repentino, aunque quería recuperar a Max de Ragnor antes de eso. Decidió retrasarlo.

—Espero que no te importe —dijo—, si pregunto sobre la naturaleza de ese proyecto, la última vez que te vi, Shinyun, mi novio te estaba salvando de tu encarcelamiento, con la esperanza de que hubieras aprendido una importante lección sobre trabajar con Grandes Demonios, Príncipes del Infierno y similares. Específicamente, esperamos que aprendieras a no trabajar con ellos en el futuro. — La categoría de Grandes Demonios era amplia, incluía muchos tipos de demonios inteligentes. Los Príncipes del Infierno eran mucho más poderosos, eran antiguos ángeles que habían caído cuando lucharon del lado de Lucifer en la rebelión.

—Obviamente —dijo Shinyun con un aire arrogante—, ya no sirvo a un Demonio Mayor.



Magnus dejó escapar un lento suspiro de alivio.

—Sirvo —dijo Shinyun—, ¡al Mas Grande Demonio!

Hubo una pausa.

—¿Capitalismo? —aventuró Magnus—. Tú y Ragnor comenzaron un pequeño negocio y están buscando inversionistas.

—Ahora sirvo al más grande de los Nueve —dijo Shinyun en un tono de regodeo y triunfo que Magnus recordaba bien y que tampoco le había gustado la primera vez—. ¡El Hacedor de Caminos! ¡El Devorador de Mundos! ¡El segador de Almas!

—¿La Maravilla del Submundo? —sugirió Magnus—. ¿Y Ragnor? ¿Viejo amigo? ¿Dónde estás con respecto al come-mundos?

—He llegado a estar a favor de eso —dijo Ragnor.

—Debería haberlo mencionado antes —dijo Shinyun—. Ragnor está completamente bajo el control de mi maestro. Y mi amo le ha dado el regalo del Svefnthorn. —De una vaina que tenía a su lado sacó una larga y fea espiga de hierro, con púas a lo largo de su hoja y terminando en una punta afilada que fue retorcida perversamente como un espiral. Parecía un atizador de chimenea muy gótico.

El autocontrol de Magnus se rompió.

—Dame al bebé, Ragnor —dijo Magnus. Se levantó y se dirigió hacia su amigo.

—Es muy simple, Magnus —dijo Ragnor, protegiendo a Max del agarre de Magnus.

—Samael, gobernante de los Grandes Demonios, el más grande de los Príncipes del Infierno, tiene inevitablemente garantizado que terminará el trabajo que empezó hace tres mil años, brevemente interrumpido por los molestos Cazadores de Sombras, y gobernar este reino, como ha gobernado a otros. Su victoria es inevitable —continuó conversando—. Él... ¿cómo debo decirlo? ¿Ha torcido mi voluntad con su fuerza casi infinita? Sí, eso lo describe bastante bien, creo.

—Así que fingir tu propia muerte fue básicamente inútil —dijo Magnus.

—Shinyun me encontró —admitió Ragnor—. Estaba muy motivada.

Magnus casi había alcanzado a Ragnor, pero Shinyun cerró la distancia sorprendentemente rápido, y mantuvo a Magnus en la punta del Svefnthorn. Magnus se detuvo en seco y levantó las manos en la clásica postura de rendición inofensiva. Su corazón latía con fuerza. Era difícil concentrarse mientras Ragnor tenía en sus manos a Max.

—No lo entiendes —dijo Shinyun—. No estamos robándote El Libro de lo Blanco. Te estamos dando algo a cambio. Algo aún más valioso.

Y con una estocada clavó el Svefnthorn en el pecho de Magnus.

Se hundió en su pecho sin ninguna resistencia del hueso o del músculo. Magnus no sintió ningún dolor, ni algún deseo de moverse, incluso cuando el espino atravesó su corazón. No quería bajar la mirada, no quería verlo sobresalir de su pecho.

Parte de él no podía creer que Ragnor estuviera aquí, viendo esto. Mirando, y no haciendo nada al respecto.

Shinyun se inclinó hacia adelante y le dio a Magnus un beso en la mejilla. Le dio media vuelta a la espina, como el dial de una caja fuerte, y luego la retiró. Salió tan indoloramente como había entrado. Dejando a su paso un rastro de frías llamas rojas emergiendo de su pecho. Magnus tocó las llamas, que pasaron a través de sus dedos inofensivamente. La herida no dolió.

El cansancio comenzaba a despejarse.

—¿Qué has hecho? —dijo Magnus.

—Como dije —dijo Shinyun—. Te he dado un gran regalo. La primera parte de él, de todos modos. Y a cambio... nos llevaremos El Libro de lo Blanco

—Te lo dije... —comenzó Magnus.

—Sí, pero sabía que estabas mintiendo —dijo Shinyun—, porque en realidad tengo el libro. Lo tomé de la habitación de tu hijo antes de que me presentara ante ti. Como cualquiera lo haría, si no fuera estúpido.



—No te lo tomes personal, Magnus —dijo Ragnor con simpatía—. La voluntad de Samael está ligada con El Libro de lo Blanco, y sus sirvientes sienten una constante atracción hacia su presencia.

Magnus no lo sabía, en efecto, y probablemente habría dejado El Libro de lo Blanco en algún lugar más seguro que entre una pila de libros ilustrados de su hijo si lo hubiese sabido.

—Podría hacer algo para evitar que se vayan con el libro —dijo, y vio los ojos de Ragnor entrecerrados—. Y también, Alec está aquí. Pero me pones en desventaja. Ragnor, dame a Max, y se pueden ir con el libro.

—Nos iremos con el libro de todas maneras —dijo Shinyun, pero Ragnor, que nunca había tenido mucho interés en una pelea física, asintió.

—Nada de tonterías —le dijo a Magnus.

—Por supuesto que no —dijo Magnus.

Ragnor se acercó y le dio el bebé a Magnus, quien cuidadosamente acunó a Max en su brazo izquierdo. Luego, en un repentino movimiento, apuñalo violentamente con los cinco dedos de su mano derecha en el pecho de Ragnor, en la zona del corazón. Instantáneamente, a través del flujo de magia dentro del cuerpo de Ragnor y de la mano de Magnus, pudo sentir la presencia del control de Samael: un vacío, un lugar donde la luz de la esencia vital de Ragnor cayó en la oscuridad. Con un esfuerzo, tratando de no molestar a Max, intentó sacarlo de Ragnor.

—¡Qué gracioso, Magnus! —gritó Shinyun. Apuntaba el Svefnthorn a Ragnor, sujetándolo con sutiles movimientos.

Ragnor hizo un sonido gutural profundo en su pecho mientras luchaba contra Magnus. Luego se tensó, y con una fuerza repentina apartó a Magnus. Magnus fue arrojado hacia atrás, perdiendo el equilibrio, y se las arregló para caer en el sofá que estaba detrás de él, acunando Max. El aterrizaje fue suave, a pesar de todo, pero la caída fue suficientemente sorpresiva para que Max se despertara e inmediatamente se pusiera a llorar.



Todos los adultos en la habitación se quedaron quietos. Tranquilamente, Ragnor dijo—: No te sientas mal, Magnus. El poder que me otorga mi lealtad a Samael es más de lo que tú, o cualquier otro brujo, podrían superar.

—¡Ragnor! —siseó Shinyun—. ¡Silencio! El bebé...

Ella gritó. Y cayó de repente al suelo, con el astil de una flecha que sobresalía de su pantorrilla. Fue tan sorpresivo que Max se quedó en silencio de nuevo.

—¡Quédate donde estás! —gritó Alec desde el final del pasillo. Ragnor se giró para mirar el pasillo con una expresión de genuina curiosidad y sorpresa.

Magnus debería entrar en el enfrentamiento, lo sabía, pero estaba tumbado en su sofá debajo de su pequeño hijo. Con algo de esfuerzo comenzó los elaborados movimientos necesarios para ponerse de pie y no dejar caer a Max. Consideró, no por primera vez, teletransportar a su hijo y rechazó la idea por no ser segura. No tenía tiempo para abrir un portal. Tal vez si hiciera flotar a Max hasta el techo...

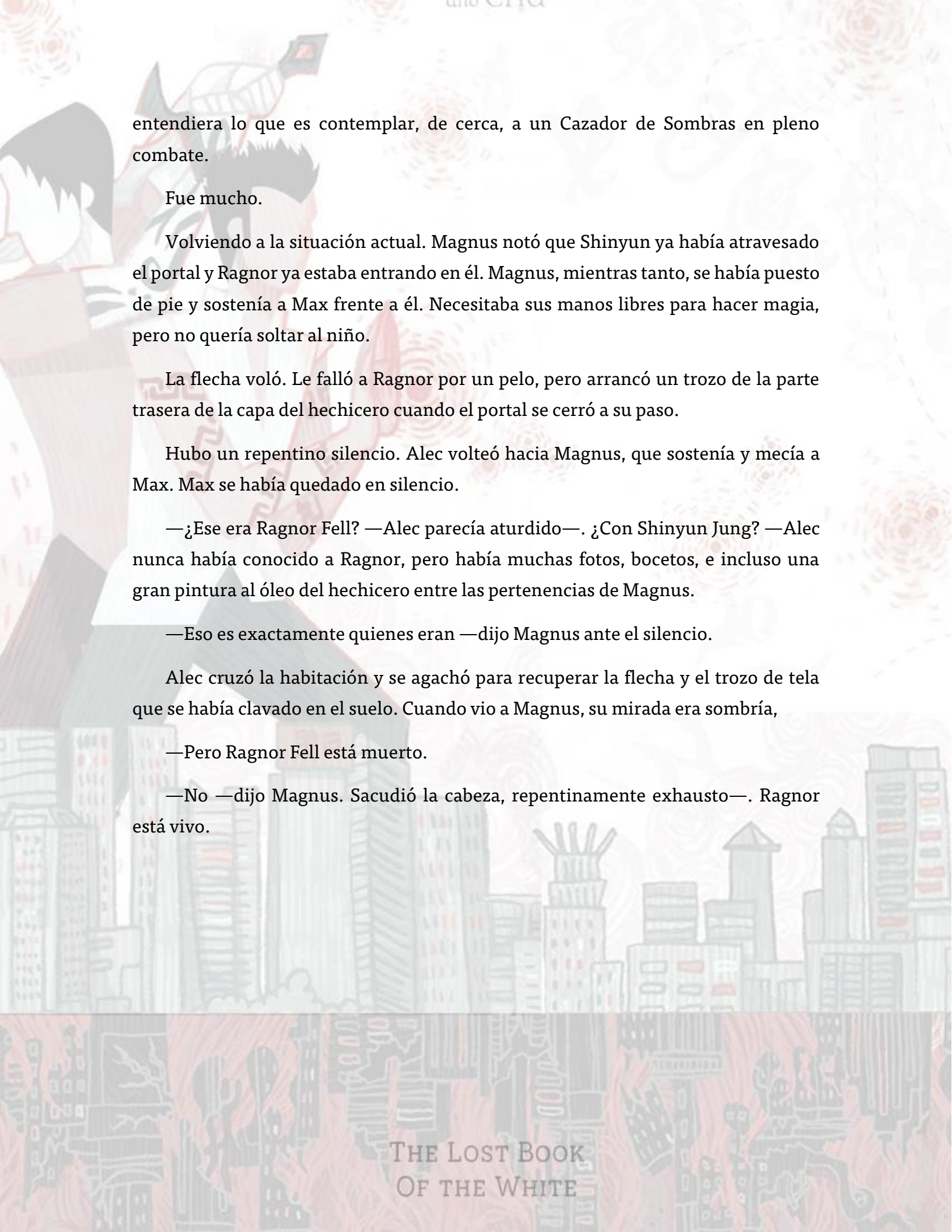
Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido y brillo revelador de Shinyun abriendo su propio portal. Magnus había asumido tontamente que estaba fuera de combate, y Ragnor ya se dirigía directamente al portal. No había forma en la que Magnus pudiera atraparlo a tiempo.

Pero entonces, Magnus contempló un espectáculo verdaderamente glorioso. Como un dios griego, Alec apareció a la vista, con su pelo salvajemente desordenado por la ducha, aun goteando agua. Tenía una toalla blanca envuelta alrededor de su cintura, un cordón de cuero en su cuello con un anillo de los Lightwood colgando de él, una enorme runa de Ataque Seguro<sup>26</sup> en su pecho, y sin nada más, con una flecha preparada en un hermoso arco curvo de roble pulido que normalmente colgaba como decoración en la pared del dormitorio. Era como sacado de una pintura del renacimiento.

Magnus sabía que a Alec a menudo le preocupaba ser demasiado ordinario para Magnus, que comparado con las maravillas que Magnus había visto en cientos de años, debía parecer comparativamente mundano. Magnus no creía que Alec

---

<sup>26</sup> Original: «Sure-Strike».



entendiera lo que es contemplar, de cerca, a un Cazador de Sombras en pleno combate.

Fue mucho.

Volviendo a la situación actual. Magnus notó que Shinyun ya había atravesado el portal y Ragnor ya estaba entrando en él. Magnus, mientras tanto, se había puesto de pie y sostenía a Max frente a él. Necesitaba sus manos libres para hacer magia, pero no quería soltar al niño.

La flecha voló. Le falló a Ragnor por un pelo, pero arrancó un trozo de la parte trasera de la capa del hechicero cuando el portal se cerró a su paso.

Hubo un repentino silencio. Alec volteó hacia Magnus, que sostenía y mecía a Max. Max se había quedado en silencio.

—¿Ese era Ragnor Fell? —Alec parecía aturdido—. ¿Con Shinyun Jung? —Alec nunca había conocido a Ragnor, pero había muchas fotos, bocetos, e incluso una gran pintura al óleo del hechicero entre las pertenencias de Magnus.

—Eso es exactamente quienes eran —dijo Magnus ante el silencio.

Alec cruzó la habitación y se agachó para recuperar la flecha y el trozo de tela que se había clavado en el suelo. Cuando vio a Magnus, su mirada era sombría,

—Pero Ragnor Fell está muerto.

—No —dijo Magnus. Sacudió la cabeza, repentinamente exhausto—. Ragnor está vivo.



## ENTRE AIRE Y ÁNGELES

Traducido por wessa tales  
Corregido por Jeivi37

MIENTRAS MAGNUS REGRESABA A MAX a la cama, Alec fue a vestirse. Todo su cuerpo aún seguía tenso, lleno de adrenalina y ansiedad; no estaba seguro de lo que acababa de pasar en su casa o qué significaba. Magnus había hablado de Ragnor mayormente como una figura de su pasado; su mentor, su maestro, su compañero de viaje entre los Cazadores de Sombras en varios puntos. Recordó la estoica calma con la cual Magnus había reaccionado a la muerte de Ragnor hace tres años. En ese tiempo, él asumió que representaba la gran sabiduría existencial de Magnus, nacido de una vida a través de muchas muertes.

Ahora no estaba tan seguro. Cuando escuchó que Magnus regresaba a la habitación detrás de él, se puso una camiseta sobre su bóxer y dijo—: ¿Así que sabías sobre Ragnor? ¿Qué estaba vivo?

—Algo así —dijo Magnus.

Alec esperó.

—Sabía que estaba planeando fingir su muerte, pero, me había prometido estar en contacto. Y había estado en riesgo mortal. Por eso fue por lo que se escondió. Cuando pasaron semanas, meses, un año, dos años, asumí que algo había ido terriblemente mal.

—Entonces, inicialmente pensaste que no estaba muerto —dijo Alec. Se volteó para encarar a Magnus, el cual lucía extrañamente vulnerable e incierto. Él se había puesto la bata negra encima—. ¿Y después pensaste que *estaba* muerto?

—Era la conclusión obvia —dijo Magnus—. Y estaba en lo correcto, de alguna forma, él *había* sido atrapado. Solo que por Shinyun. —Miró a Alec con intensidad—



. Él estaba sosteniendo a Max —dijo quietamente. Se acercó y se sentó al final de la cama—. Yo no, esa es la primera...

Se tomó un momento y luego habló nuevamente, el temblor dejando su voz.

—Hay algo bastante maravilloso sobre tener un hijo —dijo—. En momentos de peligro, ayuda a enfocar la mente muy bien.

Alec fue hacia Magnus y puso sus manos en los hombros de su novio.

—Ya no somos más solo nosotros.

—Tuve que contenerme —dijo Magnus—. *Tenía* que hacerlo. No tuve otra opción. Así que lo hice. De otra manera estaría muy nervioso ahora mismo.

Alec le dio una sonrisa irónica.

—Porque, ¿Ragnor Fell está vivo? Porque, ¿Shinyun Jung está de regreso en nuestras vidas? Porque, ¿están trabajando juntos? Porque, ¿se llevaron El Libro de lo Blanco?

—De hecho —dijo Magnus apaciblemente, quitándose la parte superior del pijama y la bata—. Porque Shinyun me apuñaló con un bastón mitológico y no sé lo que pueda causar.

Alec lo miró. Había una fisura en el pecho de Magnus, del cual florecían cúmulos de flamas escarlata que se disipaban tan pronto como aparecían. Se preguntó por qué Magnus no estaba más preocupado. Él mismo estaba muy, muy preocupado. Antes de hablar, se agachó y levantó sus pantalones del suelo.

—Aparentemente se llama Svefnthorn —dijo Magnus. La ligereza de su tono puso a Alec al borde. ¿Qué pasaba con Magnus? ¿Estaba en shock?—. ¿Por qué te estás poniendo los pantalones? —preguntó.

Alec alzó el celular que acababa de sacar de su bolsillo.

—Voy a llamar a Catarina.

—Oh, no la molestes en medio de la noche... —comenzó Magnus. Alec levantó un dedo para silenciarlo.

Una voz aún medio dormida se escuchó por el celular.

—¿Alec?

—Lamento despertarte —dijo Alec apresurado—, pero, es Magnus. Lo han apuñalado con una... bueno, con un gran espinoso, supongo. Algo demoníaco, definitivamente. Y ahora tiene una fisura mágica en su pecho y hay luz emanando de ella.

Cuando habló nuevamente, Catarina sonaba completamente despierta y alerta.

—Estaré ahí en diez minutos. No dejes que haga nada. —Y colgó.

—Ella dijo que no hagas nada —le dijo.

—Excelentes noticias —dijo Magnus. Se colocó nuevamente la bata y se recostó en la cama—. Ese ya era mi plan.

Alec agarró la flecha que había estado descansando abandonada en su mesa de noche y jaló el retazo de ropa de ella.

Le erró a Ragnor con la flecha a propósito. Incluso en su pánico y rabia de que su casa había sido invadida y Max y Magnus amenazados, había reconocido la verdusca piel del brujo como uno de los amigos más viejos de Magnus. No podía lastimarlo.

Así que fue por una pieza de capa en su lugar. Cerró su mano alrededor de ella ahora.

—Voy a intentar rastrear a Ragnor.

Los ojos de Magnus estaban medio cerrados.

—Buena idea. Gran iniciativa.

—¿Qué crees que quieran con El libro de lo Blanco? —dijo Alec. Dibujó una rápida runa de Rastreo en la parte trasera de su mano con la estela. Sintió el pedazo de capa cobrar vida dentro de su puño, el extraño cosquilleo en el posterior de su cabeza que decía que la runa estaba trabajando en ubicar a Ragnor Fell.

Después de un momento, Magnus, con los ojos aún cerrados, dijo—: Ni idea. Para practicar magia oscura en el nombre de Samael, asumo. ¿Alguna noticia?



—Sí —dijo Alec—. Está en el oeste.

—¿Qué tan lejos al oeste?

Alec frunció el ceño, concentrándose.

—Muy lejos.

Magnus abrió los ojos.

—Espera. —Se paró de la cama con una inesperada presteza, considerando lo fatigado que lucía un momento antes y fue hacia el cajón del escritorio al otro lado de la habitación. Agitó un pedazo de papel doblado con emoción—. Aquí tenemos una excelente oportunidad para una colaboración de brujo-cazador-de-sombras. Tú ven aquí con tu runa y... —Desdobló lo que parecía ser un mapa de la ciudad de Nueva York a través de la superficie de la cama y movió sus dedos alrededor de ella. Luego tomó la muñeca de Alec y movió sus dedos debajo de ésta. Posteriormente se inclinó y besó la parte trasera de la mano de Alec.

Alec sonrió.

—¿Cómo se siente besar una runa activa?

—Hay una ligera esencia de fuego celestial, pero de otro modo, está bien —dijo Magnus—. Ahora, ¿qué encontraste mi noble rastreador?

Alec se concentró en el mapa.

—Mmm, bueno, está en el oeste de todo este mapa.

—En seguida regreso. —Magnus dejó la habitación; regresó en un momento y colocó una mapa desdoblado sobre todo el noreste sobre el mapa.

—Oeste de todo esto —dijo Alec disculpándose.

Magnus regresó con un mapa entero de Estados Unidos.

—Oeste —dijo Alec. Él y Magnus intercambiaron miradas. Magnus se fue de nuevo y esta vez regresó luchando con un gigante globo terráqueo, fácilmente de sesenta centímetros de diámetro.

—Magnus —dijo Alec—. Eso es un bar. —Abrió el globo por la bisagra, revelando cuatro decantadores de cristal adentro.

—Sigue siendo un globo —dijo Magnus, cerrándola. Alec se encogió de hombros y comenzó a mover su puño lentamente por la superficie del globo. Cuando se detuvo, Magnus entrecerró los ojos para observarlo.

—El oriente de China. Contra la costa. Parece... Shanghái.

—¿Shanghái? —dijo Alec—. ¿Por qué Ragnor y Shinyun estarían en Shanghái?

—No hay razón que pueda pensar —dijo Magnus—. Tal vez eso lo haga un buen lugar para ocultarse.

—¿Qué hay de Samael?

Magnus negó con la cabeza.

—La última vez que Samael caminó en la tierra, Shanghái era una pequeña villa pesquera. No hay una conexión entre ellos de la que yo sepa. —Su bata se abrió mientras se inclinaba por encima del globo y Alec miró fijamente el lugar donde la piel de Magnus había sido abierta, una herida grotesca, pero sin sangre, solo una inquietante luz. Magnus lo atrapó mirándolo y tímidamente recogió el collar de su garganta.

—Está bien.

Alec alzó las manos.

—¿No estás para nada preocupado? —dijo—. Tienes una herida de puñalada. La herida está chorreando una magia rara. Eso es un asunto serio. A veces eres como Jace. No te hace débil el aceptar ayuda, ¿sabes? —Se suavizó—. Solo me preocupo por ti, Magnus.

—Bueno, no me he convertido en el esclavo de Samael, si es lo que te preocupa —dijo Magnus. Estiró sus brazos y piernas—. Me siento bien. Solo necesito un reparador sueño de calidad. Dejaremos que Catarina confirme que todo está bien y después, mañana en la mañana iremos a Shanghái, rastreamos a Ragnor y a Shinyun y tomaremos el Libro de regreso. Fácil.



—No lo haremos —dijo Alec.

—Bueno, *alguien* tiene que hacerlo —dijo Magnus reaccionando.

—No iremos solo nosotros dos. Necesitamos refuerzos.

—Pero...

—No —dijo Alec y Magnus se detuvo, aunque continuó sonriendo—. ¿Qué pasa si necesito runas? ¿Qué sucede si Shinyun y Ragnor son muy poderosos con el Libro para que nos encarguemos nosotros mismos? Y oye, ¿llevaremos a Max con nosotros? Porque no creo que lo hagamos.

—Esperaba que Catarina pudiera cuidarlo —dijo Magnus—. Por el corto tiempo que estemos fuera.

—*Magnus* —dijo Alec—. Se que quieres resolver cada problema tú mismo. Sé que odias lucir vulnerable...

—Tengo ayuda —dijo Magnus—. Te tengo a ti.

—Haré todo en mi poder —dijo Alec—. Y hay muchas cosas que podemos hacer solo nosotros.

—Algunas de mis cosas favoritas —agregó Magnus, moviendo las cejas.

—Pero podría ser serio. Si vamos, lo haremos con refuerzos. No iré de otra forma.

Magnus abrió la boca para objetar, pero en ese momento, afortunadamente, el timbre de la puerta zumbó, anunciando la llegada de Catarina. Alec le abrió la puerta, y ella caminó directamente pasándolo sin una palabra. Estaba utilizando matorrales azules, casi del mismo color que su piel, y su cabello blanco estaba peinado en una coleta desgarrada. Mientras Alec la siguió de regreso a la habitación, ella dijo—: ¿Hace cuánto pasó?

—No mucho —dijo Alec—. Veinte minutos tal vez. Él dice que está bien.

—Él *siempre* dice que está bien —dijo Catarina. Entró a la habitación y ladró—: Quítate esa espantosa cosa de seda, Magnus, veamos la herida. —Se detuvo—. Además, ¿Por qué tú cama está cubierta de mapas?

—Es una bata perfectamente linda —dijo Magnus—. Y estábamos planeando unas vacaciones post-apuñalamiento.

—Fuimos atacados por Shinyun Jung, la bruja que conocimos en Europa hace unos años —dijo Alec—. Estábamos rastreándola, como sea, encontramos dónde está. Parece que está en Shanghái.

Catarina asintió. Estaba claro para Alec que no significaba nada para ella. Se preguntaba si Magnus mencionaría a Ragnor. Era, pensó, totalmente decisión de Magnus el compartir la noticia o no. Miró a Magnus, que solo dijo—: Lo hizo con algo llamado Svefnthorn.

—Nunca he escuchado de eso —dijo Catarina—. Pero, ¿no está todo este departamento lleno de libros sobre magia?

Alec dijo un poco defensivo—: No quise comenzar a buscar entre los libros hasta saber que Magnus estaba bien.

—Estoy bien —dijo Magnus, mientras Catarina aguijoneaba su sien y miraba de cerca uno de sus ojos.

Alec observaba nerviosamente mientras Catarina examinaba a Magnus. Después de unos minutos, ella suspiró.

—Mi diagnóstico oficial es que la herida definitivamente no está bien, y no sé cómo hacer que se vaya. Por otra parte, no parece lastimarte directamente por el momento.

—Entonces, lo que estás diciendo —dijo Magnus—, es que, en tu opinión profesional, no hay razón por la cual no podamos ir directamente a Shanghái a encontrar a Shinyun y arreglar esto.

—No estoy diciendo eso —dijo Catarina—. Alec puede investigar en tu biblioteca y en la del Instituto, y yo buscaré por mis propias fuentes en la mañana y veré qué



puedo encontrar. Definitivamente *no* deberías salir corriendo hacia Shanghái con un hoyo mágico brillante en tu pecho.

Magnus armó un poco más de alboroto, pero al final, Alec sabía que lo haría, cedió ante la sabiduría de Catarina. Una vez que Magnus prometió tomar su evaluación de la situación seriamente, ella suspiró, alborotó su cabello y se dirigió a la salida.

Alec acompañó a Catarina hacia la puerta, dónde ella le dio una larga mirada.

—Magnus Bane —dijo—, es como un gato.

Alec alzó las cejas.

—Nunca te dirá cuán adolorido se encuentra. Pondrá una cara valiente, incluso ante su propio prejuicio. —Puso su mano en el hombro de Alec—. Estoy agradecida de que estés aquí para cuidar de él ahora. Me preocupo un poco menos por él estos días.

—Si crees que puedo hacer que Magnus haga lo que yo diga —dijo Alec con una sonrisa—. Tristemente has sido mal informada. Me escuchará, pero hace lo que quiere. Creo que esa es otra forma en la que es como un gato.

Catarina asintió e, inexpresivamente, dijo—: También tiene ojos de gato.

Alec le dio un rápido abrazo.

—Buenas noches, Catarina.

De regreso a la habitación, Alec encontró a Magnus con su bata puesta, rebuscando bajo la cama.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Alec.

—Obviamente —dijo Magnus, sus ojos brillando—. Vamos a correr hacia Shanghái para encontrar a Shinyun y Ragnor.

—No, no lo haremos —dijo Alec—. Le prometiste a Catarina que tomarías tu herida seriamente.

—Lo hago —dijo Magnus—. Siento gravemente que atrapar a Shinyun y Ragnor es la mejor forma de comenzar a sanar.

—Tal vez —dijo Alec—. Pero ahora, tendremos las cuatro horas de sueño que podamos antes de que Max se despierte.

Magnus lucía amotinado, pero después suspiró y se sentó en la orilla de la cama.

—Demonios, no le preguntamos a Catarina si podía cuidar de Max mientras no estemos.

—Otra razón para esperar hasta mañana. Podemos averiguar el plan para Max y recopilar *al menos* un poco de información antes de irnos. —Alec esperó un momento y, cuidadosamente, dijo—: Podríamos estar fuera por días, sabes.

Magnus dudó, y luego asintió en aceptación.

—Es cierto. Está bien. Mañana en la mañana veremos quién puede cuidar a Max por... por días. —Le dio a Alec una mirada incrédula que ya conocía, como si fuera la misma mirada que le daba igualmente a Magnus. Era una mirada que decía *¿Cómo es esta nuestra vida? ¿Cómo es que es tan extraña, difícil, exhaustiva e increíble?*

—¿Cómo no había surgido esto antes? —dijo Alec—. ¿Tener que buscar a alguien que cuide de Max?

—Bueno, las cosas han estado tranquilas —dijo Magnus.

Estaba en lo cierto. Había sido un año relativamente tranquilo; exceptuando la Paz Fría, por supuesto, la cual continuaba cernida sobre todo el submundo. Ambos apenas habían sido llamados fuera de Nueva York, y ciertamente no a media noche. Habían dejado a Max con los otros, pero solo por algunas horas ya fuera por una reunión con la Conclave, alguna pelea local, políticas del submundo saliendo mal. Nunca habían estado alejados de Max por más que eso, Max nunca se había ido a dormir sin ellos presentes.

Por fuerza de voluntad, Alec detuvo su tren de pensamiento antes que se fuera más lejos de la estación.



—Haremos un plan para Max —dijo—. En cuatro horas. —Se tiró contra la cama y alcanzó a jalar a Magnus consigo. El brujo descansaba sobre su costado, y Alec se encogió alrededor de Magnus, sintiendo una larga exhalación dejar el cuerpo de Magnus mientras se acurrucaban cómodamente juntos.

El devenir de tensión en el estómago de Alec disminuyó y eventualmente se detuvo. Para el momento en que el Presidente Miau apareció bajo la cama y se situó con aire de suficiencia encima de la cadera de Magnus, la respiración de Magnus era baja y uniforme. Alec plantó un suave beso en la cima de la cabeza de su novio y se permitió, también, dormir finalmente.

\* \* \*

EN SU SUEÑO, MAGNUS REINABA el mundo en ruinas. Se sentaba en un trono de oro en la cima de un millón de escaleras doradas, dando órdenes en un lenguaje que no entendía a criaturas grisáceas que se encontraban por debajo de él. Estaba tan arriba que las nubes flotaban en las escaleras bajo su trono, y más allá de las escaleras podía ver el sol, hinchado y rojo, reflejado en flamas en la vasta superficie de un océano plano.

Nadie más estaba ahí. A parte de las desaliñadas cosas grises con picos que se tambaleaban debajo de él, estaba solo. Lentamente se paró y caminó, curiosamente, bajó unos pocos escalones. Creyó que, si descendía lo suficiente, se podría ver reflejado en el océano.

Continuó caminando por los escalones, aunque cuando él miró sobre su hombro el trono apenas parecía retroceder detrás de él. Eventualmente miró abajo hacia la superficie del mar y a sí mismo. Era gigantesco, notó que era de quince metros de alto, treinta metros de alto. Sus ojos de gato eran enormes y luminosos. No había signos de la herida en su pecho que la Svefnthorn había causado. En su lugar, la piel de su pecho era áspera, texturizada y gruesa como la piel de un animal. Levantó las

manos enfrente suyo, las palmas hacia afuera, y notó con un poco de interés las grandes garras curvas al final de sus dedos.

—¿Para qué es esto? —gritó—. ¿Por qué estaría en este lugar?

Las criaturas grisáceas se detuvieron todas al mismo tiempo y voltearon a mirarlo. Ellos le hablaron, pero no pudo entenderles. Ellos parecían o amarlo gratamente o estar enormemente asustados. No podía distinguir cual. Él no quería tampoco.

\* \* \*

MAGNUS SABÍA QUE SE HABÍA DESPERTADO tarde cuando se levantó y vio el ángulo de la luz solar en la pared. Encontró el otro lado de la cama vacío y concluyó que Alec había decidido dejarlo dormir más antes de partir.

Encontró su bata, parpadeó lejos el sueño de sus ojos, y fue hacia la cocina, donde Jace Herondale estaba sirviendo café en la taza de *SOY ALGO ASÍ COMO LA GRAN COSA* de Magnus.

Magnus estaba agradecido de no haber vagado por la cocina desnudo.

—¿No tienes tu propia taza de café? —dijo, contemplando.

Jace, cabello rubio usual, en prematuramente excelente estado, le deslumbró una sonrisa ganadora para la cual Magnus no estaba preparado para lidiar antes que él también tuviera algo de café.

—Escuché que fuiste apuñalado por un raro espino noruego —dijo Jace—. Además, ¿no tienes algo de leche de soja? Clary está haciendo toda una gran cosa con la leche de soja.

—¿Qué estás haciendo en mi departamento? —dijo Magnus.



—Bueno —dijo Jace, ahora hurgando en el refrigerador—, me gustaría creer que soy bienvenido cuando sea, con mi relación cercana a ustedes tres. Pero en este caso, Alec nos llamó. Dijo algo sobre Shanghái.

—¿Quiénes somos *nosotros*? —dijo sospechosamente Magnus.

Jace agitó su taza de café alrededor.

—¡Nosotros! Ya sabes. Todos nosotros.

—¿*Todos ustedes*? —repitió Magnus. Alzó una mano—. Espera. Detente. Me voy a poner algo más sustancial que una bata. Vas a usar tus poderes angelicales para servirme la taza de café negro más grande que puedas encontrar y yo estaré de regreso. Y después podremos hablar sobre terribles conceptos como lo son el «*todos nosotros*» y lo que Alec te dijo anoche.

Cuando entró en la sala, ahora adecuadamente vestido, encontró a Alec, con los brazos cruzados, con apariencia sufrida. En la esquina lejana del cuarto, cercano al techo, Max estaba flotando, dando vueltas en el aire. Él no parecía estar en efecto, en peligro, estaba gritando «weeeeeee» y parecía pasándosela en grande. Debajo de él, Clary Fairchild e Isabelle Lightwood intentaban traerlo de regreso al suelo con un palo de escoba. Con su mano libre, Clary estaba agitando una trenza rojiza, intentando acaparar el interés de Max como si fuera el Presidente Miau. Max estaba de cabeza y obviamente sintiéndose bien al respecto. Todos menos Isabelle estaban usando camisetas y pantalones de mezclilla, pero ella, por supuesto, estaba usando un suéter negro ceñido sobre una falda escalonada de terciopelo. Ella era de las pocas personas que ocasionalmente hacían sentir a Magnus desnudo.

Fue hacia Alec.

—Un hecho de antigravedad, apuesto —dijo.

—Sabe que nos vuelve locos. Adora a Clary e Isabelle ahora. —Alec lucía simultáneamente molesto y admirado, un tono de voz que Magnus nunca había notado que podría asociar cercanamente con el tener un hijo.

—Pensé que saldríamos corriendo hacia Shanghái —dijo Magnus lentamente.

—Lo haremos —dijo Alec—. Pero te lo dije. Si vamos a luchar contra brujos malvados, no podemos ir solos. Llamé a Jace esta mañana.

—¿E invitaste a todo el equipo? —La puerta se abrió y entró Simon Lovelace. Estaba usando una camiseta negra que decía en letras blancas bordadas «Buena suerte con tu cosa». Pero tenía una inesperada mirada en la cara entre distraída e infeliz y Magnus se preguntaba por qué.

Quizá era el peso de los últimos años sobre sus hombros. Incluso dentro de su grupo, Simon había pasado por mucho. Había sido un mundano, un vampiro, estado en la prisión de los Cazadores de Sombras, vuelto invulnerable, matado a la Madre de los Demonios, conocido al Ángel Raziel, perdido sus memorias y conseguido de vuelta y graduado de la Academia de los Cazadores de Sombras. Todos habían esperado que eso fuera un «felices para siempre» para Simon.

Pero no había sido de esa forma. Hace cuatro meses, Simon había pasado por el ritual de la Ascensión para convertirse en un cazador de sombras completo. Y lo que debió haber sido un momento de triunfo y celebración para todos, se tornó en trágico, cuando uno de los amigos más cercanos de Simón de la Academia, George Lovelace, había muerto durante el ritual. Falleció horriblemente, de hecho, en frente de todos ellos. El recuerdo brotó en su mente, el de Simón tirándose impotente en el cuerpo quemado de George, siendo retenido por Catarina. Simon había tomado el apellido de George para honrar su memoria.

Considerando esto, Magnus tenía que admitir que era de hecho extraño ver a Simon sonreír irónicamente, mientras notaba la situación del otro lado del cuarto. Corrió a ayudar a Clary e Isabelle, y Magnus le dio una mirada a Alec.

—Así que, ¿Todo el equipo?

—Pues —dijo Alec—. Jace pensó que Clary debería venir y me pareció bien. Y luego Clary sugirió que Simon debería venir también, después de todo, él es su *parabatai*, y con la actividad demoníaca siendo mínima estos días, podría ganar más experiencia de campo. Y después Isabelle se enteró y se ofendió de que no le haya preguntado primero, y dijo que también vendría.



Magnus se preguntaba si era sensato que Simon viniera en este viaje y por qué Clary había insistido. Ella sabía mejor que nadie, a excepción tal vez de Isabelle, como lo estaba pasando Simon, y era obvio que no le estaba yendo bien. Tendría que recordar preguntarle sobre ello más tarde.

Por ahora, aplaudió ruidosamente y los tres Cazadores de Sombras se detuvieron. Simon estaba sosteniendo un brazo de Max mientras éste estaba colgado de cabeza sobre él, riendo con alegría.

—Todos los Cazadores de Sombras en mi casa —llamó—. Si alguno de ustedes podría por favor poner sus manos fuera para atrapar a mi hijo, lidiaré con el hechizo. ¿Y dónde está el niño rubio con mi café?

Magnus rápidamente anuló el hechizo con algunos gestos, y Max regresó al suelo (donde inmediatamente gateó hacia Alec y tiró emocionado sus brazos alrededor de su pierna). Jace regresó de la cocina con el café prometido, y Magnus se sentó finalmente en el sillón.

—Muy bien, así que, ¿qué está sucediendo? —preguntó.

Isabelle arqueó sus cejas.

—Primero, ¿eso pasa seguido con Max?

Magnus se encogió de hombros.

—No tanto. Los bebés brujos hacen a veces algo de magia. Por accidente.

—No es tan malo —dijo Alec—. Solo mantener alrededor más ropa extra y un extinguidor cerca.

Jace brincó para sentarse en la cornisa de la ventana, de alguna forma arreglándoselas para no derramar nada de su café.

—Pensé que te estabas cambiando.

—Si me cambié —dijo Magnus, perplejo.

—Estaba usando una yukata<sup>27</sup> —dijo Magnus—. Ahora, estoy usando un batín.

—Bueno, ambos parecen batas —dijo Jace.

—Hablemos sobre anoche —dijo Magnus—. ¿Qué les dijo Alec?

—¿Podemos ver la fisura brillante de tu pecho? —preguntó Simon.

—Simon, es grosero hablar sobre fisuras en el pecho de otras personas —dijo Clary—. Magnus, ¿qué crees que quieran con El Libro de lo Blanco?

Magnus volteó para mirar a Alec-

—¿Entonces, les dijiste todo? ¿Dijiste la palabra con S? ¿La palabra con R?

Alec rodó los ojos.

—Si me estás preguntando si les conté sobre Shinyun y Ragnor, lo hice.

—¿Así que sabías que Ragnor no estaba muerto ese día que vine a su casa en Idris? —preguntó Clary—. Cuando estaba con, con Sebastián. ¿Nos mentiste?

—Tuve que hacerlo —dijo Magnus—. No podía arriesgarme a que alguien rastreara a Ragnor y lo lastimara. —Miró hacia el techo—. Pero entonces no se contactó y pensé que de todas formas estaba muerto.

—¿Cómo te sientes ahora? —dijo Clary. Lucía preocupada, más de lo que Magnus hubiera esperado.

—Me siento bien —dijo y notó que decía la verdad. Se sentía bien, incluso como si hubiera dormido toda la noche y hubiera tenido desayuno apropiado en lugar de a penas algo de sueño y el café negro muy cargado de Jace—. No soy yo haciéndome el fuerte. —Se sintió obligado a decir—. Realmente me siento bien. No estoy *feliz* de

---

<sup>27</sup> Yukata: Es un estilo de vestimenta japonesa tradicional. Se usa con mayor frecuencia durante los veranos, pero a menudo se les ofrece a los huéspedes que se alojan en un ryokan (un tipo de hotel japonés que generalmente cuenta con tatamis, onsen y otras experiencias japonesas únicas).



tener una herida mágica y luminosa en mi pecho, pero no parece dañarme. Más que mi estética, por supuesto.

Simon miró hacia arriba desde donde había bajado al piso con Max.

—De hecho, medio funciona para ti. Se agrega a tu mística general.

—Lo que Alec nos dijo —dijo Isabelle—, es que Ragnor Fell está vivo, está trabajando con esa bruja con la que lidiaste en Europa hace unos años y que tomaron El Libro de lo Blanco para hacer algo bueno para cualquier Gran Demonio con el que estén trabajando.

—Por lo tanto, malo para nosotros —agregó Simon.

—Malo para la tierra —dijo Magnus.

—Eso es malo para nosotros —confirmó Simon—, vivimos aquí.

—¿Les dijiste qué demonio es? —demandó Magnus a Alec. Los otros continuaron—. ¿Qué significa el nombre Samael para ustedes?

Hubo un silencio.

—Oh —dijo Jace—. Por eso llamaste —agregó hacia Alec, quien asintió.

—Es un príncipe del infierno, ¿verdad? —dijo Clary.

—Un príncipe muerto hace *mucho* tiempo —dijo Jace—. Era el cónyuge de Lilith. Es una pena que se perdieran el uno al otro por algunos años. —El poder de Lilith había disminuido desde la Guerra Oscura, destruida por la Marca de Caín mientras Simon la portó. Poco se sabía de ella desde entonces.

—Él es más que eso —dijo Simon quietamente. Estaba mirando hacia el suelo, muy raro de él y Magnus pensó que estaba recordando su trato con Lilith—. Recuerda, solo salí de la Academia hace unos meses. He estudiado sobre esto más recientemente que alguno de ustedes. —Se puso de pie y se recargó contra la pared, como si necesitara soporte para lo que diría a continuación—. Samael es el más antiguo de los Príncipes del Infierno, otro que el mismísimo Lucifer. Él se suponía

que debió haber sido la Serpiente en el Jardín de Edén. Es conocido como el Padre de los Demonios, al igual que Lilith es llamada la Madre.

—Todos tienen problemas paternos —dijo Jace—. Incluso los demonios.

Simon lo ignoró.

—La historia de los Cazadores de Sombras enseña que miles de años antes de los Cazadores de Sombras, los demonios habían encontrado el camino a nuestro mundo, pero solo ocasionalmente, en pequeños grupos. Samael cambió eso. Él hizo algo, no sabemos qué, que debilitó las barreras entre nuestro mundo y el de los demonios. Samael abrió el camino para que los demonios invadieran la Tierra. Y cuando vino él mismo, la devastación lo siguió.

—No pudo ser derrotado por ningún ser humano vivo, sin importar qué tan fuerte fuera. Así que la historia dice que los mismos Ángeles intervinieron, y que el Arcángel Miguel vino a derrotar a Samael.

Jace estaba asintiendo y tomó la narrativa.

—Y Raziel bajó y nos creó a nosotros. Pero nadie pudo deshacer lo que Samael había hecho, así que las paredes entre mundos continuaron delgadas y los demonios continuaron viniendo.

—Creo que el vencer a Samael previó que el problema fuera peor —dijo Clary—. Sé que los Príncipes del Infierno no pueden ser derrotados.

—El golpe final que lo derrotó fue hecho por un Arcángel —dijo Magnus—. Creo que todos *esperaban* que al menos lo matara. Parece que no.

—¿Cómo hacemos que Miguel regrese y lo venza nuevamente? —dijo Isabelle—. Nos conseguiría otros cientos de años.

—No podemos —dijo Simon—. Estamos solos. Esa es la cosa con nosotros ¿no? Los Cazadores de Sombras. Los ángeles no están para lidiar con nuestros problemas. Solo estamos nosotros.

Lucía sombrío. Magnus sintió una puñalada nueva de preocupación por Simon. Él había estado luchando contra demonios tanto tiempo como Clary lo había hecho,



había sido un subterráneo él mismo, había estado cara a cara con Raziel, y a pesar de todo Magnus había estado asombrado con su moral, su voluntad para perseverar y mantener una cara de valentía cuando la situación parecía más que imposible. Simón se había enfrentado contra Lilith y caminó alejándose ¿Por qué era la sola idea de Samael suficiente para perturbarlo ahora?

Simon había querido ser un Cazador de Sombras tanto, para pelear directamente con demonios, ser colega de Clary, Isabelle, de todos ellos. Pero justo ahora, no parecía que hubiese sido bueno para él.

—Sé que soy el tipo actuando casualmente con un hoyo mágico en el pecho —dijo Magnus—. Pero ¿puedo proveer algo de contexto aquí que podría hacernos sentir un poco mejor? Shinyun y Ragnor mencionaron a Samael, pero algo más que el arma que tiene Shinyun, la cual clama que es suya, no tenemos idea siquiera si Samael está por regresar. Shinyun y Ragnor pueden estar involucrados en un culto mundano, o un Demonio Mayor pretendiendo ser Samael. Lo más importante es que Samael definitivamente, *definitivamente* no está en nuestro mundo. Si lo estuviera, lo sabríamos. Estaría haciendo cosas. Ejércitos de demonios estarían devastando el planeta. Y no lo están. —Sonrió brillantemente. Él se estaba sintiendo extrañamente positivo sobre la situación—. Así que Alec y yo iremos a Shanghái, rastrearemos a Ragnor y Shinyun, conseguiremos El Libro de lo Blanco de regreso y todo estará bien.

—¿Entonces lo que estás diciendo —dijo Isabelle lentamente—, es que las buenas noticias son que Samael no ha destruido el planeta, *aún*?

—¡Incluso si es el Samael real, probablemente nosotros tenemos *días* para detenerlo! —dijo Magnus.

Clary e Isabelle intercambiaron miradas preocupadas.

Alec también lucía preocupado.

—Um, entonces Magnus, ¿quién va a cuidar de Max por *días*?

Magnus agitó su mano al grupo reunido.

—Alguna de estas buenas personas.

—¿Estás bromeando? —dijo Clary, brincando—. Obviamente todos vamos a Shanghái. Esta es una situación importante, ¿no es así? Necesitas a todo el equipo.

Jace lucía entretenido.

—Seguro. No es que posiblemente estés aburrida de patrullar Nueva York y quieras ir a algún lugar nuevo.

—Está bien, lo estoy —admitió Clary—. Pero, también tenemos que detener al Padre de los Demonios, ya sabes, de criar más demonios, creo.

—Muchos más demonios —dijo Simon—. ¿Por qué no? Vayamos a pelear contra dos poderosos brujos y un demonio tan malo que le tomó a un Ángel matarlo la última vez. Estoy seguro de que toda mi experiencia en el salón de clases será muy útil.

Isabelle se acercó y afectuosamente le despeinó el cabello a Simon.

—Claro, cariño, eres solo un novato. Nunca fuiste un vampiro invulnerable diurno que haya estado en la dimensión infernal ni nada.

—Notarás la palabra “invulnerable” —murmuró Simon, pero sonrió un poco, al menos.

Magnus se levantó y aplaudió. Muy bien, dulzuras. Alec y yo necesitamos empacar nuestras cosas y averiguar qué haremos con este pequeño. —Gesticuló hacia Max el cual Jace tenía sobre sus hombros. Obedientemente Jace colocó a Max en el suelo—. Y ustedes sin duda necesitan regresar al Instituto a recolectar su equipo, así que... —Movié sus brazos—. Fuera de mi casa.

\* \* \*



TODOS SE HABÍAN IDO MENOS Clary. Alec había tomado a Max y puesto en la habitación y Magnus se dirigía a unírseles cuando de repente Clary lo tomó del brazo y, en un tono bajo pero intenso, dijo—: Necesito hablar contigo por un momento.

Magnus lo consideró. Era tan extraño verla ahora, una adulta. Por años ella había sido una niña tranquila y plena la cual conoció una y otra vez por primera vez. No sabía nada del mundo de las Sombras, y había sido por Magnus que eso se mantuviera de ese modo. Así que cuando su madre la llevaba, siempre tenía la misma reacción: asombro e inseguridad. Cada vez que ella notaba sus luminosas pupilas en forma de raja, cada vez, esperaba que tuviera miedo, pero siempre tuvo solamente curiosidad. Cuando se hizo lo suficientemente grande, le preguntaría: ¿Por qué tienes ojos de gato? Él intentó con varias respuestas.

—Los intercambié con mi gato. Ahora él tiene ojos humanos.

—Son mejores para verte, querida.

—¿Por qué tú no tienes ojos de gato?

Era extraño saber que Clary no compartía esas memorias. El haber visto a alguien crecer sin que ellos lo supieran. Hasta, por supuesto, el día que la vio en la fiesta de cumpleaños de Presidente Miau, rodeada de Cazadores de Sombras de Nueva York y sin previo aviso, transformada en la guerrera que había nacido para ser, la viva imagen de Jocelyn a su edad.

Ahora lucía inquieta, como si estuviera pensando en cómo dar malas noticias. Algunos años atrás ella simplemente lo hubiera dicho, pero ahora era su amiga y estaba preocupada por sus sentimientos. Era lindo, pero extraño.

Ella dijo—: Tuve un sueño sobre ti esta mañana. Antes de que la llamada de Alec nos despertara.

—¿Un sueño chistoso? —dijo Magnus esperanzadoramente—. Y no un ominoso sueño profético, ¿verdad?

—Paré de tener esos después de la Guerra Oscura, así que espero no. De hecho, parece que te la estás pasando bien —dijo Clary—. Estabas en un gran trono dorado.

—Tuve ese mismo sueño —dijo Magnus—. ¿En la cima de muchas escaleras? ¿Estaba siendo atendido por criaturas con espinas grises?

—No —dijo Clary, preocupada—, pero te habías convertido en un monstruo de treinta metros de alto.

Magnus asintió pensativamente.

—¿Estamos hablando de una situación tipo Godzilla?

—Más como... una situación de demonios. Tenías enormes dientes filosos, y largas garras saliendo de tus dedos. Había algo malo con tus ojos. Y había... —Se detuvo—. Había fuego rojo, en forma de una X, quemando en su pecho.

—Bueno —dijo Magnus pesadamente—. Tengo algunas buenas noticias. Solo hay una línea de fuego quemando en mi pecho ahora, no una X. Sueño profético entendido. Evitar tener otra cortada en forma de X. Excelente consejo.

—Hay más —dijo Clary—. La parte confusa.

—Hasta ahora, esto ha sido bastante directo —concordó Magnus.

—Estabas encadenado. Como con muchas cadenas. Tus piernas estaban encadenadas al suelo, tus brazos, hombros y cadera encadenados a una pared. Enormes cadenas con enlaces de hierro. Estabas siendo oprimido bajo ellas. Era increíble cómo no habías sido literalmente aplastado hasta la muerte bajo su peso.

Magnus tenía que admitir que eso parecía malo.

—Pero aquí está la cosa —dijo Clary—. No lucías como si estuvieras sufriendo. O incluso molesto. Parecías feliz. Más que feliz. Lucías extasiado. Te veías... victorioso.

Ella fijó su mirada en Magnus.

—No sé qué significa. Como dije ya, no tengo sueños proféticos. Usualmente. Pero pensé en decírtelo de todas formas.



—Mejor prevenir que lamentar —dijo Magnus—. Espero que sea totalmente abstracto, o sea, estaría triste, pero feliz por estar triste. Algo así. Mejor que involucrar cadenas de hierro reales o tener dientes más grandes.

—Pues, esperemos —dijo Clary.

—Corre hacia el Instituto —dijo Magnus—. Debo checar a mi familia.

Clary partió y Magnus, inquieto por primera vez desde la mañana, fue a buscar a Alec y a su hijo y los abrazó por un momento. Solo para calentarse a sí mismo.

## UNA BREVE DESPEDIDA

Traducido por wessa tales  
Corregido por Jeivi37

ALEC SE ESTABA SINTIENDO UN POCO frustrado. Le había llamado a Catarina para preguntarle si podía cuidar a Max por un par de días solo para descubrir que estaría trabajando doble turno en el hospital y apenas iría a su casa (aunque sí aceptó ir a alimentar al Presidente Miau en las tardes). Llamó a Maia, quien resultó ser anfitriona de un amigo de Bat. Consideró, pero rechazó, la idea de llamarle a Lily. Lily hablaba seguido de «cuán delicioso» era Max que solo quería «comérselo», y aunque Alec confiara en Lily, no estaba completamente seguro de que hablara figurativamente.

—¿Qué hay de tu madre? —dijo Magnus. Había puesto a Max en una burbuja iridiscente mágica y estaba rodando alrededor de la habitación mientras Alec alcanzaba las maletas de la parte trasera del armario.

—¿Qué? No —dijo Alec. Miró a Max un momento—. ¿Está en una bola de hámster mágica?

—¡No! Bueno, algo así, sí —dijo Magnus—. Le gusta. ¿Por qué no tu mamá?

—Este niño a veces flota hacia el techo —dijo Alec—. Él incendia una manta mientras duerme al menos tres veces por semana.

—Otra ventaja de la bola mágica de hámster —dijo Magnus—. Escudo mágico. No quisiera que Max tirara el cable de los vecinos de nuevo.

—Pues, mi mamá *no tiene* una bola mágica de hámster —dijo Alec.

Magnus rodó a Max por el pasillo, a chillidos de diversión, y lo llamó de vuelta.



—¡Es una cazadora de sombras! Se supone que debe poder manejar brujos. ¡Ella te crio! —Agachó la cabeza de regreso hacia el cuarto y alzó las cejas—. Ella crio a Jace.

—¡Muy bien! —dijo Alec, riendo—. Tú ganas. La llamaré.

\* \* \*

LES TOMÓ VEINTE MINUTOS empacar sus cosas, y luego dos horas reunir las cosas de Max, el cual estaba esparcido por todo el departamento. No parecían muchas cosas, pero cuando estaban todas en un mismo lugar, hacía una gran cantidad: su carriola, su cuna de viaje, una gran pila de ropa, una caja de cartón de comida para bebés, una bolsa negra en la que Magnus metió algunos de los cuentos y juguetes favoritos de Max, y también algunos componentes más útiles para manejar la magia accidental de Max.

Eventualmente, después de pescar un recalcitrante Presidente Miau de la bolsa, dónde se había ido a dormir, partieron y se dirigieron hacia el Instituto.

El Instituto de Nueva York era un castillo solemne de piedra entre torres de metal y vidrio. A Magnus le gustaban las iglesias de Nueva York, la forma en que tallaban un espacio silencioso y sagrado en medio de la ruidosa ciudad. Quizá por eso siempre encontró la autocrítica y seriedad de los Cazadores de Sombras extrañamente encantadora. Tendían a ser frívolos si les preguntabas, incluso Alec, pero el Instituto era un recordatorio, incluso cuando fuera fácil de olvidar, que su asignación era divina.

Podía ser bueno y malo que los brujos fueran más idiosincráticos y desorganizados. Incluso la idea de los Brujos Mayores comenzó como una broma, una afectación entre los raros brujos del decimosexto y decimoséptimo siglo quienes fueron capaces de alcanzar cierto prestigio en la sociedad mundana que los rechazaba mayormente como monstruos. Magnus podía estimar que una buena

mitad de los «Brujos Mayores» del mundo hoy, se habían designado ellos mismos esa posición. Incluso ciudades con una larga historia de Brujos Mayores, como Londres, la mayoría los nombró como resultado de fiestas y apuestas.

Magnus era, de hecho, uno de esos brujos auto asignados; su gran broma sobre ser el Gran Brujo de Brooklyn era que ninguna otra ciudad de Nueva York tenía un Gran Brujo para nada. Esperó popularizar la idea, pero hasta ahora nadie se había acercado, excepto por una joven mujer con un cuerno de unicornio saliendo de su frente quien se había declarado a ella misma «Bruja Médium», también de Brooklyn. Pero al pasar los años, comenzó a sentirlo como una responsabilidad real. Y los Cazadores de Sombras, lo aprendieron rápidamente, estaban *encantados* de tener un confiable brujo a una llamada de distancia, incluso los Lightwood, quienes, cuando llegaron a administrar el Instituto de Nueva York, Magnus solo los conocía como miembros de un grupo odiado de Cazadores de Sombras. Y Magnus, por su parte, estaba emocionado de tener un ingreso constante y recurrente.

Cuando escuchó que venían, Magnus tomó un profundo respiro, añadió un quince por ciento de «sin molestias» a su ya monstruosa cuota y cuando era absolutamente necesario, entraba al Instituto e intentaba mantener las cosas ligeras. *Cómo has estado; encantador clima no apocalíptico estamos teniendo; disfruta este hermoso encantamiento que no mereces; por favor, paga mi absurdo alto recibo enseguida; ¿estoy proveyendo encantamientos de protección regularmente a fugitivos escondiéndose de los Nefilim? ¿Por qué? ¡No!*

Era extraño caminar por el mismo Instituto, con un Lightwood a su lado, sosteniendo a su hijo. Tener a Maryse Lightwood como algo más, como familia y menos como una compañera de negocios en la que no podría confiar completamente. Estaba agradecido de que Robert, por lo menos, estuviera ocupado con negocios del Inquisidor en Idris. Inquietando a algunas personas, asumió.

La entrada del Instituto se estiraba sobre ellos, silenciosa, lúgubre e imponente. Siempre le pareció a Magnus que el pequeño grupo de Cazadores de Sombras que vivían aquí realmente se agitaban en este lugar. Lo conocía bien, pero de la forma en que lo hacía con un vestíbulo en un reconocido hotel por el que se pasaría muchas veces. No era su lugar, y a pesar del esfuerzo de los Lightwood y Jace de hacerlo sentir



cómodo aquí, continuaba inconscientemente alerta. Tres años de una cercana colaboración y amistad con los Cazadores de Sombras locales no borraban décadas de tiempos más tensos sucedidos aquí.

Para empezar, significaba que tenía que susurrar con Alec, aunque no hubiera razón para hacerlo. Solo se sentía correcto por la estética del lugar.

—¿Dónde están todos?

Alec se encogió de hombros, caminando a través del vestíbulo como si fuera dueño del lugar, lo que Magnus suponía que casi lo era.

—Espero que todos estén guardando sus armas y equipaje. Deberíamos ir a buscar a mi mamá.

—¿Cómo propones encontrarla? —dijo Magnus.

—Ah —dijo Alec—. El Instituto tiene una entrada mágica muy vieja dentro de las paredes. Ahora debo usarla para comunicarme con mi madre, donde sea que se encuentre. —Colocó sus manos alrededor de su boca y bramó a todo pulmón—: ¡Mamaaaaaaaá!

La voz de Alec resonaba impresionantemente contra las paredes de piedra. Max se rió y gritó—: ¡Maaaaaaa! —Junto con Alec. El sonido se desvaneció y Magnus esperó.

—¿Y bien? —dijo y Alec sostuvo un dedo. Después de un momento, había una bengala y un mensaje de fuego apareciendo enfrente de él. Lo arrancó del aire y lo abrió, dándole a Magnus una mirada de superioridad.

—Está en la biblioteca —leyó.

Un segundo mensaje de fuego apareció, en el mismo lugar que el anterior. Alec lo abrió.

—¿Sabías que puedes enviar mensajes de fuego dentro del Instituto? —leyó—. Lo acabo de descubrir. —Magnus lucía desconcertado—. Por supuesto que lo sabía.

—¿A la biblioteca entonces? —dijo Magnus.

Un tercer mensaje apareció. Max se lanzó tratando de tomarlo, pero se encontraba muy por encima de su cabeza. Magnus tomó ese y lo leyó.

—Amo los mensajes de fuego, ten un buen día, tu amigo, Simon Lovelace, Cazador de Sombras. ¿Podemos irnos?

Escucharon un cuarto mensaje arder detrás de ellos mientras se iban del vestíbulo, pero ninguno miró atrás hacia él.

\* \* \*

—LO PROMETO —DIJO MARYSE—. Puedo encargarme de Max completamente por unos días.

La madre de Alec estaba parada en el centro de la biblioteca, cerca del escritorio donde su antiguo tutor se sentó alguna vez. Era alta de la misma forma en que lo era Isabelle, tomando espacio en el mundo indiscutiblemente, paradas tan rectas que lucían más altas de lo que eran.

Doblaba sus brazos osadamente como retando a que Alec y Magnus no estuvieran de acuerdo.

—Mamá —dijo Alec, rascándose la parte posterior de su cuello—. Solo no quiero que tengas que lidiar con ninguna... emergencia. Él es un brujo.

—Estás bromeando —dijo Maryse—. Pensé que había tenido un terrible accidente con una pluma estilográfica.

Max descansaba en su estómago en la alfombra entre ellos, garabateando con la estela de Maryse en un viejo y golpeado escudo que ella encontró en el sótano la última vez que Max los visitó. La estela dejaba brillantes líneas a través de la superficie de metal que se desvanecía lentamente a negro. A Max le gustaba mucho.



—¿Sabes? Recientemente te has vuelto más atrevida —dijo Magnus, sus ojos centelleando. Él había abierto la bolsa y estaba sacando los juguetes y libros en el escritorio de Maryse. No parecía importarle.

—Solo digo —presionó Alec—, que estaba flotando en el techo esta mañana. Realmente aún no tiene control de las cosas mágicas que hace.

—Alec, te crie a ti, a Jace, Max e Isabelle y tú eras bastante problemático. Estaré bien. Además, Kadir estará aquí la mayoría del tiempo.

Como si hubiera estado esperando por una señal, Kadir Safar entró al cuarto. Era un hombre alto, con piel oscura y elegantes rasgos faciales y una fuerte barbilla definida. Alec no estaba seguro del título oficial de Kadir en el Instituto, pero en los siguientes meses se convirtió evidentemente en el segundo al mando de Maryse. Ayudó a entrenar a Alec, Isabelle y Jace cuando crecían, era un hombre de pocas palabras y muy pocas expresiones. Alec siempre sintió que se entendían mutuamente.

—¿Me necesitabas? —dijo Kadir a Maryse, sus manos detrás de su espalda. Sus ojos escanearon hacia el escritorio y su nueva pila de coloridos juguetes—. Las pertenencias de su nieto, asumo. ¿Qué tienes ahí, Magnus?

Magnus sostuvo una pila de cuentos ilustrados que acababa de retirar de la bolsa. Los agitó hacia Kadir.

—Espero que estés listo para toda la lectura que este niño demandará. —Comenzó a colocar los libros uno por uno en el escritorio—. *Buenas noches, luna. El pequeño cachorro. Dónde están las cosas salvajes.* Son la gran cosa en nuestra casa ahora. El protagonista también se llama Max.

—Estoy familiarizado —dijo Kadir, componiéndose con dignidad—. Con *Dónde están las cosas salvajes*.

—Está éste, creo que se llama ¿*Camión*? Tiene un tipo diferente de camión en cada página con su nombre —continuó Magnus—. Max está muy entusiasmado sobre este, pero te advierto, no tiene proyección narrativa.

—Camión —confirmó Max. Los brujos suelen hablar antes y Max no era la excepción. Dijo su primera palabra «tritón» cuando tenía solo nueve meses, causando que Magnus escondiera sus componentes para hechizos.

—Y por supuesto —dijo Magnus—. Tenemos a *El gran pequeño ratón que fue por un largo camino* de Courtney Gray Wiese.

Alec soltó un quejido.

—¿No hay un favorito? —dijo Maryse—. No conozco ese, pero no suena tan mal.

—Lily nos lo dio —dijo Alec—. No tengo idea dónde lo encontró. Debió haber estado en el Hotel Dumort.

—Por décadas —acordó Magnus—. El pequeño ratón, de hecho, hace un largo recorrido, pero lo hace con el propósito de aprender una lección moral anticuada sobre higiene personal.

—Mmm —dijeron Maryse y Kadir.

—Es su favorito —dijo Magnus, sacudiendo la cabeza—. Desafortunadamente.

Alec respiró dramáticamente y proclamó.

—«Ahora lava tus pies, oh pequeño ratón; o nunca encontrarás esposa».

—¿Ratón? —dijo Max, asomándose.

Kadir alzó una mano.

—Estoy deseando descubrirlo por mí mismo. Ahora, si no hay nada más, Maryse...

—Quédate un momento —insistió Maryse—. Quería decirle a Alec las noticias. Alec, le pregunté a Jace si se haría cargo del Instituto tan pronto como pueda. Espero que no te moleste.

Alec intentó ocultar la sorpresa de su rostro. No es como si su madre le pidiera a Jace que liderara solo las cosas, sino que ella no las dirigiría más. No dio pista alguna. Quería preguntar por qué, pero se detuvo, inseguro.



Magnus no tenía esos escrúpulos.

—¿Pero por qué te retirarías?

Maryse sacudió la cabeza.

—Dirigir el Instituto es el trabajo de una persona joven. Requiere de alguien con la energía para ser un Cazador de Sombras todo el tiempo y mantener las relaciones con los subterráneos, gestionar a los miembros del Cónclave, mantenerse en contacto con el Cónsul... es mucho.

—Pero, se ha vuelto más sencillo —dijo Alec—. No como si no merecieras ese descanso. La Alianza realmente cambió, cuán estrechamente están en comunicación los subterráneos y el Cónclave. —Se sintió ruborizar un poco. Siempre se sentía como si estuviera alardeando cuando mencionaba la Alianza de los Subterráneos con los Cazadores de Sombras que arreglaron junto con Maia Roberts, quien dirigía la manada de lobos más grande de Nueva York y Lily Chen, quien era la cabeza de los vampiros en Nueva York. Pero él estaba orgulloso del trabajo que habían hecho.

—Lo ha hecho —dijo Maryse—. Y Alec, aprecio todo el esfuerzo que pusiste en ello, es por eso es por lo que no te pedí que dirigieras el Instituto. Ya tienes mucho que hacer. Sin mencionar a la pequeña mora aquí.

Max miró hacia arriba, sintiendo que alguien deseaba admirarlo. Él sonrió triunfadoramente hacia Alec, y su cabeza estalló en llamas azules.

—Oh, Dios —dijo Maryse, parpadeando y trastabillando. La expresión de Kadir no cambió mientras tomaba el vaso de cristal con agua del escritorio de Maryse y lo vertía sobre Max, extinguiendo las llamas. Max parpadeó sorprendido, luego comenzó a llorar.

Kadir alzó una ceja hacia Alec.

—Lamento eso. —Maryse tomó en brazos a Max, quien rápidamente olvidó que su cabeza estaba mojada en favor de tomar los aretes de Maryse.

—Es una buena solución como cualquier otra —dijo Magnus—. Es mejor un niño llorando que una casa en llamas.

—Un proverbio apto —dijo Kadir. Para Kadir, eso era una muestra de amor incondicional.

—¿Qué dijo Jace? —dijo Alec—. ¿Lo hará?

—Dijo que necesitaba tiempo para pensarlo —dijo Maryse. Parecía dudosa—. Estoy segura de que aceptará —dijo—. De hecho, estoy sorprendida de que no te lo haya mencionado. Casi pensé que ya sabías mi noticia.

—No lo ha mencionado para nada —dijo Alec. Estaba preocupado. ¿Por qué Jace no lo había mencionado? Incluso si tenía sus dudas, ¿Quién mejor que su *parabatai* para hablar de ello? Y, de todas formas, ¿de qué tenía que preocuparse? Alec sabía que lo haría excelente como cabeza del Instituto.

—No puedo imaginarme que él quiera ser la persona que tenga que mantener la Paz Fría —dijo Magnus suavemente.

—¿Ha hablado contigo sobre eso? —dijo Alec. Magnus tenía un buen punto. La Paz Fría era el nombre de las terribles relaciones entre las hadas y los Cazadores de Sombras actualmente. Después que un gran número de hadas se unieron con el enemigo de los Nefilim hace unos años, los Cazadores de Sombras los sancionaron fuertemente y los hicieron firmar un tratado que los dejó sin protección y horriblemente debilitados. Las cosas han estado más que tensas desde entonces. Muchos Cazadores de Sombras, especialmente los del Instituto de Nueva York, odiaban la Guerra Fría y veían por su restauración de relaciones normales felizmente. Pero era el trabajo del Instituto mantener las leyes, lo cual era duro, pero era la Ley.

—No me ha dicho ni una palabra —dijo Magnus—, es solo una suposición.

Maryse se encogió de hombros.

—He estado haciendo malabares con las expectativas de la Clave sobre la Paz Fría y la realidad de los subterráneos de Nueva York por tres años. Puede hacerse. Jace puede ser bueno en política si decide serlo. Y no estaré muerta. Aún seguiré



viviendo aquí y dando bastantes consejos sobre la Paz Fría. —Suspiró—. Admito que espero que puedas tener alguna idea sobre lo que piensa Jace.

—No la tengo, aún —dijo Alec, aunque no estaba seguro si en algún momento de su salida grupal podría tener algunos minutos con Jace y preguntarle en privado.

—Muchos de mis consejos —agregó Kadir—. Son sobre trabajar alrededor de la Paz Fría incluye trabajar contigo y tu Alianza.

—Eh, hablando de eso, ¿Deberías decirles que iremos a China hoy? —dijo Magnus.

Alec no había pensado en eso.

—Realmente debería —dijo. Buscó su móvil y un mensaje después, obtuvo una rápida respuesta de Maia: Estoy en el santuario.

Alec se levantó.

—Maia dice que está... ¿En el santuario? ¿Alguno de ustedes sabía que estaba aquí? ¿O que venía incluso? —Intercambió una mirada con Magnus que habían creado a lo largo de los meses: una pregunta sin palabras, ¿Está bien dejar a Max aquí contigo mientras hago algo? Y el asentir sin palabras de regreso. Era extraño haber creado un nuevo lenguaje entre Magnus y él, uno solo para la familia.

—Quizá está para decirte que puede ver el futuro —dijo Magnus—. Pregúntale como nos irá en Shanghái.

Alec se excusó y se dirigió hacia el vestíbulo, bajando las escaleras del Santuario. Ahí se encontró a Maia esperando, luciendo muy orgullosa de sí misma.

—¡Alec! —dijo—. Es bueno verte. —Sacó su mano para que él la estrechara. Alec la tomó con confusión; no eran tanto de darse la mano, ambos.

Se dio cuenta de lo qué estaba pasando cuando su mano traspasó la de Maia y ella gritó en emoción—: ¡Ja!

Alec recobró el balance y le dio una mirada en desaprobación.

—Eres una proyección.

—¡Soy una proyección! —dijo Maia, tirando sus manos sobre su cabeza—. ¡Es tan emocionante!

—Así que eso significa...

—Al fin tenemos proyecciones que sirven en la guarida.

—¿La guarida? —dijo Alec, alzando una ceja.

—El nuevo nombre de la sede —dijo Maia. Los lobos de Manhattan estaban asentados en una estación abandonada de policías en Chinatown—. Lo estoy probando.

Alec asintió pensativo.

—Estoy cautelosamente a favor de ello.

—Es bueno saberlo. Así que, *aparentemente*, hay un anillo de hadas directamente debajo de la estación, y por eso las cosas no funcionaban. Creo que ha estado ahí desde la fundación de Nueva York.

—¿Un anillo de hadas? Uh... —Alec no estaba seguro de como preguntar lo siguiente, que era: *¿Cómo lidiar con un problema, dado que la Alianza se supone que técnicamente no tiene contacto con las hadas?*

—Mira, nunca hablé con un hada sobre la situación —dijo Maia—. Tuve que hablar con una bruja, ella habló con alguien en el Mercado de las Sombras, después, un día las Proyecciones funcionaron y alguien dejó una cesta con bellotas enfrente de la puerta.

—Eso es muy otoñal —dijo Alec.

—Una cosa sobre las hadas es que están *comprometidas* con la estética. —Maia estuvo de acuerdo—. Como sea, ¿Qué es eso de Shanghái?

—Se perdió un libro mágico, Magnus se siente responsable, ambos tenemos que ir. No debería tomarnos más que unos días. Y puede que sea un túnel sin final y regresemos en una hora —agregó Alec, aunque no creía que fuera factible.

—¿Entonces hay algo sobre la Alianza que tengas que decirme?



—Dios, no —dijo Alec—. Tú y Lily pueden tratar definitivamente con cosas de la Alianza por algunos días. Quizá me pierda de la noche de juegos.

Maia suspiró.

—Sin ti ahí, Lily nos hará jugar adivinanzas. O naipes o algo. Ella es toda una abuela a veces. Una abuela borracha.

—Maia —dijo Alec con desaprobación.

—Oh, sabes que la adoro —dijo Maia—. ¿Consideraste llevarla? Ella habla mandarín.

—Hace justo una semana, escuché a Lily decir en mi presencia la frase «Quiero nunca más en mi vida pisar el borde de China», así que, ya sabes... Magnus también habla mandarín.

—Por supuesto que lo hace —dijo Maia.

—Hay algo más —dijo Alec—. Mi madre está cuidando de Max mientras no estamos. Nunca lo ha cuidado por más de algunas horas. ¿Podrías... vigilarlos?

—Estoy segura de que Max estará bien —dijo Maia.

—Honestamente, estoy más preocupado por mi mamá —dijo Alec.

—Pasaré algunas veces —dijo Maia—. Estoy segura de que puedo encontrar alguna razón burocrática aburrida, de todas formas, necesito venir al Instituto. Uhm, como sea... —Ella miró de repente por sobre él—. Tienes compañía.

Alec se volteó sorprendido de ver a Jace, Clary, Simon e Isabelle, todos con equipaje y completamente armados. Ellos estaban, en su mayoría, sosteniendo sus armas favoritas. Simon su arco, Clary su espada e Isabelle su látigo. Jace, por alguna razón, estaba sosteniendo una especie de mayal puntiagudo en una cadena. Ellos y Maia se saludaron (Jace fue muy cuidadoso, debido al mayal) e intercambiaron saludos.

—Hicimos una pila con nuestro equipaje —dijo Clary, gesticulando vagamente detrás de ella—. Para que Magnus pueda teletransportarla luego si necesitamos quedarnos a pasar la noche.

—Por lo que veo, hiciste que funcionara la proyección —le dijo Simon a Maia con aprobación. Le mostró los pulgares arriba.

—Espera, ¿cómo puedes saber que ella es una proyección? —dijo Alec.

—Se puede saber totalmente —dijo Jace—. Te da una sensación.

—¿Lo hace? —dijo Alec.

—Si —asintió Simon.

—Ajá. ¿Qué hay con, eh, el mayal Jace?

—Es una estrella matutina —dijo Clary, en un tono profundamente triste.

—Las estrellas matutinas no tienen cadenas —dijo Alec—. Es un mayal.

—Él quiere que la llamemos estrella matutina —dijo Clary, aún más sombría—. Tú ni siquiera eres un Morgenstern —le dijo a Jace—. Yo soy una Morgenstern.

—Aún estoy cercanamente asociado con el nombre —insistió Jace—. Solo sentía que... ¿podría tener una estrella matutina como mi arma característica? ¿Dice: «soy yo»?

—Te refieres a que, ¿puedes evitar verte como la portada de un disco de Heavy Metal? —dijo Simon.

—No sé lo que es eso, y no quiero saberlo —dijo Jace—. Me refiero, a que ¿Soy lo suficientemente genial?

—Por supuesto que lo eres, cariño —dijo Clary—. Mira —agregó a Alec—. Puedo ver la preocupación en tu cara. Supongo que dejaremos que esto siga su curso por una semana más o menos. Si no se extingue para entonces, podemos intervenir.

—Bastante justo —dijo Alec.



—Es para probar —acordó Jace—. Quizá no me guste y deje de usar la estrella matutina. Tengo espadas serafines también obviamente. Y, no sé, probablemente cuatro o cinco cuchillos en mi persona que ya estaban en los bolsillos de mi ropa cuando me la puse.

Alec sintió una oleada de cariño por su *parabatai*.

—No estaba preocupado.

Se despidieron de Maia y desapareció justo cuando Magnus apareció en la puerta del Santuario. Se había cambiado de ropa (solo el Ángel sabía de dónde había sacado ese conjunto) y se encontraba ahora en un traje de terciopelo azul marino, con una corbata y camiseta a juego. Secretamente Alec siempre había encontrado a Magnus absolutamente atractivo con trajes y estaba complacido de que su novio fuera en esa dirección. También notó que evitaba cualquier posibilidad de que su brillante herida fuera visible.

Detrás de Magnus estaba la mamá de Alec, sosteniendo al hijo de Alec. Aún se sentía extraño, incluso después de año y medio, el pensar «*mi hijo*». Extraño pero bueno. Ambos, Maryse y Max estaban saludándolos emocionados.

—Deséales buena suerte a tus papis en su misión —dijo Maryse—. Esperemos que consigan de vuelta el libro que la mujer mala robó. —Alec asintió. Todos habían acordado, ante las súplicas de Magnus, no decirle a la Clave sobre Ragnor. Así que todo lo que Maryse sabía era que una bruja llamada Shinyun Jung, una conocida de Magnus, la cual significaba malas noticias, había robado El Libro de lo Blanco y que ellos irían a Shanghái a encontrarla.

Alec se acercó a ellos y besó la frente de Max.

—Se bueno con tu abuela, ¿está bien, pequeño? —Max puso su mano en la nariz de Alec y Alec se volteó rápidamente, le dio un beso a su madre en la mejilla y se retiró con éxito sin asfixiarse.

—Ustedes niños también tengan cuidado —dijo Maryse.

Isabelle dijo—: Madre, somos adultos.

—Lo sé —dijo Maryse, acercándose a abrazar a su hija. Ella se volteó hacia Jace y, después de un breve enfrentamiento, le permitió acercarse a abrazarlo—. Pero sean cuidadosos de todas formas.

Ella sopló un beso hacia Magnus y se retiró, cerrando la puerta detrás de ella.

Alec comenzó a reírse.

—Esta no es la forma en que estoy acostumbrado a iniciar una misión. Es muy sentimental comparada con la versión antigua.

Jace dijo—: ¿Te refieres, a esconderte de incógnito por la oscuridad? Yo no lo extraño.

—Entonces, ya estamos en el Santuario —dijo Magnus—. Bien podría crear el Portal aquí mismo. —Con algunas florituras, se puso a construir el Portal. Alec lo miró. Magnus podía ser extremadamente elegante incluso cuando no ponía su mente en ello: la destreza con la que hacía los gestos y palabras que invocaban el Portal era una hermosa cosa para contemplar, un recordatorio de que Alec no solo amaba a Magnus, sino que también continuaba admirando mucho sobre él.

Su meditación se vio interrumpida cuando el Portal se abrió y el semblante de Magnus cambió de concentración a alarma. La vista a través del Portal definitivamente no lucía como si fuera el planeta Tierra. Los colores estaban mal.

Fuera de él pululaban una docena de criaturas escarabajo demoníacas, cada una del tamaño de una pelota de basquetbol.

Magnus gritó sorprendido y comenzó a hacer señas frenéticamente, trabajando en cerrar el Portal. Alec sacó un cuchillo serafín, murmuró «*Kalqa'il*», y saltó sobre el escarabajo más cercano.

—Son demonios Elytra —dijo Simon—. Creo.

—¿Alguna idea que compartir sobre ellos? —dijo Jace, desenvainando su mayal—. ¿Algo más que su nombre? ¡Saludos, demonios Elytra! Bienvenidos a nuestra dimensión. Su tiempo aquí será instructivo pero corto.



—Yo tengo algo —dijo Isabelle. Rápidamente dio una patada hacia el escarabajo más cercano. Cuando se volteó en su espalda, ella hundió su espada en el suave cuerpo debajo del duro caparazón—. Patearlos.

—Copiado —dijo Jace. Giró su mayal, después de un momento agitándolo, lo aplastó contra el costado de un Elytra, el cual inmediatamente se derrumbó y desvaneció—. Por cierto, eso también funciona. Si tienes un mayal contigo.

—¡Ja! Te dije que era un mayal —gritó Alec, pateando por sí mismo un escarabajo.

Hicieron un rápido trabajo contra los demonios. Cuando las cosas se calmaron nuevamente, Alec buscó a Magnus inmediatamente, quien apenas había arrugado su traje, aunque Alec lo vio él mismo deshacerse de dos escarabajos con dos bolas de fuego azul.

—¿Qué pasó? —dijo.

Magnus sacudió la cabeza.

—No tengo idea. Eso era Shanghái, pero... no nuestro Shanghái. Eso no sucede usualmente. Y con eso me refiero, a que nunca pasa. No abres una puerta hacia un mundo alternativo por accidente. Es bastante complicado hacerlo a propósito. —Miró alrededor de ellos—. ¿Clary podrías intentarlo tú? Solo intenta reactivar el que cerré.

Clary miró a Magnus sorprendida. Alec mostró su propia expresión, pero estaba solamente desconcertado.

—Por supuesto —dijo Clary. Tomó su estela y se puso a trabajar.

Dentro del subsiguiente silencio, Alec dijo—: ¿Podría ser por la espina? —Alguien tenía que preguntar, después de todo.

Magnus dudó.

—No lo sé —admitió—. Nos hemos estado apresurando alistándonos para irnos, y he googleado la palabra Svefnthorn.

—Yo la googleé —dijo Jace para sorpresa de Alec—. Mientras estábamos buscando nuestras cosas.

—¿Tú... —dijo Alec—, la googleaste?

—Sí —dijo Jace—. Sonaba nórdica, así que fui hacia la librería y la busqué en la Saga Concordancias. Como una persona normal. Eso es googlear, ¿no?

—Más o menos —dijo Simon.

—¿Y? —dijo Isabelle.

Jace se encogió de hombros.

—Significa «Espina de sueño». Aparece algunas veces. Algún dios utiliza Svefnthorn para poner a otro dios en un sueño mágico. Ya sabes, lo usual en dioses.

—No me puso a dormir —dijo Magnus dudoso—. Nadie mencionó dormir.

—Bueno, eso es solo mitología mundana —dijo Jace—. No tuve tiempo de revisar nuestros propios textos o algo demoníaco.

—Por desgracia —dijo Magnus—. Me temo que la biblioteca del Instituto de Shanghái estará mayormente en chino. Por suerte, estaremos viajando hacia una ciudad que es la casa de una de las maravillas de los Subterráneos: el Palacio Celestial.

—¿Cómo nos ayudará un Palacio? —dijo Simon.

—Bueno —dijo Magnus, claramente disfrutando esto, lo que Alec encontró adorable—, el Palacio Celestial es la mejor de las cosas: Una librería.

Desde donde ella estaba trabajando unas yardas lejos, Clary movió sus brazos; tenía el Portal abierto.

—¿Se ve bien? —dijo insegura.

Magnus se acercó a ver dentro y se encogió de hombros.

—El cielo es del color correcto, hay estrellas, la luna está fuera, los edificios lucen certeros, no hay escarabajos gigantes. Yo digo que vayamos a por ello.



—Ese es un discurso muy inspirador, Magnus —dijo Jace.

—Qué diablos —dijo Isabelle.

Todos se reunieron y caminaron hacia el portal. La fría brisa se tornó en una suave nube de humedad que los envolvía. El bajo ruido fuera de las ventanas del Santuario fue reemplazado por una cacofonía, una orquesta de bocinazos de carros y el constante clamor de una ciudad atestada en la noche. Brillantes luces parpadeaban, animadas y se arremolinaban en el cielo nocturno.

Y el mundo de Alec se volteó; ese cielo estaba en el lugar incorrecto. Y él estaba cayendo. Ellos estaban cayendo. Estuvieron cayendo por un buen rato.

CLARE  
and CHU

**PARTE II**  
**SHANGHÁI**



## 4

# LUGARES CELESTIALES

Traducido por Lost Carstairs  
Corregido por Lady Herondale ☯

FUE UNA MARAVILLA QUE no dañaran a nadie. Los Cazadores de Sombras emergieron a través del marco nacarado del Portal al aire, a cuatro metros del suelo, y cayeron en el pavimento en medio de una enorme y bulliciosa multitud de personas.

Todos ellos aterrizaron a salvo, o al menos amortiguaron la caída lo suficientemente bien como para sufrir sólo unos pocos moretones. Alec cuidadosamente se puso de pie, contento de llevar el glamour de invisibilidad. Donde sea que estuvieran en la ciudad, estaba lleno de gente.

Era completamente de noche en Shanghái, una placenteramente cálida, y mientras se paraba, Alec se dio cuenta de que se encontraban en una calle peatonal masiva que se extendía en ambas direcciones más allá de la distancia de la que podía ver. La multitud era densa, así como la de Manhattan, y en ambos lados de la calle estaban alineados edificios brillando con enormes y brillantes signos iluminados. Cada pared estaba inundada con colores neón y paneles de publicidad vívidas. Largos signos verticales en caracteres chinos colgaban en cada edificio en las calles, pintando las paredes de un arcoíris eléctrico de azul, rojo y verde. A la distancia, una estructura en forma de aguja se levantaba en el cielo nocturno, brillando en olas de deslumbrante morado. Alrededor de ella estaba el resto de las vistas de Shanghái, algunos de ellos a medio terminar y rodeadas de grúas, otras partes iluminadas hacia arriba como tótems por encima de la ciudad abarrotada de gente.

Había signos americanos entre los chinos.

—¡Se parece al Times Square! —dijo Isabelle emocionadamente—. Shanghái Times Square.

—Es mucho más genial que el Times Square —dijo Simon, mirando hacia el espectáculo que tenía delante de él—. Más neón, láseres y bancos de luces de colores y menos pantallas gigantes de video.

—Hay un montón de pantallas de video gigantes —dijo Clary—. Y no es el Times Square. Bueno, supongo que un poco sí lo es, pero es más como la Quinta Avenida. Estamos en la carretera East Nanjing, es una gran área de compras sin coches.

—Así que —dijo Simon—, pensabas, ¿arrasemos con las rebajas antes de encontrar a los malvados brujos?

—No son necesariamente malvados —dijo Alec—. Los, uh, descarriados brujos.

—Los descarriados brujos que toman terribles decisiones —enmendó Isabelle.

—No —dijo Clary—. Quiero decir, estuve leyendo sobre este lugar en mi celular esta mañana. Solo estaba buscando los famosos sitios a los que ir en Shanghái. No estaba intentando acabar aquí. Estaba intentando ir al Instituto, y esto no está ni siquiera cerca.

—Además —dijo Alec con un sobresalto—, ¿dónde está Magnus?

Miraron alrededor. Alec estaba manteniendo una restricción en sus sentimientos, de la forma en que podrías poner presión sobre una herida sangrante. No podía aterrorizarse ahora. Eso no sería de ayuda para Magnus.

—Clary, ¿puedes ver a través del Portal? —le exigió—. ¿Está Magnus todavía en el otro lado? —Entrecerró los ojos en el pequeño cuadrado brillante que flotaba muy por encima de sus cabezas.

Clary retrocedió y negó con la cabeza.

—No, nada.

Alec sacó su celular y llamó a Magnus. No le contestó. Alec continuaba sin entrar en pánico. En su lugar, mandó un mensaje: «ESTAMOS EN EL ÁREA COMERCIAL DE NANJING RD, ¿DÓNDE ESTÁS TÚ?».



Se quedaron ahí, esperando, con la multitud ciega fluyendo alrededor de ellos, escondidos por el glamour. Alec no estaba seguro de qué podrían hacer si no encontraban a Magnus. ¿Tendrían que seguir adelante con la misión? ¿Cómo podría si quiera funcionar? Magnus era el único de ellos que hablaba mandarín. Magnus tenía el trozo del abrigo de Ragnor que era necesario para rastrearlo. Podrían ir al Instituto, en sí, un proyecto que implica la obtención de dinero en efectivo, encontrar un taxi, y así sucesivamente, pero incluso allí, Magnus habría hablado de su larga relación con la familia Ke, que regía el lugar. Alec había esperado tener la ayuda de Magnus cuando llegaran.

Los otros estaban mirando a Alec preocupados. Jace se había acercado, no del todo poniendo sus manos en los hombros de Alec, pero como si fuera a hacerlo. Y de hecho, Alec sabía que si Magnus no aparecía, y pronto, no habría más misión, no importaba cuántos ejercicios mentales hiciera sobre ello en su cabeza. Incluso si el peligro de un Príncipe del Infierno se avecinara en el futuro. Alec abandonaría todo lo demás e iría tras Magnus primero, donde sea que se pueda encontrar.

El teléfono de Alec sonó.

Lo cogió, dándole la vuelta. Era un mensaje de Magnus. Todos se juntaron alrededor para leerlo: TOMÉ UN BAÑO INESPERADO, NOS ENCONTRAMOS AL FRENTE DEL MCDONALD 'S QUE ESTÁ CERCA DE LA CARRETERA DE GUIZHOU.

Alec sintió la mano de Jace rozar su espalda ligeramente, un consuelo silencioso: *Ve, hermano, todo está bien.*

—Por supuesto aquí hay un McDonald's —dijo Isabelle, y se dirigieron ahí, usando el GPS del móvil de Simon para guiarlos.

Alec a veces pensaba que el mundo moderno eventualmente podría sobrepasar el de los Cazadores de Sombras, a pesar de sus mejores intentos de quedarse fuera de ello. Era inevitable, si vivías en una gran ciudad; solo el navegar tu camino alrededor tomaba una cierta comprensión del mundo mundano y de cómo funcionaba. Aquí Alec había caído en uno de los más multitudinarios puntos en una de las más grandes ciudades del mundo, tan lejos de su hogar como pudiera estar mientras permanecía en el planeta. Y sin embargo, él caía en ciertas familiaridades: las calles

comerciales de una gran ciudad eran calles comerciales de una gran ciudad. Los símbolos estaban en chino, y el estilo no era el mismo, pero el sentimiento sí: la noche y las luces y la gente, familias, parejas extrañas, trabajadores solitarios tan solo intentando atravesar la multitud para llegar a casa. Debería haber sido totalmente de otro mundo para Alec, pero no lo era. Era nuevo. Pero había cosas allí que ya entendía. Estaba sorprendido de encontrar tantas cosas en su vida funcionando de esa manera, cuando les daba una oportunidad.

Encontraron a Magnus donde la calzada peatonal terminaba y el tráfico de coches empezaba. El cabello del brujo estaba, extrañamente, empapado y se levantaba airadamente por encima de su cabeza. Su ropa estaba seca, pero no era la misma que había tenido puesta cuando pasaron por el Portal. Alec estaba un poco decepcionado, le encantaba ver a Magnus en traje, pero Magnus quizás había elegido sabiamente amoldarse, en unos vaqueros negros, una elegante camisa negra abotonada, y una chaqueta de motocicleta negra. Se veía como un sexy motociclista urbano. Alec estaba a favor de aquello.

Él se arrastró hasta Alec, puso sus brazos alrededor de su cuello, y lo besó. Alec le regresó el beso, apasionadamente, el alivio corriendo por sus venas. Le hubiera gustado agarrar a puñados la camisa de Magnus y arrastrarlo más cerca, besarlos hasta estuvieran los dos abrumados, *pero* estaba de pie en frente de su hermana y su *parabatai* y la novia de su *parabatai* y el *parabatai* de ella. Tenía que dibujar una línea en algún sitio. Sí besó a Magnus tan fuerte como le fue posible; Magnus estaba allí, estaba bien, Alec pudo sentir su cuerpo relajarse.

—Adivino que tú tampoco conseguiste llegar al Instituto —dijo Clary, cuando un significativo periodo de tiempo hubo pasado.

Magnus rompió el beso.

—¿Está bien? ¿Para dos hombres besarse en una calle abarrotada en Shanghái? No sé si podría besarte de esa forma en Times Square —dijo Alec.

—Cariño —dijo Magnus silenciosamente—, somos invisibles.

—Oh —dijo Alec—. Cierto.



—No he ido al Instituto, no —le dijo Magnus a Clary—. Fui a unos diez metros sobre el río Huangpu. —Vio la mirada de alarma de Alec—. Luego unos segundos pasaron y estaba en el río Huangpu.

—¿Qué hiciste? —dijo Jace.

—Caí a través del aire elegantemente y aterricé sobre mis pies en la espalda de una amigable marsopa —dijo Magnus.

—Eso es *muy* creíble —dijo Simon, animando como siempre.

Magnus agitó su mano.

—Así es como quiero que piensen en mí. Cabalgando una marsopa a la orilla y derecho a unirme a ustedes. No lo entiendo. Eso son dos portales consecutivos que han ido mal, en el sentido en el que los Portales no deberían ir mal. ¿Cómo fue que nos separamos?

—Creo que —dijo Jace—, todos estábamos esperando que tú pudieras saberlo.

—Yo solo los dibujo —dijo Clary—. Eso no significa que entienda la magia detrás de ellos.

—No más Portales por ahora, de cualquier manera —dijo Magnus. Sacó el trozo del abrigo de Ragnor de su bolsillo con una floritura y se la entregó a Alec. Jace cogió su estela y le hizo un gesto a Alec, el cual extendió obedientemente su mano para renovar la runa de rastreo.

—La runa todavía va a tirar de nosotros en una dirección y Shanghái es enorme —dijo Alec—. ¿Cómo vamos a manejar esto?

—Vamos a tomar un taxi —dijo Magnus, extendiendo su brazo a la calle—. Así que quítense el glamour. —Los taxis en Shanghái parecían ser de varios colores, pero todos eran plateados en su parte inferior y del mismo modelo de coche, así que era bastante fácil verlos en el tráfico. Uno, de un vívido tono de violeta, se detuvo rápidamente para ellos. Magnus vio el tamaño de su grupo—. Dos taxis.

Alec le hizo señas a segundo taxi, y Magnus habló rápidamente con el conductor del nuevo taxi, y luego fue a subirse al primero.

—Espera, ¿qué le dijiste? —dijo Alec.

—Le dije que siguiera al primer taxi. Y que el hombre de pelo oscuro y de ojos de brillantes azules se encargaría de la tarifa. —Dudó—. Alec... si Ragnor no sabe que estamos rastreándolo y está en Shanghái, seguirá aquí mañana por la mañana. Si no quieres salir a correr sin nada más que esta runa de rastreo, lo entiendo perfectamente. Podemos tomar un par de habitaciones de hotel —conozco algunos lugares estupendos— y mañana por la mañana podemos ir al Instituto y hacer esto a través de canales más adecuados.

Alec trató de no dejarse llevar por este giro.

—Magnus, estoy conmovido, pero tengo que preguntarte: ¿estás evitando buscar a Ragnor porque no sabes qué hacer cuando lo encuentres? ¿De eso se trata?

—Esta conversación es una verdadera montaña rusa —dijo Isabelle, sacando la cabeza de la ventana trasera del segundo taxi—, pero mi mandarín es inexistente, y el de Jace es realmente pobre, y este taxista ya ha puesto en marcha el taxímetro.

—No —dijo Magnus—. Es solo que... encontrar a Ragnor es mejor que no tener pistas, pero es absolutamente al revés de como yo querría hacer esto. No quiero llegar a él para conseguir el Libro. Ni siquiera quiero pasar por Shinyun.

—Son las únicas pistas que tenemos, mi amor —dijo Alec—, así que creo que ya vamos entrando en los taxis.

—Bien —dijo Magnus. Besó a Alec—. Vámonos.

Ambos se subieron a la parte de atrás del primer taxi, uniéndose solo a Simon, que tenía el mapa abierto en su teléfono y dio un pulgar hacia arriba, aunque su expresión era distante. Magnus se volvió a Alec.

—Bien, ¿entonces en qué dirección?

Alec agarró el trozo de tela.

—Todavía al oeste. —Magnus se inclinó hacia adelante y le habló al conductor en mandarín, señalando una dirección.



El conductor pareció sorprendido pero, tras una breve negociación, aceptó.

—Sólo dime cuándo deberíamos girar —dijo Magnus, y Alec asintió con la cabeza, y los taxis se adentraron en la noche.

\* \* \*

LA ÚLTIMA VEZ QUE MAGNUS HABÍA estado en Shanghái, fue hace veinte años. Habían pasado sólo unos meses del renacimiento de la ciudad, su repentina y extraña segunda vida, en la que se convertiría en la ciudad más grande de China, inundada de dinero y nuevo crecimiento. Incluso ahora había nuevos rascacielos en construcción, nuevas luces brillantes en dondequiera que Magnus mirara. Todavía era ella misma, todavía era Shanghái. Pero había cambiado tanto, en tan poco tiempo.

Salieron del centro de la ciudad, dejando atrás las elegantes luces de la carretera de Nanjing. Se abrieron paso a través del animado distrito de Jing'an, hasta que se encontraron en los vastos bloques residenciales que se alejaban para siempre en la distancia, nuevos rascacielos y algunos complejos de apartamentos con jardín. Otras pocas vueltas y estaban entrando en un barrio más antiguo, un lugar sobrante del Shanghái que las marcas internacionales de lujo y los rascacielos estaban reemplazando con un brillante resplandor de modernidad.

Mientras iban de camino, Magnus trató de explicar la inusual situación del Submundo en Shanghái.

—Allá en el siglo XIX —dijo—, Shanghái estaba dividida en un montón de concesiones internacionales, tierra que era arrendada a otros países, dentro de la ciudad. Gran Bretaña tenía una, Francia, los Estados Unidos. Todavía eran oficialmente parte de China, pero los otros países podían hacer lo que quisieran dentro de las fronteras de la concesión. Cuando eso sucedió, los subterráneos de Shanghái hicieron su propio trato, y se les dio su propia concesión.

—¿Qué? —dijo Alec, girándose para mirar a Magnus—. ¿Hay un vecindario permanente dirigido por los subterráneos?

—Hay algunos mundanos con la visión viviendo allí también, probablemente —dijo Magnus—. Pero sí.

—Si tienen un vecindario permanente, ¿significa eso que no hay un Mercado de Sombras en Shanghái?

Magnus se rio.

—Oh, definitivamente hay un Mercado de Sombras.

Rápidamente las calles se volvieron demasiado estrechas para los taxis, y Magnus y los demás los abandonaron para continuar a pie. Simon se veía extrañamente pálido, aunque no de la forma vampírica en que lo había hecho antes.

—Los Cazadores de Sombras no se marean en el coche —estaba diciendo Jace.

—¿Tu padre te enseñó eso?<sup>28</sup> —dijo Simon tambaleándose ligeramente de un pie al otro—. ¿Estuvo alguna vez en un coche en su vida? ¿Estuvo en un coche en Shanghái en su vida?

Clary e Isabelle intercambiaron miradas.

—¿Estás bien, Simon? —dijo Clary.

—Hey, aquellos que no se sienten bien en las congestiones vehiculares también sirven al Ángel. —Alec apaciguó la situación—. ¿Podemos ir?

A veces Magnus no estaba seguro de que ser un cazador de sombras fuera mejor para Simon que ser un vampiro. Ya no era un no-muerto; eso era definitivamente bueno, por supuesto. Pero había un cierto intenso machismo que podía arrastrarse incómodamente por los límites de la cultura de los Cazadores de Sombras. Valentine había empuñado esa narración de fuerza innata, de supremacía, como un arma. Era una actitud que siempre amenazaba con resurgir entre los Nefilim. Amoldarse y

---

<sup>28</sup> uhhh me dolió hasta mí este zasca.



romperse para encajar dentro de ella casi había roto a Jace. Si no hubiera sido por Alec, Isabelle y Clary...

La runa de rastreo los había llevado a uno de los pequeños barrios que quedaban del viejo Shanghái, lo anterior a los amplios bulevares y los brillantes centros comerciales de plata. Tenían que caminar en fila india para evitar bloquear el camino a peatones y ciclistas. Y todavía estaba abarrotado aquí, también, en todas partes había un flujo de personas, bicicletas, animales, como un río caudaloso, de una manera que le recordaba a Magnus una docena de ciudades en las que había estado que eran siempre las mismas y sin embargo siempre nuevas. Shanghái, Singapur, Hong Kong, Bangkok, Yakarta, Tokio, Nueva York...

Magnus no se lo había dicho a nadie todavía, pero sintió algo dentro de la brillante grieta de su pecho, un nodo hinchado de magia. No magia maligna, pensó. Ni siquiera magia de otro mundo. Su propia magia, moviéndose dentro de él. Estaba creando una especie de aura en los bordes de su visión, azul brillante y chispeante. El aura parecía tirar y doblarse en respuesta a otras auras de las que Magnus no era consciente.

No estaba seguro de cómo sacarlo a relucir. Adivinó que encontrarían a Ragnor, luego a través de Ragnor encontrarían a Shinyun, y con suerte ella le explicaría el fenómeno pasando en su interior. O esperaba que pudiera esperar hasta que pudieran hacer alguna investigación mañana.

Clary estaba examinando una serie de signos cubiertos con escritura de fieltro, clavados en las ventanas de un escaparate cerrado. Magnus señaló por encima de ellas.

—Es una peluquería. Es sólo su carta.

—Isabelle —susurró Simon en alto—. ¿Podemos llevarnos a casa una de las gallinas?

—Sí —dijo Isabelle—. Puedes llevarte a casa tantas como puedas coger<sup>29</sup>.

---

<sup>29</sup> Momento random...

—No lo alientes —dijo Clary. A Magnus le dijo—: ¿es este el tipo de sitio en el que Ragnor podría estar?

Magnus miró hacia las estrechas calles, las paredes de hormigón clavadas con avisos y anuncios y grafitis con plantillas; podía oler animales y comida y basura y gente viviendo demasiado cerca, todo sin cambios durante décadas en un lugar que parecía estar transformándose a cada hora.

—Este no es en verdad donde Ragnor viviría —dijo despacio—. Pero es exactamente donde Ragnor se escondería.

—A menos que sepa que veníamos —dijo Jace.

—Si él sabe que venimos —dijo Magnus—, ¿por qué siquiera se quedaría en Shanghái? Él es un experto en magia dimensional. Podría hacer un Portal a cualquier parte. Podría ir al Laberinto Espiral y esconderse, si quisiera. Ellos no saben que está siendo... controlado o lo que sea que es.

—Pero la runa de Rastreo marca claramente que aún *está* en Shanghái —dijo Alec—. Así que no sabe que estamos yendo.

—O —dijo Jace—, quiere ser encontrado.

Magnus no había pensado en eso, pero estuvo de acuerdo de que era una posibilidad. Ser esclavo de Samael y ser amigable con Magnus no eran necesariamente incompatibles, al menos no en la mente de Shinyun, y tal vez tampoco en la de Ragnor.

Por otro lado, ¿esperaba Ragnor que llegara con cinco Cazadores de Sombras? Uno, claro, ¿pero cinco?

Se estaba poniendo nervioso. Su herida punzaba.

La runa de rastreo los llevó a un edificio de apartamentos blanco y destartado. Un grafiti negro con púas se cruzaba por un lado, sobre la pintura descascarada. Con Alec dirigiendo, entraron, siguiéndolo por dos tramos de escaleras hasta la puerta de un sucio apartamento en un sucio pasillo alfombrado. Magnus estaba a punto de llamar, pero luego dudó.



Alec le echó una mirada y golpeó la puerta por él. Después de un momento, se abrió, revelando a un caballero hada calvo, barbudo y con patas de cabra que miró boquiabierto y con horror al descubrir un escuadrón entero de Cazadores de Sombras en su puerta.

—¡No pueden entrar! —gritó en Shangháinés, mucho más fuerte de lo que Magnus hubiera esperado.

—No hablan nada de chino —dijo Magnus cortésmente en mandarín—. Inglés, si no te importa. No es que sea un esfuerzo para un hada.

El hada no les quitó el ojo de encima a los Cazadores de sombras.

—¡No pueden entrar! —dijo en inglés.

—Hola —dijo Alec—. En realidad no tenemos ningún asunto contigo para nada, Y sentimos molestarte. Nosotros...

—No encontrarán nada —chilló el hada—. Mis manos están limpias, ¿me escuchan? ¡Limpias!

—Estoy seguro de que lo están —dijo Alec—. Estamos buscando a un brujo. Es muy fácil de reconocer. Es verde<sup>30</sup>...

—Muy bien —dijo el hada. Se inclinó más cerca—. Si confieso algo de lo que he hecho, ¿me darán indulgencia? Puedo ayudarte a derribar algunos grandes nombres. *Grandes nombres*.

—Cuenta —dijo Jace.

Alec le lanzó a Jace una mirada oscura.

—No necesitas hacer eso —dijo—. Si pudieras decirnos, ¿si has visto nuestro amigo? Creemos que podría haber entrado en tu apartamento.

—No estamos interesados en grandes nombres —intervino Magnus.

Jace se unió.

---

<sup>30</sup> Sutil... muy sutil.

—Estamos un *poco* interesados, ¿verdad?

—Puedo darles a Lenny El Calamar —dijo el hada fervientemente—. Puedo darles a Bobby Dos Piernas. Puedo darles a Calcetines MacPherson.

Alec se frotó la cara con sus manos, y Magnus se contuvo una sonrisa. Verdaderamente, la paciencia de su novio y profesionalismo era algo hermoso que contemplar.

—Vamos a comenzar de nuevo —dijo Alec—. ¿Has oído alguna vez de un brujo llamado Ragnor Fell?

El hada se detuvo y le entrecerró los ojos sospechosamente a Alec, como si tratara de detectar un truco.

—No tengo porque responder ninguna de sus preguntas.

—¿Hemos considerado la opción del «poli malo»? —dijo Jace, con un ligero gruñido en su voz—. Cada vez me inclino más y más a ello.

—Bien —dijo el hada—. Nunca he oído a nadie con ese nombre.

—Espera un momento —dijo Alec, volviéndose al grupo—. ¿Podemos dar a este tipo algo de espacio, de hecho? Está muerto de miedo. Si cinco hadas vinieran sin previo aviso a tu puerta, estarían alucinando mucho también.

—Seguro —dijo Jace, intercambiando una mirada con él—. Vamos chicos. Vamos a darle algo de espacio. —Bajaron un poco por el pasillo; Magnus fue con ellos. Alec se inclinó hacia la puerta principal y habló con el hada. Después de un minuto más o menos, volvió a salir al pasillo, con una expresión neutral

—Voy a entrar a hablar con el Sr. Rumnus<sup>31</sup> un momento. Magnus, ¿podrías venir conmigo?

De alguna manera Alec había calmado al hada lo suficiente como para dejarle entrar. Magnus tuvo que recordarse a sí mismo que Alec sabía algo acerca de hablar

---

<sup>31</sup> Rumnus: escándalo, jaleo, alboroto.



con los subterráneos desconfiados. Algunos de esos subterráneos se habían convertido en amigos íntimos de Alec.

Simon preguntó—: ¿Sabe que su nombre es...?

—Lo sabe —dijo Alec.

Simon asintió, satisfecho.

Magnus siguió a Alec dentro. Era un pequeño apartamento pobremente mantenido, bastante normal. Tal vez demasiado normal para que un hada con patas de cabra viva en él, pensó Magnus. Empezó a extender su magia hacia el exterior de la habitación, tratando de mantener su expresión y sus movimientos de mano tan neutrales como fuera posible.

—El Sr. Rumnus dice que últimamente ha habido negocios de brujos malos en Shanghái —dijo Alec.

—¿Qué clase de negocios de malos brujos? —dijo Magnus—. ¿Algo así como las guerras territoriales? —Estaba distraído. Había esperado alguna firma mágica, algún residuo al menos; la runa de rastreo los había traído aquí, así que Ragnor *había* estado aquí, la runa de rastreo dijo que *estaba* aquí. Pero no había ningún lugar donde pudiera estar. El apartamento era de una habitación, todo el lugar visible a la vez; la puerta del baño estaba abierta y no revelaba a nadie. Definitivamente no había ningún otro ser mágico en la habitación aparte de él mismo y este hada. ¿Cómo podía ser esto un callejón sin salida?

—¿Qué haces con todos estos Cazadores de Sombras? —le dijo el señor Rumnus abruptamente a Magnus.

—Es mi novio —dijo Alec—. También es un Gran Brujo.

—Es un poco demasiado para ti, ¿eh? —le dijo el hada a Alec, mirando lascivamente

—Ugh —dijo Magnus.

—Este no es tu apartamento, ¿no?, Rummus —le dijo Alec secamente.

—¿Qué? —dijo el hada.

—No vives aquí. Mira eso. —Señaló a una gran escultura, de más de seis pies de altura. Parecía un cardumen de peces abstractos chocando con una bandada de aves abstractas. Era maravillosamente horrible—. Es hierro forjado. ¿Tienes una escultura gigante de hierro forjado en tu sala de estar?

—Además —dijo Magnus—, esa gran silla de plástico con forma de mano no es muy de hada. —Y luego se dobló por el dolor.

De repente le dolía la cabeza como si le hubieran golpeado fuerte. Un grito agudo, silencioso pero cada vez más fuerte, comenzó a palpar en la parte posterior de su cabeza.

Sintió que le cogían las manos, y la voz de Alec gritando «¡Magnus!» como si viniera de muy lejos. Con un esfuerzo, levantó la cabeza, a tiempo para ver el techo abrirse y las nubes arremolinadas de un mundo de demonios aparecer detrás de un brillante Portal.

\* \* \*

TAN PRONTO COMO EL PORTAL se abrió y el viento comenzó a silbar, Alec supo que los demonios venían. Sacó su arco y gritó «¡Es una trampa!» en dirección a la puerta principal abierta.


Isabelle fue la primera en llegar, con su látigo preparado.

—Pues claro que es una trampa —dijo ella.

—Por supuesto no nos pusimos runas de combate —dijo Jace uniéndose a ella.

Los demonios comenzaron a caer en la habitación a través del Portal. Estos eran demonios que Alec no había visto antes, enormes serpientes con escamas negras brillantes y silenciosos rostros humanos gritones. Tan pronto como aparecieron,





empezó a disparar. Simon entró, una flecha clavada en su arco, pareciendo más alarmado de lo que Alec había esperado. Clary entró con brillantes espadas serafín rodeándola.

Era una pelea extraña. Rumnus se había arrastrado debajo de una mesa y estaba encogido con los ojos cerrados como si deseara que todo ello desapareciera. Magnus tenía una mano extendida, y las chispas salían de ella al azar, a veces golpeando a los demonios y a veces dejando pequeñas marcas de quemaduras en las paredes y los muebles. Su otra mano estaba en su sien y sus ojos estaban entrecerrados; parecía que estuviera luchando contra una migraña, aunque no era sabido que a Magnus le dieran migrañas. Alec quería ir hacia él, pero la habitación se había convertido en un desorden atestado de demonios serpiente y objetos afilados.

Lo que sea que estaba causando la aparición de las serpientes, no estaba persiguiendo ningún tipo de estrategia de campo de batalla. Ellos continuaban cayendo en la habitación como si hubieran sido dejados caer al azar por una mano gigante invisible. Algunos aterrizaron en posición vertical, pero otros se desparramaron en un enredo o cayeron sobre sus propias cabezas, dejándolas abiertas para una muerte fácil. Clary recorrió la habitación entregando esas muertes alegremente.

Alec se giró para evitar la mordedura de un demonio y encontró a Jace, con los brazos inmovilizados por dos de las serpientes. Rápidamente puso flechas en ambas, y al segundo que Jace se liberó, saltó hacia delante y enterró una hoja de serafín en la cara del demonio del que Alec se había alejado, y que se había acercado por detrás de él.

Intercambiaron una rápida mirada, cada uno confirmando que el otro estaba bien, y volvieron a la batalla.

Terminó rápidamente, considerando el número de demonios y la falta de preparación de los Cazadores de Sombras para la lucha. Desde la perspectiva de Alec había muchas serpientes, y luego no había serpientes, sólo su propio jadeo pesado y el de sus amigos mientras recuperaban el aliento, ya no estando en peligro inmediato.

De repente, una versión gigantesca del rostro humano gritón de las serpientes, este fácilmente de tres metros de diámetro, apareció en el Portal. Abrió su boca distendida y *chilló*, sus ojos buscando. Se fijó en Magnus, quien aún se agarraba la cabeza, apretando los dientes, sus dedos chispeaban al final de su mano extendida, pero sin ningún efecto perceptible.

Simon disparó una flecha al Portal; pasó a través de la cara y se desvaneció en la nada. Miró a Alec con una expresión de pánico. Alec se encogió de hombros.

Y tan repentinamente como había aparecido, la cara del demonio se desvaneció. El portal también se desvaneció rápidamente, dejando sólo el techo desnudo y agrietado del apartamento y el sonido de los latidos del corazón de Alec en sus oídos.

Se acercó a Magnus inmediatamente y puso su mano en el hombro de su novio. Se inclinó y dijo—: Estoy aquí ¿Estás bien?

Magnus se quitó la mano de la frente y parpadeó hacia Alec.

—Estoy bien —dijo. Se veía extrañamente inestable, como una caña atrapada en el viento—. El dolor de cabeza se está yendo. Eso fue... eso fue algo. No creo que nunca...

Se detuvo y una mirada de acero se dibujó en su rostro.

—Tú —le dijo al hada, que salía de debajo de la mesa.

—Creo que podemos... —empezó Rumnus.

—¡TÚ! —rugió Magnus. Alec estaba sorprendido, no de que Magnus estuviera furioso, pero sí de la fuerza en su voz. Magnus mantenía la calma, en casi todas las situaciones. Era una de las grandes consistencias en la vida de Alec. Ahora, Magnus extendió una mano y Rumnus salió volando, cayendo al suelo entre escombros.

—Este no es tu apartamento —dijo Magnus peligrosamente—. Este tampoco es el apartamento de Ragnor. De hecho —continuó—, este no es el apartamento de *nadie*. —Alzó los brazos sobre su cabeza, y una gran tormenta eléctrica salió de sus manos, chisporroteando tan fuerte como el rostro del demonio había gritado. Los rayos de energía azul volaron dentados y caóticos por la habitación, y cuando se



despejaron, Alec pudo ver que Magnus había disipado algunas poderosas ilusiones, más fuertes que cualquier glamour que Alec hubiera visto antes. El apartamento estaba, de hecho, vacío—abandonado, incluso. Sin muebles, ni alfombras, paredes blancas agrietadas con residuos oscuros desconocidos en ellas, una bombilla desnuda rota colgando del único enchufe del techo. Magnus volvió su mirada hacia Rumnus, que se había puesto de pie.

—¿Qué tienes que decir en tu defensa? —le gritó.

Rumnus consideró sus opciones, y luego, tomando una decisión, chilló—: ¡Nunca me cogerán vivo, soplones! —Corrió hacia la ventana y se tiró por ella antes de que nadie pudiera detenerlo.

Lo vieron caer en picada hacia el suelo. Antes de golpear el suelo, enormes alas de pájaro marrón salieron de su espalda, y las agitó y voló hacia la noche.

—¿Qué te parece? —dijo Alec suavemente en el silencio.

Magnus estaba respirando con dificultad. Su mano estaba fuertemente apretada contra su pecho. Justo sobre su herida, Alec lo notó. Se acercó a Magnus con cautela.

—Bien —dijo Clary—, ¿qué fue todo eso?

Magnus fue a sentarse en la silla, pareció recordar que no había ninguna, y se bajó lentamente al suelo, exhalando.

—No estoy seguro.

—Comencemos con la parte que no eran demonios serpiente —dijo Alec. Se cruzó de brazos y miró a Magnus—. ¿Qué fue eso? Eso no era propio de ti. No te enfadas así.

—A menudo me enfado así —replicó Magnus—, cuando me encuentro con subterráneos que colaboran con demonios.

—Y suponemos que colabora con los demonios —dijo Jace—, ¿debido a todos los demonios que cayeron del techo? ¿Y la cara del demonio gritón?

—Sí —estuvo de acuerdo Magnus. Parte de la lucha parecía estar drenándose de él. Miró a Alec—. Lo siento. Sólo estoy frustrado

—Sin bromear —dijo Isabelle. Empezó a marcar cosas con sus dedos—. ¿Dónde está Ragnor? ¿Por qué la runa de rastreo nos trajo aquí en vez de donde está realmente? ¿Cómo supo que lo estábamos rastreando? ¿Envió él a esos demonios? ¿Lo hizo Shinyun Jung? ¿Lo hizo alguien más con quién están trabajando y que ni siquiera sabemos?

Alec pensó.

—Había un montón de serpientes, pero definitivamente no eran suficientes para ser una amenaza real para todos nosotros. Lo que significa que fue una advertencia o...

—O —añadió Jace—, no se dieron cuenta de que traías a otros cuatro Cazadores de Sombras contigo.

—¿Y ahora qué? —dijo Simon. Tenía las manos metidas bajo los brazos cruzados y miraba de forma distraída.

Todos miraron a Magnus, quien suspiraba fuertemente.

—¿Qué dice la runa de rastreo?

Alec sacó el trozo de tela de su bolsillo y volvió a intentarlo con la runa. Se encogió de hombros.

—Dice que estamos en el lugar correcto.

—Podríamos intentarlo en el Instituto. Ver lo que saben sobre este asunto de los «brujos malos» que mencionó el hada —dijo Simon.

—No —dijo Alec bruscamente, y Simon se echó hacia atrás—. No demos más señales de alarma de las que ya hemos dado. Tenemos que tratar de controlar el flujo de información a la Clave.

—Somos la Clave —dijo Isabelle—. Esto no es como hace unos años, cuando éramos demasiado jóvenes para tener voz.



Jace negó con la cabeza.

—Alec tiene razón. Somos una parte muy pequeña de la Clave, y nuestro acercamiento a los negocios con los subterráneos está lejos de ser universal o incluso normal, según los estándares de Nefilim. No sabemos en qué nos estamos metiendo.

—Lo hacemos, en realidad —dijo Magnus. Parecía estar recuperándose; se levantó del suelo y se limpió cuidadosamente el polvo de su chaqueta—. El Instituto de Shanghái está dirigido por la familia Ke; lo ha estado durante años. Son buenas personas. Son la familia de Jem Carstairs, del hermano Zachariah. Pero —añadió, mientras Jace abría la boca para responder—, no tenemos nada para ellos para hacerlo ahora mismo, se está haciendo tarde, y *no voy a dormir en un catre en una habitación libre de un Instituto. Voy a hacer una llamada, y luego nos quedaremos en mi hotel favorito de la ciudad.* —Alec sintió un cálido alivio; este era más el Magnus que conocía—. Cuando viajas conmigo —les recordó Magnus—, viajas con *estilo.*

## EL TABLERO DE AJEDREZ

Traducido por Lost Carstairs  
Corregido por Nay Herondale

MAGNUS SIEMPRE SE ALOJABA en el mismo hotel en Shanghái, sobre todo por nostalgia. Había encontrado que la nostalgia era una droga peligrosa de la que estaba bien alejado. Sino, pasaría demasiado tiempo nostálgico por la época en que Manhattan aún tenía tierras de cultivo, o por la corte del Rey Sol, o por los días en que la Coca-Cola tenía drogas de verdad. Se dio el gusto en este caso porque había dormido en el hotel unas cuantas veces antes de que fuera un hotel, cuando era la residencia privada del notorio jefe de la mafia Du Yuesheng. Era una lujosa villa de estilo occidental en la concesión francesa, con columnas blancas clásicas, coronas de piedra y balcones con pastillas enroscadas con oro. Du la había comprado en los años 30 para, Magnus estaba seguro, el propósito principal de dar las fiestas más escandalosas de la ciudad, y Magnus llegó a muchas de las fiestas más escandalosas de la ciudad en los años 30. Du Yuesheng había sido un hombre peligroso y violento, pero extremadamente inteligente: demasiado inteligente para suponer que Magnus tuviera algún interés en el opio. Normalmente hablaban de ópera, y de cantantes de ópera.

Ahora, décadas después de su muerte, era el Hotel Mansión. Le recordó a Magnus una época anterior... no una mejor época, solo una anterior. Pero ¿quién podría quedarse en el Hotel Mansión hoy en día que lo recordara como era? Solo los mundanos más antiguos, si es que quedaba alguno. El lugar estaba decorado con reliquias de días pasados, más decadentes: una vieja pipa de opio, un fonógrafo que aún tocaba la ópera desde altavoces chispeantes, fotografías en sepia en las paredes de las que Magnus se había retirado mágicamente, profundas sillas de terciopelo y gabinetes de ébano tallados. Fue un gran placer entrar por las puertas y subir los escalones, pasando por pequeños guardianes de piedra y fuentes, y acercarse a la opulenta fachada de color blanco cristalino con anticipación.



Magnus miró a los otros. Se habían irritado y limpiado de otra manera, pero aún estaban tan cansados de la pelea que mantuvieron su glamur y esperaron afuera mientras él iba solo a registrarse.

Magnus regresó con las llaves colgando de sus dedos, y se dividieron en tres grupos. Magnus había reservado una suite en el balcón para él y Alec; abrió la puerta con una floritura.

Alec miró a su alrededor con consideración. Magnus no pudo evitar recordar al joven que había sido Alec cuando visitaron Venecia por primera vez, la forma en que tocó todo en su habitación de hotel con dedos sorprendidos y maravillados. Ahora sonrió.

—Es muy tú.— Magnus rio.

—¿Porque es opulento, pero de buen gusto?

—Eso, pero... estoy seguro de que hay muchos más hoteles de lujo en Shanghái. Más joyas, más oro, más brillo

—No siempre soy exagerado —protestó Magnus, sentándose al final de la cama.


—Exactamente —dijo Alec, y se inclinó para besarlo—. Este hotel se siente como un pedazo del pasado. No el moderno Shanghái de cristal y acero, un lugar diferente. No más tranquilo o menos, solo... diferente.

Magnus sintió que su corazón se hinchaba de amor por este hombre que lo entendía tan bien. Pero todo lo que dijo fue—: Es mucho mejor que cualquier cuartel en el que el Instituto te ponga...

Alec había tirado su chaqueta sobre una silla cuando entraron, y ahora se quitó la camisa. Sonrió cuando se la pasó por la cabeza.

—Bueno— dijo Magnus—, parece que mi noche va mejorando por momentos.

—Es bueno que pienses que las cicatrices son sexy —dijo Alec. Se cepilló el brazo e hizo una cara—. Me siento como si me hubiera revolcado con el demonio serpiente. Necesito una ducha. ¿Vuelvo enseguida? ¿Podrías mantener ese pensamiento?



Magnus lo bajó para darle otro beso, y luego, solo por diversión, le plantó otro a un lado de la mandíbula. Alec inhaló, sus ojos se cerraron. Él mordió a Magnus gentilmente en el labio inferior y se alejó.

—Ducha.

Cediendo, Magnus cayó de nuevo en la cama y dejó que sus ojos se cerraran.

La última vez que estuvo en Shanghái fue en 1990, con Catarina. Era la primera vez que pisaba la ciudad desde que las cosas se habían puesto feas allí, en los años 40, y se mantuvieron feas durante los 50, 60 y 70. Una familia de mundanos videntes había encontrado y adoptado un joven brujo, solo un niño pequeño, y necesitaban desesperadamente a alguien que les enseñara a ser padres de un subterráneo. Los hechiceros de Shanghái en ese momento eran un grupo extraño, eruditos obsesionados con la astrología china y desinteresados en los problemas de una niña descarriada; simplemente la habrían alejado de los mundanos y la habrían dejado correr por las calles de la Concesión de la Sombra, atendida por cualquier subterráneo que estuvieran cerca. Las partes interesadas habían encontrado a Catarina, y ella había convencido a Magnus para que la acompañara como intérprete, y, Magnus sospechaba, porque estaba preocupada por él.

El niño brujo era una niña de aspecto asustado con grandes orejas de murciélago, tal vez de tres años. Cuando vio a Magnus por primera vez, apiñada en la pequeña cocina con sus nuevos padres y Catarina, estalló en lágrimas, lo que no le pareció un gran comienzo.

Así que mantuvo su distancia mientras Catarina hablaba con los padres. Afortunadamente, ellos ya sabían sobre el mundo Subterráneo, y Magnus se encontró escribiendo listas en chino de suministros mágicos mientras Catarina daba sus recomendaciones en inglés. Cuando hubo una pausa, trató de sonreír a la niña, aparentemente llamada Mei, que se agachó detrás de la pierna de su madre.

¿Eran sus ojos? Volvió a traducir para Catarina, sintiéndose cohibido. Una rara experiencia para él.



En algún momento los padres fueron a otra habitación de la casa, aparentemente para discutir la situación con un pariente mayor que no estaba lo suficientemente bien de salud para salir. Le preguntaron a Catarina si podía cuidar a Mei, y por supuesto aceptó.

Mei se dirigió lentamente hacia Magnus, con los ojos bien abiertos y las orejas un poco temblorosas. Magnus trató de parecer lo menos amenazante posible. Pensó que iba bastante bien, pero entonces ella de repente gritó y se retiró.

Magnus levantó las manos en señal de rendición, y Mei retrocedió aún más y comenzó a sollozar.

Catarina hizo un sonido de desaprobación hacia Magnus.

—¿Qué estás haciendo? ¡Habla con ella! ¡Interactúa con ella!

—No le gusto— dijo Magnus—. Creo que le asustan mis ojos.

—Oh, por Dios— dijo Catarina con impaciencia—. Ella no tiene miedo de tus ojos. Simplemente no te conoce.

—Bueno— dijo Magnus—, le estoy dando espacio.

Catarina puso los ojos en blanco.

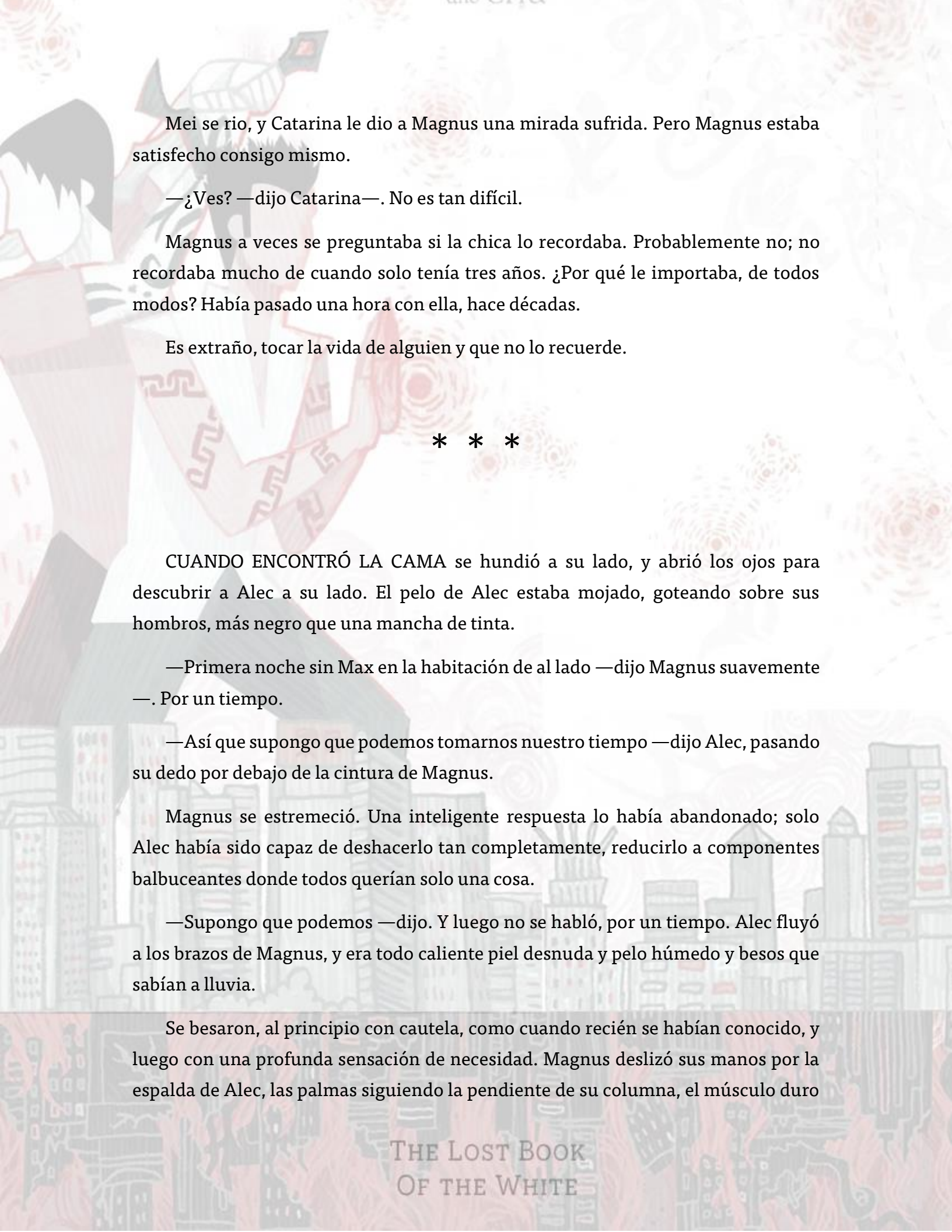
—No le das espacio a los niños pequeños, Magnus. Ya ha estado lo bastante sola. —Se acercó a Mei y se puso de rodillas para abrazarla. Mei inmediatamente metió su cabeza en el pecho de Catarina, y Catarina la sostuvo allí.

—Esta niña es muy afortunada —dijo en voz baja—. Un hechicero criado por padres mundanos amorosos es... bueno, ella es afortunada.

—Eres muy afortunada, Mei —le dijo Magnus a Mei en mandarín, con una voz tan gentil como pudo reunir.

Mei se asomó desde donde había enterrado su cara contra Catarina y miró a Magnus de lado, considerando.

—¡Y un día, ejercerás un gran poder! —dijo Magnus alegremente.



Mei se rio, y Catarina le dio a Magnus una mirada sufrida. Pero Magnus estaba satisfecho consigo mismo.

—¿Ves? —dijo Catarina—. No es tan difícil.

Magnus a veces se preguntaba si la chica lo recordaba. Probablemente no; no recordaba mucho de cuando solo tenía tres años. ¿Por qué le importaba, de todos modos? Había pasado una hora con ella, hace décadas.

Es extraño, tocar la vida de alguien y que no lo recuerde.

\* \* \*

CUANDO ENCONTRÓ LA CAMA se hundió a su lado, y abrió los ojos para descubrir a Alec a su lado. El pelo de Alec estaba mojado, goteando sobre sus hombros, más negro que una mancha de tinta.

—Primera noche sin Max en la habitación de al lado —dijo Magnus suavemente—. Por un tiempo.

—Así que supongo que podemos tomarnos nuestro tiempo —dijo Alec, pasando su dedo por debajo de la cintura de Magnus.

Magnus se estremeció. Una inteligente respuesta lo había abandonado; solo Alec había sido capaz de deshacerlo tan completamente, reducirlo a componentes balbuceantes donde todos querían solo una cosa.

—Supongo que podemos —dijo. Y luego no se habló, por un tiempo. Alec fluyó a los brazos de Magnus, y era todo caliente piel desnuda y pelo húmedo y besos que sabían a lluvia.

Se besaron, al principio con cautela, como cuando recién se habían conocido, y luego con una profunda sensación de necesidad. Magnus deslizó sus manos por la espalda de Alec, las palmas siguiendo la pendiente de su columna, el músculo duro



de su músculo dorsal ancho<sup>32</sup>. Sus labios rozaron la mejilla de Alec, el pequeño lugar detrás de su oreja que le gustaba a Alec. Había algo urgente en su conexión, algo que había sido constreñido y retenido. Magnus se recordó a sí mismo que no había ningún niño en la habitación de al lado, no había posibilidad de que un lamento como el de una sirena atravesara el momento y lo declarara abruptamente terminado. Extrañaba mucho a Max. Pero también había echado de menos esto.

Alec alcanzó los botones de la camisa de Magnus y comenzó a desabrocharlos. Magnus se concentró en distraer a Alec mientras que Alec trató de concentrarse en los movimientos motores finos. Normalmente esto llevaba a un frustrado arranque de la camisa, con botones volando por todas partes, lo que Magnus siempre disfrutaba. Esta vez, sin embargo, Alec se las arregló para mantenerlos unidos, y Magnus se encogió la camisa de un hombro, y luego del otro. Alec bajó para besar la garganta de Magnus y la parte superior de su pecho, y luego se detuvo.

Magnus abrió los ojos. Alec miraba la herida que el Espino Amarillo le había hecho, un corte diagonal en su corazón que brillaba ligeramente en un cambiante rosa rojizo. Alec había visto la herida la noche en que Magnus la recibió, pero no había estado cara a cara con ella de esta manera.

Alec continuó mirando el pecho de Magnus, con la cabeza inclinada. Magnus lo miró con desconcierto. Lenta y pensativamente, Alec se lamió el dedo, luego lo bajó, manteniendo el contacto visual con Magnus, y trazó su dedo húmedo a lo largo de la herida.

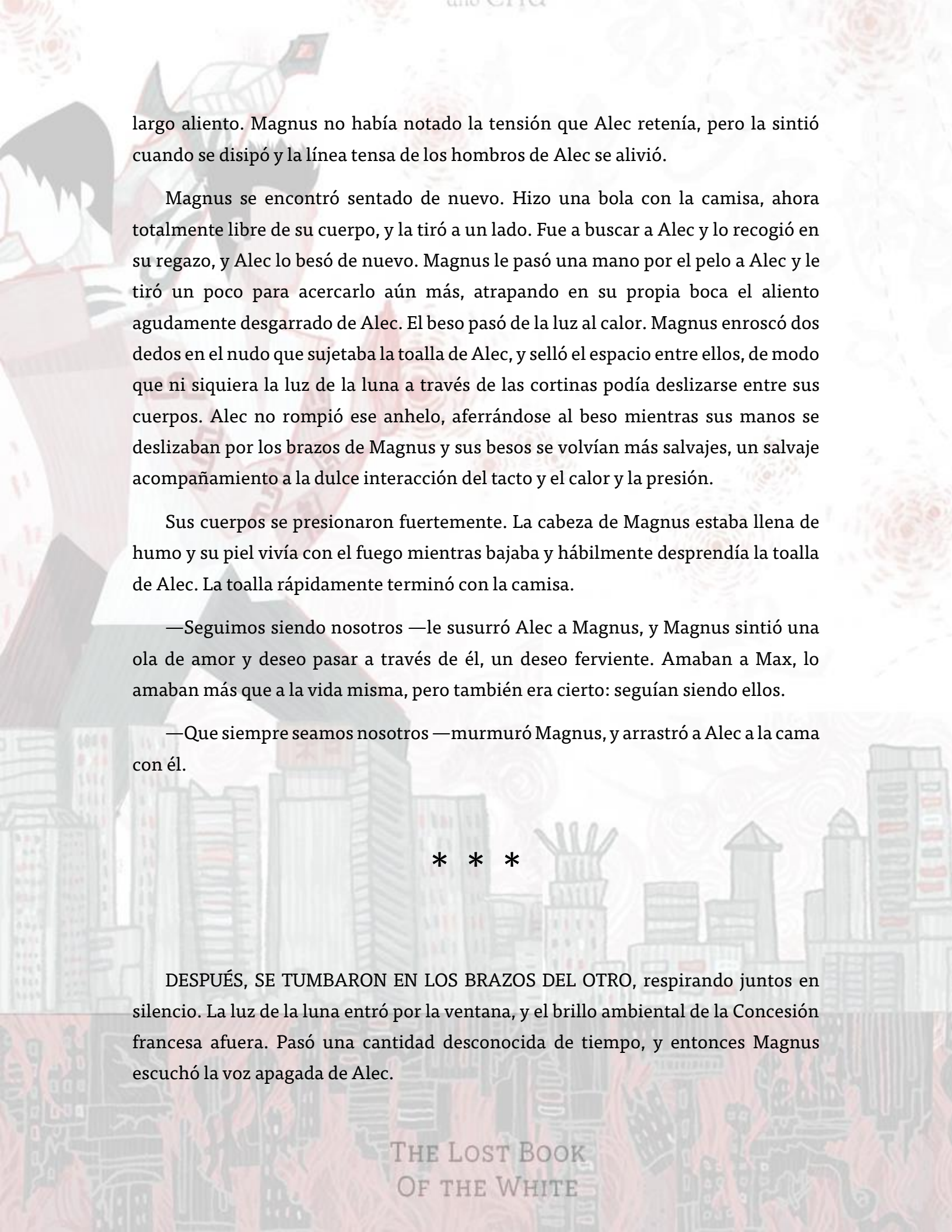
— ¿Duele esto? —dijo roncamente.

—No —dijo Magnus—. Son solo los restos de la magia. No se siente diferente a que si no estuviera allí.

Alec levantó su mano para tocar la cara de Magnus, las yemas de los dedos rozando la curva de su ojo, bajando por su mejilla, enroscándose bajo su mandíbula para que Magnus se mantuviera quieto por un momento. Entonces Alec dejó salir un

---

<sup>32</sup>El músculo dorsal ancho es el músculo más grande, ancho y fuerte de todo el tronco, localizado posterior al brazo.



largo aliento. Magnus no había notado la tensión que Alec retenía, pero la sintió cuando se disipó y la línea tensa de los hombros de Alec se alivió.

Magnus se encontró sentado de nuevo. Hizo una bola con la camisa, ahora totalmente libre de su cuerpo, y la tiró a un lado. Fue a buscar a Alec y lo recogió en su regazo, y Alec lo besó de nuevo. Magnus le pasó una mano por el pelo a Alec y le tiró un poco para acercarlo aún más, atrapando en su propia boca el aliento agudamente desgarrado de Alec. El beso pasó de la luz al calor. Magnus enroscó dos dedos en el nudo que sujetaba la toalla de Alec, y selló el espacio entre ellos, de modo que ni siquiera la luz de la luna a través de las cortinas podía deslizarse entre sus cuerpos. Alec no rompió ese anhelo, aferrándose al beso mientras sus manos se deslizaban por los brazos de Magnus y sus besos se volvían más salvajes, un salvaje acompañamiento a la dulce interacción del tacto y el calor y la presión.

Sus cuerpos se presionaron fuertemente. La cabeza de Magnus estaba llena de humo y su piel vivía con el fuego mientras bajaba y hábilmente desprendía la toalla de Alec. La toalla rápidamente terminó con la camisa.

—Seguimos siendo nosotros —le susurró Alec a Magnus, y Magnus sintió una ola de amor y deseo pasar a través de él, un deseo ferviente. Amaban a Max, lo amaban más que a la vida misma, pero también era cierto: seguían siendo ellos.

—Que siempre seamos nosotros —murmuró Magnus, y arrastró a Alec a la cama con él.

\* \* \*

DESPUÉS, SE TUMBARON EN LOS BRAZOS DEL OTRO, respirando juntos en silencio. La luz de la luna entró por la ventana, y el brillo ambiental de la Concesión francesa afuera. Pasó una cantidad desconocida de tiempo, y entonces Magnus escuchó la voz apagada de Alec.



—Odio estropear el ambiente, y honestamente sería feliz quedándome aquí y no moviéndome nunca más, pero... necesito dormir, o vamos a tener que luchar contra los demonios y el jet lag<sup>33</sup>.

—Lo tengo —dijo Magnus, y levantó su mano en el aire y la agitó, haciendo espirales de polvo dorado en el aire que, sabía, se asentarían sobre ellos suavemente y los adormecerían fácilmente.

O ese era el plan, de todos modos. En su lugar, Magnus sintió una sacudida mágica en su mano desde el cálido nodo del centro de su pecho, y mucho más polvo de sueño de lo que pretendía apareció en el aire, y luego cayó en un macizo directamente sobre sus caras. Alec balbuceó y rio.

—¿Qué fue eso? —dijo, con los ojos ya cerrados, y luego se quedó dormido contra la almohada y empezó a roncar suavemente.

—Parece que tengo algunos problemas con el calib...—dijo Magnus, y luego él también se durmió.

\* \* \*

LA MAÑANA SIGUIENTE MAGNUS despertó para encontrarse a solas. Alec se había levantado al amanecer, junto con los otros Cazadores de Sombras, y todos se habían ido al Instituto. Alec dejó una nota diciendo que había dejado dormir a Magnus porque parecía necesitarlo, lo que hizo que Magnus sospechara inmediatamente. Después de todo, tenía una conexión más directa con la familia Ke que cualquiera de ellos; ¿por qué no querían que fuera con ellos?

Se arrastró cansado hasta el baño. Salpicó agua en su cara cansada y miró fijamente el vidrio con marco de oro sobre el lavabo de porcelana y nogal. La línea

---

<sup>33</sup> El jet lag, también denominado «trastorno de desfase horario», es un problema temporal del sueño que puede afectar a cualquier persona que viaje velozmente a través de múltiples husos horarios.

dentada tallada en su pecho le miraba fijamente, todavía emanando su extraña luz. Estaba siendo ridículo, se dijo a sí mismo. Alec siempre fue franco con él, y si decía que dejaba dormir a Magnus porque parecía necesitar dormir, entonces seguramente decía la verdad.

Las cortinas de terciopelo se cerraban herméticamente a través de las altas puertas de los balcones, el traqueteo y el ronroneo de la ajetreada mañana de la ciudad se apagaban. El oscurecimiento hacía que todo pareciera sombrío, incluso los ojos de Magnus. Abrió las cortinas y entrecerró los ojos a la luz.

Se puso ropa —Shanghái estaba caliente y húmeda, como siempre, así que Magnus optó por pantalones de lino blanco, una guayabera y un sombrero de Panamá blanco— y bajó las escaleras, preguntándose si era demasiado tarde para el desayuno. Adjunto al hotel había un jardín cerrado, con sus paredes altas, blancas y adornadas con lazos de piedra blanca que se asemejaban a la herrería. Se encontró vagando por él, disfrutando del sol en su cara. Los turistas vagaban por los caminos de grava, elegantemente vestidos; Magnus contaba por lo menos con diez idiomas que se hablaban a su alrededor ahora mismo. Flores de color rojo intenso crecían en los arbustos de aquí, hojas color verde oscuro que ofrecían sus corazones al cielo. Ramas de otros árboles se curvaban sobre los muros como si quisieran entrar en el jardín también. Había bancos esparcidos por todas partes, y un puente de piedra con un patrón geométrico angular, que conducía a una pequeña pagoda<sup>34</sup> verde y amarilla abierta a los elementos y custodiada por una criatura de piedra.

En el puente estaba Shinyun.

En un cambio importante de su ropa habitual, más tradicional, había optado por una sastrería afilada y un traje de negocios rojo sangre. El Svefnthorn estaba atado a su espalda, su fea y retorcida punta sobresalía detrás de su cabeza.

Esto, pensó Magnus, era mucho con lo que lidiar antes del café.

---

<sup>34</sup> La pagoda es el edificio de varios niveles común en varios países asiáticos, entre otros, China, Vietnam, Japón, Tailandia y Corea.



—¡Magnus! —Shinyun le llamó bruscamente—. Quédate ahí. —Eché un vistazo a su alrededor—. O tendré que lastimar a uno de estos pequeños y agradables viajeros. ¿Cómo se les llama? Turistas.

Magnus sopesó sus opciones. Eran sombrías. Ninguno de los turistas se había vuelto a mirar a Shinyun cuando ella habló: él esperaba que estuviera usando un glamour. Podía intentar atacar con algo de magia de guerra, pero al menos unos pocos mundanos podrían resultar heridos o muertos, aun así, y no estaba seguro del alcance actual de los poderes de Shinyun.

No se movió cuando Shinyun se acercó. En silencio, comenzó a rodearse de guardias. Al menos podría protegerse de otra emboscada.

—Si quieres luchar —dijo Magnus ligeramente—, tendré que ponerte en mi calendario. No puedo hacer nada antes de haber comido.

—No es necesario llegar a eso si no haces nada estúpido —dijo—. Solo quiero hablar.

—Si quieres hablar —dijo Magnus—, será mejor que estés lista para hablar en el desayuno.

Shinyun se dibujó a sí misma con dignidad y dijo—: Lo estoy. —Sacó una bolsa de plástico de su bolso—. ¿Te gustan los *ci fan*<sup>35</sup>?

—Si —dijo Magnus, mirando los pequeños paquetes de arroz glutinoso—. Me gustan mucho.

Unos minutos más tarde se encontraban sentados en los bancos del jardín. Era una hermosa mañana, soleada y con brisa. Las flores de osmanthus estaban floreciendo en Shanghái, y el viento trajo su suave aroma, un poco como el melocotón o el albaricoque. Masticó un bocado de cerdo y verduras en escabeche y se sintió un poco mejor. Desafortunadamente, esto le recordó que estaba desayunando con una persona inestable, que lo había apuñalado la última vez que

---

<sup>35</sup> El *cí fàn tuán* es un tipo de recetas de la cocina china, originario de Shanghái. Se hace envolviendo apretado un trozo de youtiao con arroz glutinoso. Suele tomarse para desayunar junto a leche de soja dulce o salada en el este de China, Hong Kong y Taiwán.

se habían encontrado, con un arma que llevaba consigo actualmente, y que, si el sueño de Clary significaba algo, podría intentar apuñalarlo de nuevo. Por otro lado, al menos estaba bastante seguro de que el desayuno no estaba envenenado.

Magnus se metió en la boca otro *ci fan* y revisó sus protecciones. Todavía estaban en su lugar. Un rinoceronte de carga no debería ser capaz de atravesarlos.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó en torno a un bocado—. Solo pregunto por curiosidad profesional.

—Hemos estado en Shanghái durante meses —dijo Shinyun—. Obviamente ya hemos reunido un equipo de informantes secretos por toda la ciudad.

—Obviamente —murmuró Magnus. Si resultaba que él y sus amigos no habían sido capaces de encontrar a Ragnor solo porque los estaba rastreando con más éxito, se iba a molestar mucho. Esperaba que los demás no se hubieran encontrado con Ragnor de camino al Instituto o algo así. Por otro lado, también esperaba que no volvieran antes de que averiguara cómo deshacerse de Shinyun—. Entonces uh... ¿cómo está tu malvado maestro? ¿Cómo van sus malvados planes?

—El único consejo de Samael es el suyo propio —dijo Shinyun—. Yo sigo su ejemplo sin dudar. Es muy relajante, en realidad.

—¿Así que ni siquiera sabes lo que está tratando de hacer? ¿Sabes por qué quería el Libro del Blanco? ¿Sabes por qué quería a Ragnor?

—Oh, eso es bastante fácil. —Shinyun dio un mordisco—. Quería que Ragnor le encontrara un reino. Y Ragnor lo hizo. Hace un tiempo. Pero para entonces ya había aceptado la victoria de Samael y se había convertido en su complaciente siervo.

—¿Su *complaciente* siervo? —dijo Magnus, mirando al Svefnthorn—. Eso no suena como el Ragnor Fell que conozco.

—Samael no es como otros demonios —dijo Shinyun. Miró a Magnus pensativamente—. Piensas que soy una tonta, atando mi fortuna a la Serpiente del Jardín.

—No, no —protestó Magnus—. «Serpiente del Jardín», suena muy confiable.



—No es una cuestión de confianza —dijo Shinyun—. Sé lo que estoy haciendo.

—Vale —dijo Magnus—. ¿Qué estás haciendo?

—Aquí en la Tierra —dijo Shinyun—, el poder es una cosa complicada y extraña. Los humanos se conceden poder unos a otros; se intercambian, se ganan y se pierden, todo es muy abstracto. Pero ahí fuera... —Señaló por encima suyo.

— ¿En el cielo? —dijo Magnus.

—Más allá de nuestro propio mundo, en los mundos de los demonios y los ángeles y lo que sea que haya ahí fuera. El poder allá afuera no es una pieza abstracta de la cultura humana. El poder es poder. Lo que aquí en la Tierra llamamos magia es solo poder con otro nombre, poder que se ejerce aquí en este reino.

—Y quieres poder —dijo Magnus. A pesar de sí mismo, estaba un poco interesado. Siempre supo que había Príncipes del Infierno y arcángeles locos por ahí, jugando con la humanidad como si fuera un tablero de ajedrez. Esto era como un vistazo a la sala de juegos.

—El poder es todo lo que cualquiera puede querer —dijo Shinyun—. El poder es la habilidad de elegir lo que pasa, de querer algo y que se cumpla. Los ideales de los que hablan los humanos, como la libertad y la justicia, son todos solo poder con otros nombres.

—Te equivocas —dijo Magnus, pero cautelosamente—. Y aunque en algún lugar, en algún abismo primordial, tengas razón, no importa. Porque vivimos aquí en la Tierra, donde el poder es complicado e interesante, en lugar de cósmico y aburrido.

Shinyun enseñó los dientes, una visión extraña dada la blancura de su expresión.

—Eso puede haber sido cierto para la Tierra una vez —dijo—, pero entonces Samael liberó demonios cósmicos y aburridos por todas partes, y Raziel liberó a los aburridos Cazadores de Sombras cósmicos para luchar contra ellos. —Sacudió la cabeza—. Tal vez no puedas entenderlo. Naciste con una gran herencia. No sabes lo que es pasar por este mundo en la debilidad.

Magnus rio.

—Nací en una colonia imperial oprimida, entre campesinos pobres. Me va bien ahora, pero...

—Por supuesto que no estoy hablando de tu mundano padre —siseó Shinyun—. Estoy hablando de Asmodeus.

Reflexivamente, Magnus miró a su alrededor; nadie los miraba. Nadie había tratado de sentarse en su banco, tampoco; el glamour era útil de esa manera.

—Cualquier brujo —continuó Shinyun con una voz más tranquila pero no menos intensa—, que piense que se parece más a los humanos que a los demonios, que los humanos merecen su protección, ese brujo se está engañando a sí mismo. No es un humano. Es un demonio que se ha vuelto nativo.

—Mira —dijo Magnus, mientras le miraba fijamente con ojos de insecto—. Lo entiendo. Entiendo que intentes encontrar al demonio más grande y malo que puedas, y lo conviertas en tu protector. Pero no necesitas hacer eso. No necesitas encontrar ningún demonio. Eres una bruja: ya posees un poder mágico que los humanos no podrían ni soñar. ¡Y tú eres inmortal! Lo tienes muy bien, Shinyun. Eres la única que no lo sabe. Cálmate. ¡Empieza una familia! Adopta un niño, tal vez.

—Vivir para siempre no es un poder cuando tu vida es una tragedia —dijo Shinyun. Magnus suspiró.

—La vida de cada hechicero comienza como una tragedia. No hay historias de amor en los orígenes de ningún hechicero. Pero tienes que elegir. Eliges el tipo de mundo en el que vives.

—No lo haces —dijo Shinyun—. Los peces comen peces más pequeños. Los demonios se comen a los demonios más pequeños.

—Eso no es todo lo que hay —insistió Magnus—. Shinyun. —Puso su mano en su hombro—. ¿Por qué has venido a verme? No puede haber sido para ganar esta discusión.

Shinyun rio, una desconcertante señal de su actitud anterior.



—He venido a darte el regalo que te prometí en Brooklyn. Y quería ganar esta discusión. Y ahora puedo hacer las dos cosas al mismo tiempo.

Se lanzó, con su mano en movimiento; Magnus ya estaba de pie, su mano levantada, el fuego azul zumbando de su palma.

Algo lo apuñaló a través de él. Jadeó.

Había estado listo para que Shinyun se lanzara con el Svefnthorn, había sido preparado con magia para bloquearla, pero sus guardas se hicieron añicos como el cristal cuando el Svefnthorn se clavó directamente en la herida que ya le había hecho en el pecho.

Un espasmo de magia, no del todo doloroso ni del todo placentero, pero abrumador sea cual sea su valencia, hizo arrodillar a Magnus. Miró hacia abajo a la punta que sobresalía de su pecho por segunda vez. Respiró estrepitosamente.

—¿Cómo...?

Sobre él, Shinyun dijo, en un tono de satisfacción y lástima—: La espina ya forma parte de tu magia, Magnus. Tu magia no puede protegerse de sí misma.

Le retorció la espada en el pecho, como una llave que abre una cerradura.

—No puedes protegerte del Svefnthorn. —Ella lo torció de nuevo antes de retirarlo finalmente de su pecho. No había sangre en la espiga, pero Magnus creyó verla brillar con luz azul cuando la devolvió a su vaina—. No me digas que no lo has buscado desde que te lo dije.

—Es de la mitología nórdica, y hace que la gente se duerma —dijo Magnus—. Excepto que obviamente está conectado de alguna manera con Samael, que no es parte de la mitología nórdica, así que no, creo que solo hemos hecho la mínima investigación hasta ahora, ahora que lo digo en voz alta.

—Fuera del mito mundano —dijo Shinyun—, tiene una gran historia. Mi primera tarea de Samael fue recuperarla de su escondite y sintonizarla con mi maestro. Fue toda una aventura, en realidad. Me enfrenté a muchos peligros, y me involucré en muchas pequeñas intrigas.

—Por favor —dijo Magnus, levantando la mano—. No me importa. —Puso su mano en el pecho, sintió el calor que emanaba de la herida. El nodo de magia en su pecho continuó golpeando y latiendo como un segundo corazón, más fuerte que antes. Se sintió... bueno, en realidad, se sintió bastante bien.

Shinyun se sentó junto a Magnus, donde se arrodilló en la hierba. Parecía bastante tranquila.

—Llegarás a entender —dijo, como si estuviera confiando un secreto—. Me pinché tan pronto como me dieron permiso para hacerlo. Nunca me he arrepentido. Pronto apreciarás lo que he hecho por ti.

—Si no lo hago —dijo Magnus—, ¿me vas a apuñalar de nuevo?

Shinyun agitó la cabeza. Parecía excitada, como si hubiera tenido que esperar mucho tiempo para contarle algo a Magnus, y ahora por fin lo estaba consiguiendo.

—No —dijo—. Ahora tienes una opción. Ahora elegirás ser golpeado de nuevo por la espina.

Magnus podía decir que ella quería desesperadamente que le preguntara qué quería decir. Se negó a darle la satisfacción, y esperó en silencio mientras Shinyun lo observaba con impaciencia. Finalmente dijo—: Una vez que hayas probado la espada dos veces...

—Por favor, no digas «probado» —dijo Magnus, postergando

—...estás conectado al poder de mi amo. Una tercera vez que hayas...

—Por favor —dijo Magnus.

Shinyun hizo un gesto de impaciencia, pero dijo—: Una tercera herida con la espina te convertirá en todo suyo. Se convertirá en el dueño de tu voluntad, y con tu nuevo regalo, le servirás.

Magnus la miro buscando.

—¿Por qué iba a hacer eso?



—Porque —dijo casi rebotando en sus rodillas con regocijo—, si no te hieren por tercera vez, la espina te quemará de adentro hacia afuera. Serás consumido por su llama. Solo aceptando a Samael en tu corazón puedes evitar la muerte.

Magnus se puso la mano en el pecho otra vez, alarmado.

—¿Qué? —dijo—. ¿Así que tengo que aceptar a Samael en mi corazón literalmente? ¿O moriré?

—Así es como funciona —dijo Shinyun—. Ninguna magia puede revertir el curso de la espina una vez que se ha clavado en ti. —Señaló juguetonamente el pecho de Magnus. Él le quitó el dedo de una bofetada—. Muy pronto —dijo—, te darás cuenta de que esto es lo mejor que te ha pasado en la vida.

—Me sorprendería mucho —dijo Magnus, obligándose a ponerse de pie—, si saliera de la lista de las peores cosas que me han pasado. Pero te mantendré informada. —Respiró profundamente alrededor de la herida y miró a Shinyun—. Pensé que aprenderías. Intentamos ayudarte, de verdad.

—Y ahora te estoy ayudando —dijo—. La próxima vez que nos encontremos, te sentirás diferente. Te lo prometo.

—¿Y cuándo será eso?

—El tiempo está más cerca de lo que crees. El tiempo puede estar más cerca de lo que yo creo. —Shinyun estaba casi bailando, estaba tan complacida consigo misma.

—¿Qué significa eso? —gritó Magnus exasperado—. ¿Por qué estás tan loca?

Pero una neblina color rojo sangre había aparecido bajo los pies de Shinyun, y se arremolinó rápidamente en una nube creciente para cubrirla completamente. Cuando se disipó en la brisa de la mañana, ella se había ido.

## 6

## TIAN

Traducido por Elisa  
Corregido por Roni Turner

NO ERA ALGO QUE admitiría ante nadie más que sus amigos más cercanos, pero Alec tenía una lista en la cabeza de los Institutos que más quería visitar.

Evidentemente, había cientos de Institutos que le gustaría visitar. Este solo estaba simplemente entre los diez mejores.

Estaba el Instituto de Maui, por supuesto, donde no había paredes externas y pocos techos y, se decía, una mínima actividad demoníaca. El Instituto de Ámsterdam, un enorme barco invisible anclado permanentemente en el IJ<sup>36</sup>. El Instituto de Cluj, un gran castillo de piedra que se elevaba hacia el cielo, muy por encima de la línea de árboles en las Montañas de los Cárpatos. Y luego estaba el Instituto de Shanghái.

A diferencia de cualquier otro Instituto en el que Alec pudiera pensar, el de Shanghái estaba en un lugar que había sido bien conocido y sagrado para los mundanos mucho antes de que se crearan los Cazadores de Sombras. Una vez el edificio había sido parte del Templo Longhua, un complejo de monasterios y santuarios budistas que se había mantenido en pie durante casi dos mil años. Habían trabajado constantemente en el complejo, reparado y actualizado a lo largo de los siglos, y al principio de su historia, los Cazadores de Sombras habían aprovechado la oportunidad para reclamar algunos de los terrenos no utilizados para construir su hogar.

Caminando con sus amigos a través de la cálida y soleada mañana, Alec se detuvo frente al templo para contemplar su vista más famosa, la Longhua Pagoda,

---

<sup>36</sup> Bahía de IJ es un lago, el cual anteriormente fue una bahía. Es conocido por ser costa de Ámsterdam.



una torre de seis techos con aleros vueltos hacia arriba, apilados alrededor de un octágono carmesí y ocre que se elevaba hacia el cielo. Alec había visto fotografías de él decenas de veces.

—No puedo creer que esté realmente aquí —dijo en voz alta.

—Podrías haber venido en cualquier momento —señaló Isabelle detrás de él—. Tenemos portales.

—Simplemente no aproveché la oportunidad antes —dijo Alec—. Debería visitar algunos de los otros en mi lista, cuando llegemos a casa. —El pensamiento breve y desleal, *debería haber visitado estos lugares antes de tener un hijo*, pasó por su mente y lo rechazó. No era como si Magnus y él tuvieran que volar en un avión comercial mundano con Max. Podrían simplemente llevarlo a través de un Portal. Suponiendo que los portales no siguieran yendo a lugares equivocados, o que estuvieran infestados de demonios escarabajo.

La pagoda era hermosa, pero la multitud de turistas mundanos de repente se sintió opresiva. Él se alejó.

—Vámonos.

El Instituto estaba hecho del mismo ladrillo que la mayoría de los edificios del templo, con los mismos aleros vueltos hacia arriba y ventanas hexagonales. En una torre fuera del eje central había una campana de cobre, gemela de la del campanario mundano cercano. Las campanas habían sido un conjunto, creado para alejar a los demonios, y mientras los mundanos tocaban las suyas solo ocasionalmente, los Cazadores de Sombras le daban la bienvenida al anochecer tocando la suya. Alec se preguntó si llegaría a escucharla. Ya estaba pensando en cómo encontrar una excusa para regresar aquí antes de que se fueran.

Subió las escaleras hasta las enormes puertas dobles y titubeó. Dejar a Magnus atrás había sido una decisión difícil, pero su novio necesitaba un descanso. Magnus lidiaba con el estrés de agregar la paternidad a su vida actual simplemente durmiendo menos y esforzándose más. Era lo mínimo que Alec podía hacer, dejarlo dormir. Era cierto que Magnus conocía a la familia Ke, quienes dirigían el Instituto,

y sin duda se uniría a ellos pronto, pero Alec estaba seguro de que el resto de ellos podría manejar ir a un Instituto amigable sin ayuda. Todos estaban uniformados y con runas, por lo que serían reconocibles de inmediato.

Comenzó a subir las escaleras, pero se quedó paralizado cuando las bisagras de una de las puertas gigantes crujieron ruidosamente, abriéndose por completo.

Alec se sorprendió un poco al descubrir que detrás de la puerta había un hombre muy joven —quizás dieciochoañero, poco más joven que el propio Alec— alto y delgado, con pelo negro y corte recto, y cejas dramáticas. Llevaba un traje de combate color burdeos oscuro y brillante, el famoso barniz rojo oscuro de los Cazadores de Sombras de China, que estaba de moda cada pocas generaciones. Le recordaba a Alec a alguien, pero no sabía a quién.

Clary levantó la mano a modo de saludo y comenzó a hablar, pero el joven estaba mirando a Alec.

—¿Eres Alec Lightwood? —preguntó, en un inglés sin acento. Alec arqueó las cejas con sorpresa.

Isabelle dijo—: Oh, *no*, Alec es famoso ahora.

El hombre se volvió para mirarla.

—Y tú debes ser Isabelle, su hermana. Entren —dijo, indicándoles que pasaran—. Los están esperando a todos.

\* \* \*

EL INSTITUTO SE SENTÍA SORPRENDENTEMENTE VACÍO. Resultó que solo había cuatro Cazadores de Sombras en casa, explicó el hombre: el resto estaban «investigando la situación de los Portales».



—Perdónenme —dijo cuando todos entraron y cerró la puerta tras ellos—. No pretendo ser misterioso. Soy Ke Yi Tian (pueden llamarme Tian), y me dijeron que los esperara. Alec e Isabelle Lightwood, así como Clary Fairchild, Jace Herondale y Simon Lovelace.

—¿Entonces Alec no es famoso? —Isabelle parecía decepcionada.

—¿Quién lo dijo? —dijo Jace. Parecía cauteloso; Alec no lo culpaba.

—Un miembro de mi familia —dijo Tian—. Ya no es un Cazador de Sombras, pero sigue... vigilando a quienes considera personas de interés.

—Eso no es ominoso en absoluto —murmuró Simon.

—No lo es —dijo Clary—. Se refiere al hermano Zachariah.

—El ex hermano Zachariah —dijo Tian. Miró a su alrededor y señaló una puerta—. ¿Vamos al vergel de duraznos y hablamos allí?

Todos se miraron. Alec dijo—: Sí. Sí, sería muy agradable.

El vergel de duraznos era un espacio refinado y agradable, bien sombreado y equipado con pequeñas mesas de madera y taburetes colocados aquí y allá donde sentarse. Tian los condujo hasta uno, y Simon y Clary se sentaron, mientras que el resto permaneció de pie.

—Entonces, ¿están aquí por los Portales?

—Más o menos —dijo Alec—. ¿Qué está pasando con los Portales, exactamente?

Tian pareció sorprendido.

—Los portales se están portando mal en todo el mundo. Comenzó hace solo unos días, pero rápidamente se convirtió en un verdadero desastre. Supuse que lo sabrían, ¿no viajaron a Shanghái por un Portal?

—Sí —dijo Clary—, y definitivamente se estaban... portando mal. Asumimos que solo éramos nosotros.

—Todos pensaron que eran solo ellos —dijo Tian—. Pero son todos. Los Portales están yendo al lugar equivocado, o no se abren en absoluto, o están llenos de demonios. Todo el mundo lo está investigando.

—Creemos que nuestra misión podría estar indirectamente relacionada con los Portales de alguna manera —dijo Alec con cuidado—, pero en realidad estamos en Shanghái para buscar a un par de brujos, un hombre y una mujer. Recientemente robaron un poderoso libro de hechizos de Nueva York, y creemos que son demasiado peligrosos para que se les permita conservarlo.

Tian tiró distraídamente de una rama con su cabello oscuro cayendo sobre sus ojos.

—Bueno, la buena noticia, y la mala, es que casi todos los Subterráneos de Shanghái viven en el mismo vecindario.

—La Concesión Subterránea —dijo Alec.

—Exactamente. Pero hay *muchos* Subterráneos en la ciudad. *Muchos*. Debería saberlo, esa es mi área de patrulla.

—¿Te dejan patrullar allí? —dijo Isabelle.

Tian asintió con la cabeza y dijo, con cierto orgullo—: Las relaciones entre los Cazadores de Sombras y los Subterráneos siempre han sido muy buenas en Shanghái.

—¿Incluso ahora? —dijo Alec.

Tian hizo una mueca.

—Hacemos lo mejor que podemos. Se trata de conocer a las personas, entablar relaciones con ellas, confiar en ellas, de modo que cuando sea importante, confiarán en ti.

Alec descubrió que le gustaba este tipo.

—¿Tienes alguna sugerencia?

Tian asintió.



—Si pueden esperar, deberían ir al Mercado de Sombras mañana. Hay algunas personas con las que podrían hablar... pero realmente el mejor lugar con el que comenzar sería Peng Fang. Es un comerciante de sangre de vampiros...

—Nos conocemos —dijo Alec con tristeza. Isabelle y Simon intercambiaron miradas de desconcierto.

—Y hay otros. —Tian vaciló—. ¿Se ofenderían si los escoltara? Las cosas van mejor en Shanghái que en cualquier otro lugar, pero muchos Subterráneos aún desconfían de los Nefilim que no conocen. Especialmente, obviamente, nefilim que no conocen extranjeros.

—Oye —dijo Simon a la defensiva—, Alec, aquí presente, es el *fundador* de la Alianza de Cazadores de Sombras y Subterráneos. Tiene un pase con los Subterráneos.

—No —dijo Alec—, no tengo un «pase con los Subterráneos».

—Si algún Cazador de Sombras lo tiene, ese eres tú —insistió Simon.

—Los llevaré y haré las presentaciones —dijo Tian—. Me conocen. Y deberían separarse cuando caminen por los alrededores. Seis Cazadores de Sombras juntos en un Mercado de Sombras hace parecer que algo está a punto de suceder. —Les sonrió—. Vengan a la casa de mi familia mañana. Podemos desayunar y luego ir al Mercado.

—Pero el Mercado es de noche —dijo Simon.

Tian sonrió más ampliamente.

—Bienvenido a Shanghái, hogar del único Mercado de Sol<sup>37</sup>.

—¿Qué quieres...? —comenzó Simon.

—Los vampiros tienen una sección del Mercado que se ha oscurecido y que se ha cerrado para su uso —dijo Tian.

---

<sup>37</sup> Originalmente *Sunlit Market*, Cassandra le da otro nombre al Mercado de Sombras ya que este funciona a plena luz del día.

Simon asintió, satisfecho.

—Escuché algo sobre una librería —dijo Alec—. El Palacio Celestial.

Las cejas de Tian se arquearon.

—Está cerca. Podemos detenernos allí también. Es... —Vaciló—. Es propiedad de las hadas y cuenta con personal. Lllamarán la atención. Toda la concesión sabrá en minutos que una banda de Cazadores de Sombras extranjeros ha llegado al Palacio.

—¿Causará problemas? —preguntó Jace.

Tian se encogió de hombros.

—Probablemente no. Solo chismes. Si no quieren que los monarcas de las hadas o los clanes de vampiros o el Laberinto Espiral sepan que están en Shanghái, eso les quitará la tapadera en el momento en que entren.

—¿Por qué no queríamos que sepan que estamos en Shanghái? —dijo Alec.

Tian vaciló.

—¿Puedo hablar con franqueza? —dijo. Cuando asintieron, prosiguió—. Una de las formas en que las cosas se mantienen amigables entre todos nosotros aquí en Shanghái es que los Cazadores de Sombras tratamos de tomar las situaciones a medida que surgen y encontrar soluciones donde podemos.

—No estoy segura de a qué te refieres —dijo Clary.

Tian se aclaró la garganta.

—Nuestro objetivo es la estabilidad general del lado de las Sombras de la ciudad. Eso significa, en ocasiones, permitir alguna actividad subterránea que normalmente no se considera aceptable. Siempre debido a importantes circunstancias atenuantes, comprenderán.

—Oh, ya lo pillo —dijo Jace—. Estás diciendo que, si vamos juntos a la concesión, podríamos ver cosas ilegales, y quieres saber si podemos dejarlo pasar.

—¿Es eso lo que estás diciendo? —dijo Alec.



—No lo expresaría en esos términos, pero... sí —dijo Tian.

Intercambiaron miradas. Cuidadosamente, Jace dijo—: Si bien todos somos conocidos principalmente por seguir estrictamente a rajatabla la Ley...

—Obviamente —coincidió Isabelle.

—...también somos visitantes aquí, y entendemos que las circunstancias a menudo son complicadas y tienen mucha historia. Además, somos del Instituto de Nueva York y somos expertos en dejarlo pasar.

Jace le guiñó un ojo. Tian parecía desconcertado.

—No estamos aquí para interferir con la forma en que hacen su Caza de Sombras —aclaró Alec, en modo tranquilizador.

Tian frunció el ceño.

—¿Dicen eso en Nueva York? ¿«Caza de Sombras»?

—No —dijo Isabelle—. Nadie dice eso.

—Bueno, tal vez deberíamos empezar —respondió Alec. Isabelle le sacó la lengua.

—Entonces, ¿cómo está la situación con los demonios aquí? —preguntó Clary.

—No está bien. Empeorando. —Tian se enderezó. Parecía inquieto—. Regresemos adentro. Me gustaría ver si mi padre ha regresado de sus rondas.

Mientras caminaban, explicó—: Por una parte, en una ciudad así de grande, siempre habrá idiotas que invoquen nuevos demonios, y viejos demonios que aparecieron hace siglos y todavía andan por ahí. De hecho, últimamente hemos recibido muchos de estos últimos. Demonios extraños, cosas que no se han visto en Shanghái por cien años. Cosas que tienes que buscar en un libro cuando vuelves de luchar contra ellas.

—¿Alguna idea de por qué?

—Un montón de teorías. Nada realmente sólido. Es curioso: durante décadas Shanghái fue conocida como una ciudad muy segura, con muy pocos demonios, segura para los Subterráneos. En el tiempo después de Yanluo...

Estaban de regreso en el vestíbulo de entrada del Instituto, y Tian estaba a punto de continuar hablando cuando de repente se escuchó un fuerte golpe en la puerta principal. Tian miró fijamente las puertas, luego fue a responder a la llamada con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —dijo Alec.

—No se puede *golpear* esta puerta —dijo Tian—. Tiene medio metro de espesor. Nadie podría golpear con suficiente fuerza.

Abrió la puerta y detrás de ella, bajo el resplandor de la mañana, estaba Magnus. Estaba doblado, con las manos en las rodillas, jadeando, como si hubiera estado corriendo con fuerza.

—¡Magnus! —Alec se dirigió hacia él.

Magnus tenía los ojos desorbitados, en absoluto como de costumbre. Miró a su alrededor al grupo, luego a Tian.

—Debes ser Tian —dijo—. Soy Magnus Bane, encantado de conocerte. Todos ustedes —agregó—, salgan y traigan armas. Ahora.

\* \* \*

ALEC SIGUIÓ A MAGNUS A TRAVÉS DE LAS puertas. Detrás de él, Isabelle jadeó.

Cortinas negras de sombras colgaban del cielo bajo lo que parecía ser una pequeña nube de tormenta suspendida a poca altura. No llovía, aunque retumbaban



truenos. El área bajo la nube estaba oscura como la noche, y de la niebla hirviente en la parte baja de la nube salieron demonios, docenas de ellos.

En el centro de la lluvia de demonios, a treinta metros del suelo, Shinyun flotaba con las manos levantadas. La luz brillaba a su alrededor, carmesí y ondulante.

—Bien, algunas cosas —dijo Magnus.

Tian salió del Instituto, ahora sosteniendo algo en un cordón plateado, que giró rápidamente hacia el lado.

—¿Quién es esa?

—Esa es una bruja muy mala a quien no le agrado —dijo Magnus—. Eso es lo primero. Lo segundo es que no estoy cien por ciento seguro, pero *creo* que ella puede estar al mando de algunos demonios.

Los demonios que aterrizaron rodaban y se fusionaban en sus diversas formas diferentes. Había criaturas que parecían hechas del propio banco de nubes, con ojos fríos, de un blanco hueso. Había más demonios serpiente como los que habían luchado en el apartamento del hada y también esqueletos sonrientes.

Alec se acercó a Magnus y se quedó cerca de él.

—¿Cómo nos encontró?

—Ella me encontró —dijo Magnus—. En el hotel.

—¿Cómo? —dijo Clary.

Él puso los ojos en blanco.

—Tiene espías por todas partes, aparentemente.

—¿Te atacó? —dijo Jace.

—Sí, pero luego salí del hotel para venir al Instituto y apareció cuando estaba a mitad de camino y me atacó *de nuevo*, esta vez con demonios.

—¿Eso significa que te apuñaló con la espina de nuevo? —dijo Alec alarmado.

—No hay tiempo para entrar en eso...

Alec se volvió hacia Magnus y lo agarró por los hombros.

—¿Te volvió a apuñalar? —dijo de nuevo, más intensamente.

Magnus dijo—: Sí.

Fue como si lo hubieran apuñalado a él mismo. Alec cerró los ojos.

—Y se pone peor. Pero, de verdad, ahora *no* tenemos tiempo para eso. En este momento tenemos que lidiar con su pequeño ejército. Me siguieron hasta aquí.

—¿La guiaste hasta nosotros? —Simon pareció sorprendido.

—Bueno —dijo Magnus con irritación—, no pensé que pudiera manejarla a ella y a todos los demonios por mí mismo. ¿Qué me habrías sugerido hacer?

Alec no dijo nada. Normalmente, Magnus habría podido neutralizar a Shinyun fácilmente; era un brujo mucho más poderoso que ella. O se había vuelto más poderosa o Magnus se había vuelto más débil. O ambos. Y ahora estaba herido de nuevo.

Sacó su arco y disparó un par de flechas a las bolas de niebla; se clavaron, por lo que había *algo* sólido allí.

—¡Tian! —llamó—. ¿Son estos tus locales? ¿A qué estoy disparando?

—Las serpientes son Xiangliu, ¿no las tienen en América? —Hubo un destello, y la cuerda que Tian giraba repentinamente estalló hacia adelante, en diagonal, y Alec vio que al final de la cuerda había una hoja de *adamas* en forma de diamante, que le cortó la cabeza a uno de mencionados Xiangliu—. Las nubes son Ala, en su mayoría son molestas.

—Ay, hombre —dijo Isabelle, corriendo hacia Tian con una vara delgada en la mano—. ¿Qué arma es esa? Es impresionante.

Tian parecía complacido.

—Dardo de cuerda. —Con habilidad, giró la cuerda que regresaba alrededor de su cuerpo, atrapándola cerca de la hoja para recuperar el control.



—Quiero uno —dijo Isabelle. Azotó el extremo de la vara y una espada larga y curva, como una cimitarra, se desdobló y encajó en su lugar en el extremo.

Simon dejó caer su arco y desenvainó dos espadas serafines, que brillaban en sus manos como faros en la oscuridad antinatural.

—¿Eso es una bisarma? —gritó hacia Isabelle.

Isabelle atravesó un esqueleto con el extremo del arma, luego lo azotó y atravesó un segundo esqueleto antes de que el primero hubiera caído.

—Es una *guja* —dijo dedicándole una sonrisa maliciosa a Simon.

—Dios, te amo —dijo Simon.

—¿Alguien puede echarles un poco de agua a esos dos? —dijo Magnus—. Mira, lamento haberla traído aquí. No sabía qué hacer. Shinyun, voy a ir a tratar de hablar con ella.

—¿Puedes volar hasta donde está? —dijo Alec.

—Sí, pero voy a necesitar ayuda si no quiero que me noqueen y me echen del cielo.

—Nos ocuparemos de todo lo demás —dijo Alec.

—Yo me encargo de los esqueletos —dijo Simon.

—Yo ya me he encargado de los esqueletos —dijo Isabelle. Miró a Simon de arriba a abajo, la preocupación se mostraba a través de su expresión lista para la batalla—. ¿Podrás con ello?

—Yo —dijo Simon—, puede que solo haya sido un Cazador de Sombras por un corto tiempo, pero me he estado preparando *toda mi vida* para luchar contra guerreros esqueléticos. Podré con ello.

Jace había desaparecido. Alec echó un vistazo al enjambre de demonios y derribó a un Ala del cielo con dos flechas rápidas. Pronto vio a Jace, que estaba dando grandes saltos en el aire, mucho más alto de lo que cualquier mundano podría, y azotando su mangual contra cualquier cosa que se le acercara. El dardo de cuerda de

Tian estaba haciendo que los Xiangliu bailaran y esquivaran para mantenerse alejados de sus arcos impredecibles, y cuando Alec lanzó más flechas, notó que Clary se había colocado de manera que los desorientados Xiangliu esquivaran a Tian y se dirigieran directamente a sus espadas serafín.

Detrás de Alec, las chispas volaron de los dedos de Magnus hacia el suelo, y se elevó en el aire hacia Shinyun. Alec lo miró, inclinándose ante el comienzo. Había algo diferente en las chispas: parecían... ¿más afiladas? Y había una extraña neblina sobre toda la batalla, como si mirase a través de un fuego caliente.

Alrededor de Alec, los otros cinco Cazadores de Sombras arrasaron con los demonios en el suelo. Alec mantuvo sus ojos sobre Magnus, derribando a los demonios de las nubes con una flecha bien colocada si se dirigían hacia él.

—Alec, detrás de ti —gritó Simon, y Alec se dio la vuelta justo a tiempo para ver a un Xiangliu de aspecto sorprendido abrirse camino hasta desaparecer. El dardo de cuerda de Tian flotó unos centímetros frente a la cara de Alec y luego se alejó. Alec miró a Tian, quien le guiñó un ojo.

Alec volvió a mirar a Magnus.

\* \* \*

MAGNUS VOLÓ HACIA SHINYUN Y se preguntó si ella intentaría derribarlo del cielo. Mantuvo su mirada en ella; tenía que confiar en que Alec mantuviese su camino despejado. *Confiaba* en que Alec mantuviese su camino despejado.

—Shinyun —gritó mientras se acercaba, para ser escuchado por encima del viento y del retumbante telón de fondo de truenos. Pero también porque estaba furioso—. ¿Me das un hermoso regalo y luego nos atacas? ¡Pensé que nuestra conversación salió bien!

Shinyun lo miró impasible.



—Podrías convocar a un ejército igual de grande, ¿sabes?

—No podría —dijo Magnus—, pero tampoco lo haría. Por un lado, es extremadamente ilegal. —Shinyun soltó una carcajada—. Por otro lado, entonces tendríamos el *doble* de demonios, en lugar de *ningún* demonio, que es mi preferencia.

—Oh, pero podrías —dijo Shinyun. Hubo una ráfaga de viento y Magnus se dio cuenta de que dos demonios Ala corrían hacia él, uno de cada lado. Shinyun, pensó lúgubremente, estaba tratando de tomar ventaja.

*Pues bien. ¿Qué tal con esto?*

Con un rugido, Magnus extendió los brazos, dejando que la hirviente burbuja de magia en el fondo de su pecho llegara a ebullición. Relámpagos crepitaron de ambas manos, azules, brillantes y afilados como un cuchillo. Los demonios Ala fueron divididos por la mitad por los dos rayos y cayeron. Magnus bajó las manos; para su sorpresa, no había tenido problemas para mantenerse en el aire durante su ataque.

Si bien el rostro de Shinyun era tan inexpresivo como siempre, Magnus tuvo la clara impresión de que le estaba sonriendo.

—¿Lo ves? Independientemente de lo que puedas pensar de mi maestro, el poder del Svefnthorn es innegable.

—¿Qué piensa tu maestro de mí?

Ella se rió.

—No sabe nada de ti todavía. Pero creo que estará muy contento cuando lo haga.

—¿Por qué estaría complacido? —dijo Magnus con incredulidad—. ¿Por qué estás fortaleciendo a uno de sus enemigos?

Ella se rió.

—No conoces a Samael en absoluto.

—Estoy de acuerdo —dijo Magnus—. No lo conozco. —Miró a su alrededor—. Parece que mis amigos casi han terminado de acabar con tu ejército demoníaco.

Shinyun se encogió de hombros.

—Hay más de donde vinieron. Pero me iré. Solo quería que tus amigos y tú vieran una pequeña demostración de lo que la espina hace posible.

Levantó las manos y, como uno solo, los demonios que estaban muy por debajo de ellos se congelaron. Como uno solo, se volvieron para mirar a Shinyun. Magnus vio a uno de ellos derrumbarse y desaparecer cuando un Cazador de Sombras, no pudo decir quién, aprovechó la oportunidad para clavarle una hoja en la espalda.

Otro gesto, y todos los demonios restantes se elevaron en el aire. Se levantaron hasta que empezaron a ser arrastrados hacia la nube negra con cuya sombra habían estado luchando.

—Espera —dijo Magnus—. ¿Dónde está Ragnor? Quiero... *necesito* hablar con él.

—Transmitiré el mensaje —dijo Shinyun arrastrando las palabras—, pero está muy ocupado.

Magnus gritó—: ¿Cómo evadió nuestra magia de Rastreo? ¿Qué estás tratando de lograr? ¿*Dónde está el Libro?*

Shinyun solo rio. Se elevó hacia la nube de tormenta sobre ella, todavía riendo. Magnus tuvo que otorgarle un cierto estilo clásico de villano.

Después de que Shinyun entrara en la nube, todo quedó en silencio. En silencio, durante unos dos minutos, la nube de tormenta se desvaneció, iluminada y disipada en volutas de niebla. Se había ido; Shinyun y sus demonios se habían ido.

Era, de nuevo, un día soleado.

\* \* \*

ALEC OBSERVÓ EL DESCENDER DE MAGNUS, con su cabello negro rizado despeinado por el fuerte viento. Aterrizó con ligereza, con la gracia de un gato, y miró a Alec.



Alec se sintió aliviado. Estaba aterrorizado. Tenía preguntas.

También notó la expresión de Tian. Parecía afligido, y Alec se preguntó si no había estado en presencia de la magia de los brujos en mucho tiempo. Pero Tian no estaba mirando a Magnus.

—Baigujing —dijo Tian. Miró al cielo y luego volvió a mirar a Alec—. Los esqueletos. Eran las hijas de Baigujing.

—¿Quién? —dijo Isabelle.

—Ahh, esta me la sé, esta me la sé —dijo Simon, levantando la mano y brincando hacia arriba y hacia abajo. Isabelle lo miró y él bajó la mano—. Lo siento. Acabo de Ascender esta primavera —le dijo a Tian.

Tian hizo un gesto de aprobación.

—No, siéntete libre, si quieres explicarlo.

—Baigujing es un Demonio Mayor. Sale en *El Viaje al Oeste*<sup>38</sup> —agregó—. La novela. Eh, cambia de forma, pero su forma real es un esqueleto. Y tiene estos... asistentes.

—Sus hijas —dijo Tian. Tomó un respiro profundo—. La propia Baigujing es... bueno, ni ella ni sus asistentes han sido vistas en nuestro mundo en mucho tiempo.

—Como estabas diciendo —dijo Clary—, demonios que nadie ha visto en mucho tiempo.

—Estos demonios eran parte de un ejército —dijo Tian, sacudiendo la cabeza—. Baigujing era capitana de ese ejército. Pero ese ejército fue destruido y esparcido hace generaciones. Esto debería ser completamente imposible. Y hay más...

—Últimamente han estado sucediendo muchas cosas imposibles —dijo Magnus, uniéndose a los demás.

Simon cruzó los brazos y miró al brujo con los ojos entrecerrados.

---

<sup>38</sup> Originalmente *Journey to the West*.

—Entonces, ¿vuelas? ¿Puedes volar ahora? ¿Eso es posible?

—Yo... realmente no lo sé —dijo Magnus. Sonaba distante. Le dio a Tian una pálida sonrisa—. Ke Yi Tian, ¿verdad? Soy Magnus Bane. Gran Brujo de Brooklyn.

—Ya has estado más alto<sup>39</sup> hoy que cualquier otro brujo que conozco —dijo Tian.

Magnus lo señaló con un dedo.

—Buena esa. ¿Crees que podría haber algún lugar en el que pudiera acostarme un minuto?

Alec estuvo al lado de Magnus en menos de un segundo, con su brazo alrededor de él, dejando que Magnus se apoyara en él con fuerza. Magnus estaba pálido, le faltaba el aliento.

—Necesita descansar —le dijo Alec a Tian—. ¿Podemos llevarlo al Instituto?

Tian negó con la cabeza.

—Eso traerá más problemas, no menos. Toda mi familia conoce a Magnus, pero hay otras personas entrando y saliendo del Instituto constantemente ahora con este asunto de los Portales. Y el brujo al que no le gustas podría encontrarte aquí de nuevo.

—¿Qué sugieres? —dijo Alec.

Tian sonrió.

—¿Les gustaría conocer a mi abuela?

---

<sup>39</sup> En inglés Gran Brujo es High Warlock, hacen un juego de palabras con *high*, ya que la traducción literal de la palabra es «alto».



## LA CASA KE

Traducido por Elisa  
Corregido por Nay Herondale

MAGNUS QUERÍA ABRIR un Portal a la Casa Ke. Todos los demás votaron para no abrir un Portal, considerando lo que estaba pasando con los Portales, pero Magnus se sentía suertudo.

Magnus sabía que tenía que dormir, y muy, muy pronto. Pero también se sentía sorprendentemente bien. Abrió el Portal con una floritura. Los demonios escarabajo inmediatamente comenzaron a salir de él; cada uno tuvo el tiempo justo para registrar la sorpresa de que estuvieran a plena luz del día antes de estallar en icor. Después de aproximadamente un minuto y cincuenta o más demonios escarabajo, Magnus cerró el Portal con un suspiro.

—Simplemente ya no podía soportar sus tristes y pequeños temblores —dijo.

Sus amigos lo miraron con preocupación. Tian arqueó una ceja y agitó un teléfono hacia Magnus.

—He llamado a algunos taxis.

Pronto Magnus estaba viendo pasar la ciudad por la ventana mientras pasaban por la Universidad Jiao Tong y entraban en áreas más residenciales. Magnus no había estado en la Casa Ke en... más de ochenta años. Shanghái había pasado no solo por una transformación, sino por muchas transformaciones acumuladas una sobre otra desde entonces.

Pensó en la primera vez que fue a París después de las renovaciones de Haussmann. Se quedó de pie en la Île de la Cité, desconcertado, incapaz de orientarse. Podía ver el río; podía ver las agujas de Notre Dame a unas pocas cuadras de distancia. Había estado en esta ubicación geográfica docenas de veces antes, pero no tenía idea de dónde estaba.

Así fue hoy. Las nuevas casas del Shanghái moderno pasando por las ventanas.

«No», pensó Magnus mientras lo ayudaban a salir del auto. *«Eso no es lo extraño. Esto es lo extraño»*. Puertas dobles altas, de un rojo metálico reluciente, colocadas en simples paredes de hormigón gris imposibles de ver. Estas puertas eran las mismas que recordaba. Era tan extraño ver algo que no había cambiado.

Las guardas permitieron que Tian pasara, y él hizo un gesto a sus invitados para que lo siguieran. Lo hicieron con un poco de cautela. Magnus había visto lo sorprendidos que estaban Jace e Isabelle cuando Tian les había explicado que el hogar ancestral de la familia Ke no era el Instituto. Parecía que la familia Ke era grande y tradicional. La Casa Ke era más antigua que el Instituto, y aquellos miembros de la familia que se habían retirado del trabajo del Instituto, o simplemente eran parte del Cónclave de Shanghái, siempre habían vivido aquí.

La propiedad en sí era grande, recordó Magnus, pero la casa principal era muy modesta. Estaba seguro de que se habían realizado renovaciones desde la década de 1920, pero el núcleo de la casa parecía el mismo: columnas de ladrillo rojo, ménsulas dougong y techo de líneas rectas, sencillo y modesto, pero protegido, por supuesto, por la tradicional bestia con cresta en las esquinas del techo, leones y caballos bellamente tallados que conmemoraban la unión de la familia Ke y alguna otra casa, hace siglos. Las ménsulas estaban pintadas de azul ahora, pensó Magnus. Un azul que pareció oscurecerse incluso mientras lo miraba. Escuchó la voz de Alec y cerró los ojos.

Realmente estaba muy cansado.

\* \* \*

SE DESPERTÓ ENCONTRÁNDOSE en un dormitorio pequeño y cómodo; por la ventana el sol comenzaba a pensar en bajar en el cielo. Se sintió renovado, como si hubiera dormido durante un día. Quería encontrar a Alec.



Se levantó de la cama y miró la herida en su pecho donde estaba expuesta por encima del pliegue de su bata. (Se dio cuenta de que aparentemente había sido puesto en una bata, supuso que por Alec. *Esperaba* que lo hubiera hecho Alec.) Ahora, con dos cortes, formaba una X sobre su corazón, y pensó con una mueca de dolor en el sueño de Clary. Sin cadenas todavía, al menos. La X estaba caliente al tacto, como un corte inflamado, pero no sentía dolor si la oprimía. Las pequeñas llamas de luz que salían de la herida no se sentían. El hecho era que la herida se sentía bien. Detrás de ella había un cálido núcleo de magia que era claramente suyo, pero sintió que sus llamaradas salían a través de la herida, buscando... ¿qué? ¿La espina?

¿Samael?

Encontró su ropa doblada en una silla junto a la cama y se quitó la bata. Luego caminó por el pasillo. Al final del pasillo había una pequeña sala de estar, decorada principalmente con armas, Cazadores de Sombras, pensó Magnus con un suspiro, y un hombre sentado en una de las sillas. Estaba inclinado hacia adelante, como si estuviera sumido en sus pensamientos o, posiblemente, durmiendo una siesta, y Magnus no podía ver su rostro. *Es gracioso, pensó, la familia Ke todavía luce como...*

El hombre levantó la cabeza y Magnus se sobresaltó.

—¿Jem? —dijo. Lo susurró, como si fuera un secreto.

Jem se levantó. Se veía bien, pensó Magnus, para tener 150 años, para haber sido un Cazador de Sombras y un Hermano Silencioso y luego, después de todos esos años, de repente un mundano. Incluso en los tiempos modernos, Jem seguía prefiriendo la ropa un poco como la que había usado cuando era mucho más joven: vestía una sencilla camisa blanca con botones de perlas, pero encima tenía un abrigo de montar marrón cortado en una forma vagamente victoriana. En otras circunstancias, Magnus podría haberle preguntado el nombre de su sastre.

Sin una palabra, Jem dio un paso adelante y abrazó a Magnus. Habían sido amigos durante mucho tiempo. Había muchas desventajas en ser un brujo, pero la sensación de abrazar a un amigo al que conocías desde hace más de un siglo no era una de ellas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Magnus—. No es que no esté contento de verte.

—Tengo todo el derecho a estar aquí —dijo Jem con un brillo en los ojos—. Soy un miembro de la familia Ke, después de todo. Ke Jian Ming, en caso de que lo hayas olvidado.

—Entonces... ¿una coincidencia? ¿Simplemente estás visitando a la familia? ¿Está Tessa contigo?

La expresión de Jem de repente se volvió seria.

—Tessa no está conmigo, y no, no es una coincidencia que esté aquí.

Condujo a Magnus afuera y caminaron hacia el estanque. A Magnus le pareció que tenía una forma un poco diferente a la última vez que había estado aquí, pero había sido hermoso entonces y era hermoso ahora. Abetos y sauces se inclinaban sobre el agua, con las ramas tan bajas que se hundían en ella. Sombrearon los koi dorados, negros y blancos que corrían por debajo, visibles solo como sombras cambiantes en el agua verde.

Un puente rojo, con la pintura descascarada por el tiempo, se arqueaba sobre el estanque y conducía a un patio con piso de tierra donde una chica con ropa de vestir, de solo once o doce años, corría a través de formas de lucha con palos.

—Nací aquí, ¿sabes? —dijo Jem—. Antes de que mis padres dirigieran el Instituto. —Miró el reflejo del sol en el agua quieta del estanque.

—¿Dónde está Tessa? —dijo Magnus.

—En el Laberinto Espiral —dijo Jem, y Magnus exhaló un suspiro de alivio—. Pero no por su propia elección. La perseguía una bruja. Conocida tuya, creo. Una con rostro inmóvil.

—Shinyun Jung —dijo Magnus—. Debo decir que es una de mis conocidas; vine aquí directamente de luchar contra ella y su escuadrón de monstruos.

—Eso escuché de los demás —dijo Jem.



—¿Por qué Shinyun estaría detrás de Tessa? —dijo Magnus.

Jem lo miró sorprendido.

—Bueno, porque ella es una maldición ancestral, por supuesto. Como tú.

Magnus parpadeó.

—¿Quieres decir, porque ella es la hija de un Príncipe del Infierno? ¿Como yo?

—No. Es más que eso. Tessa fue al Laberinto no solo para esconderse sino para investigar. Las maldiciones ancestrales no son solo hijos de los Príncipes del Infierno. Son los hijos mayores vivos de esos príncipes. Solo puede haber nueve de ellos vivos a la vez, y solo conozco dos. Y estoy hablando con uno de ellos y casado con el otro.

Magnus se sobresaltó.

—No sabía que te casaste. —Había sido un camino largo y extraño para Jem y Tessa; se alegraba de que estuvieran llegando a un lugar donde finalmente pudieran descansar juntos.

—Felicidades.

—Bueno, en realidad no —dijo Jem—. Nos casamos según las leyes mundanas: en privado, tú comprendes, en secreto, nadie más que nosotros y los funcionarios necesarios. —Miró el agua—. Deseamos desesperadamente tener una boda adecuada, con todos nuestros amigos y familiares, pero llevamos una vida peligrosa. Hemos estado buscando durante mucho tiempo algo que muchas personas malas también quieren encontrar. No solo Shinyun nos ha perseguido. No podría pedirles a mis amigos, ni a los descendientes de Tessa, que vinieran a una ceremonia de boda donde pudieran estar en peligro.

—Suenas como una fiesta interesante para mí —dijo Magnus, pero la profunda tristeza en los ojos de Jem punzó en su corazón—. Mira, puedo pensar en una forma en que podría ayudarte a celebrar una boda, de manera segura, con todos los que quieras allí. Cuando salgamos de esta situación, te lo mostraré.

—Gracias —dijo Jem. Cogió la mano de Magnus—. Gracias. Haré todo lo que pueda para ayudarte con el problema de Shinyun. Cuando supimos por el Laberinto que ella estaba en Shanghái, vine aquí para ver si el Instituto había visto algo. No lo hicieron, pero luego apareciste. He estado aquí solo unos días más que tú.

—Bueno —dijo Magnus—, ¿qué has averiguado?

Jem suspiró.

—Que los portales no funcionan.

Magnus dijo, muy tranquilamente—: Shinyun está trabajando en nombre de Samael. *Samael Samael* —añadió significativamente.

Las cejas de Jem se arquearon.

—Bueno, ese no es un nombre que escuchas todos los días. Dado que la Tierra no se encuentra actualmente en una guerra de demonios apocalíptica, supongo que en realidad no está aquí.

—Asumo eso también, pero no sé cómo se ha estado comunicando Shinyun con él, o dónde está. O en qué forma está, para el caso. —Pensó Magnus—. Si te hace sentir mejor, no creo que Samael tenga ningún interés en Tessa. Shinyun me dijo que ni siquiera le había dicho a Samael que yo era parte de esto.

Jem consideró eso.

—No me hace sentir mucho mejor. —Suspiró—. Supongo que era inevitable. Ambos sabemos que los Príncipes del Infierno no pueden morir. Simplemente se van y luego regresan eventualmente. Han pasado mil años; es sorprendente que haya tardado tanto.

Magnus se rio.

—Sabes, lo gracioso es que no se topó con Lilith por *poco*.

Tian apareció a la vuelta de la esquina en el patio más allá, donde la niña estaba practicando. Llevaba su distintivo equipo color burdeos, con las líneas plateadas de su cuerda dando vueltas alrededor de su cuerpo. Se inclinó para hablar con la chica.



—Debería encontrar a Alec —dijo Magnus—. ¿Sabes dónde están los demás?

—En la cochera, creo —dijo Jem—. Se estaban refrescando...

Se detuvo cuando una mujer mayor con el pelo largo y gris en dos trenzas apareció desde la casa y los miró fijamente. Sostenía una cuchara de madera del tamaño de una espada larga y un cuenco del doble del tamaño de la cabeza de Magnus. En cada uno de sus brazos había una gigantesca runa de equilibrio.

También había runas en la cuchara.

—Madre Yun —dijo Jem suavemente—. La abuela de Tian.

—Tus amigos están sentados en la mesa para cenar —espetó la aparentemente-Madre-Yun a Jem en mandarín—. Lo cual es más de lo que puedo decir de ti. O ella. —Hizo un gesto con la cuchara a la chica entrenando—. ¡LIQIN! —gritó a todo pulmón—. ¡Ven a comer, niña! Tú también, *xiao*<sup>40</sup> Tian.

La chica literalmente detuvo su pierna en el aire a mitad de una patada y la bajó lentamente. Se volvió y vio que Magnus y Jem la habían estado observando, y de repente se sintió cohibida.

—Esa es otra prima Ke —dijo Jem—. Liqin. Tian es una especie de hermano mayor para ella, ya que es hijo único.

La niña, con la misma expresión seria que Tian parecía adoptar por defecto, asintió con la cabeza hacia Jem y se apresuró a pasar para escuchar la advertencia de la Madre Yun.

—Hola, Liqin —dijo Magnus, saludando.

La niña se detuvo y puso los ojos en blanco.

—Es Laura, en realidad. Soy de Melbourne. La tía Yun me llama solo por mi nombre chino, a pesar de que habla inglés perfectamente. —Estas dos últimas palabras se dirigieron de forma algo más directa en la dirección de su objetivo.

---

<sup>40</sup> Pequeño en mandarín.

—Hola, Laura —dijo Magnus, saludando de nuevo.

Ella se sonrojó y agachó la cabeza, dirigiéndose a comer.

—Y tú —le dijo Yun a Jem, todavía en mandarín—. Jian. Tú también entras enseguida. Con tu amigo.

—Yun, *mei mei* —dijo Jem, incorporándose en toda su estatura y porte. Magnus sonrió al escuchar a Jem dirigiéndose a Yun como su *hermana pequeña*: técnicamente, era más joven que Jem, aunque parecía décadas mayor—. Soy tu tatarata-tataratío-primo, o algo por el estilo, y no se me hablará de esa manera. Pero sí, Magnus —agregó en voz baja—, vámonos. No querrás que se enoje.

\* \* \*

A ALEC LE HABÍA COSTADO TODA SU FUERZA DE VOLUNTAD no pasar todo el tiempo en la Casa Ke viendo dormir a Magnus. Una vez que descubrieron que el hermano Zachariah, ahora solo Jem Carstairs, estaba en la residencia, le dejaron examinar a Magnus y él proclamó que, por el momento, lo que Magnus más necesitaba era descansar. Entonces Alec lo había dejado dormir.

Se había sentido incómodo, al principio, en la casa de estos extraños, sin Magnus para ser alegre y amigable y hacer que todos se sintieran cómodos. Afortunadamente, Alec tenía una tendencia a quedarse cerca de la gente extrovertida y segura, y Jace e Isabelle habían hecho todas las presentaciones y explicaciones, mientras que él, Clary y Simón se habían quedado atrás. Al menos hasta que llegó Jem, momento en el que Clary y Simón se animaron y fueron a charlar con él y explicarle la situación.

Alec todavía no creía que conocía a Jem tan bien, a pesar de que lo había visto varias veces. Al igual que con muchos de los viejos amigos de Magnus, los siglos literalmente —bueno, un siglo y medio, en el caso de Jem— parecían un obstáculo



infranqueable. Pero el propio Jem era sobrenaturalmente amable, y había venido a hablar con el mismo Alec, para asegurarle que Magnus estaba bien, que había consumido mucha magia en poco tiempo, que se sentiría mejor después de un buen descanso, y que mientras tanto Alec debería disfrutar de los jardines y conocer a la familia.

Los únicos residentes hoy resultaron ser la abuela de Tian, a quien Jem llamaba Madre Yun, y su prima Liqin, quien miró fijamente a Clary con ojos saltones durante unos segundos y luego se escapó. A los invitados se les había dado té y se les había mostrado la propiedad, que estaba tan llena de historia de Cazadores de Sombras como el propio Instituto. Sentía que era lamentable que ninguno de ellos pudiera prestar la debida atención al lugar. Todos todavía estaban conmocionados por el encuentro con Shinyun y su ejército de demonios.

Mientras Magnus dormía y Yun preparaba la cena, Tian llevó a sus invitados al comedor, donde una larga mesa de palisandro dominaba el espacio. Se sentó con un suspiro, pasándose las manos por el cabello.

—Por favor, siéntense —dijo—. Sé que los he estado arrastrando por toda esta casa sin involucrarme en la discusión que realmente necesitamos tener, pero necesitaba tiempo para pensar.

Alec y Jace intercambiaron una mirada de alivio compartido. Alec sabía que Jace apenas se había reprimido para exigir respuestas sobre guerreros esqueleto supuestamente extintos. Todos tomaron asiento, con la atención fija en Tian.

—Necesito saber —dijo Tian—. ¿Quién era esa bruja? ¿La que manda a las hijas de Baigujing?

—Shinyun Jung —dijo Alec—. Una bruja que solo toma malas decisiones. ¿Qué significaría para ella estar al mando de las hijas de Baigujing?

—Son ferozmente leales a la propia Baigujing. Y esta Jung Shinyun, una bruja que puede comandar Baigujing, sería realmente poderosa. —Tian miró a Alec—. Supongo que ella es la bruja que robó el libro que estás buscando.

Alec asintió.

—Puede que tenga que explicar algo de la historia de los demonios en Shanghái —dijo Tian—. Intentaré que sea breve.

—Recomiendo el uso de dioramas —dijo Jace. Clary lo pateó debajo de la mesa.

—Los nefilim de China —explicó Tian—, y especialmente los de Shanghái, habían sido atormentados durante años y años en los siglos XVIII y XIX por Yanluo, un Demonio Mayor conocido por los mundanos en el este de Asia como el Rey del Infierno. También se había unido a otros demonios poderosos, incluido Baigujing, y juntos libraron una guerra aterradora contra mundanos, Subterráneos y Cazadores de Sombras por igual.

»Cuando Yanluo atacó el Instituto de Shanghái en 1872 y asesinó a varios Cazadores de Sombras, se convirtió en la némesis de la familia Ke. Lo rastrearon por toda China y finalmente lo masacraron en 1875 (Tian parecía legítimamente orgulloso de este hecho).

—Está muerto —dijo Jace—. Así que no es nuestro problema, ¿supongo?

—¿Qué pasa con Baigujing? —preguntó Isabelle.

—Esa es la cosa —dijo Tian—. Yanluo no es el verdadero Rey del Infierno, por supuesto. Ni siquiera es un príncipe del infierno. Los mundanos lo llamaban el Rey del Infierno porque se creía que su reino, Diyu, era el inframundo humano. Era un lugar horrible. Nadie parece saber cómo Yanluo llegó a gobernar a Diyu, pero lo usó para torturar almas mundanas y entretener a sus cohortes de demonios con escenas de sangrientas masacres y tormentos. —Suspiró—. Durante mucho tiempo, el único paso permanente entre Diyu y nuestro mundo, o cualquier mundo, fue un Portal aquí mismo en Shanghái. Esto fue antes de que los humanos pudieran hacer sus propios portales, por supuesto, y Yanluo pasaba de un mundo a otro sin que nadie pudiera hacer nada al respecto. Sin embargo, en el momento de su muerte, el Portal se cerró para siempre y sus cohortes quedaron atrapadas en Diyu. Baigujing y sus hijas estaban entre ellos.

—Bueno, ya están fuera —dijo Simón con gravedad.



—¿Podría haberse vuelto a abrir el Portal que se cerró? —preguntó Clary—. ¿Deberíamos ir a comprobarlo?

—Nadie sabe dónde está o dónde estaba —dijo Tian—. En el momento de la muerte de Yanluo, Shanghái estaba en medio de una gran expansión, con todos los países europeos estableciendo territorios aquí y el comercio explotando. No está claro qué pasó con el Portal. Nadie lo ha encontrado desde la muerte de Yanluo, en cualquier caso. La mayoría de nosotros creía que desapareció cuando murió. Era del tipo que no hubiera querido que nadie más lo usara si él no podía.

Liqin entró abruptamente y se sentó a la mesa con una especie de disciplina militar, y Tian interrumpió su historia para preguntarle cómo había ido su entrenamiento. Alec notó con cierta sorpresa que cuando ella respondió, lo hizo con un acento australiano definido. Y luego llegó Jem, con Magnus.

Los Cazadores de Sombras saltaron de la mesa al unísono para saludarlos y ver cómo estaba Magnus, pero Alec se aseguró de llegar primero. Agarró a Magnus por la cintura y lo sujetó con fuerza.

—Ni siquiera sabía que estabas despierto —dijo en voz baja—. ¿Cómo te sientes?

—Hambriento —dijo Magnus—. Por lo demás, bien. —Medio conscientemente se cepilló la camisa, sobre la herida.

Alec lo besó, fuerte y ferozmente, como para demostrarse a sí mismo que Magnus estaba bien.

Magnus le devolvió el beso y Alec pudo sentir que algo de tensión abandonaba su cuerpo mientras lo hacía.

Después de unos segundos, Isabelle soltó un fuerte silbido de lobo, y Alec se apartó, sonriendo avergonzado. Magnus le dio una mirada comprensiva y un beso en la mejilla.

—Eso fue encantador —dijo.

Alec lo abrazó un poco más fuerte y Magnus volvió a decir—: Estoy bien. —Pero Magnus, pensó Alec con ironía, siempre diría que estaba bien.

—No lo estás —dijo Alec en voz baja—. Dijiste que Shinyun te apuñaló de nuevo.

Magnus suspiró y se desabrochó la camisa, revelando que la herida era ahora una dura X en su pecho. Hubo una fuerte inhalación de aire por parte de los Cazadores de Sombras reunidos. Clary se llevó la mano a la boca; parecía sorprendentemente más alarmada que las demás.

—Tengo noticias aún peores —dijo Magnus—. Pero creo que Tian estaba contando una historia, y odio interrumpir.

Tian parecía aturdido.

—No por favor. Esto parece más urgente.

—Si me atrapa por tercera vez —dijo Magnus—, me convertiré en el sirviente de Samael.

—Bueno —dijo Alec—, entonces vas directamente a esconderte ahora mismo. O al Laberinto Espiral.

—Estás a salvo aquí —dijo Jem—. Esta casa está muy bien protegida.

—No puedo esconderme —continuó Magnus obstinadamente—, porque si no me apuñalan por tercera vez, el poder de la espina me quemará de adentro hacia afuera y moriré.

Hubo un terrible silencio. Todo lo que Alec podía oír era su propia respiración, intensa e inestable en sus oídos. Vio que Jace lo miraba con ojos llenos de preocupación, pero su propio miedo era demasiado profundo para que incluso la tranquilidad de su *parabatai* lo alcanzara.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —dijo Simón. Sonaba sombrío.

—Derrotar a Samael —dijo Jace con voz dura.

—Destruir la espina —sugirió Isabelle.

Alec los miró con atención, pero no parecían estar bromeando.

Magnus dijo—: No estoy seguro de lo fácil que será ninguna de esas cosas.



Clary, con una mirada terca, dijo—: No pensé que nos hubieras traído aquí para hacer cosas fáciles.

—Nos encargaremos de eso —dijo Magnus. Miró a Alec, quien le devolvió la mirada de manera uniforme—. Lo haremos —dijo de nuevo.

Sin embargo, los pensamientos adicionales de Alec sobre el asunto tendrían que esperar, ya que a través de la puerta de la cocina entró Yun, llevando una enorme fuente de comida. Alec notó que había puesto su cuchara gigante en una vaina en su espalda, lo que parecía apropiado.

—¡Ninguno de ustedes está sentado! —gritó, y todos se apresuraron a regresar a la mesa—. ¡Bienvenido! —añadió a Magnus en el mismo tono de grito.

Magnus le habló en mandarín y ella pareció suavizarse un poco. Tenía ese efecto en la gente. Ella respondió en mandarín por algún tiempo y luego continuó en inglés.

—Jian dice que sois excelentes personas, y él *generalmente* es un buen juez de carácter, incluso si ya no es un Cazador de Sombras. —Le guiñó un ojo a Jem y comenzó a colocar platos.

—¿Deberíamos seguir hablando de Yanluo? —le dijo Simón a Tian. Magnus negó violentamente con la cabeza hacia Simón—. ¿O no? —añadió Simón.

—Está bien, Magnus. —Jem sonrió levemente—. Tengo mi propia conexión personal con Yanluo, eso es todo.

Tian comenzó a servirse tofu frito y verduras de uno de los platos. Hizo un gesto para que los demás se unieran a él.

—Coman, antes de que mi abuela empiece a ofenderse —dijo—. Puedo ayudarlos con cualquiera de los platos si...

Pero los Cazadores de Sombras no necesitaron más invitación y profundizaron en la variedad, que Alec notó que era diferente de la comida china a la que estaba acostumbrado en Nueva York, pero tenía algunas similitudes definidas. Lo más familiar en la mesa era la sopa de dumplings, y con la reacción de Tian quedó claro que Yun había hecho todo lo mejor por sus invitados. Había comenzado a explicar

cómo comerlos, pero se detuvo rápidamente una vez que se dio cuenta de que todos en la mesa habían agarrado cucharas y estaban mordiendo suavemente la parte superior de la bola de masa para dejar escapar el vapor y poder beber la sopa dentro.

Simón sonrió ante la sorpresa de Tian.

—*Xiaolongbao*, ¿verdad? —dijo—. Es, como, lo único que conozco en chino. ¡Oh! También *char siu bao*. La mayor parte de mi conocimiento está relacionado con el *bao*.

—*Char siu* es cantonés —espetó Yun por encima del hombro mientras regresaba a la cocina.

—No tenía la intención de ofender —dijo Simón, luciendo mortificado.

Jem puso los ojos en blanco.

—Ella no se ofendió. Así es como transmite información útil.

—Ella me entrenó —dijo Tian—, y a una generación de Cazadores de Sombras antes que yo.

—Es aterradora —dijo Magnus con sincera admiración.

—Deberías haberla visto en su mejor momento —dijo Jem—. Era un Shanghái diferente, sin embargo. Tiene bastante linaje; es la nieta más joven de Ke Yiwen.

Magnus pareció impresionado. Isabelle se interrumpió al cortar la mitad de la gigantesca albóndiga de cabeza de león en el plato de Simón para ella.

—¿Quién es esa?

—Ella es la que mató a Yanluo —dijo Tian con la boca llena de comida—. Aunque Jem sabe más sobre eso que yo.

La expresión de Jem era sombría y un poco distante. Alec lo conocía bien. Era la mirada que le daba Magnus cuando pensaba en algo que había sucedido hace mucho tiempo y cuyo recuerdo todavía le dolía.

—Unos años antes de que mataran a Yanluo, invadió el Instituto de Shanghái, nos capturó a mis padres y a mí, y me torturó frente a ellos. Para vengarse.



Su voz era firme, pero claro, Jem había vivido dos vidas desde entonces. Alec no se sorprendió al ver a Magnus extender la mano y poner una mano tranquilizadora sobre el brazo de Jem.

—¿Vengarse por qué? —dijo Clary, sus ojos verdes muy abiertos y llenos de preocupación.

La madre de Jem, explicó Magnus, había destruido un nido de la prole de Yanluo, por lo que Yanluo había buscado venganza contra su hijo. Les contó sobre la droga demoníaca *yin fen*, cómo Yanluo se la había inyectado a Jem durante días y días, por lo que su cuerpo se convirtió dependiente de la droga y tuvo que tomarla para siempre o morir, solo que al convertirse en un Hermano Silencioso la adicción terminó, y sólo el fuego celestial, fluyendo a través de Jem cuando sostuvo a Jace mientras éste ardía con él, lo había curado permanentemente.

—Recuerdo esa parte —dijo Clary con gravedad.

—Lo recuerdo un poco —dijo Jace—. Ese fue un momento un poco extraño para mí.

—Qué raro. Nunca eres extraño —dijo Isabelle inocentemente.

—Todavía vemos *yin fen* de vez en cuando —dijo Tian—, aunque nada parecido a la época del tío Jem. Los hombres lobo jóvenes lo traen desde Macao o Hong Kong. Sin embargo, la comunidad de Subterráneos es bastante buena para detenerla; conocen los peligros.

—En Singapur —intervino Magnus, rascándose la herida sin que pareciera darse cuenta—, los Cazadores de Sombras te matarán en el acto si te atrapan con eso.

—¿No es eso contra los Acuerdos? —dijo Simón incrédulo. Magnus se encogió de hombros.

—Al menos sobreviví —dijo Jem, retomando la historia—, a diferencia de mis padres. La hermana de mi madre, Yiwen, se dedicó a la venganza, y unos años después (yo me había ido a vivir al Instituto de Londres, por supuesto) ella y mi tío Elías Carstairs rastrearon a Yanluo y lo mataron. —Señaló con la cabeza la puerta de

la cocina, donde Yun había desaparecido—. Madre Yun es la nieta más joven de Yiwen, la única que aún vive. —Él sonrió—. La segunda Ke viva más vieja.

Alec tomó otra porción de pollo cocido al rojo y se sintió fuera de lugar. Era un sentimiento que todavía tenía, a veces, cuando la vida de Magnus antes que él, mucho antes de su nacimiento, de hecho, aparecía ante sus ojos. Magnus y Jem tenían tanta historia compartida, su relación era tan larga y compleja, por un momento sintió un tinte de celos, y luego se detuvo; obviamente, su relación con Magnus era de un tipo totalmente diferente a la de Jem, y era una tontería de su parte envidiarles su historia compartida...

Y entonces su mente dio un vuelco, y en cambio pensó en Jem, tan joven, aterrorizado, gritando; sobre los padres de Jem, viendo con horror impotente cómo torturaban a su hijo frente a ellos durante días. Y se dio cuenta de que el mayor horror para él, ahora, era el horror de los padres: podía imaginarse soportando su propia tortura, su propio dolor, pero la idea de Max sufriendo, de sus gritos, de la impotencia de Alec... se estremeció y atrapó los ojos de Magnus. Magnus lo estaba mirando con lo que Alec pensó que era su mirada de gato: párpados pesados, serio, y enigmático. Le dio a Magnus una sonrisa, y Magnus le devolvió una, aunque era más pálida de lo habitual.

Después de la cena, Magnus desapareció abruptamente, pero Alec se quedó con sus amigos unos minutos más. Liqin se acercó a Clary con mucha timidez para pedirle consejo sobre algo; la conversación se centró en entrenamiento, armas y runas, y Alec se escabulló hacia el crepúsculo que se desvanecía rápidamente del patio trasero de la casa, donde encontró a Tian, Jem, Yun y Magnus parados en un pequeño círculo, mirando hacia el cielo. Los brazos de Magnus estaban cruzados con fuerza sobre su pecho de manera protectora, y Alec no podía decir por qué: la conversación fue completamente en mandarín silencioso y rápido.

Magnus lo vio y le hizo señas para que se acercara. Alec se deslizó a su lado y puso su brazo alrededor del hombro de Magnus; se sintió aliviado al sentir que Magnus apoyaba su peso contra él, aunque mantuvo los brazos cruzados.



—Yun nos acaba de decir que el Instituto de Shanghái le envió un mensaje de fuego esta noche —dijo Jem—. Están preocupados, porque muchos de los demonios que han estado viendo en la ciudad son de la época de Yanluo y están asociados con Diyu. Pero Yanluo ha estado muerto y Diyu cerrado durante mucho tiempo.

—Esas hijas de Baigujing con las que luchamos hoy —dijo Tian—. Son más como leyendas para mi generación; nadie ha luchado contra ellas en años.

—Para mi generación, incluso —coincidió Yun con una voz tranquila pero aún intensa—. Los Xiangliu también fueron raros durante toda mi vida, pero el Instituto dice que ahora parecen estar en todos los callejones oscuros.

—¿Crees que Yanluo podría haber regresado? —dijo Alec, sin mirar a Jem.

Pero el propio Jem habló.

—Yo no. Yanluo no era un Príncipe del Infierno; lo podían matar y lo *hicieron*. Pero alguien más podría estar accediendo a Diyu y dejando que sus demonios regresen a nuestro mundo.

—Un millón de yuanes a que es Shinyun —dijo Magnus con gravedad—. Y Ragnor.

—¿Pero por qué? —dijo Tian.

—Varias razones —estuvo de acuerdo Alec. Él mismo había llegado antes a la misma conclusión—. Sabemos que han declarado su lealtad a Samael. —Yun miró fijamente a Alec, sus ojos de repente se agrandaron—, pero no sabemos dónde está Samael ahora, o qué poder tiene, o incluso si Shinyun y Ragnor han accedido a él —continuó—. Tal vez sea una distracción de sus propias actividades. Quizás Samael tenga algún interés en Diyu.

Magnus dejó escapar una larga exhalación.

—Ragnor encontró un reino para Samael, aparentemente.

—Un millón de yuanes... —comenzó Alec.

—No hay apuesta —dijo Tian—. Si Samael se ha apoderado de Diyu, entonces está a un paso de caminar en nuestro mundo de nuevo.

—Está a un reino de distancia —dijo Jem—. Hay una protección que mantiene a Samael alejado de la Tierra, en su lugar desde que el Taxiarca<sup>41</sup> lo derrotó. Pero solo sería cuestión de tiempo.

—Quizás menos tiempo del que nos gustaría —dijo Magnus—. Tienen el Libro de lo Blanco y no sabemos para qué lo quieren. No sabemos dónde estaba este antiguo Portal, o si Samael podría estar intentando reabrirlo. Quizás ya lo ha vuelto a abrir, y así es como están llegando estos demonios.

—No sabemos *nada* —dijo Alec con frustración. Por el rabillo del ojo, vio a sus amigos, con Liqin, marchando en la oscuridad hacia el campo de entrenamiento. No quería dejar el lado de Magnus, pero ansiaba unirse a ellos, perderse en la regularidad del combate y el entrenamiento. Sabía que los otros estaban tratando de darles a él y a Magnus algo de espacio, y permitir que Magnus se reconectara con Jem y Yun. Alec no podía evitar preocuparse de que Magnus fuera más vulnerable de lo que suponían; siempre proyectaba una imagen de confianza inexpugnable, pero Alec entendía que, por más cercano que Magnus pudiera ser a Clary, a Jace, a Simón, había un Magnus privado que solo él y algunos otros alguna vez vieron. Catarina. Jem y Tessa. Ragnor.

—Tenemos que tratar de encontrar a Ragnor —dijo Alec—. Él hablará contigo, Magnus, sé que lo hará, incluso si está tratando de convertirte a su lado, seguirá hablando contigo.

—Ragnor es muy bueno para que no lo encuentren, si no quiere —dijo Magnus—. Tendría que buscar algo de magia inusual para tratar de encontrarlo, dada la facilidad con la que esquivó la runa de Rastreo.

---

<sup>41</sup> En el uso de la Iglesia Ortodoxa Griega, el término se aplica a los Arcángeles Miguel y Gabriel.



—Entonces creo que nuestro próximo paso es la investigación —dijo Tian—. Mañana vamos al Mercado de Sol. Tengo contactos ahí. Podemos empezar con Peng Fang...

Magnus dejó escapar un fuerte gemido.

—Él no es tan malo —dijo Alec.

—Supongo que lo prefiero antes que *Samael* —admitió Magnus.

—Hay algunos otros —dijo Tian—, y el Palacio Celestial, para materiales de investigación.

—¿No la biblioteca del Instituto? —dijo Alec con sorpresa.

Tian se encogió de hombros.

—La biblioteca del Instituto ha sido cuidadosamente seleccionada y contiene libros útiles que se sabe que son verdaderos. El Palacio Celestial contiene rincones oscuros con libros llenos de rumores e insinuaciones. Sospecho que lo pasaremos mejor allí.

—Me encantan los rumores y las insinuaciones —dijo Magnus.

—Deberías ir a ver a Mo Ye y Gan Jiang —intervino Yun. Tian frunció el ceño.

—¿Qué? —dijo Alec.

—Herreros de armas hada —dijo Tian—. Trabajan con... cita previa. Abuela, no sé si las armas son lo que...

—Si la horda de Diyu está regresando —dijo Yun severamente—, entonces necesitarás más que cuchillos serafines. Mo Ye y Gan Jiang conocieron la lucha contra Yanluo y su prole durante cientos de años antes de que naciera cualquiera de nosotros. Incluso tú —añadió con un gesto de la cabeza hacia Magnus.

—Es posible que también sepan sobre el Svefnthorn, si son armeros. Así que aquí está la lista de cosas que debemos investigar, si tengo esto correcto —dijo Alec, contándolas con los dedos—. Shinyun, Ragnor, Diyu, Yanluo, Samael, el Portal a Diyu, el Svefnthorn, el Libro de lo Blanco, tal vez algún otro libro mágico.

—Bueno —dijo Magnus amablemente—, parece un día muy ajetreado y necesitaré un buen descanso nocturno. Alec y yo debemos llamar a casa ahora para ver cómo está nuestro hijo, así que me despido de ustedes por la noche. ¿Alec?

Agradecieron de nuevo a Yun por su hospitalidad, y Magnus, todavía sin descruzar los brazos, abrió el camino a través del patio hacia su dormitorio. Alec lo siguió, con un presentimiento incierto en su pecho.

\* \* \*

TAN PRONTO COMO SE CERRÓ la puerta del dormitorio, Magnus se volvió y empujó a Alec contra ella, con fuerza. Lo besó ferozmente, ahogándose en el sabor de Alec, la sensación de la barba incipiente de Alec contra su boca (Alec pensó que estaba desaliñado, pero Magnus era una especie de fan), la fuerza de los brazos de Alec cuando se estiraron para sostener la parte trasera de la cabeza de Magnus y ayudar a profundizar el beso.

Cuando se apartó, los brillantes ojos azules de Alec estaban sorprendidos y brillando, su boca era un rizo adorable.

—Eso fue inesperado.

—Te extrañé —dijo Magnus, sin aliento, y Alec, bendito sea, no le preguntó qué significaba eso, no dijo que habían estado juntos todo este tiempo, solo le devolvió el beso. Sin romper el beso, Magnus alcanzó la base de la garganta de Alec y comenzó a desabrochar su chaqueta. Alec, riendo, alcanzó los botones de la camisa de Magnus y comenzó a desabrocharlos. Magnus besó la garganta de Alec, y Alec dejó escapar un pequeño gemido de satisfacción, pero continuó desabrochando cuidadosa y meticulosamente los botones, sus manos temblando levemente. Eso era demasiado Alec. Magnus pensó divertido en la primera vez que Alec le había abierto la camisa, al principio de su relación. Siempre recordaba la adorable mirada de sorpresa de Alec, como si no hubiera podido creer que le había arrancado la camisa a alguien.



Alec comenzó a besar su camino por el cuello de Magnus, gentil pero urgente. Magnus se preguntó, distante, qué haría cuando llegara a la herida que había hecho la espina, que seguía agitándose con magia escarlata. Reprimió el pensamiento e inclinó la cabeza para pasar las manos por el hermoso cabello negro de Alec y plantar un beso en el punto sensible detrás de la oreja. Alec murmuró sin decir palabra y se echó hacia atrás para quitarse completamente la chaqueta y dejarla caer al suelo. Le sonrió a Magnus y lo ayudó a quitarse la camisa también.

Alec se detuvo y miró. Pero no, se dio cuenta Magnus, en la herida. En cambio, miró de un lado a otro con alarma repentina a los brazos de Magnus. El calor, la tirante insistencia que se había estado extendiendo por el cuerpo de Magnus mientras besaba a Alec fue reemplazada abruptamente por una sensación de frío, como un cubo de hielo deslizándose lentamente por su garganta y hasta su estómago.

—¿Qué? —dijo. Y extendió los brazos para mirar, y lo vio.

En medio de cada una de sus palmas estaba el contorno de una estrella, como el extremo puntiagudo de... bueno, un mayal. Extendiéndose de cada estrella, lazos entrelazados corrían por el interior de ambos brazos, enojados, rojos y llenos de ampollas.

Alec extendió la mano, inquieto y respirando con dificultad, y con gran dulzura pasó los dedos por los lazos. Estaban levantados del resto de la piel, rígidos e hinchados. Se extendieron más allá de los bíceps de Magnus y bajaron por los planos lisos de su pecho hasta la herida misma.

—Cadenas —se dijo Alec a sí mismo, luego miró el rostro de Magnus, su expresión intensa—. Parecen cadenas. —Vaciló y luego añadió—: ¿Lo sabías?

—No —dijo Magnus—. Ellas no... se sienten. Quiero decir, nada más que cómo se siente la herida...

—¿Cómo se siente la herida? —dijo Alec. Estaba mirando a los ojos de Magnus como si fuera a encontrar respuestas allí, pero Magnus no tenía respuestas para darle.

—Caliente. Extraño. No... no es desagradable —agregó.

—Deberíamos buscar a Jem —dijo Alec.

—¡No! —dijo Magnus—. Él no sabe nada de esto.

—Al Laberinto Espiral, entonces —dijo Alec—. *Alguien*.

—No —dijo Magnus de nuevo—. Mañana iremos al mercado y al palacio y allí obtendremos algunas respuestas.

—¿Y si no lo hacemos? —Alec estaba agarrando el hombro de Magnus, su agarre rígido. Magnus vaciló y Alec cerró los ojos, angustiado, con el ceño fruncido—. ¿Por qué no aceptas ayuda? —dijo en voz baja—. No tienes que lidiar con esto por tu cuenta.

Magnus se acercó y quitó suavemente la mano de Alec de su hombro, pero continuó sujetándola.

—No estoy haciendo esto por mi cuenta. Por lo que puedo decir, lo estoy haciendo con todo un equipo de béisbol. Tú, Jace, Clary, Simón, Isabelle, Tian, Jem... es una maravilla que no hayamos traído a Maia y Lily también con nosotros.

—¿Desearías que no estuvieran todos aquí? —dijo Alec—. ¿Desearías que yo no estuviera aquí? ¿Desearías que yo no supiera? ¿Sobre esto?

—No —dijo Magnus de nuevo. ¿Alec estaba *enojado*? Exhaló lentamente—. Te lo dije, no sabía nada de las cadenas...

—¿No estás preocupado? ¿No estás *moles*to? —dijo Alec, y Magnus se dio cuenta, no estaba enojado. Estaba aterrorizado—. No tienes que actuar tranquilo conmigo. Soy la persona con la que nunca tienes que actuar tranquilo.

Magnus sonrió y envolvió sus brazos alrededor de Alec, atrayéndolo en un fuerte abrazo. Para su alivio, Alec lo dejó.

—Yo sé eso. Y tú me conoces —murmuró en el oído de Alec, los mechones de cabello de Alec le hacían cosquillas en la nariz con el cálido olor a jabón, sudor y sándalo que se sentía como en casa—. Trato de tomarlo un momento a la vez.



Podía sentir la larga exhalación dejar el cuerpo de Alec, la tensión se alivió un poco.

»Por supuesto que estoy preocupado —continuó en el oído de Alec—. Por supuesto que estoy molesto. Realmente no sé qué está pasando, y la única persona que podría explicármelo es...

—¿Un desquiciado? —murmuró Alec.

—Me refería a Ragnor, en realidad —admitió Magnus—. Quien está poseído por Samael. Pero lo resolveremos. Juntos. Mañana. Mañana puedes ayudar. Esta noche necesito... relajarme. —Plantó un pequeño beso en la sien de Alec y se alegró de ver a su novio permitirse una pequeña sonrisa.

Alec se volvió y puso su mano sobre el corazón de Magnus, justo encima de la herida.

—Si murieras —dijo—, una parte de mí también moriría. Así que recuerda, Magnus. No es solo tu vida. También es mi vida.

Alguien, hacía mucho tiempo, le había dicho a Magnus que los seres humanos nunca podrían amar como amaban los inmortales; sus almas no tenían la fuerza para ello. Esa persona nunca había conocido a Alec Lightwood, ni a nadie como él, pensó Magnus, y sus vidas debieron haber sido muy pobres por eso. La fuerza del amor de Alec lo humilló y lo elevó como una ola; dejó que la ola lo llevara hacia Alec, hacia su cama juntos, hacia sus manos entrelazadas mientras se movían al unísono, sofocando sus gritos contra los labios del otro.

\* \* \*

HORAS MÁS TARDE, MAGNUS ESTABA PROFUNDAMENTE dormido, pero Alec permanecía despierto, escuchando a los insectos y los pájaros cantar sus

canciones nocturnas. La luna derramaba una luz cremosa a través de la ventana. Después de un tiempo, se levantó de la cama, se puso ropa de dormir y salió.

Caminó por el perímetro de los terrenos de la casa, a lo largo de la pared baja de ladrillos que marcaba su borde, arrastrando los dedos. Se sintió inquieto y extraño. Estaba preocupado por Magnus y quería actuar, no dormir, pero no podía hacer un plan ni pensar en los pasos a seguir. Simplemente no tenía suficiente información.

Jace, inesperadamente, estaba sentado en la pared de ladrillos, mirando el cielo. Se volvió para mirar el acercamiento de Alec.

—¿Tampoco puedes dormir?

—¿En qué estás soñando despierto? —dijo Alec—. Soy el que tiene un novio con una gran X mágica grabada en el pecho por un loco.

—Todos tienen algo —dijo Jace, y Alec pensó que probablemente era cierto—. Maryse me preguntó si me haría cargo de la dirección del Instituto —añadió Jace casualmente.

Alec no dijo, *lo sé*, sino que preguntó—: ¿Lo vas a hacer?

Jace lo rodeó y farfulló.

—No lo sé.

—¿Por qué no? —dijo Alec—. Serías bueno en eso. Eres un buen líder.

Jace negó con la cabeza, sonriendo.

—Soy bueno siendo el primer hombre en la batalla. Soy bueno matando a muchos demonios. Tal vez pueda liderar de esa manera.

—¿No quieres un trabajo de escritorio? —dijo Alec, divertido—. No dejarías de patrullar, sabes. No somos suficientes para eso.

—Simplemente no creo que sea bueno en las cosas que forman parte de la gestión de un Instituto. ¿Estrategia? ¿Diplomacia?

—Eres genial en esas cosas —protestó Alec—. ¿Quién ha estado poniendo esta idea en tu cabeza de que solo eres bueno peleando? Será mejor que no sea Clary.



—No —dijo Jace con tristeza—. Clary cree que debería hacerlo.

—Yo también —dijo Alec.

—Ninguno de nosotros tiene que hacerlo —dijo Jace—. La Clave enviaría a alguien de otro Instituto, si fuera necesario. Un adulto.

—Jace —dijo Alec—, somos adultos. Ahora somos los adultos.

—Por el ángel, eso es *aterrador* —dijo Jace, con una pequeña sonrisa—. Incluso te han dejado tener un *hijo*.

—Debería hablar con mamá, en realidad —dijo Alec. Sacó su teléfono y lo agitó—. Y deberías irte a dormir.

—Tú también —dijo Jace, levantándose. Antes de que pudiera escapar, Alec lo había agarrado en un abrazo, y Jace, agradecido como Alec había esperado, le devolvió el abrazo.

—Va a estar bien —dijo Jace—. Vamos a salvar el día de nuevo. Es lo que hacemos. —Dicho esto, se dirigió de nuevo en dirección a su habitación.

Alec lo vio irse, y luego volvió su atención a su teléfono y llamó; casi pensó en su hogar, pero no, el Instituto ya no era su hogar. Eso todavía se sentía extraño a veces.

Para su sorpresa, Kadir respondió el teléfono de su madre.

—¡Alec! —dijo con sorprendente entusiasmo—. Justo la persona con la que quería hablar. No queríamos molestarte, pero...

—¿Qué? —dijo Alec, en alerta de inmediato. Sus nervios no estaban en buena forma—. ¿Max está bien?

—Sí, Max está bien —dijo Kadir—. ¡Es todo un rastreador!

—Sí, puede gatear bastante rápido —dijo Alec, sin estar seguro de a dónde iba—. Con suerte, eso significa que realmente estará caminando pronto.

—Bueno —Kadir vaciló— ¿sabías... quiero decir... en casa él...

—¿Qué?

—¿Ese es Alec? —Maryse dijo en el fondo. Hubo un estrépito, y luego claramente lo había puesto en el altavoz—. Alec, tu hijo está trepando por las paredes.

—Puede ser bastante activo, sí —dijo Alec.

—No —dijo Maryse con gran calma—, quiero decir que *está trepando por nuestras paredes*. ¡Y por el techo! Y luego colgando de las cortinas.

Alec se pellizcó el puente de la nariz con la mano libre. En casa, por supuesto, Magnus podría evitar las aventuras mágicas accidentales con la gravedad de Max.

—No creo que se caiga —dijo dubitativo—. Por lo general, cuando hace eso, ni siquiera se da cuenta de que ha sucedido y solo esperamos a que vuelva al suelo.

—Sí, pero... Alec, los techos en el Instituto son muy altos.

—Tengo que caminar con un cojín grande todo el tiempo por si acaso —añadió Kadir—. Hay algunas picas en la sala de armas, pero nada lo suficientemente largo para su alcance.

Maryse prosiguió.

—¿No hay una solución mágica? ¿Algo en los componentes del hechizo que trajo Magnus? ¿Algo para... para neutralizarlo?

—Uh, no, mamá. No hay nada que lo "neutralice". Te dije que era mucho.

—Obviamente, solo usaríamos el extremo del mango de las picas, si se llegara a eso —Kadir ofreció.

—¿Está molesto? —dijo Alec.

—¿Kadir? Siempre es difícil saber...

—No, mamá, Max. ¿Max está molesto?

—Max está emocionado —dijo Maryse, en un tono que Alec asociaba fuertemente con su madre hablando de Jace—. Max lo está pasando *excelente*.

—Entonces tendrás que vigilarlo y esperar a que baje —dijo Alec.

Hubo una larga pausa.



—Bueno... está bien —dijo Maryse—. Si eso es todo lo que se puede hacer.

Alec empezó a decir—: Podrías llamar a Catarina...

—No, no, no —dijo Maryse rápidamente—. Lo tenemos bajo control aquí. Vuelve a tu misión y no te preocupes, ¿de acuerdo?

—Alec —dijo Kadir, muy intensamente—. También debo hablarles sobre *El Ratón Muy Pequeño Que Recorrió un Largo Camino*, de Courtney Gray Wiese.

—¿Qué pasa con eso? —dijo Alec.

—No me lo dijiste —dijo Kadir—. No me avisaste lo suficiente.

—Lo intentamos —dijo Alec.

En tono sombrío, Kadir recitó—: El mejor ratón será descuidado / Quien no se desinfecta a menudo.

—Es realmente difícil preparar a alguien para eso —dijo Alec—. Tienes que experimentarlo por ti mismo.

—De hecho —dijo Kadir—. Me alegro de *Dónde Están las Cosas Salvajes*, al menos. Después de todos estos años, he aprendido dónde están las cosas salvajes. Están en este Instituto.

Alec se despidió y colgó, luego miró hacia el claro cielo nocturno. Maryse había criado a cuatro niños en un edificio de piedra sin acolchado lleno de armas. Maryse lo había criado, y él nunca se había roto un hueso bajo su vigilancia. Max estaría bien.

*Magnus, sin embargo, ¿lo estaría?*

Dejó el pensamiento a un lado y se dirigió a la cama.

\* \* \*

MAGNUS ESTABA EN UN ENORME y polvoriento salón. Había luces colgando del techo, proporcionando una iluminación amarilla sombría, pero sus colgantes, y el techo mismo, estaban tan por encima de él y tan envueltos en la oscuridad que no podía distinguirlos.

Cuando sus ojos se adaptaron, se dio cuenta de que se encontraba en una especie de sala de audiencias, algo anticuado, como algo de hace cien o doscientos años. Parecía que había estado abandonado durante al menos ese tiempo. Una gruesa capa de polvo y telarañas cubría todas las superficies, y aunque la mayoría de los muebles de madera tallada estaba intacta, había sillas tiradas aquí y allá que no habían sido recogidas.

Estaba soñando, pensó. Ciertamente soñando. ¿Pero de qué? ¿De dónde?

Detrás del banco de jueces había tres asientos. El asiento del medio era mucho más grande que los demás, y una espesa nube gris se cernía sobre él, como si un demonio Ala gigante estuviera posado en él, aunque Magnus no podía ver ojos. A la derecha de la nube estaba sentado Shinyun; a la izquierda de la nube estaba sentado Ragnor.

Magnus levantó las manos y descubrió que las bolas con púas que habían sido grabadas en sus palmas se habían convertido en bolas de hierro reales, sólidas, de unos pocos centímetros de ancho, incrustadas profundamente. La sangre se filtró alrededor de ellos. Levantó las manos experimentalmente y chocó las palmas juntas, escuchando las bolas tintinear secamente en la habitación vacía.

Hubo un chirrido que después de un momento Magnus reconoció como Ragnor aclarándose la garganta.

—Se supone que deben ser así para que no puedas juntar las manos en oración —dijo. Su voz era tranquila, pero sonó claramente en los oídos de Magnus—. Es un poco anticuado, pero ya sabes cómo son estos artefactos. Mucho simbolismo, mucho menos practicidad.



—¿Dónde estamos? —dijo Magnus. Se dirigió a Ragnor e ignoró a Shinyun. Tenía la clara impresión de que Shinyun lo miraba lascivamente, aunque por supuesto su rostro estaba tan inexpresivo como siempre.

—En ningún lugar en particular —dijo Ragnor, agitando la mano con pereza—. Solo estamos hablando.

Magnus avanzó a grandes zancadas, aunque se sentía más pesado de lo habitual, como si sus piernas estuvieran encadenadas a pesas.

—¿Hablando sobre qué? ¿Estás listo para darme alguna respuesta? ¿Me dirás qué está pasando con esta... esta espina? ¿Las cadenas en mis brazos? ¿Qué vas a hacer? ¿Qué quieres con el Libro de lo Blanco? ¿Por qué has tirado tu suerte con S...

En ese instante Shinyun se llevó un dedo a los labios y lo hizo callar. El ruido era ensordecedor, como si se ahogara en una ola rompiendo, y Magnus se llevó las manos a los oídos y luego se las apartó rápidamente al sentir las puntas de hierro de sus palmas pincharlas.

Cuando el ruido cesó, Ragnor dijo con reproche—: No debes decir su nombre.

—¿Qué? —dijo Magnus con incredulidad—. ¿Samael?

La habitación se sacudió muy levemente, alterando las nubes de polvo en el aire.

—¡Samael! —Magnus gritó—. ¡Samael, Samael, Samael!

La habitación retumbó ahora y tembló como un tren descarrilado. Magnus luchó por mantenerse en pie, pero Ragnor y Shinyun permanecieron en sus asientos, luciendo impacientes.

—¿Por qué? —Magnus le gritó a Ragnor, ahora enojado—. ¿Por qué él? ¿Por qué el gran Ragnor Fell se aliaría con *cualquier* demonio, sin importar cuán poderoso fuera? Eso no es lo que me enseñaste. ¡Va en contra de todo lo que alguna vez has creído!

—Los tiempos cambian —dijo Ragnor, moleestamente tranquilo.

—¿Y qué pasa con esta... ésta *espin*a? ¿Qué tiene eso que ver con S... con tu Príncipe del Infierno?

Ragnor se rio ahora, un desagradable chirrido muy diferente de la risa que Magnus recordaba.

—¿El Svefnthorn? Eso es completamente obra de Shinyun. Es magia antigua, Magnus, magia de brujo muy antigua y poderosa, y no tenía maestro. Shinyun lo encontró, y luego tuvo un maestro. Nuestro maestro. La espina solo te ayudará a convertirte en quien debes ser.

Se puso de pie ahora y Magnus jadeó. Los cuernos de Ragnor, siempre tan pulcros y elegantes, habían crecido y se envolvían completamente alrededor de su cabeza; ahora terminaban a ambos lados de su rostro, sobresaliendo alrededor de su barbilla como colmillos. Sus ojos brillaban como obsidiana incluso en las sombras amarillas de la habitación.

»Shinyun no te estaba mintiendo —continuó—. El Svefnthorn es un gran regalo, uno que se perdió, pero, gracias a nuestro maestro, ahora se ha encontrado. Nos ayuda a servirle mejor. Al final, también te ayudará a servirle mejor.

Magnus tiró de su cuello y abrió su camisa para revelar la herida y sus cadenas.

—¿Este es un regalo? —grito—. ¿Cómo puede ser esto un regalo?

Ragnor se rio entre dientes, y fue peor que el chirrido de antes. Abrió la boca para hablar, pero él, Shinyun y la sala del tribunal desaparecieron, y Magnus se despertó de golpe en su habitación de la casa Ke, con un grito en los labios y el rostro preocupado de Alec brillando a la luz de la luna llena.



## SOMBRA Y LUZ SOLAR

Traducido por wessa tales  
Corregido por Roni Turner

MAGNUS TODAVÍA SEGUÍA INESTABLE, pero se las arregló para poner buena cara durante el desayuno. Los Cazadores de Sombras y él devoraron el *congee*<sup>42</sup> de Yun antes que Clary les abriera un Portal de regreso al Hotel Mansión para que pudieran ponerse ropa de calle. Tian mencionó que un grupo de Cazadores de Sombras equipados en traje de combate atravesando cualquier Mercado de los Subterráneos no sería muy amistoso sin importar sus intenciones.

Magnus se detuvo en la cocina Ke y miró por la ventana mientras los demonios se dispersaban por el Portal de Clary y explotaban en llamas al entrar en contacto con la luz del sol. (Habían decidido abrir el Portal en el patio solo por esa razón). Ya no eran solamente escarabajos, percibió Magnus, ahora se les unían ciempiés de un metro de largo y algo que se parecía a una túpula color hueso con largas piernas del tamaño de una sandía. Los Cazadores de Sombras no tenían que interactuar con ellos —la luz solar se hacía cargo de eso— pero el enigma de por qué aparecían molestaba a Magnus. Debió haberle preguntado a Ragnor y Shinyun sobre el Portal, pensó, cuando estaba en... donde sea que estuviera... en su sueño.

Distraídamente chasqueó los dedos hacia los platos sucios, haciendo que volaran hacia el fregadero para lavarlos. Los primeros tazones ya estaban limpios para cuando notó que su magia lucía mal.

El color de la magia de los brujos no era especialmente significativo, bajo circunstancias normales. No era como una película, donde los brujos buenos tenían

---

<sup>42</sup> Congee: Es un tipo de arroz servido como unas gachas que se come en muchos países de Asia.

una agradable magia azul y los malos magia roja fea. Por esa razón, no era como las películas donde había «brujos buenos» o «brujos malos»; solo había brujos, gente como cualquier otra, con la capacidad de hacer cosas buenas y malas y con la habilidad de decidir nuevamente en cada ocasión. No obstante, a Magnus siempre le había complacido el suave azul cobalto de su propia magia, la que cultivó por siglos. Le parecía poderosa y aun así controlable. Relajante, como el tapiz de un exclusivo spa.

Hoy, sin embargo, era roja. De un rojo brillante, sobreexpuesta, casi rosada y crujiente en las orillas con volutas enroscadas de fuego negro. De todas formas, hacía lo que él quería, meter y sacar platos del fregadero y acomodarlos pulcramente, pero ciertamente se veía aterradora.

Con mucho esfuerzo se concentró en regresar su magia a su color normal. Nada cambió, y comenzó a sentirse frustrado. Su concentración comenzó a alejarse más y más de los platos, y de sus amigos en el exterior, hacia un intento de moldear su magia a su preferencia. Eso, después de todo, era de lo que el color de la magia se trataba: la magia de un brujo bajo su control. Era del color que el brujo quisiera que fuera.

El resplandor que rodeaba los platos persistió en un brumoso rojizo de mal gusto. La frustración de Magnus creció y finalmente, cuando una voz tranquila exclamó su nombre en la puerta tras de él, perdió el aliento completamente, y un tazón voló de lado a lado del fregadero y azotó contra el alféizar.

La magia se desvaneció completamente. Magnus se volteó para ver a Jem de pie en la puerta con rostro de preocupación.

—Lo siento —dijo Magnus—. Pero el color... No sé qué significa.

Jem sacudió la cabeza.

—Yo tampoco. ¿El resto lo sabe?

—Es la primera vez que pasa —dijo Magnus—. No me pasaba ayer.

—Algo más que investigar hoy —dijo Jem.



Magnus asintió lentamente.

—Supongo que es todo lo que podemos hacer. Aunque es una mala señal.  
¿Vendrás con nosotros?

—Si deseas que vaya —dijo Jem—. Dije que te ayudaría con la situación de Shinyun.

Magnus tomó un tazón.

—No tienes que arriesgarte. Dijiste que personas peligrosas te estaban persiguiendo... Asumo que algunos frecuentan el Mercado de Sombras.

—Algunos —admitió Jem.

—Preferiría no tener que lidiar con la ira de Tessa si algo te pasa. Quédate aquí; podemos deliberar cuando regrese.

En ese momento Alec apareció, vestido con lo que para él era ropa para salir: pantalones vaqueros grises, una raída camiseta azul que hacía juego con sus ojos, y una camisa a rayas grises y blancas con las mangas enrolladas hasta los codos.

—Deberíamos irnos —le dijo a Magnus—. El Portal parece al fin estar libre de demonios.

Magnus le dio el tazón que estaba sosteniendo a Jem. Ignoró la ceja alzada de Jem.

—¿Alguna vez tuviste que lavar los trastes en la Ciudad Silenciosa?

—No —dijo Jem.

—Entonces, esto será una buena práctica.

\* \* \*

DURANTE EL CAMINO HACIA la Concesión de los Subterráneos, Tian los llevó a través de un enorme edificio gótico de ladrillos, con dos capiteles a cada lado de la puerta; parecía haber sido teletransportado directamente de un campo francés. Alec estaba acostumbrado a tomar nota de lugares de culto cuando viajaba —siempre era bueno saber dónde se encontraban los alijos de armas más cercanos— y le frustraba no ser capaz de identificar los edificios religiosos a simple vista, en aquella ciudad con diferentes mundanos y religiones mundanas. Sin embargo, este edificio era familiar de una forma que lo hacía sobresalir en un mar de desconocimiento.

—¿Eso es una *iglesia*? —le dijo a Tian mientras caminaban.

Tian asintió.

—La Catedral Xujiahui —dijo—. También llamada San Ignacio. Si lo necesitamos, tiene el alijo de armas de Cazadores de Sombras más grande de la ciudad. Pero también está plagado de turistas la mayoría del tiempo, así que no la usamos mucho.

Estaba en lo correcto; aquel lugar bullía de actividad. Los turistas se alineaban fuera para entrar. Asimismo, una parte de ella parecía estar en renovación: un andamio envolvía la mayoría de las ventanas manchadas a lo largo de uno de sus lados.

—Quizá debamos pasar y recoger algunas armas más —murmuró Simon—. Me siento algo desnudo entrando al Mercado con solo una espada serafín y nada más.

—Justo como ese sueño que tienes a veces —dijo Clary radiantemente, y rápidamente Isabelle resopló con una risa reprimida.

Jace miró con comprensión a Simon.

—Tal vez Simon tenga razón —dijo—. Los tipos malos parecen ser capaces de encontrarnos cuando quieren, pero nosotros no podemos encontrarlos. Deberíamos haber ido en trajes de combate.

—No —dijo Tian—. Así es mejor. El Instituto y la Concesión están relativamente en buenos términos, como suele suceder, pero la Paz Fría tensó a todo el mundo. Nos tienen que ver con actitud amistosa.



—Ya veremos lo que les gusta nuestra actitud amistosa cuando los demonios plaguen el lugar —dijo Jace, y Simon lo miró nervioso.

Mientras tanto, Alec miraba a Magnus, quien parecía aliviado de no tener que entrar a la iglesia. A Magnus, como a la mayoría de los brujos, no le gustaba pasar tiempo en edificios religiosos mundanos. Las religiones mundanas no solían ser muy amables con los brujos, y eso era por decirlo suavemente.

Después de algunos giros y vueltas, Tian los guio a través de una intrincada cancela roja hacia una calle peatonal adoquinada. La cancela estaba resguardada por dos estatuas de bronce: una bastante intimidante de un lobo sobre sus patas traseras, con sus garras levantadas, ora amenazante, ora acogedor. El otro era un murciélago gigante, cuyas alas estaban dobladas a los costados de su cuerpo de una forma que lo hacía lucir extrañamente coqueto.

—Bienvenidos a la Concesión de los Subterráneos —dijo Tian, gesticulando con orgullo.

Había, al menos en un principio, nada particularmente relacionado con los Subterráneos en ese lugar, aunque no era como si los Subterráneos tuvieran su propio estilo de arquitectura. En realidad, se veía como una miniatura de Shanghái, una ecléctico montón de historia de la ciudad construida encima de sí misma. Curvilíneos techos al estilo tradicional chino empujaban contra los edificios de estilo occidental, algunos lucían como si hubieran sido teletransportados directamente desde los campos ingleses o franceses, llenos de clásicas columnas marmóreas. Y todos los presentes eran Subterráneos.

Las calles no estaban tan abarrotadas en la mañana, pero a Alec le asombró ver hadas, lobos e incluso algún brujo ocasional deambulando por ahí, sin glamours ni espejismos. Vio a Magnus reflexionándolo también: un lugar donde los Subterráneos vivían libremente, sin tener que esconderse constantemente del mundo mundano. Era extraño. Y agradable.

Tian captó su mirada.

—Toda la Concesión está protegida de mundanos —dijo—. El arco se ve como la entrada de un edificio en ruinas, destruido en 1940 y nunca reconstruido.

—¿Por qué no existe esto en ningún otro lugar? —dijo Clary—. ¿Por qué no hay barrios de Subterráneos con *glamour* por todas partes?

Magnus, Tian y Jace hablaron al mismo tiempo.

Tian dijo—: Shanghái tiene una específica e inusual historia que ha permitido que esto suceda.

Magnus dijo—: Los Cazadores de Sombras nunca lo permitirían.

Jace dijo—: Los Subterráneos en la mayoría de los lugares pelean demasiado.

Todos se miraron entre sí.

—Probablemente todas esas razones sean ciertas —dijo Alec diplomáticamente. Magnus asintió, pero apartó la mirada, distraído.

—¿Alguna oportunidad de conseguir algo de comida? —dijo.

Alec le miró divertido.

—Acabamos de desayunar.

—La investigación demanda calorías —dijo Magnus.

—Yo podría comer—agregó Clary— ¿Tian, hay *dim sum*?<sup>43</sup>

—Hay *mucho* *dim sum* —confirmó Tian—. Sígueme.

Aunque tenía mejor aspecto que el barrio del antiguo Shanghái en el que habían estado un par de días antes, la Concesión de Subterráneos era el mismo tipo de laberinto de confusas calles estrechas. Lo que Alec confundió con un callejón, terminó siendo la entrada de una casa; lo que parecía ser una fachada terminó siendo una carretera.

---

<sup>43</sup> Dim sum: comida cantonesa liviana que se suele servir con té. Contiene combinaciones de carnes, vegetales, mariscos y frutas.



Alec confiaba en Tian (era un compañero Cazador de Sombras, era un Ke, había sido respaldado por Jem) pero no podía evitar pensar que no había forma de que encontraran la salida sin la ayuda de Tian. Intercambió una mirada con Jace, quien claramente pensaba lo mismo, luego extendió su mano hacia atrás para colocarla sobre su reconfortante arco, antes de recordar que no lo tenía.

Después de algunos giros, la calle se abría hacia un amplio patio, con restaurantes en todos lados y grupos de plátanos de sombra<sup>44</sup> en el centro. Tian gesticuló señalando a su alrededor.

—Bienvenidos al distrito *dim sum*, por así decirlo. No sé qué tan seguido comen en establecimientos de Subterráneos...

—Quizá más frecuentemente de lo que crees —dijo Clary.

—Bien —dijo Tian—, ahí está el *dim sum* de los vampiros, el de las hadas y el de los hombre lobo.

—¿De cuál queremos?

—*Definitivamente* queremos el de los lobos —dijo Tian.

El *dim sum* de los hombre lobo resultó no ser tan diferente que el de los mundanos en Nueva York, excepto que las fuertes mujeres de cabello grisáceo que empujaban carritos por doquier eran mujeres lobo. Tampoco hablaban inglés, pero eso era, por un lado, no tan diferente de Nueva York, y, por otro lado, fácilmente resuelto al señalar simplemente hacia la humeante pila de cestas y tazones de metal que se quisieran. Alec no era el mayor fan del congee y tomó un pequeño tazón para no insultar a la Madre Yun, así que excavó en los bollos rellenos de camarón, pasteles de nabo, almejas en salsa de frijol negro y salteado de *gai-lan*.<sup>45</sup> Observó la cara de Tian y su sutil sacudida de cabeza cuidadosamente cuando comenzaron a aparecer cosas demasiado de hombres lobo para ellos: pequeñas morcillas, rebanadas de carne cruda y lo que parecía ser algún tipo de roedor frito en salsa agri dulce. Tian

<sup>44</sup> Plátano de sombra: árbol de la familia Platanaceae. Son altos, de entre 30–50 m de altura.

<sup>45</sup> Gai-lan: brécol chino o col verde china, es una verdura con hojas gruesas, planas y brillantes de color verde azulado con tallos gruesos.

intentó evitar que Magnus agarrara una pata de pollo, pero una vez Magnus estuvo contento mordisqueándolas, se rindió y ordenó patas de pollo para sí mismo. Extrañamente, lo mismo hizo Jace.

—¿Te gustan las patas de pollo? —dijo Tian, sorprendido.

—Me gusta todo —dijo Jace con la boca llena de comida.

Simon negó con la cabeza.

—Mis ancestros huyeron de su país para que no tuvieran que comer patas de pollo nunca más. No voy a comenzar ahora. ¿Hay algo en la mesa que *no* tenga carne?

Tian tomó algunos bollos rellenos de vegetales y setas envueltos en tofu del carrito de al lado, y la mujer lobo miró con desaprobación a Simon.

—Lo siento —dijo Tian—. Incluso los que no tienen carne a menudo llevan camarón seco o grasa de cerdo.

—Estoy acostumbrado —dijo Simon con resignación.

—Además —señaló Clary, masticando un bollo—, son hombres lobo.

Satisfecho, el equipo se encaminó nuevamente. Mientras caminaban detrás de Tian, Alec se acercó a Magnus y lo empujó cariñosamente.

—Oye, ¿te encuentras bien? Has estado callado durante la comida.

—Gordo y descarado —dijo Magnus, sobando su estómago y sonriéndole a Alec. Alec le sonrió de vuelta, pero sintió una incertidumbre en su estómago. Las cadenas, la herida resplandeciente... y Magnus despertándose en la noche gritando. Había afirmado que era una pesadilla fortuita, pero Alec no estaba seguro.

Tampoco le había contado a los demás sobre las cadenas en el cuerpo de Magnus. No estaba exactamente seguro de cómo decírselos.

Cuando un momento antes Alec estaba de buen humor, de repente se sintió muy lejos de casa, alterado e inquieto. Era muy consciente de que no podía leer los letreros de la calle o los escaparates, que se encontraba a medio mundo de su hijo, que podría haber personas en el barrio de los Subterráneos que lo odiaran por ser



Cazador de Sombras, sin importar qué tan amistosas eran las relaciones. El peso de la Paz Fría, la herida de Magnus y las incógnitas apiladas encima de más incógnitas, cayeron sobre él.

—Desearía que Max estuviera aquí —susurró a Magnus, y fue entonces cuando la cosa con alas descendió y colisionó violentamente contra Tian.

\* \* \*

MAGNUS ESTABA DISTRAÍDO por la sensación de su pecho; desde que atravesaron la entrada de la Concesión, lo sintió. Cada vez que su corazón latía, enviaba una pequeña palpitación de magia a través de su cuerpo, y podía sentir esa palpitación explotar detrás de la herida de su pecho y extenderse en espirales a lo largo de los eslabones de las cadenas de sus brazos. No se sentía mal, pero no sabía qué le ocurría, y aquello no le gustaba. Quería dirigirse directamente hacia el Palacio Celestial y enterrarse en la investigación; en privado pensó que hablar con Peng Fang era una pérdida de tiempo. En el pasado, probablemente hubiera exteriorizado este sentimiento. En el pasado, probablemente los hubiera convencido de omitir por completo a Peng e ir directamente hacia la librería.

Estaba tan perdido en sus pensamientos que no vio la sombra pasar sobre ellos, por lo que fue tomado por sorpresa cuando la mujer pájaro chocó contra Tian.

Vio a Alec y al resto de Cazadores de Sombras de Nueva York retroceder y buscar algunas armas que traían consigo; excepto Simon, quien levantó las manos como si bloqueara un puñetazo y miró alrededor preguntándose qué hacer. Sin embargo, rápidamente todos se dieron cuenta de que Tian no parecía preocupado; de hecho, estaba sonriendo y riéndose.

—¡Jinfeng! —decía, y Magnus notó que la mujer pájaro le había dado un rápido abrazo a Tian mientras se alejaba, sonriéndole.

Se dio cuenta un poco tarde de que era un hada, y una asombrosa: una *feng huang*<sup>46</sup>, un fénix. El fénix chino era un hada completamente diferente del fénix occidental, y mucho más hermoso. Eran casi tan alta como Tian, y su reluciente cabello negro caía hasta sus pies. Alas de color rojo, amarillo y verde se extendían en su espalda, ondulándose en el aire; su piel estaba llena de trazos delicados de un luminoso dorado. Sus oscuros ojos, rodeados por largas pestañas, centelleaban mientras miraba al grupo.

Jace, Clary e Isabelle lentamente bajaron sus armas confundidos. Simon continuaba observando ojiplático, y Alec, por supuesto, miraba Magnus perplejo.

Tian estaba hablando suavemente con la mujer hada.

—Oh —dijo ella en mandarín—. Lo siento mucho. Son estos... quienes... —No terminó la frase y sonrió tímidamente.

—¿Te gustaría presentarnos, Tian? —dijo Magnus de manera suave.

—Sí —dijo Tian—. Para todos ustedes, esta es Jinfeng —continuó en mandarín—. Estos son los Cazadores de Sombras de Nueva York. Y también Magnus Bane, el Gran Brujo de Brooklyn.

El fénix retrocedió, repentinamente alerta.

—Lo siento —dijo nuevamente—. Sé que yo... La Paz Fría...

—Tranquila —dijo Magnus—. A nosotros tampoco nos gusta mucho la Paz Fría.

—Jinfeng es la hija de los herreros de los que les hablaba ayer —dijo Tian—. Y también —suspiró— mi novia.

---

<sup>46</sup> Feng Huang: Son aves mitológicas de Asia oriental que reinan sobre todas las aves. Originalmente los machos se llamaban feng y las hembras huang, pero tal distinción dejó de hacerse y se convirtió en una entidad femenina única que se empareja con el dragón chino, que se considera masculino.



—Ohhhhhhh —dijo Jace. Clary lo golpeó en el hombro. Jinfeng se movió nerviosa hacia Tian y puso su brazo alrededor de él. Se inclinó y lo besó en la mejilla, y él sonrió.

—Como pueden imaginarse —continuó Tian—, hemos tenido que mantener nuestra relación en secreto delante de los demás. Mi familia no tiene problemas con que estemos juntos, pero hay muchos en el Cónclave de Shanghái que les encantaría usarlo en nuestra contra.

—¿Qué piensan tus padres sobre Tian? —le dijo Magnus a Jinfeng—. ¿O su corte?

Jinfeng se volteó hacia Magnus, complacida de tener a alguien más con quien conversar en mandarín además de Tian.

—A ellos les gusta —dijo, y sus plumas se movieron un poco—, y confían en él. Pero no confían en su gente. —Miró hacia Alec, quien casualmente tenía su brazo alrededor del de Magnus—. ¿Qué piensa tu gente sobre él?

—No tengo realmente gente —dijo Magnus—, pero a la mayoría parece gustarles. Y estos son sus amigos más cercanos y familia, estos de aquí, y les confiaría mi vida. —Ante eso, Tian alzó las cejas. Magnus atrapó su mirada y continuó—. Aunque ha tardado algunos años. Por cierto, chicos, respondo por ustedes —agregó hacia el resto de ellos, su última frase en inglés.

—Háblale sobre la Alianza —dijo Alec, dándole un codazo.

—Mi novio quiere que te diga que él fundó la Alianza de los Subterráneos y los Cazadores de Sombras —dijo Magnus, y aleteó sus pestañas hacia Alec—. Si es que sabes lo que es.

Jinfeng le sonrió con ironía.

—En Shanghái, Tian y yo somos la Alianza de los Subterráneos y Cazadores de Sombras.

—Pensé que habías dicho que tu familia lo aprobaba —le dijo Magnus a Tian.

Tian lucía avergonzado.

—Lo aprueban —dijo—, pero no es lo mismo que permitirnos hacerlo público. Mucho menos casarnos. Debes saber que yo, y que ellos, podríamos meternos en muchos problemas. La Paz Fría incluso prohíbe relaciones de negocios entre las hadas y los nefilim, mucho menos...

—Negocios eróticos —concordó Magnus.

El resto estaba de pie respetuosamente, pero comenzaron a lucir incómodos. Simon estaba checando su teléfono.

Tian tomó nota y le dijo a Jinfeng—: *Qin'ai de*<sup>47</sup>, estaba esperando poder hablar con tus padres. Estos nefilim se han topado con una extraña arma y pensamos que ellos podrían saber sobre ella. ¿Podría yo hablar con ellos?

—Puedes continuar —le dijo Magnus a Tian, en inglés en beneficio de los demás—. He estado en el Mercado del Sol tantas veces que estoy seguro de que puede llevarnos al resto de nosotros ahí.

Tian asintió, ya que se encontraba escribiendo una dirección en un pedazo de papel de su bolsillo.

—Yo iré con Jinfeng. Nos encontraremos aquí en dos horas y con suerte Mogan estará dispuesto a hablar.

—¿Quién es Morgan? —dijo Magnus.

Tian sonrió.

—Los herreros. Mo y Gan. Mogan.

—Hadas —dijo Magnus con un suspiro.

Tomó el papel, y Jinfeng y Tian desaparecieron por un lado de la calle, francamente rápido.

—Se veía bastante feliz de alejarse de nosotros —observó Isabelle mientras se iban.

---

<sup>47</sup> Qin'ai de: En mandarín, querido/a.



—Amor joven —dijo Magnus—. Los alcanzaremos más tarde. Por ahora, dirijámonos hacia el Mercado.

—Tenemos a un molesto sommelier<sup>48</sup> de sangre con el que reunarnos —concordó Alec.

—Y una librería —agregó ávidamente Clary—. No se olviden de la librería.

\* \* \*

Ahora que Tian se había ido, dependían de Magnus para dirigir, lo cual estaba bien en lo respectaba a Alec. Tian era amistoso y saber que de igual manera estaba tratando con las complejidades de las relaciones entre Cazadores de Sombras y Subterráneos lo hacía más simpático, pero se había sentido un poco como un niño al que cuidar. Conocía los Mercados de Sombras; conocía a los Subterráneos. Conocía a Peng Fang. Era cuestión de orgullo, en parte, que pudieran lidiar con ese trabajo por sí mismos.

Como guía, por supuesto, Magnus era un poco más dudoso de lo que Tian había sido.

—¿Estás seguro de saber a dónde vas? —dijo Alec un par de veces, mientras Magnus consideraba dos posibles caminos.

—Este camino parece familiar —decía Magnus, y caminaba en esa dirección. Los demás ponían su total confianza en el brujo, lo cual hacía que Alec se sintiera desleal al levantar dudas.

Se encontraron, después de doblar algunas esquinas, en un oscuro y estrecho callejón.

---

<sup>48</sup> Sommelier: Experto en vinos.

Al contrario que la Concesión, bien mantenida, limpia y resplandeciente en la soleada mañana, aquel lugar se sentía decrepito, como si estuviera pudriéndose, y estaba sumido en la penumbra por los edificios que lo rodeaban. El agradable olor de comida y flores de otoño se había ido, reemplazado por un húmedo, fétido olor, no como el de la muchedumbre de la ciudad, sino más bien como un lugar abandonado hace mucho tiempo por cualquier cosa viva.

Todos podían sentir que algo estaba mal. Tanto Jace como Clary sacaron una espada serafín que habían traído y Simon se detuvo al final del callejón, vigilando y escaneando alrededor de él. Isabelle se colocó a su lado, menos preocupada pero no menos alerta.

Alec puso sus manos en su propia espada serafín, aunque no la había sacado aún.

—Tal vez nos hayamos equivocado de esquina —comenzó a decir, pero ahogó las palabras mientras miraba a Magnus.

Magnus estaba brillando, con una molesta flama roja alrededor de él en el oscuro callejón. Su labio superior estaba levantado dejando ver sus dientes, y había elevado la cabeza, como un animal olisqueando el aire en busca de su depredador. O presa. Sus ojos también brillaban en la oscuridad, amarillos verdosos y extraños de una forma en la que Alec nunca se los había imaginado. Estaban vidriosos y desenfocados; lucía como si estuviera escuchando algo a lo lejos, algo que ninguno de los demás podía oír. Y debió haber sido la ilusión de la extraña luz filtrada entre los edificios, pero parecía más alto, más mordaz.

—¿Magnus? —dijo Alec suavemente, pero Magnus parecía no oírlo. Escuchó un ruido deslizándose por debajo y por encima de él, pero cuando se volteó, no había nada.

Los Cazadores de Sombras se abrieron paso por el callejón cuidadosamente. Jace e Isabelle llegaron al final primero y esperaron a que Clary guiara lentamente hombro con hombro a Simon, quien se veía como un gato con los pelos de punta. Alec esperó a que Magnus lo siguiera, pero parecía atorado en su lugar. Su cabello estaba alborotado y su respiración fatigada, como si hubiera estado corriendo. Alec



lo tomó gentilmente de la mano, y Magnus se lo permitió, aunque cuando sus ojos se posaron en Alec, no había reconocimiento en ellos.

Alec sintió que una sacudida de miedo lo atravesaba. Magnus nunca estaba distraído, ni confundido. Era una de las cosas que más amaba de su novio: sabía que, si se forzaba a Magnus a atravesar el Infierno mismo, lo haría con su cabello perfecto, su ropa planchada y su mirada fija.

Y tenía que admitir que incluso en ese momento, Magnus se veía bien. Su expresión tal vez era hambrienta y vacía, pero resaltaba sus mejillas y Alec se preguntó por un momento cómo sería besarlo mientras miraba en sus centelleantes ojos con verde y dorado. Era una combinación extraña, este sentimiento de miedo y deseo.

Se forzó a caminar hacia delante, guiando a Magnus con la mano. Magnus permitió ser guiado; apenas parecía notarlo. Alec contuvo su respiración, seguro que serían atacados en cualquier momento, pero al final del callejón, había otro arco y una vez que los seis cruzaron, el sol volvió a brillar y el aire estaba tranquilo y en calma.

De un momento para otro, toda la peculiaridad de Magnus se disipó y era de nuevo él mismo. Se veía sorprendido mientras Alec aventaba sus brazos alrededor de él, abrazándolo fuertemente.

—¿Todos están bien? —dijo Clary.

—Claro —dijo Simon, aunque su voz permanecía temblorosa—. No ha pasado nada, ¿verdad?

Todos miraron a Magnus; por supuesto que lo hicieron, pensó Alec. Aún con toda su experiencia, esperaban que Magnus tuviera respuestas a cualquier misterio. Negó con la cabeza, con aspecto sepulcral.

—No lo sé —dijo—. Estábamos caminando y después... estaban esas voces...

Isabelle y Clary intercambiaron miradas preocupadas.

—No escuchamos ningunas voces —dijo Isabelle.

—¿Qué decían? —preguntó Alec suavemente.

Magnus miró a Alec con impotencia.

—No... No lo recuerdo.

—Creo que los Subterráneos harían algo al respecto de la existencia de un callejón del Infierno en el medio en su barrio —dijo Jace.

Magnus sacudió la cabeza.

—No sé dónde estábamos —dijo—, pero definitivamente eso no era Shanghái.

\* \* \*

MAGNUS NO HABÍA MENTIDO. No recordaba lo que había sucedido, y no recordaba lo que las voces decían o quién había estado hablando. Lo que no dijo fue que lo que sí recordaba: cuán poderoso se había sentido, cuán fuerte. Como el resto de ellos, estaba seguro de que habían sido atacados, pero solo había sentido desprecio por las fuerzas que podrían atacarlos, como si pudiera abatirlos con el mero movimiento de su mano. Ahora sentía un vacío extraño, tanto alivio como decepción de que esa sensación no se pusiera a prueba.

Él era el guía, no obstante, intentó apartar todas esas emociones a un lado y concentrarse en recordar a dónde irían. Él *había* estado anteriormente ahí, pero ochenta y tantos años antes. Aun así, había podido seguir el sonido, y pronto se toparon con algunos Subterráneos, todos dirigiéndose hacia la misma dirección. Grupos de jóvenes hombres lobo, parejas de vampiros viejos acurrucados bajo grandes sombrillas negras y algunas hadas, quienes miraban preocupados a los Cazadores de Sombras y cruzaban la calle para evitar cruzarse con ellos.

Alec tomó nota.



—No me gusta que me vean como el enemigo aquí —dijo—. Todos estamos en el mismo lado, los Cazadores de Sombras y los Subterráneos.

Jace arqueó una ceja.

—Creo que la posición oficial de la Clave es que estamos en diferentes lados.

—Es ridículo —dijo Clary—. ¿Cuántas hadas estuvieron *realmente* del lado de Sebastian en la guerra? La Reina, su corte; debe ser un pequeño porcentaje de ellos. Pero los hemos castigado a todos.

—La Clave los castigó a todos —dijo Simon—. *Nosotros* no hemos hecho nada. Intentamos prevenir la Paz Fría.

—Mientras podamos explicarle individualmente a cada uno, estoy seguro de que estaremos bien —dijo Jace.

—Quizá podamos hacer camisetas —concordó Simon—. «Intentamos Prevenir la Paz Fría».

Magnus gesticuló hacia otro arco de piedra.

—A través de ahí, creo.

—Nuestra suerte con arcos aleatorios no ha sido muy buena —murmuró Isabelle. Pero lo atravesaron de todas formas, y después de un momento de inquietante resplandor que los hizo contener el aliento, el pasaje brilló y se expandió, y de repente una alta hada con una sonrisa de lado y una chaqueta brocada estaba intentando venderles colonia matalobos.

La explanada del Mercado era enorme y abierta, pavimentada con enormes losas. Los Mercados de Sombras eran usualmente una sinuosa maraña laberíntica, llena de puestos improvisados, todos compitiendo por la atención de clientes y gritándose unos a otros. Pero el Mercado del Sol de Shanghái era más civilizado, con puestos y casetas acomodados pulcramente en anchas hileras, sombreados por los ubicuos plátanos de sombra de Shanghái. Las cafeterías tenían terrazas al aire libre con mesas cuidadosamente mantenidas, y en el centro había una fuente con estatuas de piedra a cada esquina. Desde aquel lugar, Magnus podía ver un dragón y un pájaro

que se veían como Jinfeng, y si recordaba correctamente, había un tigre y una tortuga en el otro lado. La fuente estaba rociada de colores: rojo, amarillo y verde, y aunque el agua salía disparada a varios metros en el aire, se mantenía dentro del perímetro de la piscina de piedra. Magnus notó con cierto interés que podía ver el aura de la magia responsable de ello, un resplandor plateado, pensó, usualmente invisible para él.

Comenzaba a comprender por qué Shinyun pensaba que la herida del Svefnthorn era un regalo, pero dado las cadenas de sus brazos, parecía un regalo con un absurdo costo. Ningún regalo valía la pena si venía con cadenas incluidas.

La mayor parte del Mercado estaba bien organizado, pero aun así era un caótico bullicio de actividad. Un vampiro de avanzada edad que parecía medio derretido estaba detenido bajo un parasol de terciopelo negro y regateaba con un mundano con la Visión el precio de unas estacas de obsidiana. Dos brujos estaban involucrados en lo que parecía ser un juego mágico de beber en una de las mesas de la cafetería, y algunos fuegos artificiales en miniatura explotaron en la punta de sus dedos con ruidosos crujidos. Enfrente de la fuente, cuatro lobos aullaban en errática armonía.

Magnus detuvo sus pasos para susurrar en el oído de Alec.

—El cuarteto de barberos de la noche. Qué música hacen.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Clary—. Si los Subterráneos tienen su propio distrito en la ciudad, ¿por qué necesitan un Mercado? ¿Por qué no tener tiendas permanentemente?

—Las tienen —dijo Magnus, guiándolos a través de la multitud hacia el perímetro exterior de los puestos—. Es por eso por lo que esto no es necesariamente un Mercado de Sombras. Es solo un mercado, como el que encuentras en cualquier barrio mundano.

El círculo exterior del mercado había estado formado por puestos de comida la última vez que Magnus estuvo ahí, y a pesar de décadas de levantamientos y cambios en la ciudad, eso seguía igual. Todo era una mezcla de comida mundana y Subterránea, con pato pekinés, tofu *mapo*, *baozi* y *mantou* colocado en filas al lado de



fruta confitada de hadas y flores en palos. Magnus compró una mandarina confitada, luego se la ofreció a Alec con una sonrisa. Alec la tomó, pero continuaba mirando a Magnus preocupado cuando pensaba que su novio no miraba. Magnus deseó poder recordar lo que sucedió en el callejón.

También deseó que los Cazadores de Sombras fueran más discretos. Todos se habían acostumbrado, pensó, al Mercado de Nueva York, donde eran bastante conocidos y atraían miradas amistosas de la mayoría de los vendedores y algunos de los patrones. Allí, sin importar lo buena que, según Tian, la relación entre el Cónclave y los Subterráneos era, ellos seguían siendo un grupo de cinco nefilims *laowai*.<sup>49</sup>

—Recibimos algunas miradas —dijo Jace, siempre con más conciencia de la situación que el resto de ellos—. Tal vez deberíamos separarnos.

—Peng Feng probablemente no quiera encontrarse con nosotros para nada —dijo Clary esperanzadoramente—. ¿Quizá algunos de nosotros podamos ir directamente a la librería?

—Oh, mira los héroes —dijo Magnus con una ligera sonrisita—. Salvan al mundo unas cuantas veces y comienzan a designar responsabilidades.

—Honestamente, Peng Fang es *terrible* —dijo Alec.

—Traicionero —dijo Magnus.

—A mí también me gustaría ir directamente hacia la librería —agregó Simon.

—¡Bien! —dijo Magnus—. Todos ustedes, fuera. La librería está justo atravesando el Distrito de la Noche, dónde están todos los vampiros, y a la izquierda. Difícil de perderse. Trataré con Peng Fang por mí mismo.

—No lo harás —dijo Alec—, tratarás con Peng Fang junto a mí. —Magnus pensó en objetar, pero de todas formas prefería tener a Alec junto a él. Peng Fang podría ser mucho con lo que lidiar.

---

<sup>49</sup> Laowai: Extranjeros.

Se despidieron de los Cazadores de Sombras de Nueva York, y cuando estaban fuera del radar, Magnus dijo—: Aprecio el apoyo, pero tienes que esperar fuera de su casa. La última vez, cerró el pico en el momento en que llegaste.

—Está bien —dijo Alec—. No estoy preocupado por Peng Fang. Estoy preocupado por ti. —Fijó la vista en Magnus—. ¿De veras no recuerdas nada del callejón?

—No sucedió nada —dijo Magnus, y Alec parecía que fuera a responder, pero no lo hizo.

Ellos mismos entraron al Distrito de la Noche, a través de una enorme cortina de terciopelo rojo. Dentro estaba sombrío, iluminado solo por una ingente cantidad de velas en candelabros de plata, y en lo alto sobre ellos había una tela de retales y techos de lona que bloqueaban todo rastro de sol. Era como caminar en una carpa de circo gótica.

—Los vampiros y sus velas —dijo Alec en voz baja.

—¡Lo sé! Incluso son vulnerables al fuego —dijo Magnus—, pero no pueden resistirse. Son como polillas, en cierta forma.

Estaba comenzando a preguntarse cómo iban a encontrar a Peng Fang cuando notó que Alec había dejado de caminar a su lado. Se volteó y vio a su novio mirando con los ojos como platos hacia algo a un lado, y siguió su mirada. Le tomó un momento darse cuenta de qué estaba viendo.

Ahí, enfrente de un puesto cubierto de terciopelo (*Los vampiros y su terciopelo, también*, pensó Magnus), había una figura de cartón a tamaño real de Alec.

Parpadeó mientras la miraba.

La figura de cartón estaba con el equipaje completo de los Cazadores de Sombras y tenía la cara de Alec. El Alec de cartón sostenía un decantador de cristal lleno de un líquido carmesí, y una burbuja de diálogo que salía de su boca decía, con letra fluida, ¡Mmm! ¡Buena sangre!

—Magnus —dijo Alec lentamente—, ¿crees que pueda tener daño cerebral?



—Espera aquí —dijo Magnus, en cuyas manos se juntaba magia, y comenzó a caminar deliberadamente hacia la carpa.

Antes de que pudiera llegar a la entrada, un hombre bajo y fornido emergió de un puesto y extendió sus brazos en bienvenida con una gran sonrisa en la cara. Tenía el cabello como un abejorro convertido en estrella de rock, y llevaba una chaqueta negra con líneas rojas desabotonada sobre una camiseta con una ilustración que decía «¡Aquí viene el tren de la vena!»

—Peng Fang —dijo Magnus—. Ya me arrepiento de haber venido a hablar contigo.

—¡Magnus Bane! —dijo Peng Fang—. No te he visto en... Bueno, en resumen, ¡ha pasado una eternidad!

—Han pasado tres años —dijo secamente Alec—. Nos echaste del Mercado de Sombras de París porque dijiste que los Cazadores de Sombras eran malos para el negocio.

Peng Fang se veía emocionado.

—¡Y Alec Lightwood! Oye, me hace feliz ver que ustedes tortolitos siguen juntos. ¡Inspirador! ¡Una nueva era de cooperación entre Cazadores de Sombras y Subterráneos! Déjenme darles un abrazo, ahora mismo.

Magnus alzó una mano respetuosamente.

—Sin tocar, Peng Fang. Conoces la regla.

—Pero...

—Sin. Tocar. —No es que Magnus rechazara abrazar per se, pero Peng Fang siempre había sido... entusiasta con Magnus. Y con todos los demás. Magnus había establecido esa regla al comienzo de su amistad, en algún momento a mediados del siglo dieciocho, y no había tenido ninguna razón para quitarla.

—¿Qué te trae a Shanghái? ¿Qué te trae a mi tienda? —Continuó sonriéndoles ampliamente a ambos.

—No te preocupes por eso —dijo Alec, apenas manteniendo la postura—. ¿Qué me trae a mí a tu tienda? —Gesticuló hacia el espectador de cartón.

Peng Fang lo miró con las cejas alzadas, como si acabase de notar su existencia.

—Mi querido niño, eres famoso. Fundaste la Alianza de Subterráneos y Cazadores de Sombras. Has sido un héroe en dos guerras. Debes entender lo útil que es para el negocio hacerle saber a la gente que has estado en mi tienda.

—¡Me echaste de tu tienda! —dijo Alec, y Peng Fang levantó las manos para callarlo. Alec lo ignoró—. Y además coqueteaste con Magnus.

—Coqueteo con todo el mundo. —Peng Fang se encogió de hombros—. No es nada personal. —Se acercó a Magnus—. Debes entrar en la tienda. Acabo de hacerme con algunas cosas vintage. Previas a los Acuerdos, bastante difíciles de conseguir. No puedo decir más, pero digamos que hay algo un poco... sospechoso en su procedencia. —Magnus lo miró fijamente—. Sangre de sirena. Es sangre de sirena —clarificó.

—No, Peng Fang, seguimos sin beber sangre —suspiró Magnus—. Venimos por rumores.

—Tú te lo pierdes —dijo Peng Fang—. Entren. —En la entrada del puesto, jaló la cortina con una reverencia cortés bastante en desacuerdo con su camiseta y movió su mano para que entraran.

El interior estaba forrado de vitrinas, llenas de frascos de cristal y decantadores. Brillaron a la luz de las velas, pero Peng Fang los ignoró.

—Nada de esta basura —dijo, descartando los frascos y tomando una vela de un manchado y grande barril—. Este puesto es solo para publicidad y vender morapio<sup>50</sup> en taza. —Se volteó hacia Alec—. Sangre mundana reciente, del tipo de que consigues en cualquier lugar en la calle. Sabes a lo que me refiero —agregó hacia Magnus

---

<sup>50</sup> Morapio: vino barato



—No lo sé —dijo Magnus.

La sonrisa de Peng Feng nunca titubeaba.

—Sígueme —dijo—. Hablemos en mi oficina. —Empujó una alfombra con su pie, revelando una húmeda escalera en espiral de piedra que descendía bajo el suelo del puesto. Alec miró a Magnus con preocupación y Magnus le observó con el mismo sentimiento, pero ya habían llegado demasiado lejos, así que siguieron a Peng Fang hacia la profundidad.

\* \* \*

A ALEC NO LE HABÍA GUSTADO PENG FANG tres años atrás, cuando odiaba a Alec, y no le gustaba más en ese momento, cuando Peng Fang decidió que eran grandes amigos. Él ya tenía demasiadas cosas en juego, pensó, para estar siguiendo a un vampiro sombrío por un pasaje subterráneo a la luz de las velas, con la remota posibilidad de que tuviera información útil. Deseó que se hubieran saltado todo el asunto y hubieran ido directamente a la librería. Mantuvo una mano en la empuñadura de la espada serafín de su cinturón, seguro de que en cualquier momento Peng Fang se daría la vuelta y se lanzaría hacia ellos, ya sea para morderlos, besarlos o ambas cosas.

Al final del pasillo había otra cortina roja, y cuando la atravesaron, Alec se relajó un poco. Seguía siendo un sótano, pero estaba iluminado con luces fijas y el suelo, en lugar de estar lleno de basura, era de mármol negro. Se alzaba una escalera de caracol de hierro forjado, y mientras subían, Alec vio que en la parte superior había dos puertas, una exuberantemente lacada en rojo y negro y la otra pintada del mismo color que las paredes gris oscuro, con un pequeño letrero de metal que decía «SOLO PERSONAL» en cinco idiomas.

—Disculpenme un momento —dijo Peng Fang, y abrió la exuberante puerta. Detrás había dos vampiresas ancestrales con delgada piel blanca azulada y ojos gris

pálido, ambas vestidas con ropa de viuda anticuada. Una de ellas examinaba un pequeño frasco de cristal lleno de sangre.

Peng Fang habló con ellas en ruso: Alec no podía entender las palabras, pero el tono era igual de untuoso que siempre, al igual que su amplia sonrisa. Terminó con una pregunta y mirando de un lado a otro, alternando entre dama y dama, quienes parpadeaban en su dirección.

—*V'skorye*<sup>51</sup> —dijo y cerró la puerta—. Sala de degustación —le dijo a Magnus, quien sonrió débilmente—. Encantadoras damas. Han venido por años. Buscan invertir en futuros de sangre.

Alec arqueó una ceja.

—Te refieres a... ¿Sangre que continúa dentro de personas?

Peng Fang le dio una palmada a Alec en la espalda y rio efusivamente pero no explicó nada más. Abrió la puerta que decía «SOLO PERSONAL» y gesticuló indicando que entraran.

Dentro había un enorme escritorio caoba y algunos sillones orejeros. Siguiendo un clásico estilo vampírico, las luces eran tenues, pero habían sido diseñadas cuidadosamente para iluminar los estantes de decantadores y botellas alineadas contra la pared. Peng Fang fue hacia ellos y comenzó a seleccionar minuciosamente y servirse una copa de sangre. Magnus se dejó caer en uno de los sillones que encaraban el escritorio y estiró sus piernas. Alec se mantuvo de pie, de brazos cruzados.

Peng Fang se volteó, sosteniendo su copa.

—*Ganbei*<sup>52</sup>—dijo y tomó un trago. Magnus y Alec permanecieron en silencio y Fang les mostró una sonrisa manchada de rojo.

—¿Con qué puedo ayudar a mis clientes favoritos el día de hoy?

---

<sup>51</sup> *V'skorye*: «pronto» en ruso.

<sup>52</sup> *Ganbei*: Expresión “¡Salud!”



—Bueno, estamos investigando algunas cosas —dijo Alec—. Por ejemplo, la situación de los Portales. Han estado funcionando mal por todo Shanghái aparentemente.

Peng Fango tomó otro sorbo.

—Eso no son exactamente rumores emocionantes. Suena como que han funcionado mal por todo el mundo. Por qué lo están investigando, no tengo idea: el Cónclave ha estado por todo el lugar intentando averiguarlo.

—Pero tú escuchas cosas —dijo Magnus—, por todo el Submundo. ¿Alguna teoría interesante?

—¡Oh! Bastantes, por supuesto, culpan a los Cazadores de Sombras —dijo moviendo su mano libre desdeñoso—. Desde la Paz Fría, se les culpa por todo. Pero por supuesto, eso es una tontería. Los Portales son magia de brujos. Veamos. Algunos dicen que las hadas han estado saboteándolos.

—No puedo imaginarme cómo serían capaces de hacer eso —dijo Magnus dudosamente.

—Ni yo —concordó Peng Fang—, a no ser que estén tramando algo con alguien muy poderoso. Me refiero a muy poderoso.

—¿Un Demonio Mayor? —dijo Alec.

—Mayor que Mayor —dijo Fang sonriéndoles—. Un Príncipe del Infierno. *El* Príncipe del Infierno.

—No... —dijo Magnus

—No —dijo Fang inmediatamente—. No él. Pero cerca. Samael.

Alec hizo lo mejor que pudo para no reaccionar.

—¿Samael? —dijo riéndose—. Todos saben que Samael está desaparecido. Lo ha estado... bueno, siempre.

—Entonces está muerto —dijo Fang, aunque no había sido exactamente lo que dijo Alec—. Como yo, pero no me ha detenido de liderar un exitoso negocio

internacional. Sabes tanto como yo que no puedes derrotar definitivamente a un Príncipe del Infierno. Por un tiempo, seguro. Por más tiempo del que yo o incluso tú —agregó gesticulando hacia Magnus—, hayamos estado por aquí, definitivamente. Pero no para siempre. Y Samael es, después de todo, el Hacedor del Camino.

—¿El qué? —dijo Alec.

Fang lucía impaciente.

—¿El Descubridor de Caminos? ¿El Excavador del Mundo? ¿El Ejecutor de Velos? ¿Te suena alguno de ellos?

—Para nada —dijo Alec.

Fang hizo un sonido desaprobatorio en la parte trasera de su garganta y vació el resto de su bebida.

—¿Qué les enseñan a estos Cazadores de Sombras? En primer lugar, Samael es quien abrió los caminos del reino de los demonios a este mundo. Debilitó las guardas del mundo o eso es lo que dicen. —Alcanzó un decantador y rellenó su copa—. Así que —continuó—, cuando las cosas van mal con los Portales, naturalmente, las personas comienzan a hablar sobre cómo Samael es la fuente de ello.

—¿Crees en eso? —dijo Magnus.

Peng Fang sonrió.

—No creo en nada a no ser que me paguen por ello, Magnus Bane. He descubierto que es una buena forma de mantener la cabeza sobre los hombros y mi pecho libre de estacas.

—También estamos buscando a un par de brujos —dijo Magnus—. Una mujer coreana y su compañero verde con cuernos.

—Oh —dijo Fang con un distintivo cambio de humor—. Ellos.

—¿Los has visto? —dijo Alec, intentando no sonar demasiado ansioso.



—Todos los han visto —dijo Fang. Sonaba malhumorado—. Han estado en el Mercado por meses. La mujer por más tiempo. A nadie les gustan mucho, pero gastan como marineros borrachos y tienen aspecto de matarte tan pronto te ven.

—¿Qué han estado comprando? —dijo Magnus.

—Normalmente ahora —dijo Fang, recorriendo con su dedo la orilla de la copa—, ese tipo de información tiene precio.

—Yo...

—Pero la respuesta es tan simple que no podría cobrarte por esa inconsistencia. ¿Qué *no* han estado comprando? Componentes de hechizos, sencillos y elegantes. Antiguos libros de hechizos que nadie ha usado en cientos de años. Sangre barata a granel.

—¿Te han comprado algo a ti? —dijo Magnus.

—Bueno, ahora —dijo Peng Fang—, eso *tendrá* un precio. Pero no importa realmente. Ningún tipo de magia de sangre verdaderamente importante les sería accesible sin un hechizo bastante poderoso. Mientras no tengan el Libro de lo Blanco ni nada, deberíamos estar bien

Alec no pudo evitar mirar a Magnus. Dándose cuenta de su error, rápidamente suavizó sus facciones, pero Peng lo notó rápidamente.

—¿Ellos no lo tienen? ¿Verdad? —Sonó, por primera vez, un poco menos seguro.

—¿Cómo debería saberlo? —dijo Magnus con una sonrisa impenetrable

—Bueno, esperemos por nuestro bien que no lo tengan —dijo Peng Fang. Vació su copa de nuevo y comenzó a servirse otra. Yo no lo he visto, pero hay quien dice que estos brujos han estado trayendo demonios a la Concesión. Eso está, por supuesto, prohibido —agregó hacia Alec.

—¿Se ha reportado a los Cazadores de Sombras? —dijo Alec, ya sabiendo la respuesta—. Ya que la relación entre ambos es buena aquí y eso.

Peng Fang se encogió de hombros.

—Nadie ha salido herido hasta ahora. Y nadie quiere repetir lo del 37. —Alec no tenía idea de qué significaba, pero Magnus frunció el cejo—. Caballeros, es glorioso verlos como siempre, pero me temo que tengo que atender a mis rusas.

Alec se sorprendió por la brusquedad, pero Magnus se levantó inmediatamente y asintió.

—Gracias por tu tiempo, Peng Fang. Debemos irnos también; tenemos una cita con Mogan.

—¿Los herreros? —Sonaba sorprendido—. No lles a este —aconsejó a Magnus con un gesto en dirección de Alec—. A la mayoría de las hadas no les importan los Cazadores de Sombras hoy en día.

Magnus rebuscó en su bolsillo y creó un fajo de billetes.

—Algunos yuanes por el tiempo.

Peng Fang rechazó el dinero haciendo un espectáculo.

—Magnus, Magnus, hemos sido amigos por tanto tiempo. No te he dicho nada que valga la pena el día de hoy. Esa es la buena fe que puedes obtener de mí. No soy alguien de poca monta como Johnny Rook.

Magnus presionó el dinero contra su mano de todas formas. Peng Fang intentó abrazarlo de nuevo, y con una negación final, Magnus se dirigió hacia la escalera de caracol con Alec a sus espaldas. Volvieron sobre sus pasos a través del sótano y subieron por la escalera de piedra hasta el puesto.

El suelo de la tienda estaba oscuro, pero podía ver fácilmente los armarios de vidrio cubiertos de etiquetas en chino y sus contenidos. La cantidad de sangre estaba comenzando a ser mucho para Alec, y le alegró salir por la puerta delantera de regreso a las calles de la Concesión, donde todo estaba bien, una soleada tarde.

—¿Quién es Johnny Rook? —murmuró Alec mientras se iban.

Magnus se encogió de hombros.

—Algún delincuente de poca monta.



## EL PALACIO CELESTIAL

Traducido por Vane  
Corregido por ♥Herondale♥

ALEC ESTABA EN SILENCIO DE CAMINO a la librería, y Magnus, por primera vez en un par de años, sintió una sensación extraña. Se sentía incómodo desde la reunión con Peng Fang.

—No conozco a Peng Fang tan bien —dijo—. Le compré información varias veces a lo largo de los años. —Alec asintió, distraído.

—Es solo que... sé que hay muchas cosas sospechosas en mi pasado —continuó Magnus. ¿Qué estaba mal con él?—. No quiero que te preocupes de que todo vuelva a.... bueno...

Se calló y Alec dejó de caminar y le dio una mirada curiosa

—¿De qué se trata esto? —preguntó.

—Cuando nos reunimos con Peng Feng, empecé a pensar en lo sombrío que era todo, lo sombrío que son muchas de las cosas que tengo que hacer. Quiero decir, Peng Feng es inofensivo. Soy muy famoso con los bichos raros. Todos piensan que los amo.

Alec sonrió afectuosamente.

—Es tu carisma diabólico —dijo—. No puedes evitarlo.

—Sí, pero algunas de los bichos raros que conozco han resultado ser peligrosos. Y sé que no queremos poner a Max en peligro —comenzó Magnus, y Alec se echó a reír—. ¿Qué? —preguntó Magnus.

—Magnus, yo soy el que tiene el trabajo peligroso —dijo Alec—. Literalmente lucho contra demonios para vivir. Adoptamos a Max en una situación familiar increíblemente peligrosa. ¡Yo sé eso! Quiero decir, olvídate de la pelea actual, los

monstruos, la magia oscura. Soy un Cazador de sombras gay en una relación con un subterráneo famoso, que es hijo de un príncipe del infierno. Mi padre es el Inquisidor y mis padres eran miembros de un grupo de odio. Mi *parabatai* ha sido encarcelado en la Ciudad Silenciosa. ¡Más de una vez!

—Cuando lo pones así —murmuró Magnus— no suena como un ambiente hogareño.

—Pero lo es —dijo Alec con más fuerza de la que Magnus habría esperado—. Me gusta nuestra vida, Magnus. Me gusta que no sé qué es lo que pasará después. Me gusta que tengamos la oportunidad de darle a Max el tipo de vida que los brujos rara vez tienen. Me gusta que lo hagamos juntos. ¿Recuerdas lo que decía la nota cuando encontramos a Max? «¿Quién podría amarlo?». Nosotros podemos, Magnus. Podemos amarlo. Lo amamos.

La mente de Magnus estaba destruida. Por un lado, estaba lleno de afecto y aprecio por Alec, por Max, por la vida que nunca pensó que podría tener. Por otro lado, pensó en la magia que crecía dentro de su pecho y en lo que fuera que había pasado en el callejón. Pensó en Ragnor, actualmente perdido en la esclavitud de un demonio después de cientos de años de hacer el bien con sus poderes.

—¿Cómo le explicaremos a Max? —dijo en voz baja—. De dónde vino. De dónde vengo. Que la gente lo mirará y tomará decisiones sobre quién es sin conocerlo en absoluto. Que sus padres se ponen en peligro una y otra vez, pero que siempre volveremos a él.

—Creo que lo acabas de decir bastante bien —dijo Alec—. Y.... no lo sé. Yo también soy un principiante en esto. Pero lo resolveremos juntos. Esa es la idea.

Puso su mano detrás de la cabeza de Magnus y lo atrajo para darle un beso. Magnus esperaba algo rápido, pero Alec lo besó profundamente, con la boca ligeramente abierta, cálida, tranquilizadora y llena de amor y deseo. Magnus se permitió relajarse en el beso, pero mientras lo hacía, sintió que su lengua pasaba por sus propios dientes. Se sentían diferentes. ¿Eran más grandes? ¿Le estaban creciendo los colmillos? ¿Qué le estaba pasando?



Decidió que tomaría las cosas paso a paso, y el primer paso fue besar a Alec. A menudo, en estos días, sus besos eran casuales, familiares, encantadores en la forma en que se sentían como en casa. Pero ahora se besaban con desesperación y esperanza, ahogándose el uno en el otro, como lo habían hecho en los primeros días de estar juntos. Después de lo que pareció mucho tiempo, Alec rompió el beso y apoyó su frente contra la de Magnus.

—Resolveremos esto. Lo resolveremos todo. Siempre lo hacemos.

Un hombre lobo pasó y gritó en mandarín—: ¡Consigan una habitación, chicos lindos!

Alec se volvió y saludó alegremente al hombre

—¿Que dijo?

—Vayamos al Palacio —sugirió Magnus—. Tenemos que averiguar qué hacer.

Siguieron caminando, tomados de la mano, y durante un corto tiempo Magnus se sintió un poco más a gusto que en los últimos días.

\* \* \*

MOMENTOS DESPUÉS DE QUE EMPEZARON A CAMINAR de nuevo, un mensaje de fuego estalló en la cara de Alec, sorprendiéndolo. Lo agarró y se lo leyó a Magnus.

—¿Dónde estás? Encontré información de espías. Las Hadas nos miran como si fuéramos a robar el sitio. Ven tan pronto como puedas. -Jace.

Se apresuraron calle abajo, y Magnus siguió su sentido de orientación hasta que dieron vuelta en una vieja calle en el mercado y su librería favorita en Asia apareció ante él.

El Palacio Celestial era del tamaño de una manzana, una estructura de doble cornisas que parecía uno de los edificios de la corte de Beijing reinterpretado por las

hadas. Afirmaba ser el negocio más antiguo del Submundo en Shanghái, precediendo a la Concesión en sí por cientos de años. Magnus no estaba seguro de creer en esa historia, aunque tal vez era cierta, ya que las hadas no podían mentir, pero era una pieza impresionante del viejo Shanghái de todos modos, y una demostración del poder de las hadas. En lugar del ladrillo, la piedra y los azulejos que se utilizaron para construir sus inspiraciones mundanas, el Palacio era todo vidrio de colores, oro y madera pulida brillante. A cada lado de las enormes puertas dobles, un dragón de cristal montaba guardia. Estaban pintados con mercurio y sus ojos eran enormes perlas marinas.

Cuando Magnus se acercó, uno de ellos giró su cabeza serpentina para mirarlos.

—Magnus Bane —entonó con una voz que sonaba como unas piedras raspándose entre sí—. Mucho tiempo sin verte.

—Huang. —Magnus asintió con la cabeza, luego se volvió hacia el otro—. Di.

El llamado Di no movió la cabeza

—Un momento.

Con un golpe, las puertas se abrieron de golpe y una pequeña hada con orejas de zorro salió corriendo, con un enorme tomo debajo de su brazo. Chocó con el hombro de Alec, lo empujó a un lado y se fue calle abajo.

Había recorrido una corta distancia cuando un rayo prismático de luz brotó de la boca de Di. Golpeó al hada zorro, que se congeló y luego desapareció en una nube de humo azul. El tomo cayó al suelo. Había un olor a ozono en el aire.

Huang miró a Magnus y Alec.

—Así siempre a los ladrones de libros. El arte hace que la vida valga la pena, por lo que el robo es el vecino del asesinato. Siempre serán maldecidos y nunca escaparán de los ojos de Huangdi.

—Anotado —dijo Alec nerviosamente—. No robamos libros.

—No es personal —añadió Di—. Es solo un negocio.



—Que su comercio sea siempre próspero y su riqueza abundante —dijo Magnus.

—Lo que él dijo —coincidió Alec.

Los ojos de los dragones los miraron mientras atravesaban las puertas.

\* \* \*

ALEC HABÍA VISTO MUCHAS maravillas en su corta vida hasta ahora, pero incluso él tuvo que admitir que el interior del Palacio Celestial era algo digno de contemplar. A pesar de que desde el exterior parece haber sólo dos pisos, se elevan cinco niveles en el interior, cada uno rodeado con un balcón, con estantes del piso al techo que contienen una aparente infinidad de libros. Todo el interior era de palisandro tallado que formaba enredaderas y ramas retorcidas, y en el centro del enorme espacio abierto sobre ellas, tres grandes esferas de llamas colgaban suspendidas en el aire, dando a todo el lugar un cálido resplandor.

Le había preocupado que tuvieran dificultades para encontrar a sus amigos en un lugar tan grande, pero los vio casi de inmediato. Isabelle estaba encaramada en lo alto de una escalera, moviéndose fácilmente a pesar de los tacones altos, su hermana sin miedo a las alturas se ocupaba de la mayoría de las cosas. Llamó a Simon para que moviera la escalera rápidamente a la sección de maldiciones de sangre y gritó: ¡Wheee! cuando lo hizo.

Clary llegó corriendo, llevando un libro de piel de becerro con un símbolo desconocido estampado en la portada.

—Encontramos la espina —dijo. Abrió el libro en una mesa cercana, cubierta con lo que parecían ser libros de cocina de hadas, y señaló con triunfo el dibujo de una espina, debajo del cual había párrafos de escritura rúnica.

—Entonces, ¿cuál es el asunto? ¿Por qué la espina del sueño no hace dormir a la gente? —demandó Magnus.

—Eso solo lo hace a los dioses nórdicos, supongo —dijo Jace.

—Mira —señaló el texto—. ¿Quieres que te traduzca?

—Por supuesto que puedes leer runas nórdicas antiguas —dijo Magnus, poniendo los ojos en blanco.

—Soy un hombre de muchos talentos —dijo Jace—. Además, mi padre era un capataz abusivo.

—Buen punto.

—Entonces —continuó Jace—. La Svefnthorn está hecha de adamas negro.

—¿Qué es exactamente eso? —demandó Clary.

—Un adamas corrompido por un reino de demonios —respondió Magnus—. Cosas muy raras. —Trazó su dedo a lo largo de la ilustración de la espina.

—Vincula a un brujo a ese reino y a su gobernante, y en recompensa el brujo saca poder de ella. Hace a los brujos mucho más fuertes de lo habitual.

—Eso no parece tan malo —dijo Alec.

—Hasta que el poder los abruma, y mueren, o son apuñalados tres veces por la espina y se convierten en el lacayo voluntario del demonio que gobierna ese reino —agregó Magnus.

—Eso parece bastante malo —se corrigió Alec.

—¿Entonces es básicamente ... metanfetamina mágica? —dijo Clary.

Jace respondió—: El Laberinto Espiral prohibió su uso en.... espera, déjame convertir la fecha... en el 1500 más o menos.

—¿Por qué Shinyun diría que fue un regalo? —demandó Alec.

—¿Porque está loca? —sugirió Magnus—. El reino tiene que ser Diyu, por supuesto. Pero... ¿por qué Shinyun se estacaría a sí misma? Incluso ella no está lo suficientemente loca como para suicidarse por un aumento de poder temporal.

—Tal vez piensa que su papi demonio puede evitar que muera —sugirió Clary.



—La pregunta es, ¿cómo evitamos que Magnus muera? —dijo Alec. Se dio cuenta de que había cerrado sus manos en puños y se obligó a relajarlas.

—¿Quizás una maldición ancestral pueda manejarlo? —sugirió Magnus—. ¿Quizás piensan que hay algo en el Libro de lo Blanco que podría ayudar?

—Supongo que, o necesitas ir a Diyu tan pronto como puedas, o asegurarte de nunca ir ahí —dijo Jace.

Alec se frotó las sienes con los dedos.

—Tal vez Shinyun aparecerá de nuevo y podremos preguntarle entre peleas con su ejército de demonios.

—Se supone que Simon e Isabelle están investigando el paradero del Portal a Diyu —dijo Clary. Todos miraron hacia donde los habían visto por última vez. Un duende de aspecto severo con gafas sin montura parecía estar regañando a Simon, quien estaba haciendo gestos de disculpa. Detrás de ellos parecía que habían molestado a un círculo de lectura de duendes en edad preescolar. Isabelle vio a los demás y se acercó con una pila de libros bajo el brazo.

Los bajó con un suspiro.

—¿Podemos volver cuando tengamos tiempo de buscar? La historia local no es lo mío.

—¿Encontraste algo sobre la ubicación del antiguo Portal? —dijo Alec.

—No realmente. Simon estaba escribiendo la lista de lugares mencionados, pero parece una guía turística de la ciudad. —Isabelle parecía frustrada—. Es como si se rumoreara que todos los lugares famosos son el sitio del Portal.

—Shinyun y Ragnor deben saber —dijo Magnus—. Tienen alguna forma de comunicarse con Samael, y estamos bastante seguros de que está en Diyu.

—Así que, volvemos a esperar que aparezcan —dijo Clary—. O verificamos cada una de las posibles ubicaciones. Y cualquiera podría resultar ser un Portal abierto al Infierno.

—Solo digo.

Simon se acercó a ellos y se pasó las manos por el pelo.

—Un consejo muchachos, nunca hagan enojar a un librero duende. Son estrictos.

—Escuché que no tienes nada —dijo Jace alegremente.

Simon le lanzó una mirada.

—No es que no tengamos nada —replicó Alec—. Sabemos más sobre la espina.

—Y leí un poco sobre Diyu —agregó Simon. Dejó su pila de libros encima de la de Isabelle.

—Es el infierno chino, ¿no? —demandó Clary.

—Bueno —respondió Simon—. No realmente. Es más como ¿el purgatorio chino? Las almas van allí para ser torturados por sus pecados durante algún tiempo antes de reencarnarse. Todo parece estar muy organizado: muchos infiernos diferentes, cada uno con un gobernante diferente; hay jueces, y ellos deciden a qué infierno vas; y funcionarios manteniéndolo todo en orden.

—O al menos —agregó—, estaba organizado, bajo el gobierno de Yanluo. Pero Yanluo ha muerto.

—¿Y ahora qué? —dijo Alec.

—Los informes varían —informó Isabelle secamente.

—Nadie lo sabe, porque nadie ha estado allí desde que Yanluo murió —agregó Simon.

—Samael podría estar tratando de obtener energía de toda la tortura de almas —ofreció Alec.

—Eso parece mucho trabajo —dijo Magnus, frunciendo el ceño—. Nunca pensé en Samael como el tipo de funcionario. Podría simplemente estar en cuclillas allí.

Clary parecía preocupada.



—Siento que debería preguntar —dijo—. Si encontramos un Portal abierto para Diyu, ¿vamos a ... atravesarlo?

Antes de que alguien pudiera responder, las puertas de entrada se abrieron de golpe y Tian llegó corriendo hacía ellos. Sonaba sin aliento.

—Esperaba encontrarte aquí —dijo, sin preámbulos—. Los padres de Jinfeng quiere verte de inmediato. Dijeron que es importante. Dijeron: «El que tiene las cadenas debe armarse.»

Todos excepto Alec y Magnus parecían desconcertados.

—¿Qué cadenas? —demandó Jace.

Magnus suspiró y desabotonó su camisa, abriéndola para revelar las cadenas rojas que se extendían desde su herida y desaparecían en sus mangas. Alec no estaba seguro, pero pensó que se habían vuelto más definidas que antes. Y, ¿había habido cadenas extendiéndose hacia sus piernas y su garganta antes? No recordaba.

Los otros Cazadores de Sombras miraron a Magnus.

El duende de anteojos que le había gritado a Simon antes apareció inesperadamente junto a ellos. Habló voz baja y aguda.

—Lo siento, pero debo pedirles que se vayan. Estás molestando a los otros clientes. No están acostumbrados a los Cazadores de Sombras en primer lugar, y ahora se está desvistiendo...

—Entendido —dijo Alec—. Ya nos íbamos.

—La Paz Fría dice que se nos permite impedir que vengan por completo —comenzó el duende. Claramente había preparado un discurso e iba a pronunciarlo sin importar nada—. Pero dijimos que no, el Palacio es un territorio neutral, todo el Mundo de las Sombras es bienvenido. Pero no nos referíamos a todo un ... escuadrón de nefilim ...

—Sí, sí —dijo Alec—. Ya nos vamos. —Comenzó a conducirlos hacia las puertas.

—Además, continuó el duende, esto no es una biblioteca de préstamos. Esos libros están a la venta y ahora tendremos que volver a colocarlos a todos ...

Magnus se había abrochado lentamente la camisa. Ahora se volvió y puso su mano en el hombro del duende de una manera amistosa. El hada lo miró como si fuera una serpiente venenosa.

—Señor, pido disculpas por mis acompañantes —dijo—. Asumo toda la responsabilidad. Solo me estaban ayudando con algunas de mis investigaciones. Soy Magnus Bane Gran Brujo de Nueva York, y voy a comprar todos estos.

El duende parecía sospechoso.

—Yo te conozco. Eres solamente el Gran Brujo de Brooklyn.

—T tecnicismos —dijo Magnus—. La cuestión es, señor... ¿puedo saber su nombre?

El goblin resopló.

—Bueno, si tienes que saberlo. Es Kethryllianalæmacisii.

—¿De verdad? —dijo Magnus—. Bueno, de todos modos, Keth, ¿puedo llamarte Keth?

—No deberías.

Magnus siguió adelante.

—Si simplemente empacara todos estos y hace que envíen la factura al Laberinto Espiral. Los libros los pueden entregar en el Hotel Mansión, por favor.

Simón había acomodado amablemente los libros en una sola pila grande y se los entregó a Kethryllianalæmacisii, quien se tambaleó un poco bajo el peso, pero claramente no estaba dispuesto a perder una venta tan jugosa para el Laberinto Espiral.

—Por supuesto, Señor Bane —dijo, con los dientes apretados—. Pero si eso es todo, mi personal y yo apreciaríamos ...

—Sí —dijo Magnus— ya nos íbamos.



—Lo siento —dijo Simon al duende, quien le siseó.

Tian, un poco aturdido, los guio fuera de la tienda. Cuando las puertas se abrieron, arriba un pájaro en una jaula cantaba un fragmento de una canción, inquietante y dulce.

—«¡Ven, oh niña humana! ¡A las aguas y lo salvaje!»

En los escalones de afuera, Alec le preguntó a Magnus—: ¿Realmente puedes facturar cosas a nombre del Laberinto Espiral?

—¡Vamos a averiguarlo! —dijo Magnus—. Ahora, he escuchado que el que tiene cadenas debe armarse, así que Tian, muestra el camino.

# LA IMPERMANENCIA BLANCA Y NEGRA

Traducido por Amy  
Corregido por BLACKTHORN

SIGUIERON A TIAN A TRAVÉS DE LAS DESCONOCIDAS calles de la Concesión de la Sombra. Vides se extendían en densas enredaderas entre los edificios, formando una especie de dosel sobre sus cabezas. La luz que se filtraba hacia la calle de abajo era tibia y suave. El grupo se detuvo junto a una selkie que vendía sopa de pollo selkie, y junto a un río hecho por hadas adornado con campanillas en el que cantaban las sirenas. Magnus dejó de caminar y sonrió mientras escuchaba. Quería ver a su hijo. Quería meterse en la cama con Alec, acurrucarse y dormir. Dejó que la canción fluyera por su mente, recordando las visitas hechas a China mucho antes de que cualquiera de los abuelos de los abuelos de sus compañeros hubiera nacido. Cerró sus ojos, y después de un momento sintió la mano de Alec en su espalda, sin apurarlo, solo conectándose con él.

—«Chun Jiang Hua Yue Ye» —le dijo a Alec—. «A Night of Blossoms on a Moonlit Spring River»<sup>53</sup>. Una canción más antigua que yo.

Comenzó a tararear para sí mismo, con los ojos aún cerrados. Deja que los demás esperen. ¿Por qué nunca había traído a Alec solo para una visita? Si sus amigos no estuvieran en peligro, arrastraría a Alec a bailar junto a la orilla del río, enseñándole las palabras y la melodía.

En cambio, el de las cadenas tuvo que armarse.

---

<sup>53</sup> Es una canción adaptado de un poema escrito por Zhang Ruoxu en la Dinastía Tang, aquí está una traducción del poema al inglés:  
[https://m.facebook.com/story.php?story\\_fbid=1531759866882525&id=559417600783428](https://m.facebook.com/story.php?story_fbid=1531759866882525&id=559417600783428)



NO HABÍA MANERA DE CONFUNDIR LA herrería con algún otro edificio. Estaba justo al lado de la plaza principal del Mercado del Sol, y estaba rodeado por un temible muro de docenas de largas lanzas atadas entre ellas. Lo cual tenía sentido, pensó Alec.

Tian los condujo a través de una puerta en la cerca, que se abrió al tocarlo con un timbre como de campanas de hadas. Mientras pasaban, Jace pasó los dedos por una de las onduladas puntas de lanza con admiración, y Tian lo notó.

—Mira como las curvas de cada lanza son idénticas —dijo él—. La habilidad de estos herreros es incomparable al de cualquier lugar de China.

—¿Dirías que son *qiang* o *mao*? —preguntó Jace.

Tian pareció sorprendido.

—¿Tal vez *mao*? Pero tendrías que preguntarles a los herreros. ¿Conoces acerca de armas chinas?

—Jace conoce todas las armas —dijo Clary con un tono de sufrimiento, pero sonrió.

Alec siguió a Tian al interior, esperando relucientes paredes con armas en exhibición en estuches de lujo. Por mucho que se burlara de Jace sobre su obsesión por las armas, había un cosquilleo en el fondo de su mente acerca de los arcos faerie, y ¿no eran los látigos un arma tradicional de artes marciales chinas? Quizás un regalo para Isabelle...

En el interior, sin embargo, no vio armas bellamente exhibidas; de hecho, no vio armas en absoluto. En cambio, un hombre y una mujer muy, muy viejos se sentaban en taburetes en una habitación de piedra vacía, iluminada por braseros. Entre ellos había un brasero con un caldero de barro que la mujer estaba revolviendo.

Los Cazadores de Sombras entraron a la habitación y miraron alrededor confundidos.

El hombre y la mujer miraron hacia arriba.

—¡Oh, Tian! —dijo la mujer—. Estos deben ser tus amigos.

—¡Escuchamos que van a ir a Diyu! —dijo el hombre.

—No hemos decidido hacer eso —dijo Alec apresuradamente—. Estaba en discusión.

Tian dijo—: Mo Ye, Gan Jiang, me gustaría presentarles a... —Respiró hondo y nombró a todos en orden, de derecha a izquierda, sin tomar un segundo para respirar. Alec estaba impresionado—. Todos —prosiguió Tian—, estos son Gan Jiang y Mo Ye, los mejores herreros vivos en la tierra de las hadas.

—¡Disparates! —dijo Gan Jiang—. También somos mejores que cualquiera de los muertos.

—¡Escuchamos que te quedaste atascado con un Svefnthorn! —dijo Mo Ye con entusiasmo—. Tenemos otro Svefnthorn en la parte de atrás en alguna parte, si lo quieres.

—No, no tenemos —dijo Gan Jiang—. No la escuches. La última vez que vi esa Svefnthorn, Shanghái ni siquiera se había fundado. Está en algún lugar debajo de la montaña, pero ¿quién sabe dónde está? Yo no y apuesto que ella tampoco.

—Um, honorable... lo siento, no sé la terminología correcta —dijo Magnus—, pero ¿dijiste algo sobre el encadenado y como necesitaba estar armado? Y, bueno... —Comenzó a desabotonarse la camisa.<sup>54</sup>

—¡Detente! —dijo Mo Ye—. No hay necesidad de desvestirse. Ya sabemos. Aquí. —Ella se acercó a la olla de barro que había estado removiendo con ambas manos y sacó dos espadas, ninguna de las cuales era posible que pudieran haber cabido en la

---

<sup>54</sup> Disculpen ustedes la vulgaridad a continuación, pero mi inexistente pene acaba de sufrir una erección. (Una intentando mantener todo family friendly escuchando canciones de Victorious y viene Magnus a alterarme las hormonas :v)



olla. Para todos sus alrededores humildes, Alec pensó, las hadas no podían resistirse a un espectáculo.

Mo Ye colocó las espadas sobre la parte superior de la olla de barro. Eran claramente un juego, espadas largas idénticas excepto por su color: una tenía la hoja de un negro obsidiana profundo con la empuñadura de metal blanco brillante, y la otra era lo contrario, su empuñadura en negro y la hoja en blanco.

Magnus las miró, y luego a las hadas.

—No soy realmente un tipo de espadas —dijo él.

—No son espadas —dijo Gan Jiang—. Son dioses.<sup>55</sup>

—Son llaves —añadió Mo Ye.<sup>56</sup>

—Sin ofender —dijo Jace—, pero realmente parecen espadas.

—El Heibai Wuchang —dijo Gan Jain—. La Impermanencia Negra y la Impermanencia Blanca.

Tian dijo en voz baja, en un tono de asombro—: Ellas guían las almas de los muertos a Diyu.

—Lo hacían —dijo Mo Ye—. Hasta que su maestro, Yama, fue destruido.

—Ese es Yanluo —susurró Tian.

—Volaron libres de Diyu, sin restricciones y rotos... —dijo Gan Jiang.

—Hasta que las encontramos y las convertimos en espadas —terminó Mo Ye—. Las necesitarás —añadió a Magnus—, para guiar tu alma a Diyu.

---

<sup>55</sup> Alerta de spoiler de Magnus Chase y los dioses de Asgard: Cuando Gan Jiang dijo que no eran espadas sino dioses me acordé de cuando Jack dijo que Contracorriente era mujer xD.

<sup>56</sup> Alerta de spoiler de Tower of God: Me acordé de que la serie de 13 meses tienen fragmentos de la llave para los pisos superiores de la torre :v (contexto: en el mundo de Tower of God hay una serie de armas conocida como la 13 meses, cada arma es extremadamente poderosa y aunque no hay una espada en sí —o al menos no he visto ninguna espada hasta el punto de la historia donde voy— pues me recordó a eso xD)

—De nuevo —dijo Alec—. Realmente no estamos seguros de ir a Diyu. Tratamos de evitar dimensiones del infierno siempre que sea posible.

Gan Jiang le sonrió como si fuera un niño.

—Y las necesitarás si alguna vez quieres salir de nuevo.

Magnus vaciló.

—Soy un hombre de muchos talentos, pero el manejo de la espada definitivamente no es uno de ellos.<sup>57</sup>

—Y te digo que, cuando llegue el momento, no necesitarás matar con ellas —dijo Gan Jiang. Examinó al grupo con los ojos entrecerrados—. Estas son espadas de misericordia y juicio. Tú, brujo, debes tener misericordia, la espada blanca... —Mo Ye tomó a Impermanencia Blanca y fue detrás de Magnus, donde ella comenzó a sujetarla en su espalda con una correa y funda. Alec le sonrió a Magnus, que había adoptado inmediatamente la expresión neutra que ponía cuando un sastre le sujetaba la ropa con alfileres para alterarla.

—Y tú, nefilim, llevarás la negra. —Gan Jiang extendió la empuñadura de Impermanencia Negra hacia Alec.

Alec estaba a punto de preguntar, *¿Por qué tengo que ser «juicio»?*, pero en el momento en el que su mano agarró la espada, la habitación y los herreros y sus amigo se desvanecieron, y él estaba en un lugar diferente.

Una llanura agrietada sin rasgos distintivos, negra y llena de hoyos, se extendía sin fin hacia un horizonte vacío. Por encima se extendía un cielo rojo, con un sol demasiado grande y oscuro como la sangre.

En la llanura estaba Magnus. O lo que sea que en lo que Magnus se hubiera convertido.

---

<sup>57</sup> Kirito estaría decepcionado. (ok perdonen, pero la cuarentena me hizo más otaku de lo que ya era)



No se había convertido en un monstruo, no realmente. No parecía un animal o un demonio. Pero había crecido a una altura aterradora, y cuando miró a Alec, estaba con los ojos en blanco y sin reconocerlo.

Este enorme Magnus levantó sus brazos desnudos, y Alec pudo ver cadenas de hierro, sujetas a clavos con púas que atravesaban sus palmas. Las cadenas se desvanecían detrás de Magnus en una tormenta de humo y llamas que se arrastraban detrás de él.

Magnus todavía tenía la libertad de movimiento para juntar sus manos. Ásperos, brillantes fragmentos de magia rojo-rosada comenzaron a juntarse entre sus manos, y Alec podía sentir el suelo temblar y el poder crecer.

Sostuvo a Impermanencia Negra ante él, y comprendió sin ninguna duda que solo él podía empuñarla. Solo él podría emitir el juicio, si fuera necesario. Si Magnus fuera vencido por la espina, por Samael.

También, el pensamiento de esta versión de Magnus, toda emoción ausente, ardiendo con poder, empuñando una espada de juicio, era un poco aterradora.

Sostuvo la espada frente a él, apuntándola hacia el dios oscuro que era Magnus, y dijo—: Magnus, si me conoces, háblame.

Y luego estaba de vuelta en la habitación de piedra. Gan Jiang lo estaba mirando con atención.

—Obviamente te conozco —dijo Magnus preocupado—. ¿Estás bien?<sup>58</sup>

Alec miró a Gan Jiang y asintió.

—Está bien —dijo—. Un momento con la espada, creo.

—Creo que tu esposo ha sido probado —dijo Mo Ye dijo alegremente a Magnus—. ¡Buenas noticias! El pasó.

Magnus miró a Alec con preocupación.

Alec sintió que se sonrojaba.

---

<sup>58</sup> Magnus be like: tas bien miijo, tas bien?

—No estamos casados —dijo en tono de disculpa mientras abrochaba la espada a su espalda.

—No están casados *todavía* —resaltó Isabelle.

Gan Jiang rio.

—¿Ves anillos en nuestros dedos? Y, sin embargo, Mo Ye y yo hemos estado casados desde antes de que el mar fuera salado. —Se inclinó hacia Alec—. Quédate con él —dijo en un tono confidencial.

—Planeo hacerlo —dijo Alec.

—¡Excelente! —gritó Gan Jiang—. Ahora, deben de irse. Cerramos para la cena.

Eso fue tan abrupto que todos se quedaron sin palabras por un momento.

—¿No tienen oídos? —dijo Mo Ye—. ¡Salgan! ¡Estamos cerrados! ¡Son necesitados en el Mercado!

Arrastraron a Magnus y a los Cazadores de Sombras fuera de la habitación y de vuelta a la calle. De alguna manera, en el corto tiempo que habían estado dentro de la herrería de las hadas, el sol se había ocultado detrás de los edificios, y estaba completamente oscuro. Un resplandor naranja pasó sobre los edificios y los árboles, y una brisa cálida sopló gentilmente, llevando el aroma de las flores y el olor de los puestos de comida del Mercado cercano.

La puerta se cerró de golpe, y Alec escuchó el sonido de varios pestillos y cerrojos siendo arrojados.

—Eso fue sorprendentemente similar a visitar a mis abuelos —dijo Simón después de un momento—. Excepto que ellos nos hubieran dado de comer.

—¿Qué pasó ahí Alec? —preguntó Jace.

—Tuve una visión —dijo Alec lentamente.

—¿Una visión de qué? —preguntó Isabelle.

—De qué sucedería si no logramos detener a Samael, creo.



Jace dijo—: ¿Te dio alguna pista? ¿Acerca de lo que deberíamos hacer?

Alec estaba mirando a Magnus.

—No fallar.

—Está bien —dijo Jace—. Tenemos la investigación, tenemos espadas. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Las señales apuntan a que debemos saber más acerca de Diyu —dijo Isabelle—. Podríamos empezar a comprobar las posibles ubicaciones del antiguo Portal. ¿Qué opinas Tian? ¿Tian?

Todos miraron alrededor. Tian definitivamente había estado en la herrería con ellos, pero se había ido. Alec se dio cuenta que no había visto al joven cazador de sombras desde antes de haber tomado las espadas.

Hubo un estallido de luz sobre el centro de la cuadra del Mercado. Una imagen remanente morada brilló en los ojos de Alec, y parpadeó, tratando de aclararla. No muy lejos, alguien empezó a gritar.

\* \* \*

APENAS ESTABAN ARMADOS. NO llevaban equipo. No habían aplicado runas de combate. Magnus tenía una de las dos espadas y no había blandido una espada en décadas. De hecho, apenas podía averiguar cómo sacarla del complicado arnés de hombro que Mo Ye había atado a su espalda.

Pero todos corrieron hacia la plaza del Mercado de todos modos.

El lugar era un caos. Los subterráneos corrían atropelladamente en todas direcciones, buscando refugio o escape. Las rejas y las persianas de los puestos del Mercado se cerraron de golpe. Siluetas se dispersaban en la tenue luz; Magnus apenas podía decir lo que estaba sucediendo en el terreno. Muy por encima de ellos,

un resplandor negruzco palpitaba, como un círculo cortado en el cielo. Era casi del tamaño de la propia plaza. Y del círculo salieron demonios.

—Es un Portal —dijo Isabelle, su cabello negro ondeando con el viento.

—Un Portal *dimensional* —gritó Clary, sobre el sonido del caos. —No uno normal, este va a otro mundo...

Diyu. Todos lo sabían sin decir una palabra, incluso antes de que Ragnor y Shinyun salieran del Portal y flotaran en el aire ante ellos, con los brazos en alto y con magia roja crepitando entre ellos. Era del mismo color en el que se había convertido la magia de Magnus. Magnus miró hacia el Portal. No podía ver nada a través de él, solo nubes tan oscuras que parecían negras. Largos hilos sedosos emergían de diversos puntos dentro de él, y por debajo de esos hilos se deslizaban esferas gris oscuro del tamaño de perros grandes. Mientras descendían se desplegaron para revelar que eran, no para su sorpresa, dado el día que había tenido, enormes arañas.

Le lanzó a Alec una mirada. Alec no era el mayor fanático de las arañas, y Magnus se había entretenido grandemente por su incapacidad para tratar incluso con las pequeñas que aparecían en su loft, a pesar de ser también un guerrero angelical fuertemente armado.

Luego, Alec sacó a Impermanencia Negra y apretó los dientes.

—Veamos qué tan bien funciona esta llave de dios como una espada común y corriente. —Magnus comenzó a juntar magia entre sus manos, preocupado porque era del mismo color que sus enemigos. Estaba distraído por la profunda voz de Ragnor, que se elevaba por encima del caos.

—¡El anfitrión de Diyu está sobre ti! ¡Los tribunales te han juzgado indigno, y sufrirás las torturas de los muertos!

Simon estaba helado, mirando con horror a las arañas que descendían. Detrás de ellos, arroyos de niebla anunciaban la llegada de los demonios Ala, que se abalanzaron, rugiendo, para perseguir Subterráneos por los estrechos pasajes del Mercado. Una manada de perros del infierno apareció y arrinconó a una familia de



duendes. Magnus estaba a punto de llamar a Simon cuando Jace pasó corriendo junto a él, llevando dos de las barras con puntas curvadas de la cerca fuera de la herrería, una en cada mano.

—¡Cuidado, Lewis! ¡Lo siento, Lovelace! —gritó, y Simón salió de su aturdimiento justo a tiempo para atrapar una de las lanzas. Pareció tomarse un momento para recomponerse y luego, él y Jace corrieron juntos contra los perros del infierno. Un perro dejó caer a un niño de su mandíbulas cuando la lanza de Jace se clavó en su costado. El perro aulló y se estrelló contra el suelo; el resto de los perros se volvieron hacia ellos, ojos rojos y mandíbulas abiertas, dejando al descubierto filas de colmillos dentados.<sup>59</sup>

El líder cayó, derribado por Simon. Otro perro rugió y saltó por Jace, quien cuidadosamente se agachó y usó el mango de la lanza y el propio impulso del sabueso para enviarlo estrellándose a través de una ventana.

Xiangliu comenzó a arremolinarse hacia Jace y Simon, pero Clary rápidamente apareció para cubrirlos. Atacó con una brillante hoja serafín, girando alrededor, como una mancha de luz en la niebla. En un momento de pausa, cachó la mirada de Magnus y luego miró arriba hacia los brujos. Magnus entendió lo que quería decir: tenía que volar hasta allí e interactuar con ellos, tal como lo había hecho frente al Instituto. En esta pelea, sin embargo, nadie tenía un arco, y él quedaría expuesto en el aire, protegido sólo por su propia magia.

Isabelle, mientras tanto, había sido empujada hacia una tienda de lona a rayas por un grupo de demonios araña. Ella solo tenía una hoja serafín y ningún parabatai para mantener un ojo en ella. Las arañas, sintiendo que era vulnerable, saltaron. Isabelle giró y pateó uno en el aire, pero al hacerlo la desequilibró, y cayó de nuevo a la tienda, que se derrumbó alrededor de ella y las arañas.

Magnus gritó y corrió hacia ella, pero no tenía por qué preocuparse. El cuerpo de uno de los demonios araña emergió repentinamente del desastre, empalado, como un kebab, al final de un puntal de acero, que era parte de la estructura de la tienda colapsada. Isabelle apareció, empuñando el puntal como una vara y derribó dos

---

<sup>59</sup> Simon y Jace peleando lado a lado es todo lo que no sabía que necesitaba.

arañas más. Ahora ella lo sostuvo por delante de ella, manteniendo a raya a las arañas, y con su mano libre sacó su espada serafín de su funda y gritó—: ¡Nuriel!

La hoja serafín resplandeció. Isabelle giró y volvió a atacar a las arañas, empujándolas hacia atrás, cuando apareció Alec, cortando con Impermanencia Negra. Icor voló.

Shinyun aterrizó en medio de los demonios y produjo una enorme bola de fuego, que lanzó a Jace, Clary y Simon, que estaban luchando espalda con espalda. Magnus, sin pensarlo, se arrojó entre la bola de fuego y sus amigos, y la esfera ardiente se estrelló contra él, donde desapareció, pareciendo hundirse en su pecho. Clary vio y sus ojos se ensancharon.

—¿Por qué estás haciendo esto? —le gritó Magnus a Shinyun—. ¡Son Subterráneos! ¡Son tu gente!

Shinyun volvió su mirada impasible hacia él.

—¡Presencien —gritó—, la apertura de un camino nuevo y permanente hacia Diyu! —Bajó la mano, dejando un rastro de una llama rosada, y más de los demonios araña brotaron de sus dedos—. ¡Zhizhu-jing, mis hermanas! ¡Este es su mundo ahora! ¡Preparen el camino para su nuevo maestro!

—¡No! —gritó Magnus y se arrojó sobre las arañas. Empujó su mano a uno, y pasó con un golpe al centro de las entrañas del demonio. Abrió su puño dentro del demonio, que explotó. Miró a Shinyun y se sorprendió al verla asintiendo con aprobación. Esto solo hizo que Magnus se enfureciera más, y agarró a otra de las arañas con ambas manos y, juntando sus palmas, la aplastó como un melón.

Se quedó allí, con las manos temblorosas, consternado por lo que había hecho. Ni siquiera aplastaba a las arañas normales que encontraba en su apartamento. Aunque, a decir verdad, se lo merecían mucho menos que un demonio.

—¡Magnus! —La voz de Alec sonaba lejana—. ¿Puedes cerrar el Portal?

—Estoy tratando con arañas —murmuró para sí mismo. Uno había rodado junto a él, y bajó su pie, aplastándola. Estando libre por el momento, miró hacia el Portal y alcanzó su borde con su magia, esperando poder cerrarlo.



Ragnor apareció de repente por encima de él, descendiendo rápidamente. Era la primera vez que Magnus lo había visto, además de en sueños, desde esa noche en su apartamento —¿había sido realmente hace unos días?— y Ragnor parecía diferente incluso desde entonces. Sus ojos, normalmente oscuros y amables, brillaban desde adentro, y sus cuernos se habían vuelto más largos y curvados. Espinas habían comenzado a brotar de sus cuernos, y cuando Ragnor levantó las manos, Magnus vio que eran más grandes de lo habitual y estaban rematadas con garras negras.

—No hay posibilidad — se burló Ragnor—. Nunca lo cerrarás. No de este lado.

Magnus lo ignoró, concentrándose en las líneas que unían el Portal al mundo. Apretó los dientes, sintiendo la magia correr a torrentes desde el nódulo de su corazón a través de las cadenas en sus brazos, para emerger en sus palmas.

—No es una cuestión de poder —dijo Ragnor, y casi sonaba como su antiguo yo dando discursos a Magnus sobre cuestiones de técnica y teoría mágicas—. Esta es una magia diferente. Una magia más antigua.

»Es tu culpa, ¿sabes? —prosiguió conversando—. Que abriéramos el Portal aquí. Podríamos haber elegido cualquier lugar, pero una vez que nuestro maestro supo que estabas en el Mercado, bueno, simplemente no pudimos resistirnos.

—¿Yo? — dijo Magnus.

—Todos ustedes —dijo Ragnor, en un tono alegre que era escalofriantemente incorrecto viniendo de él—. Los Cazadores de Sombras especialmente. La Serpiente tiene un cariño especial por ellos. Él quiere que todos los Subterráneos sepan que los nefilim no pueden protegerlos.

—Parece que están haciendo un trabajo decente —dijo Magnus—. Ragnor, ¿qué pasó contigo? ¿Por qué has firmado con ... no solo un demonio, sino el peor mal que existe? Te escondiste para evitar a Samael, y ahora es tu mejor amigo. No tienes que hacer esto. No tienes que hacer nada. Tú me enseñaste eso.

Por primera vez, Ragnor pareció dudar. Magnus lo presionó.

—Deja a Samael. Deja Diyu. Ven conmigo. Podemos protegerte...

Pero Ragnor estaba negando con la cabeza.

—No lo sabes —dijo—. No sabes cómo es estar en su presencia. Has sentido la daga, pero no has sentido cuando es su mano la que realmente la empuña.

—Podemos revertirlo —dijo Magnus—. Iremos al Laberinto Espiral. Iremos con Catarina y Tessa... —Se calló. Ragnor estaba sonriendo con una amplia sonrisa que no era como la de Ragnor.

—Magnus —dijo—, es demasiado tarde para mí. —Puso su mano sobre el pecho de Magnus, sobre el herida en forma de X—. Es demasiado tarde para los dos. Simplemente no lo has aceptado todavía. —Miró hacia el Portal en el cielo, turbulento con demonios y una tormenta, relámpagos pulsando en el color antinatural de la sangre arterial—. Puedes cerrar el Portal desde el otro lado —dijo—. Desde Diyu. Pero no desde aquí.

Estuvo allí un momento y se fue al siguiente, ascendiendo al cielo tan rápido que Magnus apenas lo vio irse. Magnus tenía mucho más que decir, pero sin Ragnor, podía volver su atención a los Cazadores de Sombras. Estaban peleando, pero comenzando a desgastarse. Los cinco se habían reunido en el centro de la plaza, espalda con espalda, y tan rápido como derribaron demonios, más vinieron a tomar su sitio.

Magnus corrió hacia ellos, sus amigos y el amor de su vida. Sintió el desconocido peso de Impermanencia Blanca en su espalda. ¿Cómo cargaban los Cazadores de Sombras estos pesados trozos de metal con ellos todo el tiempo? Alec balanceaba a Impermanencia Negra delante de él, derribando a los demonios de Baigujing. Magnus ni siquiera los había visto llegar. Alec gritó el nombre de Magnus y levantó la espada ante él.

La magia se agitaba en el pecho de Magnus como un animal salvaje en una jaula. Se preparó para sentirlo retumbar a lo largo de las cadenas en sus brazos, como había estado haciendo, cuando tuvo una idea. Se concentró, sintió el peso de Impermanencia Blanca en su espalda, y permitió que su poder fluyera desde su corazón a su columna, a la parte posterior de su cuello, y hacia la hoja de la espada.



Con un crujido como un trueno, un rayo carmesí estalló desde el extremo de la hoja. Buscó a su gemela y pasó a la hoja de Impermanencia Negra mientras Alec la sostenía. Zarcillos de magia salieron del relámpago y los demonios se dispersaron. El anochecer se iluminó con una luz roja infernal, pero era una luz que podía salvarlos.

Los demonios más cercanos al rayo simplemente se evaporaron. Otros cercanos irrumpieron en llamas y huyeron, gritando. El rayo se detuvo y por un momento, todo estaba claro y calmado. En la distancia sobre él, Magnus podía ver rayos de luz: Ragnor y Shinyun descendiendo tan rápido como su magia se lo permitía.

Magnus acortó la distancia con los otros Cazadores de Sombras, que se habían agrupado holgadamente, sus armas fuera.

—¡Escúchenme! —llamó—. Necesito cerrar el Portal desde el otro lado. Desde Diyu. Es la única forma.

Alec se giró para mirarlo.

—Voy contigo. Obviamente.

—No —dijo Magnus, aunque vio la mirada en los ojos de Alec, feroz y resuelta—. Pero Max...

—Magnus —dijo Alec salvajemente—. Este es *mi* trabajo. Este es *nuestro* trabajo.

—Vamos. Salvamos todas estas personas. Cerramos el Portal.

—Todos vamos —dijo Jace. Su rostro estaba manchado de suciedad y sangre, sus pálidos ojos color oro encendidos—. Obviamente. Y luego todos volveremos.

—Bien podríamos —dijo Simon—. ¿Qué es una dimensión infernal más?

—No podemos ir todos —protestó Clary—. No podemos dejar el mercado bajo el ataque de todos estos demonios.

Magnus señaló.

—Afortunadamente para nosotros, la caballería finalmente está llegando.

Todos miraron. En los bordes de la plaza, a través de la lúgubre luz azul del crepúsculo, pudieron ver hojas de serafín encendiéndose, una tras otra. Ragnor y Shinyun dejaron de descender, todavía muy por encima del suelo, y se movieron con cautela para enfrentar a los recién llegados.

—Alguien llamó al Cónclave —exhaló Isabelle—. Gracias al Ángel.

—Quizás Tian fue a buscarlos —dijo Jace—. ¿Está él ahí?

—Podríamos quedarnos y luchar con ellos hasta que termine —sugirió Simon.

Magnus negó con la cabeza y se sorprendió al ver a Alec haciendo lo mismo. Alec dijo—: Nosotros necesitamos cerrar el Portal o nunca se hará. — *Y no queremos responder preguntas sobre mí o Ragnor*, pensó Magnus, e intercambió una mirada con Alec, que asintió.

—Pero ¿cómo llegamos allí? —dijo Isabelle, volviendo la cara hacia la enorme abertura en el cielo.

—No sé si lo has escuchado —dijo Magnus—, pero mi poder mágico ha sido intensificado. —Dio un paso atrás y los miró—. Está bien —dijo—. Todos agrúpanse. Como si estuviéramos tomando una foto.

Los Cazadores de Sombras parecían desconcertados, pero hicieron lo que se les pidió, barajando el uno hacia el otro hasta que todos estuvieron apretados juntos.

Todos estaban de pie en la misma losa ahora. Detrás de ellos, las figuras de Cazadores de Sombras comenzaban a pelear con la horda demoníaca. Magnus miró para ver si Tian estaba entre ellos, pero no estaba seguro.

Volviendo a la tarea que tenía entre manos, extendió las manos y, con esfuerzo, levantó la losa del suelo. Hizo un terrible chirrido, pero una vez que estuvo libre, se elevó limpiamente en el aire, elevando a los Cazadores de Sombras a unos treinta centímetros del suelo. Pedazos de la grava y el hormigón cayeron en astillas, pero la losa permaneció en una sola pieza.

—Está bien —dijo Magnus—. Estoy justo detrás tuyo. Intenta aguantar.



No podía mirar. Cerró los ojos y se agachó, dejando que el peso de la losa y sus cinco ocupantes se asentaran sobre la base de su magia.

—¡Levanta las rodillas! —sugirió Clary.

—Por favor, dígame cuando esto termine —dijo Simon.

Magnus sintió que su magia crepitaba dentro de él. Había tanta. Se sentía... genial. Terrorífica, pero genial.

Un torbellino estalló alrededor de él y los Cazadores de Sombras. Rápidamente ganó velocidad y fuerza, ensanchándose. Magnus esperó a que se volviera lo suficientemente poderoso... y rápidamente encontró que estaba fuera de su control.

Vio que sus amigos comenzaban a parecer alarmados cuando el torbellino se hacía más rápido y más fuerte de lo que pretendía. Pronto fue más como un pequeño tornado que la ráfaga controlada que él estaba esperando. Los relámpagos brillaban entre sus remolinos, furiosos y rojos. Alec gritó el nombre de Magnus, pero Magnus no pudo oírlo por encima del ruido.

Era ahora o nunca. Magnus se entregó a su poder y, con un gran grito, arrojó a los Cazadores de Sombras y la losa al aire. Se fue con ella, tirado hacia el ciclón mientras rugía hacia el Portal.

La losa de hormigón giró y se inclinó, y Magnus vio a sus amigos salir volando. Clary logró agarrar el brazo de Simon, y los dos giraron juntos, agarrados, pero fuera de control.

Los cinco desaparecieron a través del Portal, seguidos por la losa, que desprendía trozos de grava en la dirección de Magnus mientras se elevaba hacia el cielo detrás de ella.

Su impulso lo llevaría a través del Portal sin importar qué, y estaba decidido a sacar el mejor partido de la situación. Giró su cuerpo en el aire y extendió sus manos hacia Ragnor en una dirección y Shinyun en otra. El viento los atrapó, y ellos también volaron hacia el Portal, no más en control que Magnus mismo.

Dando vueltas por el aire, los tres brujos siguieron las rocas y los nefilim a través de la ruptura entre los mundos. Brillaba como la luz procedente del pecho de Magnus.

Entonces una oscuridad los cubrió, más fuerte que cualquier luz. Había nubes de humo y un viento frío, y luego no hubo nada en absoluto.





CLARE  
and CHU

**PARTE III**  
**DIYU**

THE LOST BOOK  
OF THE WHITE

# LA PRIMERA CORTE

Traducido por Amy  
Corregido por Elisa

HACE CIENTOS DE AÑOS, MAGNUS había estado la Ciudad de Huesos, sin poder dormir, entre los Hermanos Silenciosos. En ese momento, como ahora, la paz parecía imposible.

La madre de Magnus se había suicidado por lo que él era. Su padrastro había intentado matarlo por eso. Magnus había terminado asesinando a su padrastro en su lugar. No recordaba muy bien el paso del tiempo después de eso. Había estado loco, sus poderes fuera de control, un niño perdido llevando una tormenta de magia y rabia en su pecho. Recordaba casi morir de sed en un desierto. Se acordaba de un terremoto; escombros cayendo; gritos. Cuando los Hermanos Silenciosos llegaron, había tropezado a través de una lluvia de rocas hacia sus figuras encapuchadas, sin saber si le enseñarían o le matarían.

Se lo llevaron, pero incluso en su ciudad de paz y silencio, soñaba con su padrastro ardiendo. Quería ayuda desesperadamente, pero no tenía idea de cómo pedirla.

Los Hermanos Silenciosos se acercaron al brujo Ragnor Fell en busca de ayuda con este rebelde niño brujo.

El recuerdo de su primer encuentro todavía era muy claro. Magnus había estado acostado en su cama en la habitación de piedra desnuda que le habían dado los Hermanos Silenciosos. Habían hecho lo que podían, encontrando una manta suave y colorida y algunos juguetes para que hicieran el espacio más como el dormitorio de un niño y menos como una celda de una prisión. Todavía era bastante incómodo, sobre todo porque los mismos Hermanos Silenciosos eran demasiado intimidantes. Su amabilidad para él estaba en desacuerdo con sus aterradoras caras sin ojos, y había estado tratando de no estremecerse cada vez que entraban en la habitación.



Finalmente se estaba acostumbrando a los monstruos que lo cuidaban, y luego un nuevo monstruo entró. La puerta se abrió raspando, acero contra piedra.

—Vamos, muchacho —dijo una voz desde la puerta de su celda—. No hay necesidad de llorar.

*Un demonio*, pensó el niño frenéticamente, un demonio como sus padres decían que era: piel verde como el musgo de las tumbas, el cabello blanco como hueso. Cada uno de sus dedos tenía una articulación extra, y se curvaban grotescamente en garras. Magnus se apresuró a sentarse y defenderse, como un torpe preadolescente en medio de un alarmante crecimiento acelerado, extremidades moviéndose y magia peligrosa brotando de él.

Ragnor sólo levantó una de sus extrañas manos y la magia de Magnus se volvió humo azul, un resplandor de color inofensivo en la oscuridad.

Ragnor puso los ojos en blanco.

—Es muy descortés mirar a la gente. —Magnus no esperaba que este ser alienígena hablase su idioma, pero el malayo de Ragnor era suave y sin esfuerzo, aunque acentuado—. Mi primera impresión es que no tienes gracia social, y que necesitas desesperadamente un baño. —Dio un profundo suspiro—. No puedo creer que estuviera de acuerdo con esto. Mi primera lección para ti, muchacho, es que nunca juegues cartas contra un Hermano Silencioso.

—¿Qué... qué eres? —dijo Magnus.

—Soy Ragnor Fell. ¿Tú qué eres?

Magnus apenas podía encontrar su voz.

—Él dijo... ella me llamó... dijeron que estaba maldito.

Ragnor se acercó.

—¿Y siempre dejas que otras personas te digan lo que eres?

Magnus guardó silencio.

—Porque siempre lo intentarán —dijo Ragnor—. Tienes magia, al igual que yo.

Magnus asintió.

—Bueno, entonces —dijo Ragnor—, aquí están las cosas más importantes que puedo decirte. Las personas querrán controlarte debido a tu poder. Intentarán convencerte de que lo están haciendo por tu propio bien. Debes tener mucho cuidado con ellos. —Cuando Magnus movió su mirada más allá de Ragnor hacia el pasillo fuera de su habitación, Ragnor dijo—: Sí. Incluso los Hermanos Silenciosos te están ayudando en parte para sus propios fines. Los Cazadores de Sombras tienen necesidad de brujos amistosos, incluso si ellos desean que no fuera así.

—¿Está mal? —dijo Magnus en voz baja—. ¿El que estén ayudando?

Ragnor vaciló.

—No —dijo finalmente—. Tú no eres su responsabilidad y no tienen garantías de cómo resultarás. Tienes la suerte de haber nacido en una época en la que a los Cazadores de Sombras les gustan los brujos, en lugar de en uno de los momentos de la historia donde nos han cazado por deporte.

—Así que es peligroso tener magia —dijo Magnus.

Ragnor rio entre dientes.

—La vida es tremendamente peligrosa, tengas magia o no —dijo—, pero sí, especialmente para personas como nosotros. Los brujos no envejecen como otros humanos, pero a menudo morimos jóvenes de todos modos. Abandonados por nuestros padres humanos. Quemados en hogueras por mundanos. Ejecutados por Cazadores de Sombras. Este no es un mundo seguro, pero, no conozco mundos seguros. Tienes que ser fuerte para sobrevivir en todos ellos.

El niño que sería Magnus tartamudeó—: ¿Cómo... cómo sobreviviste?

Ragnor se acercó y se sentó en el suelo de tierra fría junto a Magnus, sus espaldas contra una pared de cráneos amarillentos. La espalda de Ragnor era ancha y la de Magnus estrecha, pero Magnus trató de incorporarse tan erguido como lo hacía Ragnor.



—Tuve suerte —dijo Ragnor—. Así es como sobreviven la mayoría de los brujos. Somos los afortunados, los que fuimos amados. Mi familia era mundana con la Visión, sabían un poco de nuestro mundo. Pensaron que un niño verde podría ser un hada cambiada<sup>60</sup>, y no nos dimos cuenta de la verdad hasta más tarde. E incluso cuando lo hicieron, todavía me amaban.

Los Hermanos Silenciosos habían hablado con Magnus en su mente, un poco del origen de los brujos, cómo los demonios irrumpieron en el mundo, forzando o engañando a los humanos para que engendren a sus hijos.

—¿Y tu padre?

—¿Mi padre? —repitió Ragnor—. ¿Te refieres al demonio? No llamo a eso un padre. Mi padre me crio. El otro, el demonio, no tiene nada que ver conmigo.

»Sé que no fuiste uno de los afortunados —continuó Ragnor—. Pero somos brujos. Vivimos para siempre, y eso significa que, tarde o temprano, estaremos solos. Cuando otros nos llaman engendro de demonios, intentan usar nuestro poder para sus propios fines, nos envidian, temen o simplemente mueren y nos dejan, debemos decidir nosotros mismos lo que seremos. Los brujos se nombran a sí mismos, antes de que alguien más pueda hacerlo.

—Elegiré un nombre —dijo el niño.

—Entonces, sin duda, nos conoceremos mejor. —Miró a Magnus de arriba hacia abajo—. Tu segunda lección: los Hermanos Silenciosos no necesitan lavarse a sí mismos ni a sus ropa, pero tú si lo necesitas. Y mucho.

El chico rio.

—Vamos a mantenernos relucientes de ahora en adelante, ¿de acuerdo? —sugirió Ragnor—. Y, por el amor de Dios, consíguete ropa bonita.

---

<sup>60</sup> En inglés «*faerie changeling*», se refieren a algo que suelen hacer las hadas cuando una de sus crías nace enferma, la intercambian por un bebé humano.

Más tarde, Ragnor diría que deseaba no haber ido a la Ciudad de los Huesos ese día, y que no había tenido la intención de que Magnus se excediera tanto con la ropa. Y por supuesto nunca había previsto la invención de la purpurina cosmética.

Magnus había esperado encontrar paz en la Ciudad Silenciosa, pero ahora entendía que tal paz era imposible. Solo podía hacer sus preguntas. Esperar que Ragnor le diera algunas de las respuestas, y luego Magnus se daría un nombre.

\* \* \*

—¡MAGNUS!

Alec escuchó su propia voz, resonando en el espacio desolado que se extendía alrededor y por encima de él.

El infierno estaba vacío.

Alec yacía de espaldas, sin aliento, pero al menos consciente. Se había desmayado cuando cayó a través del Portal, no tenía idea por cuánto tiempo. Se incorporó sobre sus codos, esperando que le doliera, pero parecía ileso.

Aquí no había nada. El cielo estaba ausente de estrellas, lunas o nubes... No, no había cielo alguno. No había profundidad ni distancia, ni sombras ni colores, solo un mar de vacío claustrofóbico uniforme de horizonte a horizonte.

Parpadeando, se sentó y miró a su alrededor. Estaba en una vasta extensión vacía de piedra gris, llana pero desigual, con grandes fisuras aquí y allá. El paisaje era monótono rodando hacia horizontes vacíos en todas las direcciones. Los otros Cazadores de Sombras fueron esparcidos a su alrededor, nadie a más de quince metros de distancia. Jace ya estaba de pie, por supuesto, y de alguna manera, milagrosamente, se las había arreglado para seguir sujetando la lanza que había tomado de la herrería. Los otros estaban en varias etapas de levantarse. Nadie parecía estar herido.



Magnus estaba de pie a poca distancia de todos ellos, mirando hacia arriba. Alec siguió su mirada y vio un nudo de magia en el cielo, enredado y caótico, como una herida cosida a toda prisa en el campo de batalla. Crepitaba oscuramente, pero no surgían demonios.

Alec se levantó y se acercó a su novio. Puso su mano sobre el hombro de Magnus. Magnus dijo, aun mirando la sutura desordenada en el cielo—: No es bonito. Pero creo que aguanta.

Alec atrajo a Magnus en un fuerte abrazo y lo abrazó por un momento, sintiendo el calor de su cuerpo y el relajante sonido de su respiración contra él. Luego dio un paso atrás.

—¿Shinyun? —dijo—. ¿Ragnor?

—Estaban justo detrás de mí —dijo Magnus. Había fatiga en su voz, y Alec se preguntó cuánto le habría quitado el torbellino—. Juraría por mi vida que atravesaron el Portal justo detrás de mí. Pero no aparecieron de este lado.

—Bueno, Samael es el amo de los portales y el amo de Ragnor y Shinyun —sugirió Alec—. Así que tal vez se fueron a otro lugar.

—Quién sabe —dijo Magnus rotundamente. A pesar de su éxito, parecía derrotado.

La voz de Isabelle, detrás de ellos, de repente gritó—: ¿Simón?

Alec se volvió. Isabelle, Clary y Jace se estaban acercando a ellos, todos parecían haber pasado por una tormenta de viento, pero no había ni rastro de Simón.

Clary se dio la vuelta.

—¿Simón? ¿Simón?

Todos miraron a su alrededor, pero no era como si hubiera un escondite en la tierra lisa que los rodeaba. Simón no estaba con ellos.

Todos miraron a Clary. Ella se abrazó a sí misma, su rostro muy pálido. Jace le puso la mano en la espalda.

—Búscalos —dijo con suavidad—. Dentro de ti.

Cuando Clary cerró los ojos, Alec recordó una ocasión, hace mucho tiempo, cuando Sebastián había secuestrado a Jace, y había buscado en vano dentro de sí mismo la chispa de su *parabatai*. Mirando a Clary ahora, recordó el dolor.

Ella inhaló profundamente.

—Bueno... está vivo, al menos.

—¿Crees que fue a dondequiera que fueron Ragnor y Shinyun? —le dijo Alec a Magnus.

Esperaba que Magnus dijera *quién sabe* de nuevo, pero la expresión del brujo se había endurecido, y parecía un poco más atento de nuevo.

—Es posible —dijo.

—*Definitivamente* vino a través del Portal —dijo Jace—. Yo lo vi.

Isabelle parecía afligida.

—Él no quería venir —dijo—. A Shanghái, quiero decir. Pensaba que pasaría algo terrible. Le dije que estaba siendo ridículo. —Apartó su enredado cabello oscuro de la cara, los labios le temblaban.

—Iz —dijo Alec—. Lo encontraremos.

—Tendremos que averiguar cómo volver a casa por nuestra cuenta —dijo Jace—. Y no tenemos ni idea de cómo hacer eso.

—Y no podemos irnos sin el Libro de lo Blanco —intervino Alec—. Y tenemos que *salvarte* —añadió a Magnus.

—Y tenemos que rescatar a Ragnor —dijo Magnus.

Todos lo miraron.

—Magnus —dijo Clary suavemente—, tenemos que ser rescatados *de* Ragnor.

—No es él mismo —dijo Magnus—. Está bajo el control de Samael. No lo voy a dejar así. Si hay una forma de salvarme, hay una forma de salvarlo.



Después de un momento, Jace asintió.

—Bien —dijo—. Así que tenemos que encontrar el Libro de lo Blanco, encontrar a Ragnor, derrotar a Ragnor, salvar a Ragnor, encontrar a Simón, salvar a Simón, averiguar qué está tramando Samael, neutralizar a Shinyun y destruir el Portal permanente entre Diyu y Shanghái.

—Pensé que acabábamos de hacer el último —dijo Isabelle, mirando la cicatriz en el cielo—. Además, parece que Ragnor y Shinyun han descubierto cómo abrir un gran agujero entre Diyu y nuestro mundo en cualquier momento que quieran.

—Lo que plantea la pregunta —dijo Jace—, si pueden hacer eso, ¿por qué simplemente Samael no atravesó con ellos?

Magnus juntó las puntas de sus dedos.

—Si Samael *pudiera* venir a nuestro mundo, lo haría —dijo—. Así que hay alguna razón por la que todavía no puede pasar de Diyu a la Tierra. Probablemente tenga algo que ver con la forma en que fue desterrado. Pero no sé qué es.

Jace miró a su alrededor, con las manos en las caderas.

—Tal vez haya un puesto de información por algún lado. Ya sabes, como, ¿«Bienvenido al infierno»?

Magnus lo miró sombríamente.

—Bueno, no podemos quedarnos aquí en esta roca —dijo Alec—. ¿No se supone que Diyu es una burocracia completa con jueces y tribunales y cámaras de tortura? Todo eso no pudo haber desaparecido, ¿o sí?

—Espera —dijo Magnus, y se lanzó al aire. Alec lo miró, desconcertado. Magnus no podía *volar*, normalmente no, pero ahora lo estaba haciendo sin ningún esfuerzo. El Svefnthorn en acción, supuso.

En silencio, vieron a Magnus volar sobre la extensión pedregosa. Clary puso su mano sobre el hombro de Isabelle, e Isabelle la miró preocupada.

—Encontraremos a Simón —dijo Clary—. Él no es parte de nada de esto. No hay ninguna razón para que esté en peligro.

—Claro —dijo Isabelle débilmente—. Solo está *perdido* en el *Infierno*.

Nadie tenía nada que decir al respecto y se quedaron en silencio un minuto más, hasta que Magnus aterrizó de nuevo, su abrigo ondeando elegantemente a su alrededor mientras descendía. Incluso en un inframundo demoníaco, pensó Alec, Magnus tenía estilo.

—Por aquí —dijo, y los condujo en lo que a Alec le pareció una dirección arbitraria. Todos lo siguieron, desconcertados.

Después de unos minutos de caminata, durante los cuales el paisaje no cambió y ni siquiera sugirió que iban a cualquier parte, Magnus se detuvo y señaló al suelo.

—Voilà —dijo.

Debajo de ellos, invisible desde cualquier distancia más allá de unos pocos metros, había una gran abertura en el suelo. Escaleras de piedra descendían de ella en espiral.

—¿A dónde van? —dijo Clary.

Magnus la miró.

—Descienden —dijo, y empezó a bajar los escalones.

Clary lo miró.

—La única persona que podría haber apreciado *esa* referencia —dijo ella—, es aquella a la que estamos tratando de rescatar.

Magnus simplemente dijo—: Tu comentario sugiere que tú también lo apreciaste a tu manera.

—Al menos moriremos con estilo —murmuró Isabelle mientras los seguía. Alec también lo siguió, su mente inquieta.





LA ESCALERA TENÍA CIENTOS DE escalones, girando hacia adelante y hacia atrás en un zigzag que los mantenía yendo más o menos verticalmente hacia abajo. No había barandilla, por supuesto, pero Magnus no tenía idea de lo que pasaría si alguien se caía. Podía atraparlos con su magia, razonó, pero esperaba que no llegara a eso.

Por un tiempo, las escaleras se desvanecieron en neblina y humo hasta abajo, sin fin. Pero gradualmente, una enorme forma cuadrada se enfocó debajo, y cuando se acercaron, Magnus se dio cuenta de que estaba mirando hacia una ciudad amurallada.

Desde arriba, podría haber sido una ciudad en la Tierra, aunque una ciudad antigua. Había un muro exterior de piedra, marcado a intervalos regulares por torres que, Magnus estaba seguro, eran la cima de las puertas de entrada y salida, aunque fuera de las paredes era el mismo vacío oscuro que rodeaba todo lo demás. Dentro había una serie de patios separados unos de otros por edificios de techos rojos que se asemejaban a juzgados o palacios.

A medida que se acercaban, Magnus tuvo claro que estaban mirando un sitio abandonado. Todo estaba en silencio. Nada se movía. Cuando el ángulo les permitió ver mejor las torres, Magnus pudo ver que la mayoría de ellas estaban rotas, y aquí y allá en el suelo, enormes pedazos de roca caída bloqueaban las calles.

Al principio, parecía como si descendieran directamente al corazón de la ciudad en ruinas, pero esa fue una ilusión óptica; cuando llegaron al nivel del suelo, se dieron cuenta de que la escalera los había dejado fuera de las paredes.

Los cinco salieron de los últimos escalones hacia un patio empedrado, igual de silencioso que la llanura que habían dejado arriba. Por tres lados, el patio parecía terminar y caer en la nada, pero en el cuarto lado, se levantaban dos enormes torres que. Su arquitectura era tradicionalmente china —«tradicional» significando hace

un par de miles de años— estando elaboradamente talladas y coronadas por tejas planas como sombreros de ala ancha. Mientras se acercaban a las torres pudieron ver que ambas estaban hechas a partir de cientos, incluso miles de huesos, tanto de animales como de humanos. Una torre brillaba en blanco y la otra brillaba en negro. Entre ellas, un camino se curvaba de un lado a otro como una serpiente, que conducía a una abertura en las murallas de la ciudad a través de la cual todo estaba oscuro.

Sus pasos resonaron vacíos. El silencio era opresivo, el aire estaba completamente quieto. Todos caminaron por el camino sinuoso; no parecía haber otro camino a seguir. Alec sacó la Impermanencia Negra y la sostuvo con cuidado frente a él, pero nada sucedió al pasar entre las torres que.

Magnus no estaba seguro de lo que esperaba cuando entraron en las murallas de la ciudad. El camino terminó en otro gran patio rectangular, pavimentado en piedra. En el otro extremo del patio se levantaba un edificio blanco con entramado de madera con un techo rojo a cuatro aguas, cuyas puertas habían sido abiertas de par en par. Linternas de papel rojo, apagadas, colgaban de los aleros. No había manera de rodear el edificio; tendrían que entrar a él, y con suerte a través de él, antes de poder continuar.

Una vez dentro, a Magnus le recordó al vestíbulo de un hotel. Altos pilares de piedra sostenían un techo tan alto que se desvaneció en la bruma, en un gran espacio abierto que parecía diseñado para retener a muchas personas a la vez.

A ambos lados de la habitación, se habían colgado tapices entre una serie de altos postes de bronce. A Magnus le pareció que alguna vez habían ilustrado algún cuento, o que tal vez habían proporcionado una sugerencia de los castigos ofrecidos en lo más profundo del reino, pero ahora, aparte del rostro ocasional que se podía distinguir, eran indescifrables, cubiertos con manchas de sangre, deshilachados y desgarrados en el extremo inferior, y desvanecidos con los años. En el otro lado de la habitación había un escritorio de madera, grande pero sencillo, con una prolija pila de libros polvorientos y podridos y una pila de pergaminos deshechos hasta



convertirse en casi en nada. Detrás del escritorio, una pared de azulejos representaba un patrón sorprendentemente ordinario de crisantemos<sup>61</sup>.

No había movimiento, actividad o brisa alguna. La respiración de Magnus sonaba ruidosamente en sus propios oídos; sus pisadas y las de sus compañeros sonaban como golpes sobre una puerta de piedra maciza.

Magnus caminó hacia el escritorio, inseguro, y mientras lo hacía, vio un movimiento, un grueso, ancho, verde-negruczo tentáculo apareció desde abajo y cayó sobre el escritorio.

Los Cazadores de Sombras se congelaron. Magnus escuchó un susurro y por el rabillo del ojo captó el resplandor de una hoja serafín que se encendía.

Un segundo tentáculo se unió al primero, luego un tercero. Se movieron en el escritorio dejando trozos de baba. Luego, actuando al mismo tiempo, se presionaron contra el escritorio y apareció a la vista una cabeza y un torso viscosos, que se elevaron hasta que la criatura se puso de pie. Los tentáculos se deslizaron hacia atrás del escritorio y golpearon el suelo de piedra de manera húmeda.

El demonio tenía ojos verdes muy juntos y una hendidura vertical en lugar de nariz o boca. Abrió esa hendidura e hizo un ruido fuerte, gorgoteante, grave y con baba lo que podría haber sido un rugido o un bostezo.

—¿Es un demonio Cecaelia? —dijo Jace, incrédulo.

—¡Mortales! —entonó el demonio, con voz de un hombre ahogándose—. ¡Bienvenidos a Youdu, ciudad capital de los cien mil infiernos! Aquí en la Primera Corte los pecados de tu vida serán contados, y tu castigo... —Se detuvo y los miró con los ojos entrecerrados—. Espera, te conozco. ¡Magnus Bane! ¿Qué estás haciendo en Diyu?

Alec dijo—: ¡¿Qué?! —En voz muy alta.

---

<sup>61</sup> Tipo de flor, nativa de Asia y nordeste de Europa.

—¿Cómo me conoces, demonio? —preguntó Magnus, pero un recuerdo ya estaba arrastrándose en su mente, de hace unos años. Al principio de su relación con Alec... un cliente que quería tener algo que ver con las sirenas...

El demonio estaba mirando a Alec.

—Oye, ¿ese es Alec? ¡Entonces ustedes chicos locos lograron hacerlo funcionar! Felicitaciones, muchachos, de verdad.

—Elyaas —dijo Magnus débilmente—. Eres Elyaas, ¿no?

—Magnus —dijo Alec, usando su voz más razonable—. ¿Cómo se conocen este demonio y tú?

—Ya sabes... ¡Elyaas! —dijo Elyaas con entusiasmo, agitando algunos tentáculos alrededor y goteando baba sobre el escritorio—. Magnus debe haberte hablado de mí. ¡Éramos compañeros de cuarto!

—No éramos *compañeros de cuarto* —dijo Magnus bruscamente—. Te invoqué a mi apartamento. Una vez.

—¡Pero estuve allí todo el día! ¿Qué le terminaste regalando a Alec por su cumpleaños? —Elyaas parecía legítimamente complacido de verlos.

Magnus se volvió hacia Alec con un suspiro.

—Convoqué a Elyaas como parte de un trabajo hace unos años. Solo cosas del trabajo normales, nada emocionante.

—Estaba tratando de averiguar qué regalarte para tu cumpleaños —dijo Elyaas en lo que probablemente tenía la intención de ser un tono dulce, pero sonaba como un hombre ahogándose hasta la muerte en un gran pulpo—. Siempre supe que ustedes dos permanecerían juntos.

—No —dijo Magnus—, me dijiste que siempre me odiaría en su corazón, y que eventualmente mi padre vendría por mí.

Hubo una pausa. Elyaas dijo—: Supongo que eso no sucedió.



—Bueno, mi padre sí vino por mí —admitió Magnus—, pero no terminó bien para él.

—¿Es este el demonio que goteaba baba por todo tu apartamento ese día? —dijo Isabelle.

—¡Sí! —dijo Magnus, complacido de que alguien más pudiera corroborar su versión de los acontecimientos.

—Espera, ¿has conocido a este demonio? —Alec le estaba dando a Isabelle una mirada de traición.

—Todos somos grandes amigos —dijo Elyaas con entusiasmo.

—No lo somos —dijo Magnus con firmeza—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Trabajando en la recepción —dijo Elyaas con un aleteo de tentáculos que podrían haber sido un encogimiento de hombros—. Esta es la Oficina de Bienvenida, donde el magistrado, ese soy yo, evalúa tus pecados y te envía a tu tormento eterno apropiado. Entonces, ¿están casados? —añadió con entusiasmo—. ¿Tienen hijos?

—Tenemos un hijo ahora —admitió Alec, en contra de su instinto.

—Eso es maravilloso —dijo Elyaas—. Amo a los niños.

—Supongo que te refieres a comerlos —dijo Jace.

Elyaas pareció decepcionado.

—Pasaste mi límite.

—Mira, Elyaas, es bueno verte de nuevo —dijo Magnus, mintiendo—. Pero estamos intentando encontrar a algunos de nuestros amigos y realmente tenemos que irnos. Entonces, sea cual sea el procedimiento para pasar por aquí y entrar en Diyu propiamente dicho, estamos listos para empezar.

—Bueno... — Elyaas frunció el ceño y farfulló—. Nadie ha pasado recientemente, así que tus amigos no vinieron por este camino. De hecho, nadie ha pasado por acá desde que empecé a trabajar aquí. —Se rascó la cabeza con un tentáculo—. En realidad, no estoy seguro del procedimiento.

—¿Podemos simplemente matarlo y seguir adelante? —gritó Jace.

—Eso es muy grosero —dijo Elyaas—. El hecho de que sean Cazadores de Sombras no significa que deben matar a todos los demonios que ven.

—Significa eso, en realidad —dijo Clary, haciendo una mueca.

—Esto pone nuestra relación en una luz muy diferente —dijo Elyaas a Magnus en tonos de desaprobación—. Pensé que nos entendíamos. Nunca me ha convocado el mismo brujo dos veces antes.

—¿Dos veces? —dijo Alec.

—La primera vez fue hace mucho tiempo —dijo Magnus—. Como en el siglo diecinueve. Elyaas, te prometo que te llamaré para charlar más tarde. Pero realmente necesitamos irnos.

—Bien, bien. Um. —Elyaas recogió uno de los libros podridos del escritorio y lo abrió con un tentáculo. La cubierta frontal se soltó y cayó al suelo, y su tentáculo se desprendió con páginas pegadas a él—. Sólo dame un momento. ¿Por qué, por qué nunca aprendí a leer chino?

—Tal vez —dijo Alec—, podrías decirnos adónde ir, y nosotros iremos, pero dirás a todos que pasaste por todo el asunto con los libros y el juicio.

—Y no te mataremos —agregó Jace—. Esta vez.

Elyaas consideró esto.

—Bueno. Pero me deben una.

—No —dijo Magnus.

—Está bien —dijo Elyaas—. *Te debo una.*

—Tampoco.

—Simplemente atraviesen la puerta —dijo Elyaas, agitando sus tentáculos hacia una puerta alta que había aparecido en la pared del fondo—. Conduce al Segundo Tribunal, y así sucesivamente a los demás. Tus amigos deben estar en alguno de



ellos. Si no, eventualmente llegarás al centro de Diyu y encontrarás a Samael, y tal vez él te ayude.

—No todos los demonios son tan serviciales como tú, Elyaas —dijo Magnus con cansancio—. Nos vamos. —Se dirigió hacia la puerta al lado del escritorio, adentrándose más en Diyu, y los Cazadores de Sombras lo siguieron. Detrás de la puerta había más escalones de piedra, y Magnus comenzó a bajarlos.

—Gracias por venir —dijo alegremente Elyaas. Cuando Alec pasó junto a él, añadió—: Así que tú eres el famoso Alec. Mmm.

—¿Qué? —espetó Alec.

—Nada —dijo Elyaas—. Pensé que serías más apuesto, eso es todo.

Alec lo miró parpadeando. Detrás de él, Jace ahogó una risa.

—Cuando escuché cómo hablaba de ti, pensé: «este tipo debe tener un montón de tentáculos». ¡Cientos de tentáculos! Pero mírate. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Ninguno en absoluto.

Alec siguió caminando sin más comentarios.

Mientras bajaban las escaleras, pudieron escuchar la voz húmeda de Elyaas desvaneciéndose en la distancia—: ¿Cómo calificaría su experiencia de bienvenida hoy? Muy satisfecho, algo satisfecho, un poco satisfecho, un poco insatisfecho, algo...

\* \* \*

AL FONDO DE LAS escaleras había un arco de piedra que conducía a un segundo edificio muy parecido al primero. El arco era tres veces la altura de Alec, y sus soportes estaban inclinados uno contra otro de forma alarmante. Bloqueando el camino estaban los restos de dos pilares de piedra, elaboradamente tallados, pero

ahora apilados en un revoltijo de trozos de roca, como si un niño gigantesco hubiera estado jugando con bloques y no los hubiera guardado.

Magnus parecía dispuesto a quitar las piedras del camino con magia, pero Alec lo detuvo.

—Vamos a escalarlos —sugirió, y Magnus estuvo de acuerdo, aunque le dio a Alec una mirada extraña. Jace ya había comenzado a trepar por las rocas, y los demás lo siguieron.

La Segunda Corte estaba en peor forma que la Primera. O tal vez hubiera sido más desordenada para empezar. Había muchos más muebles, algunos tallados en piedra, algunos de madera, todos destrozados y rotos, escritorios, sillas, mesas. Había tablillas y libros de contabilidad, rollos de pergamino amarillento abandonados en sucio. Alec eligió su camino con cuidado alrededor de los restos y se agachó para recoger una losa de madera agrietada con restos de pintura roja y dorada. Podría haber representado una cara, una vez.

—Es un campo de batalla —dijo Jace, mirando a su alrededor con ojo experto; Alec pensó que probablemente tenía razón. Aquí y allá yacían armas abandonadas, espadas, lanzas y arcos rotos, y en la parte trasera de la gran sala abierta había otra mesa como en la que Elyaas había estado sentado, pero ésta estaba cuidadosamente partida en dos. Cinco puertas abiertas condujeron a varias direcciones fuera de la habitación, además de la que habían venido.

El único objeto completamente intacto en la habitación era una pintura al óleo de una mujer joven vestida de blanco, colgando de una pared cerca del escritorio roto. Había sido pintado en acuarela, con delicadas pinceladas. La mujer era hermosa, pensó Alec, y su brillo parecía fuera de lugar en estas ruinas oscuras. La pintura fue estropeada solo por un desgarró en el lienzo en la mejilla de la mujer, una cicatriz que nunca desaparecería.

Magnus se acercó a Alec y miró la pintura, y mientras lo hacía, el rostro de la mujer se volvió dentro del cuadro para mirarlos. Sus ojos estaban vacíos y blancos.

—¡Ahh! ¡Pintura malvada! —Clary saltó hacia atrás.



La cabeza de la mujer rodó inquietantemente sobre sus hombros dentro del cuadro, y cuando ella habló, con una voz como el crepitar de leña seca.

—Bienvenidas, almas perdidas —dijo. Alec pensó que tal vez ella diría algo sobre lo sola que había estado, pero sólo dijo—: Aquí es donde su camino será elegido, y pasarán por la puerta fantasma hacia su sufrimiento.

—Buenas noticias —murmuró Jace.

—Anímate —le dijo la mujer, con una sonrisa que reveló unos dientes largos como agujas—. Cuando tu angustia sea igual al dolor que causaste en la vida, serás liberado de nuevo al ciclo de la vida y la muerte. Te aconsejo que afrontes tus tribulaciones con valentía. No puedes evitarlas, así que podrías ir hacia ellas con la cara levantada.

Ninguno de ellos dijo nada y ella continuó—: Todo lo que necesitaré es el peaje estándar para pasar.

—¿El peaje estándar? —dijo Alec.

—Sí —dijo la mujer—. Tradicionalmente con *Yuanbao*<sup>62</sup>, pero en estos días también aceptamos el nuevo dinero de papel.

Magnus gimió.

—Supongo —dijo Alec—, que no tienes dinero en efectivo.

—Tengo el cambio de cuando compré algunos pasteles de té de hadas antes —dijo Clary buscando en el bolsillo de sus jeans—. Oh, olvídenlo, se han convertido en hojas.

—No tenemos dinero —le dijo Magnus a la pintura—, pero verás...

—Si les falta con qué pagar, pueden atravesar las Cavernas de Hielo hasta el Banco de los Dolores —comenzó la mujer.

---

<sup>62</sup> Un *yuanbao* era un tipo de moneda de lingotes de oro y plata utilizada en la China Imperial desde su fundación bajo la dinastía Qin hasta la caída del Qing en el siglo XX.

—No vamos a tener dinero en el banco del Infierno —explicó Magnus—. No estamos muertos, como ves.

La mujer pareció desconcertada.

—Si nadie les ha enviado ofrendas de dinero, quizás puedan reclamar los fondos restantes que fueron enviados a sus antepasados...

Magnus interrumpió.

—¡No estamos muertos! Y también, no sé si te has dado cuenta, pero este lugar está en ruinas. Diyu ha cesado sus operaciones normales. ¿No puedes ver que toda esta corte ha caído? —La mujer no habló por un momento, y él continuó—: ¿Cuándo fue la última vez que alguien pasó por aquí?

—Magnus —dijo Jace. Estaba mirando a través de una de las puertas laterales—. Alguien viene.

La mujer habló, más lento de lo que a Alec le hubiera gustado.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo—, y los bedeles han hecho un trabajo miserable para mantenerlo limpio.

—Los bedeles se han ido— dijo Magnus—. Su amo con ellos. Yanluo, tu señor, fue derrotado y expulsado de este lugar hace más de cien años.

—No salgo mucho —admitió la mujer—. Tal vez tengas razón, pero tal vez seas un embaucador que está tratando de colarse por la puerta fantasma sin pagar.

—Tiene razón —dijo Alec—. Acabamos de llegar del Primer Tribunal. También está en ruinas.

—Chicos... —dijo Jace, con más urgencia. Cogió una daga abandonada y se la pasó a Clary. Levantando su propia lanza, la sostuvo frente a él. Todos se volvieron hacia la fuente del ruido. Incluso Alec podía oírlo claramente ahora, pasos, débiles, pero haciéndose más fuertes, corriendo hacia ellos.

La mujer del cuadro vaciló.



—Lo siento —dijo—, pero debo exigir el pago. Incluso si hay problemas temporales en la maquinaria de Diyu, no hay duda de que se solucionará pronto. Las almas no pueden simplemente apilarse para siempre sin un lugar adonde ir.

—Te lo dije, no tenemos dinero —comenzó Alec enojado, y luego se detuvo, porque a través de una puerta llegó la fuente de los pasos.

Era Tian. Parecía como si hubiera pasado por un combate de lucha libre con una bolsa de cuchillas. Su ropa estaba rota y ensangrentada, su cabello enredado, su piel cubierta de cortes y arañazos. Sobre su hombro había una tela blanca rota y manchada que se había recogido en un bulto improvisado.

La mujer del cuadro se volvió para mirar a Tian.

—¿Tiene el dinero para pagar el peaje?

—Por supuesto que no... —comenzó Magnus.

—Lo tengo —dijo Tian.

—¡Tian! —dijo Alec—. ¿Dónde has estado? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Te perdimos después de que dejamos a los herreros —dijo Clary—. Y luego los demonios atacaron.

—Amigos, he pasado por una terrible experiencia —dijo Tian con cansancio. Jace no había puesto su lanza lejos y lo estaba mirando con sospecha.

Magnus también parecía desconfiado.

—¿Cómo desapareciste sin que ninguno de nosotros se diera cuenta?

—Fui apresado por demonios —dijo Tian—. La primera línea del ejército de los brujos. Yo salí de la herrería para asegurarme de que todo estuviese seguro, y grandes demonios con alas de murciélago se abalanzaron abajo y me llevaron. Me empujaron a través de un Portal casi de inmediato y terminé aquí.

—¿Por qué no esperaron por el resto de nosotros? —dijo Magnus.

—No creo que supieran que ustedes estaban allí —dijo Tian—. Deben de haberme visto y pensar que yo era un Cazador de Sombras al azar en su camino. —

Miró alrededor, respirando con dificultad—. Estoy muy contento de verlos a todos de nuevo, incluso si están atrapados aquí conmigo. ¿Qué pasa con el Portal?

—Está cerrado —dijo Alec—. Por ahora. Pero Simon también desapareció y tenemos que encontrarlo antes de que podamos irnos.

—Y, preferentemente, evitar que Samael haga lo que sea que esté haciendo —agregó Clary.

—Y una lista completa de otras cosas, en realidad —dijo Magnus.

Tian exhaló un suspiro de alivio.

—Creo que puedo ayudar. —Tiró su bulto en el suelo, el cual hizo un ruido metálico. La tela se desprendió para revelar una pila de oro y lingotes de plata, cada uno del tamaño de un puño. Tenían una variedad de formas, algunos cuadrados, algunos redondos, otros en forma de flores estilizadas o botes.

—Ya veo que has estado en el Banco de los Dolores —dijo Magnus, arqueando una ceja.

—Así es —dijo Tian—. Hubo bastantes ofrendas a los miembros de la familia Ke a lo largo de los años que no habían sido reclamadas. Los diablillos que me los trajeron parecían felices de tener algún negocio. —Hizo un gesto hacia la pila debajo de él y se dirigió a la mujer del cuadro, cuyos afilados dientes se mostraron del placer—. Honrada Hua Zhong Xian —dijo—, ¿esto nos servirá como pago para que pasemos los seis?

La mujer examinó la pila por un momento y luego dijo—: Servirá.

—Genial —dijo Alec con un suspiro de alivio—. Gracias, Tian.

—Y ahora el Jiangshi vendrá para llevarlos a sus tormentos individuales —prosiguió la mujer.

A través de las seis puertas comenzó a fluir una multitud de criaturas humanoides, de piel verde con el pelo largo y blanco, los brazos extendidos ante ellos. Sus bocas se abrieron para revelar hileras de afilados dientes amarillos, y empezaron a emitir un gemido bajo y quejumbroso.



—Entonces, zombis —dijo Clary—. Ahora tenemos que lidiar con zombis.

—Demonios Jiangshi —corrigió Tian—. Pero sí, se parecen mucho a los zombis.

—¡Oh, vamos! —gritó Magnus exasperado, sorprendiendo a Alec. Sus ojos brillaron con furia, y Alec, que había comenzado a estirarse hacia atrás para sacar la Impermanencia negra, se detuvo y vio como rayos de luz moteada de color rojo rosado, del color de la sangre acuosa, eran disparados desde cada uno de los dedos de Magnus. Los rayos perforaron a los Jiangshi, haciéndolos explotar en icor y ceniza. Magnus se volvió, con una mueca de enojo en la boca y disparó rayo tras rayo a las criaturas invasoras. En segundos, todos fueron destruidos, dejando solo un olor a quemado en el aire y el sonido de la respiración agitada de Magnus.

—Bueno, wow —dijo Isabelle después de un momento.

Magnus se volvió y captó la mirada de Alec. Por un momento, no hubo reconocimiento en su expresión. Su labio superior estaba curvado, revelando dientes que parecían extraños, más largos y puntiagudos de lo habitual, y luego pareció volver en sí. Cuando vio la expresión de Alec, vaciló.

—Yo... lo siento. Me puse... impaciente.

Jace dijo—: Está bien. Ahora que hemos... —Fue interrumpido por una nueva ronda de suaves lamentos de Jiangshi—. Oh no.

Más Jiangshi aparecieron en las puertas, moviéndose inexorablemente y sin pensar hacia ellos. Alec estaba a punto de hablar, pero los dedos de Magnus se iluminaron con esa cruel luz roja de nuevo.

—¡Esperen! —gritó la mujer del cuadro. Alec pensó que tal vez Magnus no dudaría, pero él lo hizo, respirando con dificultad, pero conteniéndose mientras ella continuaba—: Seguirán viniendo —dijo—, para siempre, hasta que se les den un alma para tomar. Al menos una.

—¡Detenlos! —gritó Alec.

La mujer negó con la cabeza.

—No puedo. Soy una sirviente, no menos que ellos. Debemos obedecer a nuestros puestos.

—Dejaré que me lleven —dijo Tian.

—No —dijo Jace bruscamente—. Has estudiado a Diyu, sabes más sobre ella que nosotros. Te necesitamos para tener alguna posibilidad de atravesar este lugar. Yo iré.

—No lo harás —dijo Clary.

—Yo iré —dijo Isabelle en voz alta, en un tono autoritario. Su voz resonó por la habitación. Incluso los Jiangshi dejaron de moverse por un momento.

—Isabelle, no puedes... —empezó Alec.

—Iré —dijo Isabelle—. Iré, y voy a encontrar a Simón. Juro que lo haré.

Se volvió y extendió los brazos hacia los Jiangshi. Una especie de suspiro los recorrió, como una exhalación de alivio. Dejaron de entrar por la puerta.

—Ella ha elegido —dijo Hua Zhong Xian.

Jace se giró para encarar a Alec.

—La matarán...

—No —dijo Magnus en voz baja y tensa—. Este ya es un lugar de muertos. Ellos asumen que ya está muerta. Hagan lo que hagan, no la matarán.

Las lágrimas corrieron por el rostro de Clary. Ni siquiera trató de limpiarlas.

—Isabelle, no.

—Dejadla ir —dijo la mujer pintada—. Su elección es irrevocable. Si intentan detenerla, vendrá algo peor que los Jiangshi.

—No te metas en esto —le espetó Alec. Se dirigió hacia Isabelle, pero no tuvo sentido, en un abrir y cerrar de ojos, tres de los demonios se habían apoderado de su hermana. Ella no opuso resistencia. Sus ojos estaban fijos en Alec mientras los



Jiangshi la conducían hacia una de las puertas por las que habían entrado. *No me sigas*, dijo su mirada. *Te amo, pero no me sigas*.

—Isabelle —dijo Alec desesperadamente—, no hagas esto. Por favor. Encontraremos a Simón...

Magnus agarró el hombro de Alec. Isabelle estaba casi en la puerta. Jace estaba agarrando la lanza en su mano con tanta fuerza que sus dedos se habían vuelto blancos. Clary parecía estar en shock.

—Recuerda, chica Lightwood —dijo Hua Zhong Xian—. Ve a tu tormento con la cabeza en alto.

Isabelle se volvió y la miró.

—Juro por el poder del Ángel —dijo en una voz clara—, que volveré. Volveré y derribaremos este lugar. Dispersaremos a los no muertos por los vientos. Y, personalmente, te haré pedazos.

Luego, se había ido.

# CABEZA DE BUEY Y CARA DE CABALLO

Traducido por Cami Herondale  
Corregido por Elisa

PASO UN LARGO Y TERRIBLE TIEMPO después que Isabelle desapareciera por la puerta. Magnus estaba vagamente consciente de que Hua Zong Xia había desaparecido de la pintura, dejando a todos en silencio. Tian, que parecía perdido e incómodo, se puso de pie con las manos cruzadas. Clary estaba llorando en silencio contra el pecho de Jace. Él le acariciaba el cabello, con una mirada preocupada buscando y encontrando a Alec, quien caminaba de un lado a otro de la habitación, apretando y abriendo los puños.

Magnus no estaba seguro de si Alec quería que lo consolaran o no, pero al final no se pudo contener: yendo hacia Alec, tiró a su novio en sus brazos. Por una fracción de segundo, Alec se aferró a Magnus con fuerza, sus manos apretadas en el abrigo de Magnus y la frente presionada contra el hombro del mago.

Magnus murmuró unas palabras que él ni siquiera se había dado cuenta que recordaba: suaves palabras en malayo, de comodidad y tranquilidad.

Sin embargo, por un solo momento Alec se dejó temblar en los brazos de Magnus. Se apartó con la barbilla en alto y dijo—: Bueno, ahora tenemos que rescatar a dos personas.

—Tres —dijo Jace—, contando a Ragnor.

—Ojalá me hubieran rescatado —dijo Tian suavemente.

—No sabíamos que estabas aquí —dijo Clary—, y, de todos modos, te has rescatado a ti mismo. —Ella le sonrió de manera vacilante, alejándose de Jace. Su rostro mostró las marcas de las lágrimas, pero al igual que Alec, había dominado sus emociones.



Los Cazadores de Sombras eran buenos en eso.

—Necesitamos un plan —dijo Jace—. No podemos simplemente vagar por Diyu y esperar encontrarlos.

Magnus se aclaró la garganta.

—Odio mencionar esto, pero tampoco podemos dejar a Diyu en las manos de Samael.

—Y Shinyun —gruñó Alec.

—Y Shinyun —concordó Magnus.

—Solo me molesta que no sepamos que quiere Samael —dijo Clary frustrada.

—Venir a la Tierra y causar estragos —señaló Alec.

—Si, pero ¿con que fin? ¿Por qué abrir un portal a la Tierra? ¿Qué tiene de genial la Tierra? Si él solo quería gobernar Diyu, creo que deberíamos dejarlo.

—Bueno, la comida es mejor en la Tierra —dijo Jace.

Tian estaba negando con la cabeza.

—Samael no necesita una razón. El caos y la destrucción que provoca es para su propio bien; ¿quién sabe por qué su mirada se vuelve en una dirección u otra?

—Samael fue asesinado por el Arcángel Miguel para evitar que desatara el Infierno en la Tierra —dijo Magnus lentamente—. Él querrá hacer lo que se le impidió hace tanto tiempo, porque es parte de la guerra.

—La guerra entre ángeles y demonios —dijo Jace en un raro tono serio—. En la cual, somos soldados.

—Correcto —dijo Magnus—. Una cosa que hay que recordar sobre los Príncipes del Infierno y de los arcángeles, también: siempre están jugando al ajedrez de nueve dimensiones con los mundos como sus juguetes. Simplemente asuman lo peor.

—Es cierto —dijo Tian—. El ataque en el Mercado fue una distracción, diseñado para mantener el Mundo de las Sombras de Shanghái enfocado en un lugar para que Samael pudiera actuar en otro lugar. Pero no sabemos dónde.

—No sabemos en qué parte de Shanghái —dijo Alec—. Pero tal vez podamos averiguar en qué lugar de Diyu. Él elegiría una ubicación central para su trabajo, ¿verdad? No solo una cámara de tortura al azar. Y Shinyun y Ragnor probablemente estarían con él.

—¿Crees que deberíamos enfrentarnos a ellos? —Preguntó Jace. Sus ojos brillaron. Solo Jace luciría ansioso por enfrentar a dos brujos poderosos y un Príncipe del Infierno, pensó Magnus.

—Creo que tendremos más suerte si descubrimos que está pasando estando más cerca de donde están todos actuando, Samael, Shinyun y Ragnor, de la que tendremos aquí en un montón de tribunales abandonados —dijo Alec.

—La geografía de Diyu es complicada. —Dijo Tian después de pensarlo un momento—. Aunque estamos en un inframundo, estos tribunales por los que pasamos en realidad residen muy por encima del centro de Diyu. Allí, se puede encontrar una especie de sombra de la ciudad de Shanghái.

—¿Como si estuviese al revés? —dijo Clary.

—En parte —dijo Tian—. Las reglas habituales de los mundos físicos no se aplican aquí. Una montaña en Shanghái podría ser una profunda trinchera en Diyu, pero otros lugares pueden invertirse de otras formas, en color, orientación o incluso en propósito. Yo estaba pensando...

—Que cuando rastree a Ragnor, nos llevó a un lugar en Shanghái donde él *no estaba* —dijo Alec—. ¿Pero podría estar en el lugar espejo<sup>63</sup> en Diyu? ¿Y quizá podemos encontrarlo?

—Eso es muy inteligente —dijo Magnus—. Mi novio es muy inteligente. —Agregó sin dirigirse a nadie en particular.

---

<sup>63</sup> En inglés: *mirror spot*, hace referencia a la copia reflejada en Diyu del sitio de Shanghái.



—Excepto que en realidad no tenemos un mapa que muestre tales conexiones —dijo Tian—. Probablemente sea mejor que nos dirijamos al corazón de Diyu. —Hizo una mueca—. Por más desagradable que sea.

—¿Qué implica ir al corazón de Diyu? —dijo Jace

—La Corte Final, pero ese no será un viaje agradable —dijo Tian—. Está en el centro del laberinto de Diyu, el antiguo trono de Yanluo. Está en el punto más profundo de Diyu, la parte más baja del Infierno.

—Por supuesto que lo está —dijo Clary, suspirando.

—Bueno quizás no el más profundo. Debajo de la Corte Final esta Avici. —Tian se estremeció—. Es el único lugar de Diyu que me aterroriza. Solo los peores pecadores son llevados ahí. Aquellos que han cometido una de las Grandes Ofensas. Matar a un ángel, a un Buda o a su propio padre. Son juzgados y enviados a Avici.

Probablemente fue la imaginación de Magnus, pero parecía que Tian estaba mirándolo directamente a él. Alec definitivamente lo estaba mirando a él. El sabía bien que Magnus había matado a su propio padrastro, en defensa propia, indudablemente, cuando él trato de matar a Magnus, pero el mago no sabía si a Diyu le importaban los tecnicismos.

—¿Cómo llegamos allí? —dijo Magnus—. A la Corte Final, quiero decir, no a Avici.

—Diyu es un laberinto de decenas de miles de infiernos —dijo Tian—. Si tratamos de encontrar nuestro camino allí, a través de todas esas cámaras abandonadas, podría llevarnos el resto de nuestras vidas. Pero... —Se detuvo, luciendo pensativo.

—¿Qué? —dijo Alec.

—El norte de Shanghái —dijo Tian—, al sur de Beijing, en la Provincia de Shandong, está Tai Shan, el Monte Tai —aclaró—. Hace miles de años, era un lugar de los muertos. Ahora es una atracción turística, pero aquí en Diyu esta su espejo oscurecido, un pozo profundo en las sombras. Lo vi cuando regresé del Banco de los

Dolores. Un camino conducía hasta allá. No sé qué tan lejos estaría, pero quizás lo suficientemente profundo para llegar a la sombra de Shanghái.

—Bueno, suena mejor que deambular por un laberinto de cámaras de tortura —dijo Clary.

—Exactamente. —Dijo Tian con una sonrisa.

Todos miraron a Magnus, quien levantó las manos.

—No tengo mejores ideas —dijo—. Lamento que todos me hayan seguido al Infierno otra vez.

Clary resopló.

—Es más fácil la segunda vez.

—Es lo que hacemos. —Dijo Jace. Fue a recuperar la lanza que había dejado apoyada contra la pared—. Lidera el camino.

Alec no parecía feliz, pero asintió.

—Vámonos.

—Sugiero que nos pongamos algunas marcas —dijo Tian—. Es casi seguro que nos meteremos en alguna pelea.

—¿Las marcas funcionan en Diyu? —dijo Alec sorprendido.

—Lo hacen. —Confirmo Tian, y Jace se encogió de hombros y sacó su estela. Magnus estaba acostumbrado a muchas cosas sobre pasar tiempo con Cazadores de Sombras, pero los cinco minutos completos de dibujar uno sobre el otro que precedían a cada batalla seguían siendo un poco divertidos para él cada vez.

—Salimos por esa puerta. —Agregó Tian, haciendo un gesto, y le dijo a Magnus—: Tus amigos están muy relajados sobre ir donde casi ninguna persona viva ha estado.

—Si —dijo Magnus—, han superado algunas cosas.



\* \* \*

EL CAMINO LOS LLEVÓ DE la segunda corte a un pasaje amurallado. Todos los instintos de Magnus le decían que ya para este punto estaban bajo tierra, pero el pasaje estaba alineado a intervalos regulares con ventanas altas que daban a un vasto paramo muy por debajo. Las ventanas alguna vez habían sido tallas elaboradas, con caras mirando lascivamente por encima de ellas, pero la mayoría de esto se había erosionado y derrumbado.

Mientras Tian, Jace y Clary avanzaban, Magnus se quedó atrás para unirse a Alec.

—No te gusta —dijo—. Me refiero al plan, ¿Demasiado impreciso?

—No. Quiero decir, es impreciso, pero estoy de acuerdo en que deberíamos ir a donde esta la acción. Y donde el Libro de lo Blanco está. Si podemos alejarlo de Ragnor y los demás, tal vez podremos destruir el plan de Samael.

—O al menos arruinarle el día. ¿Crees que esta usando el libro para descubrir como atravesar desde Diyu a la tierra? —dijo Magnus. Era el mismo pensamiento que él había tenido.

Alec asintió.

—¿Estás enojado conmigo? —preguntó Magnus.

—¿Qué? —Respondió Alec bruscamente.

Magnus dejó de caminar.

—Es solo que todos están aquí por mi culpa. Si no hubiera perdido el Libro Blanco... Si Ragnor no me hubiera sorprendido...

Alec resopló.

—Si yo no hubiera estado en la ducha.

—No es lo mismo —dijo Magnus—. No debería haber guardado el Libro en la habitación de Max. Debería haber sido más cuidado con las barreras del apartamento.

—Magnus —dijo Alec y puso su mano en la mejilla de Magnus. Lo miró a los ojos sintiendo el extraño poder de la espina burbujeando dentro de él. Magnus se preguntaba que veía allí—. Dado el hecho que uno de los secuaces del Padre de los Demonios sostenía a nuestro hijo, y ese niño termino sano y salvo en su cama, desde mi perspectiva manejaste la situación a la perfección. No estoy enojado contigo —suspiró—. Estoy algo enojado con Isabelle, así que vamos a rescatarla antes de que le suceda algo peor.

—Sin presión —dijo Magnus.

—Si —dijo Alec—. Por eso estoy un poco enfadado con ella. Porque odio preocuparme por alguien que amo. Pero no estoy enojado contigo —dijo de nuevo—. Clary tiene razón y Jace también. Soy tu pareja. Son tus amigos. Te hemos seguido al Infierno antes, lo estamos haciendo otra vez y lo haríamos por tercera vez.

—Además —agregó con una sonrisa—, Un Príncipe del Infierno tratando de abrirse paso a nuestro mundo es absolutamente nuestro tema.

Se inclinó hacia delante y besó a Magnus, suavemente, como lo haría una mañana de domingo en la cama. Estaba totalmente fuera de lugar con la situación y en como ellos se sintieron en ese momento. Fue maravilloso.

—¡No es el momento! —Gritó Jace, un poco más adelante que ellos.

—Siempre es el momento. —Murmuró Alec contra la boca de Magnus. Le respondió a Jace—. ¡Solo estoy trabajando en subir el ánimo!

Se apresuraron para alcanzar a los demás. Magnus se sintió mejor respecto a Alec, pero la incertidumbre de adónde iban y que harían allí permanecía en el fondo de su estómago como una piedra dentada.

Y luego vieron el pozo del Monte Tai.



Cuando dieron la vuelta a una amplia curva en el pasillo, las paredes fueron cayendo y de repente caminaban por un páramo. Desde su pasaje, una ancha franja negra del camino sobresalía a un lado, serpenteando a través de un desierto devastado de rocas y ruinas. En la distancia, brillaba oscuramente, una montaña al revés, tal como Tian había dicho. Rígido, negro incluso contra el constaste fondo gris de Diyu, a la distancia un enorme abismo que parecía dividir la tierra.

Magnus pudo ver porque Tian lo había sugerido. No importa lo laberíntico que podría ser el diseño de Diyu, esto era difícil de pasar por alto. Y definitivamente parecía muy profundo.

Tian los condujo fuera de la piedra y hacia el nuevo camino, que resultó ser de hierro sólido. La superficie brillaba como las escamas de una serpiente, y cubriendo cada lado del camino, lazos retorcidos forjados en hierro formaban barreras bajas como arbustos de espinos. Magnus se inclinó para echar un vistazo más de cerca y se dio cuenta que se trataba de armas de hierro, espadas, lanzas y picas, fundidas, dobladas y reformadas. En su apogeo debió haber sido una vista intimidante, pero ahora, cuando el camino se arqueaba de un lado a otro frente a ellos, enormes parches de hierro estropeaban la superficie y en muchos lugares, pedazos de la barrera de armas se habían roto y yacían junto al camino.

Caminaron lenta y curiosamente. Magnus pudo ver que una vez este había sido un camino real, señalizado, con terrenos cuidados, pero ahora era solo una ruina, un paisaje devastado por todos lados. Y luego estaban los demonios.

Ninguno estaba cerca todavía, pero desde aquí alcanzaban a ver un largo tramo de la carretera y por todas partes había grupos de demonios dando vueltas: los guerreros esqueletos Baigujing, Ala y Xiangliu con los que habían luchado en Shanghái, además de otros Jiangshi. Había otros cuyos nombres Magnus desconocía: enormes leopardos con cuernos y cinco colas, manadas de cabras sin rostro con ojos por todo el cuerpo y criaturas como aves de muchas cabezas.

—Tantos —dijo Clary en voz baja.

Tian dijo—: Solían ser responsables de torturar a las almas que encontraban su camino aquí. Pero ahora no vienen nuevas almas y la mayoría de ellos no tienen nada que hacer.

—Nada que hacer excepto luchar con nosotros. —Dijo Jace, haciendo girar la lanza en su mano. Alec sacó su espada y Clary su daga. Tian toqueteó el cordón plateado de su dardo, envuelto alrededor de su cuerpo como una faja ceremonial.

Pero mientras pasaban por el pasillo, los demonios los ignoraron. Muchos de ellos estaban a una buena distancia (el vacío del paisaje hacía difícil juzgar que tan lejos), y los grupos que parecían bloquear claramente el camino, resultaron estar a cientos de metros en los páramos. Incluso cuando pasaron cerca, los demonios mostraron poco interés en ellos. De hecho, estaban más interesados en atacarse unos a otros. Magnus y los demás vieron como dos demonios pájaros descendían sobre una manada de Baigujing y los destrozaban, arrojando huesos humanos mientras comían. Los Ala chocaban contra si en el cielo, creando pequeñas explosiones de truenos y relámpagos cuando colisionaban.

A medida que pasaban los minutos, la mayoría de los Cazadores de Sombras aflojaban su agarre de las armas y caminaban con más tranquilidad. Solo Alec se negó a bajar la guardia, rodeando el grupo inquieto, con su espada como si desafiara a cualquiera de los demonios a venir a buscarlos.

Magnus lo entendía. Era una extraña agonía tener que caminar por este largo, largo camino, pensando en sus amigos que estaban en peligro, en sus enemigos avanzando con sus planes, mientras que no podía hacer nada más que atravesar el espacio intermedio. Sentía la energía nerviosa de Alec. Alec quería *correr* por el sendero, cargar hacía la inevitable lucha, pero el camino estaba demasiado lejos y necesitaban conservar fuerzas.

Caminaban casi en completo silencio. En un punto, Alec le dijo a Tian—: ¿Estás seguro de que ésta es la mejor forma de hacerlo?

Tian no respondió, solo siguió caminando.

Paso una hora. El camino de hierro continuaba. Dos horas.



Finalmente, el camino liso terminó, y un enorme puente colgante, del mismo hierro que el camino, atravesó una profunda grieta que bloqueaba el camino hacía el pozo. Al otro lado del puente, se levantaron dos grandes torres rojas, formando una puerta a una escalera sin fin que descendía la montaña hacía la cima invertida, desapareciendo en una neblina debajo de ellos.

—Al menos será cuesta abajo —comentó Magnus.

Tian asintió.

—He hecho la caminata para subir el verdadero Monta Tai. Son más de seis mil escalones hasta la cima. Excepto que en la cima del Monte Tai hay un hermoso complejo de templos.

—En lugar del pozo más profundo del Infierno —dijo Magnus. Tian solo se veía sombrío.

Antes de que pudieran llegar al puente, oscuros destellos comenzaron a estallar en la carretera, como imágenes residuales por mirar el sol. Cuando Magnus parpadeó para aclarar su visión, vio que dos demonios habían aparecido en su camino. Tenían la misma piel verdosa de los Jiangshi, pero en vez de estar demacrados y andrajosos, estos dos eran enormes, fuertes y musculosos. Uno tenía cuerpo humano, pero cabeza de caballo; llevaba un látigo de cadena, cada uno de los eslabones del tamaño de un puño humano. El otro, también con forma humana, tenía la cabeza de un buey y delante de ella llevaba una enorme hacha de batalla de doble hoja. El buey dejó escapar un enorme bramido, rompiendo el extraño silencio al que estaban acostumbrados.

Los Cazadores de Sombras sacaron sus armas.

\* \* \*

ALEC MIRÓ REFLEXIVAMENTE A TIAN y se estremeció al ver que una mirada de terror pasó por su rostro.

—Nituou —dijo—, y Mamian.

—¿Amigos tuyos? —preguntó Magnus.

—Se llaman Cabeza de Buey y Cara de Caballo —dijo Tian—. Fueron los mensajeros de Yanluo y guardianes de Diyu. Hay muchas historias de Cazadores de Sombras luchando contra ellos, en los tiempos en que Yanluo todavía deambulaba por el mundo.

—Si ellos lucharon contra ellos, nosotros también podemos —dijo Clary.

Tian negó con la cabeza.

—Son mucho más débiles en nuestro mundo. Las leyendas dicen que no pueden ser derrotados en su propio reino.

—¿Así que volvemos? —dijo Clary

—Somos cinco contra dos —dijo Jace—. Me gustan nuestras probabilidades.

Tian dijo—: Si queremos seguir adelante, no tenemos otra opción. —Se alejó de los otros, dándose espacio, y con algunas vueltas hábiles, desenrolló el dardo de su cuerpo, agarrando su cabeza de *adamas* en la base. Magnus lentamente y con incertidumbre extrajo la Impermanencia Blanca de su espalda y la sostuvo frente a él. Fue muy extraño ver a Magnus blandiendo una espada, pensó Alec. Parecía incorrecto, incluso perverso. Pero estaban muy mal equipados para esta pelea y necesitaban todos los recursos posibles.

—Clary, solo tienes una daga —dijo Jace en voz baja—. Así que no puedes entrar en su radar. Alec y yo intentaremos atar la vaca y tú vas por detrás. Tian, tu trabajo es mantener esa cadena lejos. Magnus cualquier protección que puedas ofrecer...

Era demasiado tarde para seguir planificando. Con un rugido, Cabeza de Buey cargó contra ellos.



Jace podría tener la razón al decir que eran cinco contra dos, pero Alec estaba bastante seguro de que los dos eran más grandes que los cinco juntos. No tuvieron más remedio que intentar, por supuesto, Alec dejó que Jace se adelantara para recibir la carga con su lanza, y se paró listo para deslizarse por debajo y atacar cuando surgiera una oportunidad. Por el rabillo del ojo, observó a Tian saltar sobre la Cara de Caballo, la cuerda se desplegó y estalló hacia su enemigo como una serpiente que se prepara para atacar.

El hacha de Cabeza de Buey golpeó contra la lanza de Jace con una fuerza enorme, y Alec vio a Jace estremecerse al absorber el impacto. Corrió en ángulo, golpeando el brazo que sostenía el hacha, y se las arregló para cortarlo con la espada antes de que el impulso de Cabeza de Buey lanzara la espada lejos. Había un corte en el brazo de Cabeza de Buey, goteando icor, pero era más superficial de lo que Alec podría haber pensado. Aún así, funcionó, ya que Clary se balanceó detrás de las piernas de Cabeza de Buey, y con ambas manos golpeó y cortó sus tendones de Aquiles.

Al separarse de Jace, Cabeza de Buey rugió un grito áspero e inhumano y se giró para buscar a Clary, pero fue lo suficientemente lento para que Jace tuviera tiempo de enderezarse y acercarse para otro golpe. Alec se dio la vuelta y vio que Tian había atacado a Cara de Caballo, saltando y dando vueltas a su alrededor, usando el dardo de cuerda mucho más rápido para evitar que su enemigo empleara con éxito el látigo de la cadena. El diamante de *adamas* se movió de par en par, cortando arcos, y regresó, una y otra vez, envolviendo el cuerpo de Tian y luego desenvolviéndose con la misma rapidez para golpear. Mientras miraba, el dardo golpeó a Cara de Caballo en el hombro, y se echó hacia atrás con un estridente rebuzno.

Mientras tanto, Magnus estaba ocupado con otros demonios. Una bandada de pájaros de muchas cabezas se había percatado de la pelea y decidió unirse, descendiendo en picado hacia los combatientes. Con una expresión sombría en el rostro, Magnus extendió su espada como una varita mágica; una y otra vez, su misteriosa magia carmesí crepitaba desde la punta de la espada hasta golpear a los pájaros. Lo esquivaban y rodeaba, ocasionalmente recibiendo un golpe, pero Magnus estaba manteniéndolos a distancia con éxito y eso era suficiente por ahora.

Lo estaban haciendo bastante bien, pensó Alec. Jace estaba usando la lanza para evitar terminar con un golpe real del hacha de Cabeza de Buey. Clary bailaba alrededor, buscando otra apertura. Pero luego Cabeza de Buey con un gruñido salto hacia atrás, navegando por el aire para aterrizar a veinte pies de distancia del grupo de Cazadores de Sombras. Aterrizó sobre una rodilla y, sosteniendo el hacha en una mano, presionó su otro puño contra el suelo. Mientras Alec miraba, la herida que había en el brazo de Cabeza de Buey burbujeó y espumó, y en unos segundos estaba completamente curada.

—Oh oh —dijo Jace.

Alec se volvió y vio que Tian había descubierto el mismo problema: la lesión del hombro que tenía Cara de Caballo también había desaparecido, como si nunca hubiera sido infringida.

—No pueden ser derrotados, ¿eh? —le gritó a Tian.

Tian parecía sombrío.

—Aquí, el mismo suelo los cura.

—¿Qué vamos a hacer? —bramó Jace.

—¡Magnus! —gritó Alec—. ¿Puedes sacarlos del suelo?

—Voy a vigilar a los demás. —Intervino Tian, y giró con gracia, dejando que el dardo se extienda en un destello plateado, cegando a uno de los demonios pájaros que intentaba acosarlos.

Magnus sostuvo su Imparmanencia Blanca en ambas manos y con una mirada concentrada, arrojó un amplio haz de luz escarlata a Cabeza de Buey. Sin embargo, en vez de ser levantado en el aire, Cabeza de Buey se mantuvo firme y la magia fluyó hacia él. La absorbió y mirando lascivamente, pareció crecer aún más grande y fuerte de lo que era ante a sus ojos.

—Jum —dijo Magnus.

—Nos vendría bien un poco de la clásica magia azul —dijo Clary. Magnus la miró impotente.



—¿Alguna otra brillante idea? —Jace llamó a Tian.

Tian negó la cabeza, con ojos desorbitados.

—Demorarlos —sugirió.

Cabeza de Buey balanceó el hacha sobre su cabeza y la bajó hacía Alec, quien la golpeo lejos con la espada. Clary arrojó su daga, que se incrustó en el pecho de Cara de Caballo, pero él simplemente la sacó de un tirón y la tiro hacia atrás. Clary giró para agarrarla por la empuñadura.

—Estamos mal preparados —dijo Tian.

—¿Eso crees? —gritó Alec.

Una luz estalló en el cielo, por encima de la pelea. Alec la ignoró, asumiendo que eran más demonios llegando, pero luego se dio cuenta que Magnus había bajado su espada y estaba mirando hacia arriba con una expresión ilegible en el rostro.

Miró, y de la luz cegadora, que ahora se disipaba en una imagen residual, apareció una criatura con cuernos. Este también era verde, pero de un verde más profundo que el Jiangshi o de los guardianes contra los que estaban luchando. Enormes cuernos de carnero se extendían desde su cabeza, blancos como hueso y llevaba una capa negra que se ondeaba mientras descendía al suelo. Incluso Cabeza de Buey y Cara de Caballo se habían detenido a mirarlo.

Y entonces Alec se dio cuenta. Era Ragnor Fell.

\* \* \*

RAGNOR FELL ATERRIZÓ ENTRE ELLOS. Por unos momentos nadie habló.

Cabeza de Buey rompió el silencio, levantando su hacha tentativamente y aullando. Sin mirar, Ragnor levantó la mano y los agitó hacía arriba, y tanto Cabeza de Buey como Cara de Caballo se elevaron seis metros en el aire, sostenidos en una

nube rojiza. Se agitaron dentro de ella, pero sólo lograron girar lentamente de un extremo a otro en el aire. Cara de Caballo comenzó a bramar en voz alta, y Ragnor, con un destello de molestia le recordó a Magnus quien era el Ragnor que él conocía, moviendo su mano de nuevo. El sonido se detuvo abruptamente.

Magnus se aclaró la garganta.

—Entonces, ¿Supongo que esto es lo que tengo que esperar con la espina? ¿Cuernos más grandes, mayormente?

Ragnor dijo, con una voz cuya familiaridad era inquietante, saliendo de su rostro alterado—: Solo estoy aquí para hablar.

Nadie guardo sus armas.

—Habla —dijo Alec.

—¿Sigues siendo el secuaz de Samael? —dijo Jace—. Empecemos con lo básico.

—Mira —dijo Ragnor—. Todo se esta saliendo de control. Ninguno de ustedes debería estar aquí. Nada de esto era parte del plan.

—Siempre te gustaron los planes —señaló Magnus.

—Así que voy a ayudarlos a salir de aquí —prosiguió Ragnor.

Junto a Magnus, Alec exhaló un largo suspiro de alivio.

—Ragnor —dijo—, eso es genial. Contigo de nuestro lado podemos...

—Se suponía que Shinyun no debía apuñalar con la espina a Magnus. —Continuo Ragnor, ignorando a Alec (Esto también le pareció un comportamiento normal para el Ragnor que conocía)—. Ella nunca pidió permiso o incluso pensó en lo que significaría para el resto de los planes. —Él parecía despectivo—. Cualquier idiota debería haberse dado cuenta de que con tus estrechos... vínculos con los nefilim, involucrarte agregaría una infinidad de complicaciones. —Miró a su alrededor al grupo de Cazadores de Sombras con una expresión de disgusto.

—Si, Shinyun está claramente trastornada —coincidió Alec—. Entonces...



—No puedo hacer nada con el tema de la espina —le dijo Ragnor a Magnus—. Nadie puede. No es reversible. Pero puedo ayudarte a encontrar la salida. Eres una amenaza demasiado grande para los planes de mi maestro.

El corazón de Magnus se hundió.

—Tu maestro.

Ragnor pareció sorprendido.

—Sí. Creo que ya te explicaron toda la situación con el Svefnthorn, Magnus. Nunca prestas atención a los detalles. Ese siempre ha sido tu peor pecado. Mi maestro —prosiguió—, no necesita héroes Cazadores de Sombras y un brujo rebelde deambulando por su reino, confundiendo la situación. Así que si me lo permites. —Levantó las manos y la magia carmesí, la gemela de Magnus, estalló en sus palmas, que tenían el mismo patrón de círculos de púas que Magnus.

Magnus estaba bastante seguro de que era una terrible idea dejar que Ragnor, en su estado actual, realizara magia no especificada sobre ellos, incluso cuando dijo que los iba a ayudar. Pero todo lo que ellos sabían, podría “ayudarlos” matándolos; esa era usualmente la forma en la que se hacían estas cosas. Pero no tuvo la oportunidad de decidir qué hacer al respecto, porque de repente Ragnor tropezó hacia adelante, golpeado en la espalda por una nueva sacudida de rayo escarlata.

Alec miró a Magnus, quien rápidamente dijo—: Ese no fui yo.

—¡Ragnor! —Todos miraron hacía arriba para ver a Shinyun, flotando en el cielo cerca de donde Cabeza de Buey y Cara de Caballo todavía daban vueltas en círculos. Cabeza de Buey parecía que se había quedado dormido—. No traicionarás a nuestro maestro.

Shinyun, al igual que Ragnor, había cambiado de apariencia. Sus brazos y piernas eran más largas y delgadas, dándole un aspecto de araña. Un aura blanca la rodeaba, y aunque su rostro estaba tan inexpresivo como siempre, sus ojos ardían y brillaban con una llama púrpura en el interior. Su capa estaba cortada sobre su pecho, revelando claramente la X de los cortes de la espina debajo de su garganta.

Ragnor se recuperó y se puso de pie para enfrenta a Shinyun.

—Estás haciendo las cosas más complicadas. —Dijo con un tono sermoneador—. *Mucho* más complicada de lo necesario. Voy a tomar estos... factores inesperados. —Mientras hacía un gesto hacia Magnus y sus amigos—. Y devolverlos a la Tierra, luego podremos seguir adelante como se supone que debemos hacerlo.

—Oye —dijo Magnus—. Siempre he querido ser un factor inesperado.

—Solías ser un factor inesperado todo el tiempo —dijo Clary.

—¿Solía?

—Bueno —dijo ella—, eventualmente comenzamos a esperarte.

Los ojos de Shinyun brillaron peligrosamente.

—Tonto. ¿Crees que nos dejarán en paz si los enviamos de vuelta? ¿Crees que nos dejarán reabrir el portal del Mercado y no intentarán regresar aquí? Ya son un problema. Ahora debemos lidiar con ello.

—Ahora tú debes lidiar con eso —dijo Ragnor de mal humor—. Arrastrarlos a este lugar fue tu idea. Estoy aquí para limpiar tu desorden.

Shinyun levantó las manos y la magia se reunió allí, de la misma forma en que lo había hecho Ragnor hace unos minutos. Ella flotó hacia él.

—Te olvidas de tu lugar—dijo apretando los dientes—. Soy la primera seguidora de Samael y la favorita. Si no fuera por mí, nunca hubieras conocido la gloria de su presencia. Te habrían tragado como al resto. Muestra algo de respeto y obediencia.

—Te mostraré algo de respeto. —Murmuró Ragnor y saltó hacia Shinyun con la magia resplandeciendo en sus manos.

Los dos brujos volaron juntos hacia el cielo y comenzaron a pelear con el otro. Claramente ambos estaban más interesados en superar al otro que en tratar con los Cazadores de Sombras.

—Podríamos irnos —sugirió Jace—. Empezando por el puente...

Magnus se sintió atrapado en el lugar, mirando a uno de sus amigos más antiguo y uno de sus enemigos más reciente. Se parecían más a criaturas mitológicas que a



personas. Ragnor fue a empalar a Shinyun con sus cuernos y ella los agarró con sus extremidades en forma de araña. Lucharon y pelearon por el cielo. Volaron rayos de relámpagos escarlatas. Los dos continuaron gritándose el uno al otro, pero sus palabras fueron indistinguibles bajo el sonido de la lucha.

—Vamos —dijo Tian—. Podemos llegar al hoyo mientras están distraídos.

—Si vamos a rescatar a Isabelle y Simon —dijo Magnus—. Tengo que tratar de rescatar a Ragnor también.

—No puede ser rescatado —dijo Tian con firmeza—. Ha tomado la espina tres veces. Es parte de Samael ahora.

Magnus miró a Alec impotente.

—Tengo que intentarlo.

Nadie sabía que hacer. Magnus miró fijamente la confusa pelea sobre él. La mirada de Tian estaba fija en la montaña más allá del puente y Jace, Clary y Alec esperaban. Tal vez alguien ganaría la pelea, pensó Magnus y rompería el bloqueo.

—Son todo un espectáculo, ¿no? —Dijo una voz desconocida. Magnus miró a la persona que no conocían. Era de aspecto joven, blanco y de complexión delgada, rostro estrecho, y vestía como si fuera un estudiante mochilero que inexplicablemente estaba dando un pase por Diyu, una harapienta camisa a cuadros con pantalones rasgados. Tenía las manos metidas en los bolsillos, como si estuviera viendo pasar un desfile. *¿Una extraña alma perdida en Diyu?* pensó Magnus.

Lo único que de verdad era extraño del hombre, aparte de su presencia, era el anticuado sombrero tirolés que llevaba, de fieltro verde. Pegado hacía arriba, fuera de la banda del sombrero había una gran pluma dorada de unos treinta centímetros de largo. Magnus no estaba seguro si lo estaba logrando, pero apreciaba la ambición.

—Realmente ya hay bastante violencia por aquí. —Prosiguió el hombre con un tono apacible—. Sin que ellos dos se peleen como niños rebeldes. ¿No creen?

—Lo siento —dijo Magnus—, pero ¿quién eres tú? ¿Nos conocemos?

—¡Oh! —Dijo el hombre en tono de disculpa—. Que torpe de mi parte. Te conozco, por supuesto. Magnus Bane, Gran Brujo de Brooklyn. Tú reputación te precede incluso aquí. ¡Y Cazadores de Sombras! Amo a los Cazadores de sombras.

Extendió su mano.

—Samael. —Dijo con una suave sonrisa—. Creador del Camino. Una Vez y Futuro Devorador de Mundos.



## LA SERPIENTE DEL JARDÍN

Traducido por Mr. Lightwood  
Corregido por ♥Herondale♥

TODOS SE QUEDARON PASMADOS. SAMAEL, Creador del Camino, Único y Próximo Devorador de Mundos, les sonrió dulcemente.

—El Único y Próximo ... —dijo Alec.

—Devorador de mundos —repitió Samael—. Lo que significa que devoré mundos en el pasado y planeo devorar *más* mundos en algún momento en el futuro. Cuanto antes mejor.

Fue interrumpido por el crepitar de otro rayo en el cielo y miró a Ragnor y Shinyun, ninguno de los cuales parecía haber notado que él estaba allí. Él les dio una mirada paternal, comprensiva pero frustrada.

—Ragnor —dijo—, Shinyun. —Habló en el mismo tono informal y tranquilo, pero ambos brujos se detuvieron instantáneamente y sacudieron la cabeza al oír su voz.

—Mi maestro —contestó Shinyun.

—Vayan a sus habitaciones. —Ordenó Samael suavemente. Chasqueó los dedos, y con un fuerte crujido, Ragnor y Shinyun desaparecieron en el cielo.

—Como estaba diciendo. —Prosiguió Samael en el silencio subsecuente—. Ha pasado mucho tiempo desde que devoré un mundo. Incluso podría decirse que estoy un poco oxidado —agregó con una sonrisa.

—¡Pero tu amigo Ragnor fue lo suficientemente generoso como para encontrarme *este* lugar! —Hizo un gesto a su alrededor—. Hace falta darle una manita de gato, por supuesto. ¡Pero hay tanto potencial! Un enorme motor de poder demoníaco, que funciona con el combustible del sufrimiento humano. ¡Es tan... clásico!

Les sonrió ampliamente, luego dirigió su atención a Magnus específicamente.

—Magnus Bane —exclamó—. ¡No sólo Gran Brujo, sino una maldición ancestral! ¿Sabes cuántos de esos hay?

Cuando nadie respondió, frunció el ceño.

—Esa no era una pregunta capciosa. La respuesta es, nunca puede haber más de nueve en todo el mundo... son el primogénito de cada uno de nosotros, los Príncipes del Infierno.

—¿Quién es tu primogénito? —Preguntó Alec.

Samael pareció sorprendido.

—Bueno, eso es agradable —dijo—. La gente rara vez se interesa por mí. No tengo ninguno —confesó—. He estado fuera por tanto tiempo que el último de mis hijos en la Tierra desapareció hace siglos. Eso es algo en lo que tendré que trabajar cuando regrese —examinó a Magnus—. ¿Has pensado en la espina? Me encantaría darte el tercer golpe yo mismo, si puedo arrebatarla a Shinyun. Ella es muy posesiva con eso, ya sabes.

Magnus se dio cuenta que, sin pensarlo, se había llevado la mano a la herida del pecho. Las cadenas de sus brazos palpitaban dolorosamente.

—No estoy interesado en unirme a tu pequeño club, si eso es a lo que te refieres.

—Así es. —Dijo Samael, pero no parecía particularmente molesto—. Y como la alternativa es la muerte, mi pequeño club ganará pase lo que pase. Pero debo decir, que serías una excelente incorporación a la organización. Aún no tenemos a una maldición ancestral.

Se inclinó hacia adelante y habló en un tono confidencial.

—Lo que sugeriría es que, cuando seas lo suficientemente poderoso, simplemente mates a Shinyun y tomes su trabajo. ¡Podrías trabajar con tu amigo Ragnar!

—Magnus ya está en un equipo —dijo Clary.



—Nuestro equipo —aclaró Jace.

—Sí, lo deduje. Dios mío. —Dijo Samael, mirándolos—. Cazadores de Sombras. Esto es muy, muy emocionante.

—Porque odias a los Cazadores de Sombras y quieres torturarnos, asumo —dijo Jace.

Samael se rio. Magnus habría esperado que su risa fuera aterradora, o al menos intimidante, pero él parecía sinceramente divertido, incluso amistoso.

—¿Estás bromeando? Amo a los Cazadores de Sombras. Yo los hice.

—¿Qué? —preguntó Alec—. Los Cazadores de Sombras fueron creados por Razel

—O por otros Cazadores de Sombras —intervino Jace.

—¿Estás bromeando? —Dijo Samael, entretenido—. ¡Razel nunca se habría molestado si yo no hubiera dejado entrar a todos esos demonios en tu mundo en primer lugar! ¡Tu existes gracias a mí!

Clary y Jace intercambiaron miradas confusas.

—Pero fuimos creados para derrotar a tus demonios —arguyó Jace—. ¿No significa eso que somos, ya sabes... enemigos?

—Definitivamente somos enemigos —Confirmó Magnus.

—Quiero decir, estás reteniendo a dos de nosotros en tu cámara de tortura en este momento. —Intervino Alec, con los dientes apretados.

Por primera vez, la sonrisa de Samael se desvaneció, aunque su tono amistoso no cambió.

—Bueno, en muy pocos casos, puede haber algo personal entre nosotros. Pero cariño, no. Quiero decir, estamos en lados opuestos de la Guerra Eterna, ciertamente, pero tú eres... bueno, ¡tú eres la oposición leal! Estoy feliz de esperar a que comience el verdadero juego. No estaría bien destruirte antes de eso.

—Entonces, ¿qué hay de ellos? —Demandó Alec, haciendo un gesto hacia Cabeza de Buey y Cara de Caballo, que seguían flotando a su suerte en una nube de burbujas, a seis metros en el aire y a poca distancia.

—No hay nada de malo en una prueba —respondió Samael—. Nada que ningún nefilim que vaya a dar una pelea decente no pueda manejar. Hablando de eso, parece que fallaron, así que...

Se encogió de hombros y señaló a los guardias. Mientras los Cazadores de Sombras observaban, tanto Cabeza de Buey como Cara de Caballo abrieron los ojos como platos y comenzaron a agitarse de nuevo, con más violencia que antes. Parecían estar algo angustiados.

—Ni siquiera son míos, ya sabes —agregó Samael—. Simplemente vinieron incluidos con el reino.

Los dos demonios se agitaron, visiblemente adoloridos. Magnus se encontró sintiendo lástima por ellos, a pesar de que eran literalmente demonios del Infierno, y a pesar de que habían estado tratando activamente de matarlo a él y a sus amigos hace solo unos minutos. Fue su impotencia, su confusión.

Samael sacudió la cabeza como si simpatizara con su difícil situación, y luego hizo un movimiento desgarrador con las manos, y tanto Cabeza de Buey como Cara de Caballo se hicieron pedazos.

Fue terriblemente espeluznante, incluso para Magnus. No había ningún resplandor mágico, ningún destello brillante que ocultara lo que estaba pasando. Los dos demonios simplemente se despedazaron, sus cabezas y demás miembros se separaron de sus cuerpos, sus torsos dividiéndose en varias partes. En una lluvia de carne e icor, los trozos húmedos de lo que unos momentos antes habían sido Cabeza de Buey y Cara de Caballo cayeron sobre el suelo negro de Diyu en una serie de golpes sordos y enfermizos.

Magnus devolvió la mirada hacia Samael, quien pareció sorprendido por la reacción de su audiencia. Los Cazadores de Sombras habían regresado unánimemente a sus miradas iniciales de cauteloso horror; estas se habían



desvanecido un poco ante la extraña amabilidad de Samael, pero ahora estaban de regreso.

—No se pongan así —dijo Samael—. Ni siquiera se han ido realmente. Son Demonios Mayores y son de aquí; simplemente se regenerarán en algún otro lugar de este laberinto, eventualmente.

—Aun así. —añadió Clary en voz baja.

Samael extendió las manos.

—Fracasaron, por lo que tuvieron que ser castigados. No veo por qué le preocupa. Si mal no recuerdo, ustedes mismos estaban tratando de matarlos hace unos minutos.

Tian estaba muy callado, notó Magnus. Se preguntó si el joven Cazador de sombras no estaba preparado para enfrentarse a uno de los demonios más poderosos de la historia. Magnus tenía que admitir que sus amigos quizás eran más indiferentes a la hora de enfrentarse a *otro* Príncipe del Infierno que la mayoría. Por ejemplo, se habían encontrado con Asmodeo hace unos años. Miró disimuladamente a Tian, pero no pudo leer su expresión.

Volviéndose hacia Samael, dijo—: Así que los demonios se han ido, Shinyun y Ragnor se han ido, solo somos tú y nosotros. Podrías matarnos a todos si quisieras, pero no lo has hecho. Entonces, ¿ahora qué?

Samael respondió—: Claramente, deberías regresar por donde viniste y regresar a tu mundo. Todavía no estoy del todo listo para comenzar la guerra, pero para ser justos, todos ustedes han tenido mil años para prepararse, y yo solo he tenido una pequeña fracción de eso. Entonces, regresen, pueden volver a abrir el Portal que cerraron tan desordenadamente cuando entraron, ¡y los veré en el campo de batalla dentro de poco!

Se despidió con la mano, como si esto concluyera la conversación.

—No podemos irnos. —Dijo Alec. Sonaba arrepentido, lo cual era un poco divertido, considerando con quién estaba hablando—. Tenemos que rescatar a nuestros amigos.

Samael lo miró de reojo, como si no pudiera creer lo que Alec estaba diciendo.

—¿Cómo vas a *encontrar* a tus amigos?, pequeño nefilim. Diyu tiene miles y miles de infiernos. Francamente, ni siquiera he estado en todos ellos todavía. —Dijo, poniendo su mano junto a su boca como si estuviera compartiendo un secreto—. Escuché una vez que has visto alrededor de diez mil de ellos, los otros setenta mil más o menos son variantes menores en esos.

—No eres el primero en estar interesado en Diyu —respondió Magnus—. Tian ha estado estudiando a Diyu durante años. Él conoce el camino.

Alec se volvió y le sonrió a Tian, pero Tian no le devolvió la sonrisa. Realmente había estado totalmente en silencio todo este tiempo, se dio cuenta Magnus.

—¿Oh, Tian? —demandó Samael—. ¿Ke Yi Tian? ¿El Tian parado a tu lado? ¿El Tian del Instituto de Shanghái?

—Sí, obviamente ese Tian. —contestó Magnus.

Todos los Cazadores de Sombras miraban a Tian, que estaba mirando directamente delante de él.

—Tian es *mi* empleado. —Aseguró Samael con gran regocijo—. Tian los condujo directamente a mí

—Eso es ridículo —dijo Jace.

—¿Oh? —demandó Samael—. ¿Entonces pensaste que ser llevado por el foso más largo hasta la corte más profunda del reino era una buena estrategia? ¿Pensaron que era una gran idea ir hacia Avici<sup>64</sup>?

Magnus negó con la cabeza.

—Esto es solo un engaño. Cosas de psicología infantil.

---

<sup>64</sup> Avici no es lo mismo que Avicii. El primero es el nivel más bajo del infierno en el budismo, donde cualquier ser que ha cometido uno o más de los 5 grandes pecados puede renacer. El segundo era un gran Dj que falleció en abril de 2018 :(



—Tian —dijo Samael, casi saltando de emoción—. Abandona a estos idiotas, ve a buscar a Shinyun y dile que comience a reabrir nuestro portal al Mercado.

Hubo una pausa, y luego Tian, de la perfecta y querida familia Ke, bajó la cabeza con un gran suspiro y respondió—: Sí, mi maestro.

Levantó la cabeza y dijo frustrado—: Podría haberme quedado con ellos. No tenías que volar mi tapadera ahora.

—Bueno, pensé que los llevarías a alguna mazmorra en algún lugar para que se pudrieran —dijo Samael—. Y me parecía muy decepcionante no ver sus expresiones cuando se enteraran. Me encanta ese momento. Además, no importa: puedes abandonarlos en cualquier momento. Vete ahora, vete más tarde... de cualquier manera, ellos mueren de hambre en un camino infinitamente largo que termina en la parte más profunda del infierno. El brujo muere por la herida de la espina o se convierte en otro de mis sirvientes. Nada ha cambiado —añadió tranquilizador a Tian.

—Tian. —Replicó Magnus con decepción, con el corazón hundido.

Tian salió del círculo de sus compañeros Cazadores de Sombras para ponerse de pie, encorvado y sombrío, junto a Samael. Samael dejó que una sonrisa amistosa floreciera en su rostro mientras extendía lentamente un brazo, como si estuvieran posando para una foto, y lo colocaba alrededor del hombro de Tian.

\* \* \*

—TIAN. —ALEC FUE EL PRIMERO en hablar—. ¿Por qué? Al menos nos debes eso. —Miró a Samael, apenas manteniendo su furia bajo control.

—Lo hace.

Samael levantó las manos.

—No, no, adelante, esta parte también es bastante agradable para mí.

A Alec no le importaba.

—¿Bien? —Le preguntó a Tian.

Tian tomó aliento.

—¿Sabes lo que es... —dijo con voz entrecortada— que tu amor sea ilegal?

Alec levantó las manos con exasperación.

—¡Sí! Tian.

—Obviamente sí —intervino Jace—. A lo grande.

—No —dijo Tian—, tú puedes vivir con el subterráneo que amas, Alec. Y tú —le dijo a Jace—, bueno, las cosas te salieron bien, lo cual está bien, supongo. De lo contrario... mira, eso no importa.

—Ja —dijo Jace, con el aire de quien ha ganado una discusión.

Tian se volvió hacia Alec.

—Tú puedes adoptar un niño con el subterráneo que amas. Yo, por otro lado, no puedo ver al Subterráneo que amo, sin violar la Ley. Y sí, lo sé, la Ley es dura. Es muy difícil. Se ha vuelto tan dura y quebradiza que ha comenzado a romperse.

—Eso no es excusa —comenzó Alec.

—¿Has mirado a la Clave últimamente? —demandó Tian, amargura en su tono—. Somos una casa dividida. Una casa rota en pedazos. Están los que son como tú y como yo que preferirían la paz, que preferirían trabajar con todo el Submundo para fortalecernos a todos. Quién dejaría de lado las supersticiones y el fanatismo de nuestros antepasados.

—Jem Carstairs es uno de tus antepasados. —Respondió Magnus en voz baja—. Un hombre sin ninguna superstición o fanatismo.

—Y los demás —prosiguió Tian—. Los paranoicos, los sospechosos. Los que quieren que los Cazadores de Sombras dominen, para aplastar al resto del



Submundo bajo nuestro dominio. Especialmente los que se llaman a sí mismos la Cohorte.

—La Cohorte es solo un pequeño grupo de locos —argumentó Jace, incrédulo.

—Puede que solo unos pocos se identifiquen como tal, por ahora —dijo Tian—. Pero hay muchos más de los que piensas que están de acuerdo con ellos, pero solo hablan cuando creen que solo sus amigos están allí para escucharlos.

—¿Así que te aliaste con un Príncipe del Infierno? —preguntó Alec.

Cada vez que alguien hablaba, Samael ponía una cara exagerada de conmoción y asombro. Parecía fascinado. Alec deseaba detenerse, pero no pensó que saliera bien si preguntaba.

—La guerra se acerca —prosiguió Tian—, no importa lo que haga. La lucha entre Samael y el mundo. Encontrará a los Cazadores de Sombras divididos, dispersos, rotos por las mentiras y los secretos que se ocultan entre sí. Ellos caerán, y el mundo caerá con ellos, o triunfarán y el mundo se salvará. Pero al menos estaré a salvo, y Jinfeng conmigo.

—Esa es su novia —susurró Samael.

—Lo sabemos —dijo Clary.

—¿Y si ganamos? —preguntó Jace—. ¿La Clave te aceptará de regreso? ¿Un traidor que apoyó a su enemigo?

—Me gusta pensar en mí mismo como algo más que un enemigo —dijo Samael pensativo—. Un archienemigo por lo menos. ¿Quizás incluso un némesis?

Tian parecía obstinado.

—Esperaría la misericordia de la Clave, pero nunca de Samael.

—Dios mío —dijo Clary—. Creo que es lo más egoísta que he escuchado en mi vida.

—Por favor —murmuró Samael—, no utilices la palabra con D. —Clary puso los ojos en blanco.

—Conozco a tu familia desde hace muchas generaciones —dijo Magnus en voz baja—. La familia Ke siempre ha estado entre los Cazadores de Sombras más honorables, generosos y nobles que he conocido. Estarían muy decepcionados de ti, Tian. Jem estaría muy decepcionado de ti.

Tian miró a Magnus y, por primera vez, Alec vio un destello de desafío en sus ojos.

—Pero es noble sacrificarse por amor, ¿no es así? Toda mi vida me han enseñado que eso es noble. Sacrificarlo todo. —Miró a Alec—. Eso es lo que he hecho. Sacrificar todo por amor.

Alec no supo qué decir. Sin embargo, no tuvo que hablar, como dijo Magnus en voz alta—: Eso... es una mierda, Ke Yi Tian.

Tian pareció desconcertado. Incluso Samael pareció un poco desconcertado.

La magia de Magnus estalló, roja, turbulenta y furiosa, brillando desde su pecho y sus manos. Sin embargo, no lanzó ningún hechizo, solo avanzó hacia Tian, con un fuego quemando en sus ojos verde dorado.

—No eres simplemente un mundano —dijo, su voz peligrosamente tranquila—. Eres un cazador de sombras. Tienes un deber. Una responsabilidad. Tienes un propósito divino, ¿me entiendes?

Hizo una pausa como si estuviera esperando una respuesta. Tian abrió la boca después de un momento y Magnus volvió a hablar de inmediato.

—Tú eres el protector —prosiguió—, de nuestro mundo. Ordenado por el Ángel. Infundido con su fuego. ¡Dotado de los dones del cielo! —Agarró el brazo de Tian y lo miró a los ojos.

—Conozco a los Cazadores de Sombras, Tian. Los he conocido por siglos. Los he visto en su mejor y peor momento. Pero también he conocido a otros, subterráneos, mundanos, y si hay algo que los Cazadores de Sombras deben entender es que *no son como los demás*.



—Aman, construyen, amasan riqueza... cuando tienen tiempo. Cuando el deber... el deber solemne, el único deber, la barrera que separa a las criaturas vivientes de la Tierra del olvido a manos de la pura maldad literal y real...

Samael hizo un gesto alegre.

—... se los permite. Todo el amor es importante. Tú amor es importante. Y para algunas personas, su amor puede ser la cosa más importante, más importante incluso que el mundo entero.

—Pero no para los Cazadores de Sombras. Porque mantener el mundo entero a salvo no es la razón de ser de todos, pero es absolutamente la tuya.

La llamarada de magia se desvaneció. Magnus bajó la cabeza.

Tian se quedó en silencio. No respondió.

—Sí. —Concordó Clary débilmente detrás de Alec.

Alec, sin embargo, estaba mirando a Magnus.

—No sabía que te sentías de esa manera —dijo. Incluso para sus propios oídos, sonaba estupefacto—. Supuse que pensabas que todo el asunto del guerrero sagrado era una tontería.

—Incluso yo, a veces creo que es solo una tontería —opinó Jace—, y literalmente he quemado el mal de mi cuerpo con fuego celestial.

La expresión de Magnus se suavizó. Dio un paso atrás hacia Alec, como si acabara de darse cuenta de lo lejos que había avanzado hacia Tian y Samael.

—Trato de no tomarme las cosas demasiado en serio —le dijo a Alec—. Tú lo sabes. El mundo es un lugar absurdo, y tomarlo demasiado en serio sería dejarlo ganar. Y todavía mantengo esa filosofía. La mayor parte del tiempo. Pero la mayoría de las veces —agregó—, no estoy parado frente al *verdadero* Padre de los Demonios, en el Infierno real.

—No te olvides de Devorador de Mundos —dijo Samael—. Ese es mi favorito. Quiero decir, ¿a quién no le gusta devorar cosas? ¿Verdad?

Magnus se volvió hacia Samael, levantando un dedo y, por un momento, Alec pensó: «Por el ángel, Magnus realmente va a empezar a regañar a Samael... la Serpiente del Jardín». Todavía estaba abrumado. Por un lado, era bastante estimulante escuchar a su novio ofrecer una defensa conmovedora de su importancia y rectitud. Por otro lado, estaba teniendo dificultades para pensar en una ocasión en la que Magnus había estado más sexy.

Samael se encogió de hombros.

—De todos modos, diviértanse vagando sin rumbo fijo por Diyu hasta que mueran de hambre. No es la forma en que yo elegiría morir, pero es su vida. Magnus, ven conmigo.

—Tienes que saber —dijo Alec—, que no hay forma en la que dejemos que te lo lleves.

Samael dejó escapar un largo gemido.

—¿Por qué tienes que hacer todo de la manera difícil? —Hizo un gesto con la mano en la dirección del puente de hierro más allá, y frente a él, se abrió un portal circular. Demonios Ala, Xiangliu, Baigujing comenzaron a emerger de él.

Se volvió hacia Tian.

—Cuando hayan acabado con el resto, tráeme a Magnus. Tengo cosas que hacer. —Sacudió la cabeza como si toda la experiencia lo hubiera fatigado y desapareció con un pequeño estallido.

Por un momento, Alec y sus amigos miraron a Tian. Nadie tenía nada que decir.

Magnus, afortunadamente, rompió el silencio.

—Sé que todos tenemos muchos sentimientos en este momento...

—No hay forma de que puedan atravesar todo ese ejército de demonios —dijo Tian. Sonaba cansado—. Diyu es el hogar de una infinidad de demonios, y Samael puede comandarlos a todos.



—Entonces nos dirigimos al puente —ideó Jace después de un momento—. No podemos derrotarlos, pero tal vez podamos superarlos. Y en la escalera, estarán apretujados en un espacio más pequeño, y solo unos pocos podrán atacar a la vez.

—Excepto por los voladores —señaló Alec.

—¿Tienes una mejor idea?

Alec no la tenía.

Clary se volvió hacia Tian.

—¿Vas a intentar detenernos? —Las palabras fueron un desafío. Lo que hizo que Alec recordara, no por primera vez, que, a su manera, Clary podía ser tan feroz como Jace.

Tian negó con la cabeza.

—Si me quedo aquí, los demonios me devorarán de todos modos. No pueden notar la diferencia. Además, tengo que ir a buscar a Shinyun y transmitirle el mensaje de mi maestro.

—Excelente maestro te has conseguido —dijo Alec. Tian no respondió. Les dio una larga mirada y luego se alejó, moviéndose rápida y decididamente, atravesando el páramo quemado. Los demonios lo ignoraron por completo. En poco tiempo se había desvanecido detrás de la horda de demonios.

—Está bien —dijo Magnus, dibujando la Impermanencia Blanca—. Mantendré a los demonios voladores lejos de nosotros.

—¿A dónde vamos? —preguntó Clary.

—A un lugar más seguro que aquí —respondió Jace—. Permanezcan juntos.

Juntos, los cuatro avanzaron hacia el puente. Al frente, Alec y Jace usaron sus armas para contener a los demonios que se interponían en su camino; detrás, Magnus arremetió contra cualquier cosa en el aire, y Clary contuvo a los demonios que intentaron flanquearlos.

Le recordó a Alec la guerra clásica que había estudiado: hoplitas<sup>65</sup>, apretujados para protegerse, abriéndose paso a través de una lluvia de flechas. Fue un proceso agonizantemente lento. Diez minutos de lucha los llevaron al puente de hierro, pero a Alec le pareció que el puente en sí les tomaría una hora más para cruzarlo, extendiéndose hacia una distancia indefinida. Junto a él, Jace golpeó con la lanza una y otra vez, su rostro era una máscara de sudor e icor. Alec estaba seguro de que él no se veía mejor.

Una vez que estuvieron completamente en el puente, los demonios cambiaron su estrategia. Esta no fue como la pelea anterior; los demonios estaban tan densamente apiñados que apenas podían maniobrar, y rápidamente se dieron cuenta de que, en lugar de tratar de romper las espadas de los Cazadores de Sombras y los hechizos de Magnus, lograrían su objetivo igual de bien al tirarlos por el borde del puente.

—¿Qué pasa si nos caemos? —preguntó Clary.

—Recuerda lo que dijo Tian —respondió Jace—. En la parte inferior de Diyu está la ciudad de Shanghái invertida. Lo que sea que eso signifique.

Alec intercambió una mirada con Magnus, quien asintió.

Jace captó su mirada.

—Vamos a saltar, ¿no es así?

—Puedo protegernos de la caída —respondió Magnus.

—Pero, ¿qué hay del aterrizaje? —preguntó Clary.

—Si sólo saltara cuando se dónde voy a aterrizar—dijo Magnus—, nunca saltaría en absoluto.

Y con eso se arrojó por el costado del puente.

—¿Realmente estamos haciendo esto? —preguntó Jace a Clary.

Clary vaciló, luego asintió con firmeza.

---

<sup>65</sup> Guerreros griegos que formaban parte de la infantería.



—Confío en Magnus.

Los dos, con Alec tras de ellos, se lanzaron en pos de Magnus. Alec cayó hacia atrás, mirando el puente retroceder en la distancia, desvaneciéndose en la tinta sin estrellas del cielo. Mientras caía, no pudo evitar pensar en el rostro de Tian, su expresión enigmática, al alejarse de sus compañeros Cazadores de Sombras que habían confiado en él.

## CAÍDA CERTERA

Traducido por Mr. Lightwood  
Corregido por Roni Turner

CAYERON.

Al principio salieron de control y Alec se preguntó qué pasaría si uno de ellos cayera a la deriva hacia una de las paredes del pozo. La sensación de caída libre fue aterradora al principio, la certeza de que la gravedad lo abandonaba, la anticipación de un final, un choque violento que nunca llegaba.

Y después de unos minutos, descubrió que se acostumbró a ello.

Ayudó que Magnus se enderezara primero y luego usara un poco de magia para reunir a los cuatro, para mantenerlos erguidos y lo suficientemente cerca como para hablar entre ellos. Y una vez que el puente desapareció de su vista, y el camino por el que habían estado caminando, e incluso los demonios, desapareciendo en la nada grisácea del fondo, solo existían ellos cuatro, cayendo suavemente a través del aire silencioso. El cabello rojo de Clary ondeaba suavemente alrededor de su rostro. Las manos de Magnus, de brillante rojo, estaban levantadas, y Alec sintió la sensación de no haber nada bajo sus pies, la ilusión de no moverse en absoluto. pues cualquier referencia visual había desaparecido.

—Hice algunas hazañas extrañas en mi tiempo —reflexionó Jace—, pero pasar diez minutos en caída libre viajando desde un lugar desconocido en una dimensión del infierno hasta otro lugar desconocido diferente en una dimensión del infierno es bastante imprudente incluso para mí.

—No te sientas mal —dijo Magnus—. No fue realmente tu decisión.

Clary tiró de un mechón de su cabello y observó pensativamente cómo flotaba de nuevo en el aire.

—Creo que es genial.



Ambos miraron a Alec. Alec bajó la mirada, aunque con la falta de distintivos a su alrededor, era difícil mantenerse recto. A lo lejos, en la dirección en que caían, los contornos brillaban tenuemente. ¿Se estaban volviendo más grandes, más cercanos? Fue difícil discernirlo.

Clary y Jace todavía estaban esperando a que hablara.

—Todos tomamos la decisión —dijo—. No teníamos suficiente información ni suficiente tiempo. Seguimos nuestros instintos.

—¿Y si nos equivocamos? —dijo Jace.

—Nos ocuparemos de eso entonces —dijo Alec.

—Incluso cuando aterricemos —añadió Magnus—, no *sabremos* realmente si tomamos la decisión correcta o no. Es probable que nunca sepamos si hicimos el movimiento óptimo.

—A veces simplemente sigues —dijo Alec—. Tú lo sabes.

Jace vaciló. Era algo extraño de ver en su rostro, pensó Alec, Jace que siempre estaba tan seguro, que recorría el mundo sin titubear ni dudar de sí mismo.

—Pero eso puede lastimar a la gente.

—¡Haces cosas locas e imprudentes todo el tiempo! —protestó Alec.

Jace negó con la cabeza.

—Sí, pero eso me pone en riesgo a mí —dijo—. Puedo arriesgar mi seguridad. Es diferente arriesgar la de otras personas. —Estaba mirando a Clary.

—Jace, ¿de verdad crees que cuando arriesgas tu propia seguridad, eso no afecta a nadie más? ¿A mí? —dijo Clary.

—¿A tu *parabatai*? —añadió Alec.

—¿Al resto que tiene que lidiar con las consecuencias? —refunfuñó Magnus.

—Mira quién habla —dijo Jace.

—Hablando de toma de decisiones —dijo Magnus alegremente—, ¿dónde estamos tratando de aterrizar, exactamente? Si esas formas de abajo son Shanghái Inverso, las alcanzaremos bastante pronto.

—Debe haber algún lugar en Shanghái al que podamos ir. En Shanghái Inverso, quiero decir —dijo Clary.

—¿El Instituto? —dijo Jace.

—La Iglesia —dijo Alec, recordando—. La Catedral de Xujiahui. Tian nos lo puntualizó cuando íbamos de camino al Mercado.

—Tal vez fue un truco —dijo Jace entrecerrando los ojos.

—Estás sugiriendo —dijo Clary secamente—, que Tian sabía que íbamos a estar en caída libre, en Diyu, tratando de decidir en qué parte de Shanghái Inverso deberíamos intentar hacer un aterrizaje forzoso, y señaló la catedral para que cayéramos en su trampa de intentar aterrizar en ella en lugar de en otro sitio.

Jace vaciló.

—Quiero decir, cuando lo explicas así, parece un poco complicado.

Magnus estaba moviendo una mano debajo de él y parecía que se estaba concentrando.

—San Ignacio es en realidad una gran elección —dijo—, porque es muy distintivo. Fácil de detectar desde el aire

—¿Puedes encontrarla? —dijo Alec.

—Bueno, hay *algo* ahí abajo con dos grandes torres góticas —dijo Magnus—. Probablemente sea esa.

—¿Crees que habrá un alijo de armas allí, como en el real? —dijo Jace.

—Armas inversas —sugirió Clary—. Apuñalas a alguien con ellas y se sienten mejor.

—Magnus —dijo Alec—, ¿te está creciendo la cola?



—No a propósito —dijo Magnus, pero parecía incómodo. La mayor parte del tiempo Alec lo había dejado solo, permitiéndole mantener la magia que los mantenía a salvo y sin distracciones, pero en ese momento lo miró más de cerca, y las extrañas características inhumanas que habían aparecido con el Svefnthorn parecían más prominentes. Tal vez era una ilusión, el extraño ángulo desde el que miraba, la forma en que sus cuerpos se estiraban al estar en caída libre... Pero los ojos de Magnus, luminosos y de un verde ácido, parecían más grandes de lo normal. Sus orejas también parecían un poco puntiagudas, como las de un gato, y cuando abrió la boca, Alec estaba seguro de que sus dientes caninos se habían vuelto más largos y afilados.

Magnus lo miró con el ceño fruncido por la preocupación, pero no dijo nada más.

—Quizá deberías no usar demasiada magia —dijo Alec vacilante.

—¿Quizá después de haber aterrizado sanos y salvos? —dijo Jace, un poco frenético.

—Alec —dijo Magnus—. Si todo sale mal... Si yo...

—No lo pienses ahora —dijo Alec—. Llévanos al suelo. Tomaremos las cosas como vengan.

\* \* \*

MAGNUS CONTINUÓ ESCANEANDO DEBAJO de él, buscando la catedral. Sintió la magia surgir dentro de él después de haberla localizado un minuto o dos atrás, y comenzó a rodear lentamente a Alec, Jace, Clary y a sí mismo con una neblina protectora, una burbuja que los llevaría a salvo a las torres negras que esperaban abajo.

Sus ojos cayeron. Su visión se nubló. Gastar mucha magia siempre era agotador, pero esto era algo mucho más allá de lo habitual. El sonido de sus amigos se

amortiguó mientras se disociaba de la interminable caída libre, del vacío que los rodeaba. Cada partícula de su magia la vertió en el hechizo que irradiaba de sus manos, protegiendo, preservando. Su mente se desvaneció, y aunque permaneció consciente, y sus manos mantuvieron la magia protegiéndolos a todos, Magnus soñó.

Estaba en casa. En su hogar en Brooklyn, en su apartamento, tal como lo habían dejado para venir a Shanghái. Estaba en su dormitorio, pero no recordaba a qué había venido. Sobre la cama, los mapas que habían usado para intentar rastrear a Ragnor todavía estaban colocados sobre las mantas arrugadas.

*Debería recogerlos, pensó, y alargó la mano para agarrarlos, pero entonces echó su mano hacia atrás y la levantó para examinarla. No estaba haciendo ninguna magia, pero su mano brillaba intensamente de todos modos. Brillaba demasiado: casi demasiado para mirar sin lastimar sus ojos. Entrecerró los ojos y vio que dentro del resplandor deslumbrante, su mano era extraña, alargada. Era algo así como la de un pájaro, con dedos demasiado largos para cualquier humano y garras negras curvándose retorcidamente en sus extremos.*

Sin saber qué hacer, Magnus salió del dormitorio. Tuvo problemas para atravesar la puerta abierta y se golpeó la cabeza de alguna manera, y cuando se estiró para comprobar, pudo sentir cuernos emergiendo de su frente, o tal vez más que cuernos, tal vez astas. Sin verlos, supo que eran blancos como el hueso, como los de Ragnor, y afilados. Palpó su pecho y miró hacia abajo, tratando de ver si la herida de la espina estaba allí. No podía identificarla; la luz que irradiaba de su mano era demasiado brillante. Quizás necesitase un espejo.

Se agachó y salió al pasillo, y al pasar por la habitación de Max, miró dentro. Alec estaba allí, vistiendo a Max. Miró a Magnus, y Magnus esperaba que gritara alarmado, pero no parecía pensar que algo andaba mal.

—Está bien —le dijo a Max—. ¡Brazos arriba! —Max, amablemente, levantó los brazos en el aire como si estuviera celebrando una victoria. Alec pasó la camiseta por los brazos y la cabeza de Max y tiró de ella hacia abajo—. Guau, genial, eso es realmente útil —dijo Alec—. ¡Gracias!



—¡Guau! —repitió Max; estaba en esa fase en la que trataba de repetir la mayor parte de lo que decían sus padres, y le sonrió a Magnus. Magnus fue a saludar con la mano a Max, y se detuvo, recordando el brillo, las garras.

En su lugar, simplemente dijo—: Oye, azul, ¿qué te cuentas?

—Bu —dijo Max.

—¿Quieres comer? —dijo Alec. Max asintió con la cabeza y Magnus observó las pequeñas protuberancias de los cuernos de Max subir y bajar. Cuernos como los suyos. No. No tenía cuernos. Pero *tenía* cuernos. Como Ragnor. Pero Ragnor estaba muerto, ¿no?

—Magnus —dijo Alec—. ¿Podrías agarrar su tazón de cereal y su vasito? Están en el lavavajillas.

—Por supuesto. —Magnus se dirigió a la cocina. ¿Por qué seguían viviendo allí cuando apenas podía pasar sus cuernos por el pasillo? Había una buena razón, pero por el momento no la recordaba.

En la cocina, Raphael Santiago estaba sentado en la encimera, balanceando las piernas hacia adelante y hacia atrás.

—Raphael —dijo Magnus con sorpresa—. Pero estás muerto.

Rafael le dirigió una mirada fulminante.

—Siempre he estado muerto —dijo—. Nunca me conociste cuando estaba vivo.

—Supongo que es cierto —admitió Magnus—, pero quiero decir que ahora estás muerto y ya no te mueves. Te has ido. Te dejaste matar en Edom, en lugar de matarme a mí.

Raphael frunció el ceño.

—¿Estás seguro? Eso no es propio de mí.

Magnus buscó a tientas en el lavavajillas, tratando de abrirlo, pero sus garras le estorbaban.

—¿Me puedes echar una mano? —preguntó.

Raphael aplaudió sarcásticamente.

—Te has vuelto más gruñón desde que Sebastian te mató —comentó Magnus—. Lo cual, sinceramente, no hubiera pensado que fuera posible.

—Bueno, no *quería* morir exactamente. No *merecía* morir —dijo Raphael—. ¡Era inmortal! Se suponía que iba a vivir para siempre. Y resultó que ni siquiera llegué a una vida humana mortal completa.

—No lo hiciste, verdad —dijo Magnus. Consiguió enganchar una garra bajo el borde del lavavajillas e inclinándose con torpeza, lo abrió. No fue su momento más grácil, pero no podía sentirse muy avergonzado frente a Raphael, quien, después de todo, estaba muerto.

—¿Cómo está Ragnor? —dijo Rafael. Seguía balanceando las piernas hacia adelante y hacia atrás desde su posición en la encimera. Era algo muy poco propio de Raphael, e hizo que Magnus quisiera gritarle que se detuviera, pero eso parecía una locura—. ¿Todavía está muerto?

—No —dijo Magnus, pero luego se detuvo. ¿Cómo *estaba* Ragnor? La última vez que vio a Ragnor, fue en...

Diyu.

Cogió la taza y el cuenco, balanceándolos torpemente en sus manos brillantes.

—Tengo que llevar esto a Max —dijo.

—Trata de no arañarlo demasiado —le aconsejó Raphael, y Magnus hizo una mueca. Se volvió para salir de la cocina, y la taza y el cuenco se le resbalaron de las manos. Aunque definitivamente eran de plástico (un conjunto a juego cubierto de manzanas que era el favorito de Max), cuando golpearon el suelo de baldosas de la cocina, se rompieron en miles de astillas afiladas, como si hubieran sido de cristal.

—¡Hala! —dijo Rafael—. Me quedaré aquí por ahora.

La escoba estaba en la habitación de Max. Magnus caminó a través de los fragmentos y sintió que le cortaban los pies descalzos (pero, ¿por qué estaban



descalzos?) Miró hacia atrás mientras regresaba por el pasillo y vio que estaba dejando dos rastros de sangre en la alfombra.

*Al menos todavía sangro sangre normal, pensó.*

—¿Alec? —dijo, y Alec dobló la esquina con Max, ahora en el portabebés delantero en el que solían llevarlo por las calles de Brooklyn en sus primeros meses con él. A Max se le había quedado pequeño aproximadamente un mes atrás y tenían la intención de comprar uno nuevo. ¿Quizás este era el nuevo? Se parecía al anterior.

Además, Max definitivamente no entraba. Pero eso era porque había cambiado. Sus cuernos, tan solo adorables pequeñas protuberancias hacía solo unos minutos, ahora eran picos dentados, negros y brillantes, como las garras de Magnus. Una cola parecida a un látigo emergió detrás de él, sin pelo como la de una rata. Se balanceaba de un lado a otro peligrosamente, como la cola de un gato preparado para atacar.

Y sus ojos. Magnus no podía describir muy bien lo que pasaba con los ojos de Max. Cuando trató de mirarlos, fue como si se formaran rasguños en el interior de sus retinas. Tuvo que apartar la mirada.

—Algo está mal —dijo Alec.

—No pasa nada —dijo Magnus desesperadamente—. Es sólo... Brujos... A veces no sabes...

—No me lo dijiste —dijo Alec. Sonaba seco.

—No lo sabía —dijo Magnus. Comenzó a retroceder por el pasillo, pisando de nuevo los fragmentos que había dejado atrás cuando se acercó a Alec y Max hace un momento. Nuevos pinchazos de dolor recorrieron sus pies.

Alec sacó a Max del portabebés y lo levantó para mirarlo a la cara.

—Puedo lidiar con las garras, los cuernos y los colmillos —dijo—. Pero no sé cómo lidiar con esto.

Le dio la vuelta a Max para mostrárselo a Magnus. El rostro de Max era una máscara helada, inexpresiva, vacía. *Pero esa no es su marca de brujo, pensó Magnus. Parece... Parece...*

## LA DAMA DE EDM

Traducido por: Cortana  
Corregido por: Nay Herondale

POR UN MOMENTO ALEC SE PREGUNTÓ si estaba soñando, mientras Shinyun descendía por el espacio donde una vez había estado una ventana de rosas.

Cuando la vio flotando, los brazos extendidos alrededor del círculo vacío, por un momento, pensó que era una estatua. Recordó que había una estatua afuera de la ventana de rosas de la verdadera catedral de Shanghái.

Pero luego entró flotando y Jace dejó escapar un largo gruñido de frustración. Alec sabía cómo se sentía. ¿Había tenido algún sentido su escape, su arriesgada caída del puente si Shinyun pudo encontrarlos sin problemas apenas llegaron?

En algún momento durante el descenso del puente, los ojos de Magnus revolotearon hacia atrás y se cerraron. Los tres Cazadores de Sombras entraron en pánico y se prepararon para una caída en picada pero, por suerte el hechizo se mantuvo. Mientras más distinguían la tenebrosa forma del Shanghái de Diyu, alcanzaron a ver la catedral. Era la sombra exacta de San Ignacio: cada detalle era lo mismo, pero sin ningún color, una foto en tonos gris oscuro y negro. Por suerte, no estaba literalmente al revés.

La nube protectora de Magnus los aterrizó en el terreno de la iglesia junto a uno de los transeptos, los lados de la gigantesca cruz que formaba el edificio. Había una pequeña puerta lateral allí; ayudaron a Magnus a entrar y lo dejaron en uno de los bancos de madera que encontraron. Una vez que estuvo recostado, la magia desapareció de sus palmas y su respiración se ralentizó, como si estuviera dormido.

No habían estado dentro de la verdadera catedral, pero el interior de la sombría catedral se parecía lo suficiente a una catedral que Alec pensó que probablemente estaba distribuida de la misma manera. Era extraño pasar de la estremecedora inhumanidad de Diyu a la distintiva humanidad de una iglesia católica; a simple



vista podrían estar en Francia o Italia, o incluso Nueva York. Solo una vez que caminaban un poco y veían la elaborada madera tallada de los bancos, los distintivos azulejos chinos que recorrían la nave, hacía que resaltara la personalidad única de Xujiahui. Excepto, se dio cuenta Alec, por cualquier símbolo sagrado, santo o ángel, los cuales faltaban. Había nichos vacíos y marcos por todos lados donde deberían estar dichas cosas en la catedral original, pero aquí habían sido borrados de la existencia. Aparentemente Yanluo no había sido fan. Alec supuso que Samael tampoco lo era.

Al regresar con Magnus, Alec lo encontró todavía respirando profundo y con toda la apariencia de estar durmiendo. Puso su mano en el hombro de Magnus y lo sacudió un poco. Cuando Magnus no reaccionó, le dio una sacudida un poco más fuerte. Trataba de ser cuidadoso, sobresaltarlo no parecía sabio tampoco, pero ni la cantidad de veces que dijo el nombre de Magnus o cuanto lo tocó provocó alguna reacción.

—Vamos, despierta. —dijo Alec con urgencia, sacudiendo la rodilla de Magnus.

—Podríamos tirarle algo de agua —sugirió Clary.

—No creo que haya agua —dijo Jace—. Quizás Magnus pueda evocar un poco. Algo de comida, también.

—Si podemos despertarlo —dijo Clary.

—¡Despierta! —Volvió a decir Alec y luego escucharon el susurro del movimiento y giraron para ver a Shinyun descender hacia ellos por el agujero vacío donde debería haber una ventana.

Aterrizó ligeramente, sus alongados brazos se doblaban debajo de ella, dándole una estremecedora apariencia de insecto. Jace sacó su lanza y Clary su daga. Alec siguió sacudiendo a Magnus, cada vez más desesperado.

—No quiero pelear —expresó Shinyun. Nadie se movió para guardar sus armas. Ella se acercó y ellos se mantuvieron firmes— ¿Magnus está... dormido?

—Ha sido un largo día —espetó Alec.

—Sufre sin el tercer espinazo —dijo ella.

—Él elegiría morir.

—Es muy interesante —dijo Shinyun—, cuanta gente elige no morir, cuando hay que tomar la decisión final. —Los miró de arriba abajo— Normalmente es porque se preocupan por el efecto que tendrá en otros.

—No es un problema para ti, supongo. —dijo Jace.

—No. —Le concedió ella—. Entiendo la naturaleza del poder lo suficiente como para permitirme ese tipo de apego sentimental que encadena a la mayoría de las personas al mundo. Un mundo que les fallará, al final.

—Te equivocas. —Respondió Magnus débilmente.

Alec lo ayudó a sentarse. Sus ojos parpadearon, más grandes y luminosos de lo que ya estaban, tan familiares para Alec, pero volviéndose más extraños con cada hora que pasaba.

—Te equivocas. —Volvió a decir Magnus—. Eso que llamas apego sentimental, es de donde viene la fuerza. De donde viene el verdadero poder.

—Me fascina —dijo Shinyun—, que creas eso, incluso después de vivir cuatrocientos años. Después de vivir más que tantos. Sabiendo que vivirás más que todos ellos. —Hizo un gesto hacia los Cazadores de Sombras.

—No a este precio. —dijo Magnus con ligereza, pasándose la mano suavemente por su pecho, como si tratase de asegurarse que todos sus órganos seguían allí.

Shinyun lo ignoró.

—Sabes que el tiempo es una cruel broma, que se lleva todo de nosotros eventualmente. El tiempo es una máquina que convierte el amor en dolor.

—Pero hay tanta felicidad en el camino —murmuró Magnus. Sacudió su cabeza—. Puedes decirlo bonito, pero eso no lo hace verdad.

Shinyun suspiró.

—No vine a discutir filosofía contigo, Magnus.



—No creí que lo hubieras hecho —dijo Magnus—. Supongo que asumí que venías a provocar y sermonearnos.

—No —dijo Shinyun, con un tono de desaprobación—. Vine a decirles donde encontrar a su amigo Simon.

\* \* \*

—¿POR QUÉ HARÍAS ESO? —preguntó Magnus.

Se había sentido avergonzado, cuando se dio cuenta que había caído en algún tipo de transe. El recuerdo de su sueño ya se le estaba escapando de la memoria y solo podía recordar pequeños fragmentos: Las piernas de Raphael Santiago colgando de la encimera de su cocina. Max alzando los brazos para ayudar a que Alec le ponga la remera. Rastros de sangre en la alfombra.

—No tengo que darles explicaciones —dijo Shinyun.

Alec se cruzó de brazos.

—Entonces entenderás porque no confiaríamos en nada que nos digas.

—¿Confiarías en cualquier cosa que nosotros te dijéramos?

—Lo haría —dijo Shinyun—, porque tienen tan poca astucia que creen que decirme la verdad hará que me ganen. Como si no tuviera otra opción más que respetar su integridad y buenos valores.

—Aw —dijo Magnus—, sabes que respetas mi integridad y buenos valores.

Shinyun dejó escapar un largo y molesto gruñido, un sonido extrañamente expresivo viniendo de su rostro sin movimiento.

— ¿Quieren saber dónde está su amigo o no?

—No al menos que nos digas por qué nos ofreces tu ayuda.

—Porque estoy molesta —dijo Shinyun con cansancio.

— ¿Molesta con nosotros? ¿Con Simon?

—Molesta con Samael —lo cortó Shinyun—. Por meses hemos dedicado cada momento al gran plan del maestro, el último pago por todo el trabajo que ha hecho, todo el trabajo que yo he hecho y luego aparecen ustedes y se distrae por completo con una estúpida y pequeña molestia.

— ¿Te refieres a Simon? —preguntó Clary, horrorizada—. Así que...

¿Samael se lo llevó apenas llegamos por el portal? ¿Qué le está haciendo?

— ¿Y por qué Simon? —demandó Alec.

—Definitivamente no se habían visto nunca —dijo Jace—. Sé que Simon va a algunas fiestas raras en Brooklyn, pero igual es imposible —miró a Clary—. Es imposible, ¿no?

Shinyun revoleó sus brazos al aire.

—Ragnor y yo estamos haciendo lo que podemos por implementar su estrategia para invadir el mundo humano, corriendo por este húmedo agujero como lunáticos, dándole órdenes a demonios, quienes no son los subalternos más receptivos...

—Sí, sí, es difícil encontrar buena ayuda estos días. —Le dio la razón Magnus rápidamente. Se puso de pie, para probar sus piernas. Estaba bastante firme; pareciera que ya se había recuperado de la emanación de magia que tuvo en su camino a la catedral. ¿Una recarga por la espina? No podría saberlo—. ¿Qué está haciendo el Padre de los Demonios con Simon y por qué?

—Se ha encerrado en una clase de cámara de tortura al azar para atormentar a un cazador de sombras que de ninguna manera es una amenaza directa a él. Es ridículo. Necesita parar.

—Estoy de acuerdo —dijo Clary de inmediato—. Señala el camino.



—Así que nos llevarás a salvar a Simon —dijo Alec, asegurándose de haber entendido todo—, para que Samael deje de distraerse y vuelva al negocio de destruir el mundo.

—Sí —dijo Shinyun—. Tómalo o déjalo.

—Espera —dijo Magnus—. Necesito preguntarte algo primero.

Shinyun inclinó su cabeza un poco al costado,

—¿Ah?

Magnus odiaba preguntarle a Shinyun algo sobre sí mismo, su herida con la espina, su estado actual. No tenía razón para creer en su respuesta, para empezar. Y lo usaría como una oportunidad para darle otro sermón. Pero no entendía lo que le estaba pasando, y detrás de ese desentendimiento, había miedo.

—Dijiste que sufría por la espina —dijo—, pero no es verdad, me hago más fuerte. Mi magia se hace más poderosa. No entiendo.

—¿No entiendes? —dijo Shinyun.

Magnus respondió: —No entiendo cómo, sin el tercer espinazo, moriré. Si alguna vez tuviste la más mínima cantidad de piedad en ti —le suplicó—, tienes que explicar. Así al menos sabré lo que va a pasar. ¿Me debilitaré de repente? ¿Me marchitaré lentamente?

—No —dijo Shinyun—. Simplemente usarás más y más poder del espino sin estar totalmente enlazado a su maestro. Su magia se hará más fuerte, salvaje y menos controlable, te convertirás en un peligro para ti mismo y la gente a tu alrededor. Si no te abandonan, sin dudas morirán ellos también.

Magnus se la quedó mirando.

—Así que me sentiré mejor, mejor y mejor —dijo— ¿hasta que de repente me sentiré peor?

—No —dijo Shinyun—. Hasta que de repente no sentirás nada. Eso es por lo que todos eligen el tercer espinazo. La elección no es ni siquiera una opción. Ahora ¿Deberíamos ir por tu amigo?

Un brillo salió de su pecho, del mismo rojo de la magia de Magnus. Con la facilidad de un maestro pintando una línea, dibujó un portal en el aire con su dedo índice. Se abrió en una cámara obsidiana negra con puntas. En el fondo, una pileta de algo rojo hacía burbujas.

—Hmm, —dijo ella. Hizo un gesto con sus dedos y la vista del portal cambió. Ahora estaban viendo a un enorme plato de piedra blanca con una gigantesca piedra de molino descendiendo hacia esta.

—Esa tampoco. —Hizo otro gesto una y otra vez, cambiando a diferentes destinos.

—Infierno de molinos de hierro... Infierno de triturar... Infierno de destripar... Infierno del vapor... Infierno de montañas de hielo... Infierno de montaña de fuego...

—Muchos infiernos, eh —dijo Magnus.

— ¿Podemos apurar esto?

Shinyun los fulminó con la mirada y siguió hojeando.

—Infierno de gusanos, Infierno de larvas, Infierno de arena hirviendo, Infierno de aceite hirviendo, Infierno de sopa de humanos hirviendo, Infierno de té hirviendo con coladores de té humanos, Infierno de pequeños insectos que muerden, Infierno de grandes insectos que muerden, Infierno de ser comido por lobos, Infierno de ser pisoteado por caballos, Infierno de ser corneado por bueyes, Infierno de ser picoteado a muerte por patos...

— ¿Qué fue ese último? —preguntó Jace. Shinyun lo ignoró.

—Infierno de morteros y majas, Infierno de descuartizar, Infierno de tijeras, Infierno de atizadores al rojo vivo, Infierno de atizadores candentes, ¡ah! Aquí está.

—A través del portal parecía haber una cueva de roca caliza llena de estalactitas y



estalagmitas, una gran boca de colmillos. Cadenas de hierro sueltas se esparcían por el suelo como un nido de serpientes.

— ¿Cómo se llama ese? —dijo Alec.

—Ni idea —dijo Shinyun—. Infierno de desperdiciar el tiempo torturando a alguien sin importancia. Crucen antes de que me arrepienta.

Mantuvieron sus armas listas y pasaron en una sola fila por el portal hacia la cueva.

El interior de la catedral era húmedo y con olor a moho, pero frío. En contraste, la cueva era abrumadoramente caliente y seca, como el interior de un horno. Magnus siguió a Alec, Jace y Clary mientras hacían su camino entre las estalactitas sobresalientes del suelo hacia el área abierta a poca distancia. Notó, con poca sorpresa, que Shinyun los había seguido a través del portal y los seguía de cerca.

Luego de una corta caminata Samael apareció, caminando de un lado al otro, las manos detrás de su espalda como si estuviera muy metido en sus pensamientos. Magnus miró alrededor, pero le llevó un momento poder ver...

—Simon —susurró Clary, su voz un hilo seco.

En el centro del techo, estaba Simon colgado, con las piernas separadas. Sus muñecas estaban esposadas en cadenas de hierro que se extendían hasta el techo de la cueva, sus tobillos encadenados de forma similar a enormes cerrojos de hierro clavados al suelo. Solo cuando se acercó, Magnus vio que estar encadenado era el menor de los problemas de Simon.

Una docena de cuchillos filosos flotaban alrededor de Simon, cerniéndose en el aire, daban vueltas y cambiaban de lugar, ahora al azar, ahora con patrones; claramente operando a la voluntad de Samael.

Simon ya tenía muchos cortes sobre su cuerpo y mientras miraban, uno de los cuchillos se lanzó a una velocidad tremenda e hizo un corte atravesando su brazo. Hizo una mueca de dolor, sus ojos estaban cerrados, pero Magnus pudo ver que estaba usando todas sus energías para mantenerse muy, muy quieto, mientras los otros cuchillos bailaban a centímetros suyo.

A parte de estar suspendido, Simon ya debería estar sufriendo un dolor terrible, pero se mantenía en silencio, con la mandíbula trabada, incluso mientras la sangre chorreaba por su piel. Sus ojos se habían abierto de par en par cuando Clary gritó: ahora miraba a sus amigos, casi ciegamente, como si temiera que fuera un sueño.

Samael se giró y empezó, pero como si estuviera placenteramente sorprendido.

—Les están dando el tour completo de este lugar ¿he? —dijo—. No sé, me gustan algunas partes, pero Yanluo y yo tenemos una visión del diseño muy diferente. Por suerte, esto es solo una situación temporaria hasta que me mude a su mundo y lo tome como mi reino.

Clary embistió contra Samael, pero Jace la agarró del brazo, reteniéndola. Sus dientes estaban descubiertos.

— ¿Qué le haces a Simon? —le gruñó—. ¿Qué te hizo él a ti? No lo conociste nunca antes.

Samael se rió con ganas.

— ¡Que buena pregunta! No, este caballero y yo no nos habíamos conocido hasta hoy, más temprano. Noté que entró por el portal temporal que abrieron mis brujos en el Mercado Diurno e hice que viniera aquí. Porque, verán, sé de él. Sé mucho sobre él. Apenas empezamos a conocernos ahora.

— ¡Simon! ¿Estás bien? —gritó Clary.

Sin cambiar su tono, Samael dijo: —Simon, si le contestas, te quitaré un ojo.

Simon, sabiamente, se quedó en silencio, y Magnus se dio cuenta que Samael en realidad solo estaba empezando. Cortar un poco a Simon, amenazarlo con cuchillos mágicos, no era la tortura de Samael. Era un aperitivo. Una entrada. Esto era Diyu. Podía cortar a Simon por un buen tiempo antes de seguir con lo peor.

Samael le frunció el ceño a Simon y Magnus se sorprendió al ver el odio puro y real que atravesó la cara de Samael. Magnus se había preguntado si Samael estaba tan alejado de ser una persona que se parecía más a Razel; una fuerza de voluntad más allá del entendimiento, incapaz de tener emociones humanas como nimiedad o



rencor. Había pensado que Samael era menos como un demonio y más como un patrón climático, o un dios, demasiado monumental y sobrenatural para ser comprendido.

Pero ahora se dio cuenta que estaba equivocado. Samael era de todas formas muy capaz de sentir odio humano. En cada faceta de su expresión, odiaba a Simon.

—Sé que no siempre fue de los nefilims —dijo Samael—. Sé que nació como solo un mundano, pero que luego se convirtió en uno de los Hijos de la Noche. Y en esa forma, cometió el más grande de los crímenes.

—Derrotó a Lilith, Primera de todos los Demonios, Dama de Edom y el único amor que he conocido en toda mi larga existencia.

Clary dio un grito ahogado.

Alec dijo: —Oh. —En un tono muy bajo.

Con un ademán, uno de los cuchillos atravesó el estómago de Simon. Clary hizo una violenta mueca de dolor. Magnus estaba terriblemente impresionado por la habilidad de Simon de no gritar. En su lugar, Magnus estaba bastante seguro que ya estaría gritando.

—No sé cómo un simple vampiro pudo imponerse sobre ella —continuó Samael—. Si hubiera escuchado la historia de alguien más que de La Dama misma, no lo hubiera creído nunca. Pero fue ella misma quien me lo dijo. Estaba tan cerca, tan cerca de volver. Me estaba liberando del vacío. Estaba buscando a alguien que me encontrara un reino que pudiera gobernar. Y luego, entre los mundos, escuché el grito de furia de mi amada. Su furia podría haberle dado poder a un universo. —Sonaba admirado—. Gritaba que había sido derrotada. Estaba desapareciendo. Estará fuera de este mundo por siglos. La fuerza de su furia me revivió, me envió con un torbellino a estos reinos materiales, donde las cosas tienen forma y significado. Una vez más, tuve una encarnación viviente, y juré dos cosas.

Magnus estaba escuchando, pero miraba a Simon, quien estaba siguiendo a Samael con los ojos.

—Fue dolor y furia lo que me regresó de la oscuridad —siguió Samael—. Todo lo que quería era estar con Lilith otra vez, pero la ironía de las ironías, fue por su derrota que pude volver.

—Creo que no estás utilizando “ironía” correctamente —dijo Magnus—. Bueno, quizás es ironía situacional.

Alec le dio una mirada. Pero Samael estaba muy en su rollo y no les estaba prestando atención.

—Mi primer juramento fue terminar lo que había empezado; llevar fuego y veneno a la Tierra, liderar los ejércitos de demonios, a quienes este mundo les pertenece realmente. El segundo fue vencer al asesino de Lilith y verlo sufrir por lo que hizo.

Simon habló con voz densa: —No fue mi intención...

Samael lo interrumpió.

—No me sorprende que este trate de hablar para zafar de su justo castigo, pero honestamente, pensé que se le podría ocurrir algo mejor que «No quise derrotar a la madre de todos los demonios, fue un accidente» supongo —dijo—. «Ella se tropezó y su corazón cayó directamente en la punta de mi espada.»

—Algo parecido, en realidad —dijo Clary—. No fue culpa de Simon. Fue culpa mía, si es de alguien.

Samael revoleó sus ojos. Y antes de que pudiera volver a hablar, Shinyun lo interrumpió.

—Mi señor Samael —dijo—. Respeto su necesidad de tener un cierre, pero esta parece una tarea muy chica para alguien de su estatus e importancia. Tenemos una guerra que planear, tropas que liderar.

—Hay un montón de tiempo para eso —dijo Samael, sacudiendo una mano para restarle importancia—, una vez que haya obtenido mi satisfacción del dolor de esta criatura.



—No estarás satisfecho —dijo Simon—. Eventualmente me tendrás hecho papilla y luego ¿qué? Igual no tendrás a tu novia de vuelta.

—¿Por qué no puedes dejarlo a que sea aplastado hasta ser polvo como los demás, cuando nuestras tropas llenen la Tierra de sangre? —dijo Shinyun. Sonaba frustrada—. Si quieres castigar a todos los que le hicieron algo malo a alguien que conoces llevará un largo rato. Tiempo que no tenemos.

Samael suspiró.

—Shinyun, sabes que te tengo mucho cariño. Eres muy buena organizando fuerzas demoníacas, y me has traído a Ragnor Fell. Tienes una excelente ética de trabajo y parece que realmente disfrutas de tu trabajo. Pero no entiendes. No puedes entender. Solo Lilith, quizás entendería y espero que en algún lado, de alguna forma, vea lo que está pasando aquí y sonría. —Su expresión se hizo soñadora—. Extraño su sonrisa. Y esas serpientes que tenía de ojos. Siempre les gusté yo.

—Sí, maestro. Intentaré entender.

Shinyun cerró sus ojos, obediente, pero no se veía feliz.

—Ahora —dijo Samael—, neutraliza a Magnus hasta que esté listo para él y lleva a los otros a las cortes de Diyu para ser procesados.

—Creí que ibas a dejarnos deambular por ahí hasta que muriéramos de hambre. —dijo Alec.

—Así era —dijo Samael—, pero parece que miembros de mi personal decidieron arreglar una reunión con ustedes durante su etapa de hambruna y deambulación. Estaba entusiasmado por pensar en ustedes de vez en cuando, muriendo solos, en una piedra sin forma en un mundo sin estrellas. Se lleva bastante del placer si en realidad tengo que hablarles. —Se encogió de hombros—. Así que dejaré que Diyu decida dónde terminaran. Tendrán algo de tortura por las molestias, son bastante buenos para eso aquí, cuando puedes hacer que se presenten para trabajar.

Shinyun se giró para mirar a Magnus y al resto de los Cazadores de Sombras. Les dio un pequeño encogimiento de hombros.

—¿Cuál era exactamente tu plan aquí? —le susurró Alec a Shinyun—. Asumí que tenías algo mejor que solo tratar de hablarle para que parara. Si no te escucha a ti ¿Por qué nos escucharía a nosotros?

Shinyun titubeó.

—Creí que estaría avergonzado.

—No creo que se avergüence fácil —dijo Magnus—. ¿Has visto su sombrero?

— ¿Nos llevarás de vuelta a la corte? —Dijo Jace y Shinyun parecía insegura, pero lo que sea que iba a decir se perdió en el repentino tumulto: el zumbido de magia infernal, como un enjambre de abejas, y el rugido del agua.

Antes de que Magnus pudiera ver que causó el alboroto, una larga lengua naranja fuego, recta como una flecha, apareció y cortó las cadenas de hierro en los tobillos de Simon. Samael miró hacia arriba, disgusto y sorpresa llenando su rostro. Los cuchillos dejaron de moverse y se quedaron en el aire, esperando.

La lengua de fuego reapareció, liberando los brazos de Simon, y este cayó al suelo con un feo golpe sordo. Rodó a un lado lo mejor que pudo, teniendo en cuenta que sus manos seguían esposadas, y Magnus estaba aliviado cuando notó que seguía consciente.

Jace y Clary corrían hacia Simon, Magnus estaba reuniendo su magia (todavía no sabía con qué propósito) pero Alec estaba parado atónito, mirando hacia arriba con una expresión de completo asombro.

A través de un portal de nubes oscuras y lluvia, apareció Isabelle. Llevaba un resplandeciente látigo en una mano y estaba montando en la espalda de un tigre. Un tigre *enorme*, incluso para los estándares de un tigre.

Magnus tuvo que admitir que incluso él estaba sorprendido.

La llama naranja era de Isabelle: mientras Magnus miraba, ella retrocedió y embistió una vez más con el látigo, el cual se prendió fuego.



Isabelle soltó un alarido de guerra cuando el tigre gigante aterrizó en el claro dando un rugido que sacudió hasta el suelo. De inmediato fue con Clary, quien intentaba liberar las muñecas de Simon de sus ataduras.

Luego, otra figura salió de un salto del portal, y aunque Magnus habría pensado que «Isabelle Lightwood montando un tigre gigante» sería lo más sorprendente que vería ese día, tenía que admitir que esto se llevaba por poco el segundo lugar.

Todo empapado, con su pelo y ropa pegados al cuerpo, Ke Yi Tian aterrizó de cuclillas en el suelo. Se enderezó y corrió directamente hacia Shinyun, sacando la hoja de diamante de su dardo de cuerda en un giro precipitado mientras corría. El brillo de *adamas* era una visión extraña en la oscuridad, pero Magnus lo encontró inspirador por alguna extraña razón, incluso cuando todavía no entendía qué estaba pasando.

Shinyun levantó sus manos casi al último momento y Tian se desvió a un lado, golpeándose contra una barrera que solo se veía como humo carmesí cuyo color Magnus se estaba empezando a familiarizar.

Samael había dado un paso atrás. Magnus había asumido que pronto empezaría a luchar, pero seguía vacilando. Estaba mirando al tigre, notó Magnus. Samael se giró para decirle algo a Shinyun y luego, con un dedo, dibujó un portal en el aire. Una luz tenue salió de este, como si absorbiera toda la luz a su alrededor, muy distinto a los portales que Magnus estaba acostumbrado a ver de otros brujos. Con un último vistazo al tigre, Samael atravesó el portal, pero no se cerró atrás suyo. En vez de eso, una ola de demonios esqueletos Baigujiang guerreros empezaron a salir de este.

Isabelle y Clary no estaban preparadas para empezar a pelear de inmediato, ya que estaban ocupadas liberando a Simon, pero el resto respondió instintivamente al sacar armas y preparándose para la batalla. Jace trepó una roca cercana, su lanza en mano y se abalanzó directo al esqueleto más cercano. Ambos cayeron al suelo rodando, pero Magnus no pudo enfocarse en lo que estaba pasando allí. Tian había empezado a derrotar esqueletos con su dardo de cuerda y Alec también estaba envuelto en la pelea con su brillante espada.

Un nuevo esqueleto salía del portal cada par de segundos, así que Magnus corrió hacia él, destellando chispas rojas en el aire con sus dedos en el camino. Alcanzó el portal y empezó a desmantelarlo frenéticamente.

Por suerte, un portal hecho por Samael no parecía ser muy distinto a un portal hecho por cualquier otro. En más o menos un minuto había doblado la magia y cerrado el portal.

Entre Tian, Alec y Jace, se deshicieron de los últimos esqueletos. El tigre incluso golpeó a un par a un costado, cuando se acercaban lo suficiente, pero parecía más que feliz de dejar a los demás hacer su trabajo.

Cuando se deshicieron del último esqueleto, la cueva se llenó de silencio. Solo quedaba Shinyun, alzando sus manos para mantener la barrera entre ellos y el resto. Tian arremetió contra ella girando su dardo con ojos asesinos.

—Tian —dijo Alec, acercándose a él—. No va a atacarnos.

—No lo haré —confirmó Shinyun—. Por el momento tengo suficientes problemas. —De todas formas, mantuvo la barrera.

Isabelle y Clary lograron liberar a Simon de lo que quedaba de sus ataduras, pero eso no significaba que estuviera en buena forma. Sangre caía lentamente de las heridas de Simon. Ninguna parecía profunda, pero eran muchas. Isabelle estaba acunando su cabeza entre sus piernas y acariciando su pelo mientras Clary dibujaba *iratze* tras *iratze*. Alec estaba ayudando a Jace a levantarse; uno de los Baigujing le había dado una buena golpiza antes que Jace se deshaga de él y su hombro estaba ensangrentado. Hizo una mueca de dolor al levantarse.

—Bueno, Tian —dijo Magnus, acercándose al resto—. ¿Estás del lado de Samael o no? Ya estoy confundido.

—No lo estoy. —Tian sacudió su cabeza—. Y ahora lo sabe. Estaba esperando el momento correcto para usar el conocimiento que obtuve mientras pretendía ser su aliado. —Hizo un gesto hacia Simon—. Sabía que si terminaban en Diyu, se llevaría a Simon. Y cuando también se fue Isabelle me pareció el momento correcto.



—¿Sabías que se lo llevaría? ¿y dejaste que pasara? —Clary no parecía muy dispuesta a perdonarlo.

—Seguro sabías lo que Samael le haría. —Isabelle no parecía muy contenta tampoco.

—Yo también tengo un montón de preguntas para Tian —dijo Alec—. Pero quizás deberíamos dejar este infierno en particular.

—Me gustaría eso —dijo Simon. Isabelle y Clary lo estaban ayudando a levantarse. Muchas de sus heridas se estaban cerrando, pero seguía pálido y como si estuviera en shock—. Ha sido un largo día.

—No ha terminado —dijo Jace con una voz severa, apoyándose en el hombro de Alec—. Creo que me rompí el pie.

Alec sacó su estela.

Shinyun dijo abruptamente: —Me están llamando. Debo hablar con mi maestro, a quién voy a tratar de volver a encarrilar —miró alrededor—. ¿Por qué hacen todo tan complicado? —Dijo como para ella misma y desapareció en la oscuridad de la cueva.

Alec, una vez que terminó de hacerle las runas a Jace (su pie estaba muy mal y combatía a las *iratzes* como una mano insistente) guardó su estela y miró a su alrededor.

—Bueno —dijo.

—¿Qué hay con el tigre? —El tigre, que no parecía muy interesado en nada de lo que estaba pasando ahora que Samael y sus demonios se habían ido, estaba acostado y lamiendo sus patas delanteras con una enorme lengua rosa.

—¡Oh! —Tian fue hacia donde estaba el tigre y se agachó—. Gracias, Hu Shen —dijo en mandarín—, los nefilims de Shanghai te deben un favor.

Hu Shen bostezó, se estiró y se levantó. Puso una enorme pata en el hombro de Tian y lo observó por un momento. Luego se alejó trotando, desapareciendo en la profundidad de la cueva, más allá de donde se podía ver.

—Una gran leyenda de las Hadas, Hu Shen —Dijo Tian mientras lo veía irse—. Una guía para viajeros perdidos. A veces es bueno estar en buenos términos con las hadas.

—¿Estará bien? —preguntó Clary.

Tian miró en la dirección por la que se había ido Hu Shen.

—Las hadas no están atadas a las mismas reglas que el resto de nosotros. Y ha estado por aquí mucho más tiempo que cualquiera de nosotros. Incluso tú. —Añadió, haciendo un gesto hacia Magnus.

Clary había ido hacia Jace y le estaba hablando en voz baja, claramente preocupada. Jace estaba parado en una pierna, parecía irritado y usaba su lanza como una especie de bastón.

—En serio, estoy bien —dijo—, pero seguro pasará un rato antes de que se cure. No seré muy rápido hasta entonces.

—Basta de luchar contra esqueletos por hoy —dijo Alec—. Espero.

—Estaré bien en un par de horas —repitió Jace. A Magnus le entretenía ver lo molesto que estaba por estar lesionado y lo rápido que fue para cambiar de tema—. ¿Cuál era el arma que estabas usando?

—Látigo flameante —dijo Isabelle animada. Jace estiró una mano y ella lo golpeó.

—Bueno, no lo toques —lo regañó—. Está caliente.

—Creo que todos podríamos necesitar un rato para ponernos al día y curar nuestros pies rotos. E intercambiar información —dijo Magnus—. En especial información sobre el juego que tú has estado jugando, Tian.

Tian tuvo la cortesía de verse apenado.

—Lo siento, se los explicaré.

—Oigan ¿chicos? —dijo Simon—. ¿Hora de irnos? Me gustaría mucho no estar más aquí, ya saben, la cueva de la tortura.



Magnus pensó que esa era una excelente idea.

—Nos llevaré de vuelta a la catedral —dijo, moviendo sus dedos.

Tian levantó las cejas.

—¿Xujiahui? Me preguntaba si irían allí.

Magnus asintió y, con un movimiento de sus manos, abrió el portal. Tenía un brillo oscuro, como la misma luz extraña que tenía el que el mismo Samael había abierto. Magnus intercambió una mirada con Alec.

—No se ve muy bien. —Dijo Clary y Simon la miró con duda. Pero todos podían ver el interior de la catedral a través del portal y ninguno quería quedarse en la cueva. No quedaba nada más que atravesarlo y esperar que Diyu y su maestro les dieran un momento para descansar. Todos, pudo ver Magnus, lo necesitaban con desesperación.

## LA PLUMA DE FÉNIX

Traducido por Lovelace  
Corregido por Cortana

ENCONTRARON LA CAPILLA INTACTA, e instalaron un campamento en el ábside, donde el altar debería estar en la construcción real. Aquí, por supuesto, no había altar, solo una expansión de mármol agrietado. Simon, Isabelle, Clary y Jace se sentaron sobre los escalones del mismo material que conducían a las bancas, mientras Tian se sentó en la primera hilera y Magnus estaba apoyado sobre un pilar.

Alec paseaba de un lado a otro por el ábside, sin descanso y preocupado. Magnus había invocado algo de alimento para ellos, el cual les había prometido que era seguro: simples cuencos de arroz con caldo y termos de agua tapados. No sabían muy bien, pero lo devoraron de todos modos.

Sin embargo, a Alec le hubiera gustado poder convencer a Magnus de comer más que unos cuantos mordiscos. En su lugar, estaba mirando a Tian, con un destello de concentración en sus ojos de color verde-oro: —Así que, Ke Yi Tian —dijo—. ¿Cuál es la historia? ¿Contigo y Samael?

Con un suspiro, Tian dejó de lado su cuenco vacío, asintió una vez, y contó su historia.

\* \* \*

—EL PRIMER ACERCAMIENTO FUE con Jung Shinyun y Ragnor Fell en el Mercado del Sol, meses atrás. Ya había escuchado murmullos en la Concesión de los Subterráneos sobre estos dos brujos, ninguno de ellos locales, quienes habían aparecido de la nada e instantáneamente se volvieron presencias constantes. El



Conclave de Shanghái tomo interés, y ya que yo conocía bien a la Concesión, comencé a vigilarlos. ¿A qué vendedores visitaban? ¿Qué estaban comprando? ¿Conocían a alguien?

»En retrospectiva, creo que estaban inspeccionando el mercado en sí, aprendiendo que tan bien y de qué forma era vigilado y defendido. Así que todos mis cuidadosos registros de sus compras de vísceras de aves y cristales de cuarzo probablemente eran irrelevantes. Pero en ese momento, eran solo personas de interés, unos recién llegados a los cuales vigilar.

Desafortunadamente, resultó que Jung y Fell estaban vigilándome a mí. Y yo fui... imprudente sobre mi relación con Jinfeng. Soy lo suficientemente afortunado de vivir en un lugar donde Subterráneos y Cazadores de Sombras están en buenos términos, y Jinfeng y yo somos lo suficientemente afortunados de tener la aprobación de nuestras familias. Por lo que mientras debería haber estado vigilante, había estado desprotegido. Vulnerable.

Un día en el mercado me encontraron en una esquina oscura. Me dijeron que sabían sobre Jinfeng y yo, y que me podían meter en problemas. Les dije que mi familia sabía, que el Conclave de Shanghái me apoyaba. Pero entonces hablaron con la Cohorte.

\* \* \*

ALEC SABÍA DE LA COHORTE. Esparcidos entre la Clave, eran un número pequeño de Cazadores de Sombras que no solo creían que la Paz Fría era una buena política, sino que además pensaban que era el primer paso hacia el regreso de la máxima supremacía de los nefilim sobre todos los Subterráneos. Mientras que Valentine Morgenstern y su Circulo defendía que solo declarando la guerra contra los Subterráneos los Cazadores de Sombras podrían ser “purificados”, la Cohorte tomaba un enfoque más sutil, proponiendo nuevas reglas para restringir los

derechos de los subterráneos, a menudo en pequeñas zonas localizadas. El peligro de la Cohorte, en lo que respectaba a Alec, no era tanto que ellos iniciaran una nueva Guerra Mortal, sino que el resto de la Clave les permitiera hacer estos pequeños cambios, sin notar los peligros a largo plazo hasta que ya fuera demasiado tarde. Todavía eran una pequeña facción, no obstante, el padre de Alec mantenía un ojo en ellos, había una creciente preocupación que sus números estuvieran creciendo, aunque fuera lentamente.

La relación de Tian y Jinfeng *era* ilegal, bajo la Paz Fría, y Alec sabía que su descubrimiento y exposición a la Clave más grande podría arruinar no solo a Tian, sino el control de su familia sobre el Instituto de Shanghái y destruir el cuidadoso equilibrio que se había logrado en la ciudad.

Tian notó la expresión sombría en sus caras y dijo: —Veo que lo entienden.

Alec asintió. —Prosigue.

Tian continuó.

\* \* \*

—AL SUROESTE DE SHANGHÁI, A SOLO cien millas de distancia, estaba la ciudad de Hangzhou. Su Instituto es dirigido por la familia Lieu. El marido de la cabeza del instituto ahí es Lieu Julong, y aunque no es oficialmente un miembro de la Cohorte, es bien conocido entre las familias de Cazadores de Sombras en China que simpatiza con su causa. También es bien sabido que los Lieus considerarían cualquier oportunidad para dañar la reputación de la familia Ke, con la esperanza de obtener el poder del Instituto de Shanghái.

»Shinyun sabía eso. Habló en nombre de Lieu Julong. Dijo que mi familia sería forzada a entregarme a la Clave por violar los acuerdos de la Paz Fría, si queríamos quedarnos con el Instituto. Le dije que ellos nunca harían algo como eso, pero en mi



corazón sabía que yo nos lo dejaría perder su influencia y sus posiciones por lo que había hecho.

Le pregunté a los brujos que querían de mí. Querían información, sobre los institutos de China, sus defensas, el número de Cazadores de Sombras en cada Conclave, las relaciones entre Cazadores de Sombras y Subterráneos en esas ciudades, según entendí. Les proporcioné todo de la mejor manera que pude. Me dije a mi mismo que no les estaba revelando ningún secreto crucial, que todo esto era información que bien podrían descubrir por su cuenta, incluso si me rehusaba a ayudar.

Pasó un mes, tal vez dos. Jung y Fell continuaron siendo visitantes frecuentes del Mercado del Sol, hasta que un día me arrinconaron de nuevo. Me llevaron a un sótano en una calle anónima de la Concesión. Donde habían instalado una especie de oficina y laboratorio.

En el momento en el que vi su guarida supe que me encontraba en gran peligro. No hicieron ningún intento de vendarme o bien ocultar su trabajo de mí. Su trabajo era tan terrible como pudieran imaginar. Lo que vi de un simple vistazo ahí era suficiente violación de los Acuerdos como para sentenciar a ambos brujos a pudrirse en la Ciudad Silenciosa por la eternidad. Asumí que me habían llevado ahí para asesinar me.

En su lugar me contaron todo. Que su maestro era Samael, Padre de los Demonios, que estaban trabajando para traerlo de vuelta a la tierra para continuar con la guerra que había sido retrasada hace mil años cuando fue derrotado por Miguel. Y que ahora, yo también trabajaba para él.

Dije que no, que por supuesto que no, nunca. Y ellos dijeron, «Lo harás, o le diremos a tu familia lo que ya nos has revelado acerca de los Cazadores de Sombras, sus números, sus fortalezas, sus debilidades. Ya eres un espía para Samael», dijeron. «Solo tienes que admitirlo para ti mismo».

\* \* \*

MAGNUS PARECÍA HORRORIZADO.

—La pluma en el sombrero de Samael —dijo—. Es una pluma de Fénix ¿cierto? ¿Es de Jinfeng?

Alec no sabía con precisión cómo funcionaba la magia de hadas, pero sabía que la pluma de un fénix te daba el poder sobre ese fénix. Tian sacudió su cabeza violentamente.

—No. No. Acepté que no tenía otra opción más que hacer lo que me pidieran. Su siguiente petición fue una pluma de un fénix, por supuesto que ellos querían que traicionara a Jinfeng, para así ser más corrupto. En su lugar, confié en Jinfeng, la única otra persona que sabe toda la historia además de ustedes, y ella me trajo una pluma de Fénix de la tumba de uno de sus ancestros. Le dije a Jung y a Fell que era suya.

Miró a su alrededor.

—Lo entienden, creí que tomaría ventaja de la situación. Me permitieron entrar a Diyu y comencé a aprender su diseño, su estructura, sus reglas. Pensé, que al menos esto me podría ser útil, si alguna vez hallaba la forma de salir de esta trampa.

—Fue útil —dijo Isabelle. Alec la miró, y allá lo miró de vuelta, sus ojos oscuros claros y brillantes. Simon, quien estaba recargando la cabeza sobre su hombro, sonrió hacia ella—. No obstante, el Jiangshi me llevó a otra corte, había un viejo ahí con una ¿cara derretida? Me gritó en mandarín por un rato y cuando no dije nada, abrió un panel en la pared y me lanzó a través de él.

—¿A qué infierno te envió? —dijo Alec.

—Al Infierno de los Silencios —dijo Isabelle.

—Pudo haber sido peor —dijo Jace. Alec pensó en el Infierno de la Sopa de humanos hirviendo.



—Era la cima de una torre, una pequeña plataforma a miles de pies donde podías caer sobre púas de metal —dijo Isabelle amablemente—. Me colgaron de una cadena y enredaron una cuerda de metal alrededor de mi cuello, con horquillas puntiagudas en ambos extremos. Uno se presionaba sobre mi garganta, el otro en mi pecho, así que, si hablaba o incluso asentía con mi cabeza, los dos me atravesarían. Los demonios me observaban y se reían mientras luchaba.

—Oh —dijo Jace.

Simon acercó a Isabelle aún más hacia él.

Cuando Alec apenas conoció a Simon, se hubiera reído a carcajadas ante la sugerencia de que su hermana algún día se aferraría a él con esa fuerza, que ella y Simon encontrarían afecto y seguridad en el otro. Por supuesto, en ese tiempo también se hubiera reído ante la sugerencia de que él y Magnus estarían criando un niño juntos. Todos ellos habían cambiado tanto en tan poco tiempo.

—Estuve ahí solo por unos minutos —continuó Isabelle—. Tian me encontró. Los demonios observándome lo dejaron acercarse, luego, uh, luego un tigre gigante apareció y los mató.

—Una vez que los ojos de Samael ya no me vigilaban, llamé a Hu Shen para que ayudara a liberar a Isabelle —Tian añadió.

—Eso debió haber sido bastante genial —murmuró Simon.

—Me aseguré de traer al tigre —dijo Isabelle—. Sabía que estarías decepcionado si te lo perdías.

Simon la besó en la mejilla. Ella se ruborizó un poco, no muy común de Isabelle, Alec pensó maravillado. Todo era muy poco común para Isabelle casi siempre, de cualquier forma.

—Conocen el resto —dijo Tian—. Samael probablemente esté planeando pasar el día deprimido alrededor de Diyu, quejándose de lo terrible que es y dándole órdenes a sus brujos. Y ahora sabe que yo también soy su enemigo.

—Créeme —dijo Simon con cansancio—, cuando Samael decide ser demoniaco, no tiene ningún problema en traer de vuelta esa maldad.

Alec asintió. Había estado sorprendido con su primer encuentro con Samael; había sido tan amistoso, tan inofensivo, sin embargo, la visión del rostro de Samael mientras cortaba el cuerpo de Simon le había recordado con quien estaban tratando: —Sigue siendo el más peligroso aquí.

—También parece tener un extraño interés en ti, Magnus —agregó Tian—. Supongo que es porque fuiste espinado por Shinyun, pero me parece que si quisiera más brujos súbditos, probablemente podría encontrar a algunos dispuestos.

Magnus se encogió: —¿Supongo que ya estoy aquí?

—Así que Samael está aquí preparándose —dijo Clary—, pero ¿para qué? ¿Cuál es su plan exactamente?

—Samael no puede entrar a la tierra gracias a las protecciones instaladas por el Arcángel Miguel hace mucho tiempo —dijo Tian—. Por lo que pude ver, tiene a Jung y a Fell trabajando para encontrar algo en El Libro de lo Blanco que les permita rodear las protecciones.

—¿Es eso posible? —dijo Jace—. ¿Hay algo en El Libro de lo Blanco que lo pueda hacer?

Todos miraron a Magnus.

—Probablemente —dijo Magnus sombríamente—. Sí. No es de extrañar que todos los portales en la tierra están funcionando mal. Los secuaces de Samael han estado manipulando las paredes que mantienen las dimensiones separadas.

—¿Entonces por qué aun no lo han resuelto? —dijo Clary.

Tian pareció pensativo.

—Me parece que Samael pensó que Diyu sería una fuente de poder mucho mejor. Solía serlo, bajo Yanluo, por supuesto; por diseño es un dínamo que transforma humanos en sufrimiento en poderosos demonios. Pero la maquinaria ha estado descompuesta por casi ciento cincuenta años. No solo es difícil para Jung y Fell aprovechar su poder para alimentar su magia, sino que los demonios que solían dirigir Diyu se han acostumbrado a la libertad y el caos. Samael no puede darles



forma él solo —sacudió la cabeza—. Shinyun piensa que, consiguiendo el poder suficiente por la espina, ella podría sostener a toda la multitud de Diyu bajo coacción, pero aún no ha llegado a eso.

—Entonces tenemos poco tiempo —dijo Alec—. ¿Estamos seguros aquí?

Tian asintió. —Samael no cree que seamos una real amenaza, depende de sus subordinados para mantener Diyu vigilado. A los demonios no les gusta venir a las iglesias, incluso en el Shanghái endemoniado.

—De acuerdo —dijo Jace—. ¿Así que cuál es el plan? ¿Descansar y después ir tras Samael?

—O ir tras Shinyun y Ragnor —dijo Clary. Cuando vio la cara de Magnus, prosiguió—, no podemos dejar que averigüen cómo hacer para que Samael pueda entrar a nuestro mundo. No podemos.

—Sin embargo, ¿quitarles el libro detendría los planes de Samael? —dijo Simon dudoso.

Tian negó con la cabeza. —Los retrasaría, pero encontrarían alguna otra solución, estoy seguro. Hay mucha magia oscura en el mundo.

—De igual manera no podemos simplemente dejárselos —dijo Clary—. O dejar las cosas como están.

—Bien —dijo Alec—. ¿Entonces dónde encontramos el libro? ¿O a Samael? O mejor dicho ¿y a Samael?

Tian parecía indeciso. —En realidad, no tiene una base aquí. Deambula por todo el reino —adoptó un aire de confianza—. Es una especie de micro gerente.

—¿Entonces qué? —dijo Jace, frustrado—. ¿De vuelta al puente de hierro? ¿De regreso a las cortes? ¿Demandar ser llevados hasta él?

—Los sacaremos a la fuerza —dijo Magnus—. Úsenme como anzuelo.

—No —dijo Alec instantáneamente.

—Shinyun tiene una rara obsesión conmigo y el espinoso —dijo Magnus—. Me ha estado provocando desde que todo empezó, diciéndome que al final elegiría el tercer espinoso del Svefnthorn en lugar de morir. Si voy a algún lado y hago mucho ruido, demandando hablar con Shinyun, aparecerá. De ahí podemos ir tras Samael. O él vendrá a nosotros.

—No —repitió Alec.

—¡Puede funcionar! —dijo Magnus.

—Magnus —dijo Alec— ¿qué pasa si en serio te da otro espinoso? Caerías bajo el control de Samael. Entonces todo habrá terminado. Para... todos —añadió silenciosamente.

—No lo hará —dijo Magnus—. No puede. Yo tengo que elegir la tercera herida, y no haré eso.

—Sin embargo, le mentiras y dirás que lo harás —dijo Alec.

Magnus realmente sonrió un poco, claramente complacido de cuán bien Alec lo conocía. —Cierto. Después tratará de hacer algún complicado ritual con un montón de encantamientos, la conoces. Encenderá un millón de velas. Le tomará una eternidad. El tiempo suficiente para que atacemos.

El corazón de Alec latía muy rápido. —¿Qué tal si no lo hace? ¿Qué tal si no se tarda eso?

—Alec —dijo Jace cuidadosamente—. No creo que tengamos una idea mejor. Magnus tiene razón. El resto de nosotros podríamos simplemente quedarnos en la catedral hasta que muramos de hambre, en lo que le concierne a Samael y sus súbditos. No creen que de verdad podríamos arruinar su plan. Podemos matar a algunos demonios, claro, pero ¿dos brujos espinados y un Príncipe del Infierno? Solo somos unos cuantos simples soldados en la infantería sin cara ante el ejército contrario.

—Pronto sabrá que estaba equivocado sobre eso —dijo Isabelle.



—Quiero decir, sí —dijo Jace—. Buen punto de Isabelle. Pero cuando Samael encuentre a Magnus, tratará de reclutarlo ¡Le ofreció el trabajo de Shinyun! Magnus es el único que puede llamar su atención, que tal vez podría defenderse si uno de nuestros tres amigos atacara —asintió hacia Simon—. Lo siento, sin ofender.

—No hay problema. —Dijo Simon con una débil sonrisa—. En realidad, no estoy al cien por ciento en este momento.

Alec no sabía que decir. Un terrible pensamiento atravesó su mente, una ansiedad que no había sentido antes, o no se había permitido sentir. Una conversación con Max, una horrible conversación, sobre como Magnus no regresaría, como sería solo ellos dos ahora. *Un plan arriesgado, un plan poco seguro, pero pensamos que iría bien...*

—Tendremos vigilado a Magnus mientras eso pasa —dijo Jace. Como era usual, conocía a Alec lo suficiente para leer la mirada en sus ojos—. Nunca estará realmente en peligro. Hemos peleado con Shinyun antes, podemos hacerlo de nuevo, y Magnus está en lo correcto, tendrá que elegir la espina esta vez. Es por eso por lo que ella no se ha molestado en espinarlo desde que hemos estado en Diyu.

Alec suspiró. Con esfuerzo, decidió hacer esperar a las mórbidas fantasías y concentrarse en el presente.

—De acuerdo, está bien. Coincido en que probablemente es nuestra mejor opción.

—¿Así que ahora qué? —dijo Clary.

Simon bostezó. —No sé ustedes, pero me haría bien dormir un poco. Ha sido un largo día para mí, dim sum, el mercado, ser colgado de cadenas y lacerado con mágicos cuchillos flotantes. Sé que tal vez eso es una típica noche de fin de semana para la mayoría de ustedes, pero yo estoy agotado.

—Además, los huesos de mi pie necesitan unirse —dijo Jace—. Y no espero que sepas donde conseguir mejores armas —añadió hacia Tian.

—¡Látigo en llamas! —dijo Isabelle.

—Más látigos en llamas sería aceptable —admitió Jace—, aunque no son mi primera elección.

Tian respondió. —De hecho....

\* \* \*

AL FINAL DE UNO de los transeptos había una pequeña habitación. Era obviamente una capilla privada en la catedral real, pero aquí, por supuesto, faltaba cualquier señal de práctica, por lo que resonó el vacío eco cuando Tian condujo a Alec, Jace y Clary al centro. Jace saltó junto a su lanza usándola como bastón, manteniendo su peso en un pie. Magnus había venido también, pensó Alec para dejar que Simon e Isabelle tuvieran un poco de tiempo para ellos, no porque le importaran las armas. Alec se paró contra la pared y observó con vago interés mientras Tian se echó al suelo y golpeaba algunas baldosas de piedra, escuchando. Después de algunos intentos fallidos, se agachó y cuidadosamente alzó la baldosa más grande del suelo, revelando una cámara debajo enmarcada en madera. En la cámara había una pila de paquetes de hule.

—No es nada comparado con lo que habría en la catedral de verdad —dijo Tian disculpándose—, y no podrán portar runas, así que no pueden herir demonios, sin embargo, tendrán que matarlos con cuchillos serafín. Y...

Jace hizo un sonido de felicidad. Tian comenzó a levantar los paquetes de la cámara.

Alec dijo silenciosamente. —Tian, ¿por qué no nos dijiste que estabas siendo forzado a trabajar para Samael? Confiabas en nosotros lo suficiente para contarnos lo de Jinfeng.

Tian miró a Alec con sorpresa. —Pensé que sería obvio. Sabía que no desaprobaban una relación con un Subterráneo, sin embargo, había la posibilidad



de que mi conexión con Samael llegara a oídos de la Clave y se involucraran, y Jinfeng fuera herida. Mi familia podía haber sido lastimada también.

Clary resopló.

—¿Qué? —dijo Tian.

—Es solo que... *nosotros* somos los que ocultan cosas de la Clave —dijo.

—Es cierto —dijo Alec—. No somos exactamente famosos por mantener informados a las autoridades de nuestros planes.

—Por ejemplo, no le dijimos al Cónsul que veníamos a Shanghái —concordó Clary—. Pensé que nos entendíamos.

Tian parecía maravillado. —Alec tu padre es el *Inquisidor*. Creo que he confiado bastante en ti considerando que apenas te conocí ayer. Wow, hoy ha sido un largo día.

—Tiene un punto —dijo Jace. Con el mango de su lanza, había empujado el hule, descubriendo una espada doble con una inmensa hoja ancha y curva, como una cruz entre una cimitarra y un machete. Con su pie sano tocó la punta con cautela—. Justo como esto ¿Clary? ¿*Dadao*?

Clary la tomó y se dirigió al otro extremo de la habitación, haciendo un par de formas para espadas de dos manos, su brillante trenza pelirroja azotando alrededor de su cabeza mientras hacía una serie de giros y cortes hacia adelante, terminando con la espada elegantemente sostenida hacia abajo. Les lanzó una sonrisa.

—Me gusta.

Jace la miraba fijamente. Alec le dio una palmada en el hombro.

—Hay algo en una chica pequeña con una espada gigante —murmuró Jace.

Clary hizo su camino de vuelta. Jace visiblemente se contuvo a sí mismo de jalarla hasta él y besarla, en su lugar fue de regreso a la pila de armas frente a él.

—Simplemente me molesta. —Le dijo Alec a Tian—. La desconfianza, los secretos. Míos, tuyos —frunció el ceño—. Se supone que los Cazadores de Sombras

son esta institución acorazada, el baluarte entre humanos y demonios, la primera y última línea de defensa. Pero en cambio, solo estamos envueltos en secretos. Solía pensar que solo era yo y mis amigos quienes le ocultaban cosas a la Clave, ¿pero saben de qué me di cuenta? Todos guardamos secretos de la Clave.

—¿Estás diciendo que simplemente debí haber confiado más en ti? —dijo Tian, sonando irritado—. ¿A pesar de que apenas te conocí?

—Sí —dijo Jace, y ambos Alec y Tian voltearon para ver que trataba de decir, sin embargo, solo había descubierto un arma, dos palos de madera enlazados con anillos de hierro. Uno de los palos era claramente un mango, mientras que el otro era mucho más corto y estaba cubierto por todas partes con pequeñas púas de hierro. Los miró con regocijo—*Morning star*.

—De acuerdo, eso es definitivamente un mayal —dijo Clary.

—Déjenme tener esta —dijo Jace—. Sería bueno en caso de que tenga que pelear antes de que mi pie se cure completamente. Puedo girar esto alrededor y mantener a los demonios lejos de mí.

—No eres inútil en batalla con un pie roto, sabes —dijo Clary—. Eres bueno con las estrategias y las tácticas.

Jace sacudió la cabeza, sonriendo: —Todos sabemos que mi rasgo más destacable es mi suntuoso y ágil físico. Sin eso —añadió—. ¿Quién soy?

Clary puso los ojos en blanco. —Eres el chico que descubrió como infiltrarnos en la fortaleza de Sebastián en Edom. Para empezar.

—Claro —dijo Jace—. Para empezar.

Clary sonrió. —Recuerda, tu musculo más suntuoso es tu cerebro.

Tian observó su interacción anonadado.

—Por cierto, creo que no debiste de haber confiado tanto en nosotros. —Le dijo Alec—. No más de lo que te hubiéramos confiado nuestros secretos en tan poco tiempo —suspiró—. Es solo que... se pone peor, entre los Cazadores de Sombras.



Menos y menos confianza. Más y más secretos. No sé por cuánto tiempo más nuestro sistema lo pueda soportar —añadió, casi para sí mismo—. Antes de que se rompa.

Jace levantó un sorprendentemente decente arco de cuerno, con orejas curvas, dobladas y un carcaj de flechas. Se lo ofreció a Alec, quien lo tomó y dijo. —Le daré esto a Simon. Después de todo, tengo la Impermanencia Negra.

Regresaron por el transepto hacia la nave, sus pies resonando sobre el piso de piedra. Magnus rompió el silencio inesperadamente, su voz baja y firme: —Mi padre es un Príncipe del Infierno, Asmodeous —dijo a Tian.

Tian paró de caminar y parpadeó hacia él.

—Solo es algo que creo que deberías saber —dijo Magnus—. Antes de que peleemos con Samael. Ha mencionado que soy una maldición ancestral un par de veces. Y Jem dijo que Shinyun iba tras Tessa porque ella era una maldición ancestral. Me hace pensar que le importa quién es mi padre.

—Oh —dijo Tian. Lo meditó por un momento—. ¿Eso en qué afecta nuestros planes? —preguntó.

—No lo sé —respondió Magnus—. Tal vez en nada. Tal vez Samael cree que hay algún poder que pueda extraer de mí. O tal vez cree que es una especie de tío para mí. Solo, como dije, creo que deberías saberlo.

Comenzó a caminar de nuevo, y de una breve vacilación, el resto también lo hizo. Alec vio a Jace y Clary intercambiar preocupadas miradas.

—Eso es terrible —dijo Tian—. Quiero decir, para ti.

Magnus lo miró con sorpresa.

—Tú no pediste tener a un Príncipe del Infierno como padre —continuó Tian—. Y ahora probablemente significa que tendrás demonios mayores y Príncipes del Infierno molestándote como... para siempre.

—Regularmente —concordó Magnus.

—¿Qué puedes hacer al respecto? —dijo Tian.

—Nada —dijo Magnus—. Vivir mi vida. Proteger a mi familia.

—Ser protegido por tu familia —añadió Alec.

—Y amigos —agregó Clary.

Caminaron en silencio por otro momento

—Gracias —dijo Tian—. Por decidir confiar en mí lo suficiente para decírmelo. No se lo diré a nadie.

Giraron hacia el ábside, donde Simon estaba mirando por una de las ventanas hacia la nada. Isabelle estaba del otro lado de la habitación.

—Queda en ti decidir si se lo vas a contar a alguien —dijo Magnus—. Decidir en quien confiar. Así es como la confianza funciona —se detuvo—. Además, Jem estará contento de contestar algunas preguntas sobre eso. Tiene cierta experiencia en esa área.

Mientras se aproximaban al ábside, era obvio que Isabelle no estaba contenta. Observaba a Simon del otro lado del cuarto, sus cejas fruncidas en preocupación. Sus brazos estaban cruzados fuertemente contra su pecho.

— ¿Izzy? —la llamó Clary.

Alec quería ir con Isabelle, sus instintos protectores sobre su hermana golpeando, pero aún seguía sosteniendo incómodamente el arco y las flechas que había encontrado, así que fue y se las dio a Simon primero. Jace fue con él, por lo que Alec estuvo agradecido. Magnus y Tian se quedaron atrás, con incertidumbre.

—Simon —le ofreció Alec mientras se acercaban—. Te encontré un arco.

—Grandioso —dijo Simon sin voltear—. Un subvenir. Vámonos a casa.

Alec y Jace intercambiaron miradas. Jace habló primero. —¿De qué estás hablando, Simon?

—Quiero ir a casa —respondió Simon—. Ustedes deberían querer ir a casa también.



—Por supuesto que *queremos* regresar a casa —dijo Alec cuidadosamente—. Pero aún no nos podemos ir. Samael todavía tiene El Libro de lo Blanco, y necesitamos...

—Estamos todos juntos otra vez, —dijo Simon, en un tono apagado—. Estamos todos a salvo por ahora. No hay razón para quedarnos aquí.

—No tenemos como volver —dijo Alec—. Necesitamos encontrar una forma de volver.

—Ese debería ser el plan. Encontrar la manera de irnos. Después salir de aquí —miró hacia Jace esperanzado—. Regresar con refuerzos. Tú amas los refuerzos.

—Magnus aún está en peligro —dijo Alec—. Tenemos que averiguar cómo lidiar con la Espina del Sueño.

—Bueno —dijo Simon—, tal vez sería más fácil encontrar una solución en otro lugar en vez de *literalmente el infierno*.

Clary se acercó con Isabelle. Parecía cautelosa. —Simon —dijo—. Esto no es propio de ti.

—Este ni siquiera es tu primer viaje a una dimensión infernal —señaló Jace.

Simon se giró ahora, Alec había esperado ver lágrimas, considerando el tono de la voz de Simon. Pero no había lágrimas. En su lugar el rostro de Simon ardía con la furia apenas contenida.

—Es demasiado —dijo silenciosamente—. Es demasiado jugar con las vidas de las personas. —No se atrevía a verlos directamente—. Con todas sus vidas.

—Simon —dijo Clary de nuevo—. Ya hemos pasado por mucho y estamos bien. Has sido un no-muerto, has sido invulnerable. Eres una de las pocas personas con vida que ha visto un ángel y has estado en la presencia de dos Príncipes de Infierno diferentes ¡Mataste a Lilith!

—La marca de Caín mató a Lilith —dijo en un tono sin emoción—. Yo solo estuve ahí de casualidad.

—Ser un Cazador de Sombras... —comenzó a decir Alec, pero para su sorpresa Isabelle lo detuvo con una mirada.

Simon levantó la cabeza. Parecía perdido, distante. —Atravesamos el Portal, apostando que podríamos volver. Te entregaste a los demonios —añadió para Isabelle. Sonaba enfermo—. Aseguraste que podrías ser capaz de escapar. Tian pretendió traicionarnos. Apostando que podría salvar a Isabelle una vez que Samael no estuviera mirando.

—Sin embargo, todo salió bien —dijo Jace—. Quiero decir, supongo que aún no sabemos cómo regresaremos de Diyu, pero dado que hay Portales por todos lados...

—Es demasiado apostar —dijo Simon—. No pueden ganar siempre. Eventualmente pierden.

—Pero no aún —dijo Alec.

Simon echó chispas por los ojos. —En mayo —dijo con la voz temblante—. Vi a George Lovelace morir gritando. Sin ninguna razón. Bebió de la Copa Mortal y se quemó y murió. No era muy diferente a mí. No menos merecedor de la Asunción. Si algo, él era más merecedor que yo.

Nadie dijo nada.

—Fue la lección final de la Academia —dijo despacio—. Los Cazadores de Sombras mueren. Ellos solo... mueren sin razón alguna.

—Es un trabajo peligroso —dijo Jace.

—George no estaba haciendo nada peligroso —soltó Simon—. No murió en un acto noble de sacrificio; no murió porque un demonio tomó lo mejor de él. Murió porque a veces los Cazadores de Sombras mueren, y es por nada. Solo lo hacen. Esa fue la lección.

—Isabelle fue rescatada —dijo Alec—. *Tu fuiste rescatado*. Tian está bien.

—¡Esta vez! —rió Simon—. Sí, esta vez funcionó ¿Qué hay de la siguiente? Y, por cierto, la siguiente es mañana. ¿Cómo lo harán? —dijo mirándolos con impotencia—. ¿Cómo se arriesgan a sí mismos y a los que aman, una y otra vez?



Isabelle se dirigió hacia Simon y lo tomó de los hombros. Él la miró a los ojos, buscando algo ahí. Alec sabía lo que se diría a sí mismo: que esta era la labor. Que ser un cazador de sombras era una tarea dura y solitaria, que ser elegido por tal propósito era un regalo y una maldición, que el riesgo era precisamente la razón por la que era tan importante, que había peleado con Simon por años ahora y Simon era definitiva y obviamente digno de ser un nefilim. Pensó en Isabelle, su fiereza, su intensidad, su compromiso, esperaba que dijera algo como lo que el diría.

Pero no lo hizo. En su lugar puso los brazos alrededor de Simon y lo abrazó fuertemente

—No lo sé —susurró—. No lo sé. No siempre debe tener sentido, mi amor. A veces no tiene sentido en absoluto.

Simon hizo un sonido bajo y ahogado, hundiendo su cabeza contra el cuello de Isabelle. Ella lo sostuvo ahí, calmada y en silencio.

—Lo siento —dijo—. Lo siento.

—Tiene que entenderlo —dijo Alec en voz baja.

Isabelle le dio un pequeño asentimiento con la cabeza.

—Lo entiende —dijo—. Solo, denos un segundo ¿de acuerdo?

Clary mordió su labio.

—Te amo, Simon —dijo—. Los amo a los dos.

Se giró y comenzó a alejarse, los otros la siguieron: como la *parabatai* de Simon de una extraña forma era la decisión de Clary. Alec podía oír a Isabelle murmurando suavemente a Simon, hasta que se habían alejado lo suficiente que el sonido desapareció.

—Isabelle tiene razón —dijo Clary, una vez que regresaron a la nave—. Simon sabe..., simplemente está herido. Solo han pasado unos meses desde que perdió a George —se reclinó contra una de las paredes de piedra—. Desearía poder hacer más. Ser un mejor *parabatai*. Pelear a lado de alguien que amas no es solo pelear efectivamente. También es apoyarse el uno al otro cuando las cosas van mal.

—Sabemos exactamente a qué te refieres —dijo Alec, mirando a Jace—. Y eres una buena parabatai, Clary. Verlos a ti y a Simon juntos...

—Es como vernos a nosotros dos —dijo Jace señalándose a él y a Alec—. Fuerza y belleza. Perfecta armonía. Habilidad e intuición, exactamente iguales.

Alec levantó una ceja. —¿Eres la fuerza o la belleza?

—Creo que todos sabemos la respuesta a eso —dijo Jace.

—Ustedes en verdad son un grupo muy extraño de personas —observó Tian.

Jace sonrió. Alec sabía que había estado tratando de aligerar el ambiente, y que lo había conseguido.

—Tal vez deberíamos encontrar donde dormir. Pensé en las largas bancas, abajo en el otro transepto.

—¿Cómo sabremos a qué hora despertar? —dijo Alec al darse cuenta—. No es como que el sol vaya a salir aquí.

Clary se animó, sacando su estela.

—Déjame ver tu brazo —dijo. Alec lo tendió y ella dibujo en él una forma que nunca había visto antes, un círculo con un número de brazos radiante y con diferentes longitudes que se curvaban en espiral desde su centro. Clary contó en voz baja mientras lo dibujaba, luego dijo: —Ahí. Algo en lo que he estado trabajando. Runa de alarma. Se apagará en siete horas.

—O podrías usar tu teléfono —dijo Jace.

Clary se encogió de hombros. —Las runas son más confiables. Y también más geniales.

—La runa de alianza sigue siendo tu mejor trabajo —dijo Alec, sonriendo.

—No todas pueden ser salvadoras del mundo —dijo Clary—. A veces solo necesitas levantarte a tiempo.



—No, quiero decir, es sobre lo que estabas hablando —dijo Alec—. Nos deja compartir nuestra fuerza unos con los otros. No solo nuestra fuerza, nuestras debilidades también.

Clary miró a Magnus y de nuevo a Alec. Sonrió un poco, a pesar de que claramente aún estaba preocupada por Simon. —Bueno... estoy contenta de que pude darte eso.

Jace tomó su mano, atrayéndola más cerca. Sus brazos alrededor de ella. Clary descansó su cabeza sobre el hombro de Jace, y él cerró los ojos; Alec sabía lo que estaba sintiendo, porque lo sentía el mismo, cada vez que estaba con Magnus. Esa maravilla interior ante la enormidad del amor, como la alegría era tan intensa que casi rozaba el dolor. Jace rara vez hablaba de sus sentimientos, pero no necesitaba hacerlo: Alec podía leerlos en su cara. Jace había escogido amar a Clary, así como Alec había escogido a Magnus, y él la amaría por siempre y con todo su corazón.

Jace rozó sus labios contra el cabello de Clary y la soltó; ella tomó su mano. Con una sonrisa torcida, Jace murmuró un “Nos vemos” a Alec, y se dirigió con Clary a las oscuras sombras en las profundidades de la catedral.

—Supongo que debería desearles buenas noches a ustedes también —comenzó Tian, después se detuvo. Isabelle y Simon habían descendido los escalones hacia la nave. Estaban tomados de las manos, y Simon parecía un poco avergonzado.

—Lo siento por eso —dijo.

—No te preocupes —dijo Alec—. Tú mismo lo dijiste. Ha sido un largo día.

Tian y Magnus se alejaron un poco, dándole a Alec un momento con su hermana y Simon. Alec creyó ver rastros de lágrimas recientes en el rostro de Simon. No hacía que le tuviera menos respeto; de hecho, pensó que lo respetaba un poco más.

Simon lo miró fijamente.

—Creo que solo tengo que acostumbrarme a ya no ser invulnerable. No es como si ser un vampiro, o tener la Marca de Caín fuera una fiesta sin descanso, pero era una buena póliza de seguro. Ahora ya no está. —Simon enderezó los hombros—. Firmé para pelear —dijo—. Tenía tantas ganas de ser un Cazador de Sombras. Y

ahora lo soy, ahora pelearé. Sería fantástico si no tuvieras que trabajar constantemente para preservar las cosas y a la gente que amas, pero... lo haces.

—Eso es ser un Cazador de Sombras —dijo Alec.

Simon negó con la cabeza. —No, eso es ser una persona. Al menos como Cazador de Sombras mi trabajo involucra viajes exóticos y asombrosos combates mano a mano.

Isabelle lo besó en la mejilla.

—Nunca dudé que fueras rudo, cariño.

—¿Lo ven? —dijo Simon—. Mi vida es la mejor ¡Mi novia tiene un látigo en llamas! Esa es una verdadera declaración, la que acabo de hacer.

—Ustedes dos salgan de aquí antes de que mis instintos de hermano aparezcan —dijo Alec, ambos se fueron a encontrar un lugar privado para descansar.

Alec miró a su alrededor y vio a Magnus sumergido en una conversación con Tian. Magnus tenía la Impermanencia Blanca libre de su funda, Tian hablaba atentamente mientras la señalaba. Curioso, Alec fue a unirse a ellos.

Magnus alzó la mirada mientras él los acompañaba y Alec se sorprendió una vez más por los cambios en él. Su rostro parecía más estrecho, sus rasgos más afilados. Sus ojos brillaban con un verde luminoso en la penumbra. Había algo hambriento en su mirada, como un vampiro que no se hubiera alimentado en mucho tiempo.

Alec sabía que esa hambre era por el tercer golpe de la Espina del Sueño, se estremeció. Era fácil celebrar que habían rescatado a Simon, que Tian no los había traicionado, qué había rescatado a Isabelle. Que estaban, por el momento, fuera de peligro. Era fácil asumir que encontrarían una solución para Magnus, alguna forma de extraer la espina fuera de él, alguna pieza faltante en la magia. Pero Simon tenía razón: a veces las cosas salían mal. A veces había sufrimiento. A veces había muerte. Era demasiado tarde para Ragnor, para Shinyun, pero ¿Qué había de Magnus?

Tian dijo—: ¿Podría ver tu espada?



Alec se encogió de hombros y sacó a Impermanencia Negra. Se la dio a Tian, quien sostuvo ambas espadas una junto a la otra y la examinó.

—¿Saben lo que están portando? —les preguntó a los dos.

Alec pensó.

—Gan Jiang y Mo Ye... ellos dijeron que no eran espadas, eran dioses.

—Claramente son espadas —dijo Magnus—. Alec ha estado cortando demonios con la suya todo el día.

—También dijeron que eran llaves —dijo Alec.

Tian puso los ojos en blanco.

—A Gan Jiang y Mo Ye les gusta ser crípticos. Supongo que piensan que es su privilegio, dado a su edad. No sé a qué se refieren con que son llaves —admitió—. Pero si son dioses. Quería hablar sobre eso con ustedes antes... —se interrumpió, sin decir, antes de que Samael revelara que estaba trabajando para él—. Pero si estuviéramos dirigiéndonos a una lucha... deberían saber algo sobre lo que son. Podrían ser nuestras armas más poderosas en este lugar.

—Tal vez sea una pregunta estúpida —dijo Alec—, pero si son espadas ¿Cómo pueden también ser dioses?

—Los Heibai Wuchang —dijo Tian—, fueron un dios en negro, y un dios en blanco, hace mucho tiempo, eran los responsables de escoltar a los de la muerte a Diyu. Hay cientos de historias sobre ellos por toda China, pero son de mucho antes de los nefilim, así que no sabemos cuáles son ciertas, si alguna lo es.

—Todas las historias son reales —murmuró Alec para sí mismo, Magnus lo escuchó torciendo su boca en una pequeña sonrisa.

—Las hadas dicen que los Heibai Wuchang se cansaron de ser constantemente molestados por los mortales, quienes los buscaban para pedirles que les concedieran deseos, así que se convirtieron en estas espadas. —Tian sacudió la cabeza—. No sé qué significa que los hayamos traído de vuelta a su hogar original en Diyu, sin

embargo, si los herreros pensaron que era prudente hacerlo, deben haber tenido una razón.

—¿Tal vez creyeron que las espadas podían herir a Samael? —sugirió Alec.

—¿Tal vez abren una puerta y pateamos a Samael por ella? —ofreció Magnus.

Tian dijo: —No lo sé. Solo pensé que debían saber lo que están empuñando. A quienes están empuñando —levantó la espada negra y se la tendió de regreso a Alec—. Fan Wujiu. Significa: *no hay salvación para los malhechores* —le tendió la espada blanca a Magnus—. Xie Bi'an: *vayan en paz, todos aquellos que desgravan*.

—Un poco de contradicción entre ellas, ya veo —dijo Magnus.

No obstante, Tian negó con la cabeza: —No lo creo. En algunas historias se refieren a ellos como un solo ser. Lo que sea que sean, están supuestos a estar en equilibrio el uno con el otro.

—Aw, justo como nosotros —dijo Magnus guiñando un ojo a Alec.

Alec *de verdad* creía estar en equilibrio con Magnus, al menos bajo circunstancias normales ¿Pero era cierto? La espina había invadido el cuerpo de Magnus, lo había manejado de acuerdo con su voluntad, a la voluntad de Samael, Alec se recordó a sí mismo. Magnus seguía siendo Magnus, por supuesto, pero estaba cambiando, y no sabían si había una manera de traerlo de regreso.

Alec tomó a Impermanencia Negra, Fan Wujiu, de regresó y le dijo a Tian

—Gracias. Ahora estoy preparado en caso de que mi espada de pronto se convierta en un chico.

Tian contestó: —Nunca lo sabes. —Miró hacia el espacio abierto de la catedral extendiéndose detrás de ellos—. Deberíamos descansar un poco. Esta podría ser nuestra única oportunidad antes de que regresemos a la pelea.

—No habrá muchos lugares cómodos aquí para cerrar el ojo —dijo Magnus.

Tian dijo desdeñosamente: —Somos Cazadores de Sombras. Podemos arreglárnoslas para descansar incluso en las profundidades del Infierno.



Hizo su camino hacia los escalones y desapareció dentro de la iglesia. Alec se giró hacia Magnus. —¿Deberíamos encontrar un sitio para dormir también?

—Vamos —dijo, un pequeño destello en su ojo.

\* \* \*

LOS DEMÁS SE HABÍAN IDO hacia los extremos del piso principal de la catedral, al parecer, así que Magnus dirigió a Alec abajo, hacia las bóvedas. Magnus encendió una esfera de luz para guiarlos por los escalones de piedra a una pequeña habitación en el pasillo que se extendía a lo largo del edificio. La esfera de luz era brillante y de un color escarlata, que borraba el color en el rostro de Alec mientras caminaba junto a Magnus, en silencio y pareciendo perdido en sus pensamientos.

El cuarto era probablemente una oficina, en la catedral real, pero aquí en Diyu era simplemente otra habitación vacía con piso de mármol y paredes de piedra blanca deslavadas.

—Acogedor —dijo Alec—. ¿Crees que puedas aparecer unas cómodas mantas?

Magnus arqueó una ceja. —¿De dónde, exactamente? Traje el arroz y el agua de ofrendas para los muertos, pero las cosechas son escasas aquí para artículos de lujo.

Alec se encogió de hombros. —¿El... Infierno de las Mantas Suaves?

Magnus lo pensó. —Podría .... ¿invocar una de esas aves de nueve cabezas y tratas de arrancarle las plumas? No, probablemente no olerían muy bien. *Espera.*

—¿Qué?

Magnus rio para sí mismo e invocó una manta de alguien en el único lugar de Diyu cuyo ocupante sabía que priorizaría una placentera experiencia para dormir.

Un edredón de brocado rojo apareció en la habitación junto con una bocanada de humo carmesí. Estaba forrado con borlas de oro.

—¿Es una coincidencia —dijo Alec—, que el edredón sea del mismo color de tu magia?

—Yo... no lo sé —dijo Magnus.

Invocó un par de almohadas también. Alec lucía complacido.

Se acomodaron en el suelo y se colocaron en sus usuales posiciones para dormir. Extraño, posiciones para dormir, pensó Magnus. Se establecen al comienzo de una relación, cuando ninguno está pensando en ello, luego se establecen para siempre. Pero ahora era cierto: si Magnus estaba en la cama, siempre y cuando estuviera Alec acostado directamente a su derecha, había algo de casa, dondequiera que estuviera.

—Antes de que apagues la luz —dijo Alec.

Magnus esperó por el resto, sin embargo, cuando no lo oyó dijo: —¿Sí? —Alec parecía dudoso—. ¿Qué pasa? —comenzaba a alarmarse un poco.

—Antes de que vayas mañana... como cebo.

Magnus parpadeó un par de veces. —¿Estas teniendo problemas para acomodar tus pensamientos?

—No —dijo Alec, sonando apagado—. Creo que deberíamos usar la runa de Alianza.

—¿Cuál runa de Alianza?

—La runa de Alianza —dijo Alec—. La runa de Alianza de Clary. Que permite que un Cazador de Sombras y un Subterráneo se emparejen y compartan su poder.

Clary había inventado la runa de Alianza tres años atrás, en la Guerra Mortal, para darles a los Cazadores de Sombras y Subterráneos la habilidad de pelear como una pareja, compartiendo sus habilidades y sus fortalezas. Magnus recordaba vívidamente la víspera de la batalla años atrás. Había estado temblando de los nervios, la perspectiva de su muerte en el campo de batalla antes que él, se había sentido lleno de dolor. Le había dicho a este joven Cazador de Sombras que lo amaba, pero no sabía si este Cazador de Sombras sentía realmente algo por él, ya fuera que su relación pudiera durar o si era tan imposible como temía.



Había observado la runa formarse en su propia piel, las líneas intrincadas y curvas de una runa angelical algo que nunca pensó que podría portar.

Pero ahora, era el turno de Magnus de decir. —No.

—No tienes por qué hacer esto solo —insistió Alec—. Deberías tomar algo de mi fuerza. Yo debería tomar algo de la carga de la espina.

—No tenemos idea de lo que eso haría —dijo Magnus—. Que significaría para ti tomar algo de esta magia rara. Estar conectado con Samael de alguna manera, y tu estas lleno de, tu sabes, magia de ángel. Podrías explotar.

Alec parpadeó.

—Probablemente no *explotaría*.

—¿Quién sabe lo que podría pasar? Ninguno de los dos es exactamente un experto en este particular artefacto mágico.

—De igual manera —dijo Alec con necesidad—. Creo que deberíamos hacerlo. —Cuando Magnus no dijo nada, añadió—. Si voy a dejarte ir y demandar ser atacado, al menos déjame compartir algo del dolor contigo.

Magnus miró a Alec a los ojos: —Si algo me pasa a mí —dijo en voz muy baja—, Max te necesitara.

—Si nos ponemos la runa y algo va mal —dijo Alec—, la quitaremos. Estará bien. Magnus suspiró.

—Tengo que acceder a esto —dijo—, porque dije que “estará bien” sobre lo de la batalla y tu estuviste de acuerdo ¿cierto?

—Algunos podrían considerar eso un argumento válido, sí —dijo Alec.

Magnus estiró su brazo: —De acuerdo ¿Por qué no hacer otra cosa totalmente irresponsable antes de que se acabe el día?

Alec dibujó los trazos de la runa con atento cuidado, Magnus sintió la misma sorpresa que hace años atrás, la misma calma del miedo. En la víspera de la batalla,

en medio de la oscuridad girando en una extraña ciudad infernal: no hacía una diferencia el dónde estaban. Lucharían, vivirían y morirían juntos.

Mientras Alec terminaba el último giro de la runa en su propia piel, Magnus lo observó cuidadosamente. Después de un momento dijo—: ¿Cómo te sientes?

Alec parecía vacilante. Levantó su brazo y los sostuvo para que Magnus viera. La runa del Poder Angelical en el interior de su antebrazo brillaba, en un oscuro, pero definitivamente color rojo.

—Esto es nuevo —dijo.

—¿Algo más?

Alec esperó. —Nada —dijo—. Me siento bien. —Experimentalmente, dibujo una runa de conciencia en el mismo brazo, una simple curva y una línea. Ambos lo vieron un largo rato, pero simplemente parecía una runa regular comportándose de manera normal.

—Parece estar bien —dijo Magnus.

—Lo hace —murmuró Alec. Después se inclinó hacia adelante para besar a Magnus.

Magnus le regreso el beso, esperando un simple beso de buenas noches, pero en su lugar Alec se estiró y enredó sus manos en el cabello alborotado de Magnus, jalándolo más cerca y profundizando el beso en algo mucho más fuerte, algo salvaje, casi feroz.

El brazo de Alec descendió y se enredó alrededor de la cintura de Magnus, empujando a su novio sobre él. Magnus gruñó bajo su garganta: la sensación del cuerpo de Alec estirándose contra el suyo lo volvía loco siempre. Besó a Alec profundamente, deleitándose con el roce de su barba, la suavidad de sus labios; Alec jadeó y se aferró a la espalda de Magnus, acercándolo más, lo más cerca posible.

Magnus se detuvo. —¿Cómo te sientes? —dijo, sus labios moviéndose contra los de Alec.

Alec pensó. —Preocupado por ti.



—No —dijo Magnus, girándolos a los dos, para que Alec estuviera encima de él—. Quiero decir ¿Cómo te sientes con esto?

Deslizó una mano abajo e hizo una cosa que sabía que a Alec le gustaba.

—Ohhh —dijo Alec—. ¡Oh! Uh, definitivamente esto está interesante. Sin embargo, sigo preocupado por ti —añadió. Sus hermosos ojos parecían ver directamente dentro de Magnus—. Solo tenlo en mente. Tu eres mi corazón, Magnus Bane. Mantente completo, por mí.

—Anotado —dijo Magnus, haciendo lo que sabía que le gustaba a Alec de nuevo, luego apagó la luz.

# HEIBAI WUCHANG

Traducido por: Ale Blackthorn y Katvire  
Corregido por: ♥Herondale♥

NO ERA TRAICIÓN, se dijo Magnus a sí mismo; no realmente. Pero sabía que nunca tendría la oportunidad de hacer lo que quería hacer con los Cazadores de Sombras junto a él. Probablemente podría haberlos convencido de dejar a Alec y a él ir juntos, pero... por mucho que no quisiera admitirlo, Alec también sería una carga para lo que tenía en mente.

Y Alec nunca lo dejaría ir por su propia cuenta.

Alec tendría razón, probablemente.

Pero Magnus sabía lo que estaba haciendo. Al menos, pensó que sabía lo que estaba haciendo.

Alec dormía en la negrura de la oficina de la catedral. Habían pasado quizás cinco horas desde que se habían quedado dormidos, pero cuando Magnus se despertó, lo había hecho sintiéndose energizado, descansado y listo para irse.

Iría y volvería antes de que Alec se diera cuenta, se dijo a sí mismo.

Magnus siempre había sido bueno viendo en la oscuridad, y en los últimos días su visión se había vuelto aún más aguda. No necesitaba iluminación para guiarse mientras se vestía en la habitación oscura, cuidando de permanecer en silencio mientras se ataba la funda al hombro.

Con un gesto, una superficie oscura apareció delante de él, un reluciente espejo. En ese cristal oscuro, Magnus vio su propia cara. Vio la oscuridad retorciéndose en su cuello y en sus ojos. Lo peor era el brillo afilado de sus dientes, la manera en la que parecían tirar de su cara en una nueva forma.

Magnus conocía una historia mundana sobre un espejo de bruja que se había roto en varios pedazos: cuando una de esas piezas penetraba en el corazón de un



niño, su corazón se convertiría en hielo. Podía sentir la magia de la espina retorciéndose en su pecho, como si fuera una llave abriendo una puerta que había tratado de mantener cerrada. No necesitaba mirar hacia sus manos para ver que sus venas se estaban volviendo negras y rojas, o que las marcas de cadenas se estaban volviendo más fuertes. Podía sentir la sutil y terrible alteración de sí mismo mientras a su vez su sangre cambiaba.

Tenía que hacer *algo*. Esto era algo.

Antes de que irse, extendió una mano e hizo un gesto hacia sí mismo. Lentamente, sin hacer ningún ruido, la Impermanencia Negra<sup>66</sup> se elevó en el aire de dónde Alec la había puesto cuidadosamente junto a él. Cuidando de no molestar a Alec o siquiera mover las cobijas, Magnus movió la espada hacia el aire y esta flotó hacia él. Contuvo la respiración, pero en un instante Fan Wujiu estuvo en sus manos. Aguardó a ver si explotaría; los herreros no habían dicho nada sobre ser digno de empuñar las dos espadas a la vez.

Nada ocurrió. Tal vez era la runa de la Alianza, pensó, era la que lo hacía capaz de empuñar la espada de Alec. Quizás las reglas eran más permisivas de lo que algunas hadas habían dejado ver. Tal vez eran ambas cosas. Comenzó a respirar nuevamente y cuidadosamente puso a la Impermanencia Negra en su espalda, junto a su gemela.

En la puerta se volvió y observó a Alec. Y en la parte superior de las escaleras que daban a la nave, miró por un largo rato la respiración tranquila de Xujiahui. Estaban en las profundidades del infierno, y esta catedral era solo la sombra de algo real. De todas formas, Magnus sentía un atisbo de la santidad, de la fe como una luz en la oscuridad. Impregnaba la nave de la iglesia, incluso aquí un santuario. Probablemente, su último santuario.

---

<sup>66</sup> \*N.T. Black Impermanence es una especie de Dios con forma de espada.

\* \* \*

CUATROCIENTOS AÑOS ANTES, MAGNUS había tenido un solo amigo en el mundo: Ragnor Fell. Ragnor le había enseñado lo que ser un brujo significaba: poder, sí, la habilidad de torcer el espacio y el tiempo a tus propios fines, sí, pero también significaba soledad, daño constante, una vida de errante. Un brujo nunca encontraría una cálida bienvenida, Ragnor le había dicho. Incluso otros subterráneos no confiarían en él. Los Cazadores de Sombras podrían capturarlo, torturarlo, matarlo con impunidad. Los vampiros tenían clanes, los hombres lobos tenían mandas y las hadas tenían sus cortes, pero un brujo siempre estaba solo.

Hubo un tiempo en el que Magnus se encontró a sí mismo en la ciudad de Leonberg. A Magnus no le gustaba Leonberg. Él había visto muy poco del Sagrado Imperio Romano, pero basado en su experiencia aquí, estaba preparado para llamarlo burdamente sobrevalorado: la temperatura fría y húmeda, la comida aburrida y seca, las personas sospechosas y religiosas. Había ido por petición de un terrateniente menor que quería ver a Magnus para aumentar su producción de cultivos y la fertilidad de sus cerdos, por mucho más dinero de lo que magia como esa requería. Magnus había realizado el trabajo en cuestión en aproximadamente quince minutos, y ahora se encontraba sentado tomando una insípida cerveza en el jardín en un insípido bar. Este bar tenía una hermosa vista de la torre prisión de Leonberg, la cual se sentaba como un troll furioso bajo un cielo grisáceo. Suspiró, bebió, soñó con magia aún no creada que le permitiría desaparecer de aquel lugar y reaparecer en un cálido y acogedor lugar, quizás en París, o en algún lugar del sur de Italia.

Su ensoñación se vio interrumpida por una conmoción que venía directamente de la prisión. Un grupo de hombres con pinta de locales estaban arrastrando a una desaliñada mujer fuera. Se la llevaron por un lado de la prisión y desaparecieron de su vista. Mientras lo hacían, Magnus notó que la mujer tenía un glamour, y bajo aquel glamour tenía la piel azul.



Le dio un sorbo a su cerveza. Su mano temblaba. En su mente, la voz de Ragnor le decía severamente que sólo podía velar por sí mismo, que no tenía nada que ganar arriesgando su propio bienestar por un extraño.

Volvió a darle un sorbo a su cerveza.

Con un abrupto y decisivo movimiento, golpeó su vaso contra la mesa, se levantó, maldijo en voz alta en malaya, francés, y árabe, y caminó con determinación en dirección a la prisión y a la bruja azul.

Siglos después, aún podía recordar sus gritos mientras su cabello se incendiaba. Echó a correr cuando escuchó la voz de un hombre proclamando severamente que por orden del judicial de Leonberg, la mujer era culpable de brujería y de bailar<sup>67</sup> con demonios, y por ello estaba sentenciada a morir por las llamas.

Había unos pocos habitantes que miraban boquiabiertos, pero la quema de brujas no era algo tan raro en estos lugares, y el día era desagradable. Nadie se interpuso en el camino de Magnus mientras cargaba contra la hoguera, que ahora arrojaba flamas anaranjadas muy por encima de la cabeza azul de la bruja. Nadie lo detuvo mientras murmuraba palabras de protección mágica, no estaba seguro de si eso funcionaría, mientras apoyaba una bota en la madera crujiente y saltó a la pira.

Su piel podía estar protegida, pero sus prendas inmediatamente prendieron fuego. Se encogió de hombros incómodamente y agarró las cuerdas que ataban a la mujer, desenvolviéndolas con chispas de magia azul. La mujer giró su mirada hacia él y observó sus ojos de gato. Ella tenía una mirada de horror cruzada con sorpresa mientras el envolvía sus brazos alrededor de ella y se preparaba para saltar fuera de la pira.

—Hola —murmuró en su oído—. Cuando choquemos contra el suelo, por favor rueda hacia adelante y hacia atrás para apagar las llamas.

Sin esperar por su respuesta, saltó, llevándosela consigo. Cayeron dentro de un frío charco de lodo al lado de la hoguera. Aunque apagó las llamas, cuando se

---

<sup>67</sup> N.T. Originalmente viene de la palabra «Carvoting» que vendría a usarse para referirse a un baile sensual o a un baile extremadamente emocionante.

levantaron sus prendas estaban ennegrecidas y cayéndose a pedazos, un desenlace que Magnus no había anticipado. Él podía, por supuesto, invocar nueva ropa, pero estas no se veían como el tipo de personas frente a las cuales sería inteligente hacer magia.

Los soldados que estaban supervisando la ejecución parecían haberse congelado en un gran desconcierto, pero ahora se estaban recuperando y sacando sus espadas.

Magnus miró hacia la mujer.

—¿Ahora qué? —Gritó por encima del clamor del fuego y las exclamaciones de la multitud.

La mujer lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Ahora qué? —gritó ella—. ¡Este es tu rescate!

—¡Nunca he hecho esto antes! —gritó él de vuelta.

—¿Qué te parece si *corremos*? —sugirió la mujer. Magnus la miró estúpidamente por un momento, luego ella negó con la cabeza—. Oh, Dios, ¡He sido rescatada por un idiota! —Se volvió hacia la multitud y extendió sus manos, olas de humo azul comenzaron a emerger desde sus palmas, esparciendo oscuras nubes rápidamente. Los soldados gritaron y se veían aún más confusos.

—¡Sí! ¡Excelente idea! —dijo Magnus. La mujer puso los ojos en blanco y comenzó a correr. Magnus la siguió, preguntándose qué tan rápido podrían encontrar un refugio y si su sastre en Venecia tendría suficiente de ese material brocado como para hacerle un reemplazo de su abrigo.

Ragnor se encontró con ellos algunas horas más tarde, en una taberna de camino a Tübingen. Para ese momento ya habían encontrado nuevas prendas y Magnus había aprendido ciertas cosas sobre la mujer que había rescatado. Su nombre era Catarina Loss, había venido a Leonberg a tratar un brote de plaga; había sido vista colocando sus manos brillantes sobre un paciente y había sido inmediatamente arrestada como una bruja. En Leonberg, explicó ella, estaban locos por la quema de brujas.



—En todas partes de Europa están locos por la quema de brujas —dijo Ragnor, con un temperamento enfermizo. Estaba enojado con Magnus, pero claramente también le gustaba Catarina, y los dos habían entablado una agradable relación rápidamente como Magnus había hecho con cualquiera de ellos. Desafortunadamente, su tema favorito era cuán de estúpido había sido Magnus al realizar aquel rescate.

—¡Te salvé la vida! —protestó.

—Y fue un rescate tan discreto y cuidadoso —dijo Ragnor—. ¿Cómo crees que te encontré? En cuestión de minutos toda la zona estalló con los rumores de un mago malvado que se movía por el cielo de Leonberg en una nube negra, volando entre las llamas y sacando del fuego a una horrible bruja con la intención de salvarla.

—Entonces nos mantendremos fuera del Sagrado Imperio Romano por un tiempo. —Magnus se encogió de hombros, sonriendo.

—No voy a extrañarlo.

—Abarca la mitad de Europa, Magnus.

—Europa está sobrevalorada.

Catarina interrumpió esto para poner una mano en el brazo de Magnus.

—De todas formas, gracias, de verdad —dijo—. Es horrible ser brujo en estos tiempos.

—Soy bastante nuevo en esta actividad —expresó Magnus—. Pero Ragnor dice que debemos seguir nuestros propios caminos.

—Sin embargo, podemos salvarnos mutuamente —dijo Catarina—. Ya que nadie más nos salvará. Ni otros subterráneos, ni mundanos, y ciertamente no los Cazadores de Sombras.

—Que se pudran todos en el infierno —agregó Ragnor. Pero su expresión se suavizó—. Iré a buscarnos algo más para beber. Y no estoy en contra de viajar juntos, por seguridad. Por ahora. Generalmente no me gusta hacer amigos.

—Y, aun así —dijo Magnus—, fuiste mi primer amigo.

Catarina le dio una pequeña sonrisa.

—Tal vez yo también pueda ser tu amiga. Alguien tiene que evitar que hagas el ridículo.

—Escucha, escucha —dijo Ragnor, vaciando su vaso—. Eres un idiota.

—Me gusta —le señaló Catarina a Ragnor—. Hay algo de virtud en alguien que no se aleja del peligro, incluso cuando debería. Alguien que ve el sufrimiento y siempre elige sumergirse en las llamas.

Por la mañana, todos eran amigos. El mundo entero había cambiado desde entonces, pero eso no había cambiado.

\* \* \*

EL CONOCIMIENTO DE MAGNUS SOBRE LA GEOGRAFÍA DE SHANGHÁI estaba un poco oxidado, y daba vueltas en el espacio sin estrellas de Diyu, pero como aparentemente ahora podía volar, se dejó llevar a la deriva por la ciudad hasta que encontró lo que buscaba.

El templo era pequeño y, como todo lo demás en Diyu, estaba en ruinas. Había sido un edificio sencillo al empezar, una simple estructura de una habitación de paredes de ladrillo teñidas de ocre, techo liso y sin decorar. En la actual Shanghái, probablemente habría sido construido para una sola familia.

Había una marca a un costado, una raya de pintura negra que le resultaba familiar. Era el mismo diseño que había sido pintado a un lado en el complejo de apartamentos moderno al que la runa de búsqueda los había llevado, en su búsqueda inicial de Ragnor.

Magnus subió los escalones y se asomó a la puerta principal abierta.



En el interior la habitación estaba bastante vacía. Una lámpara de aceite colgaba del techo, iluminando la sencilla silla de madera donde Ragnor se sentaba, deslumbrante, en una túnica raída ceñida sobre sus pantalones. Evidentemente había estado esperando a Magnus.

—Me has robado las mantas —dijo amargamente.

—Y un par de almohadas —respondió Magnus—. ¿Sabes lo difícil que es encontrar cualquier tipo de telas en este lugar?

—Lo sé muy bien —dijo Ragnor—. A menos que te guste dormir en viejos tapetes ásperos con manchas de sangre.

Magnus miró más de cerca alrededor de la habitación. Había una simple tarima en un rincón, que Magnus supuso había sido la cama de Ragnor antes que robara toda la ropa blanca de ella. Había una pequeña mesa de madera, en la que estaba, sin sorpréndele, el Libro de lo Blanco. La silla de Ragnor se ubicaba frente a la puerta principal, como si Ragnor hubiera estado sentado y esperando durante horas. Podría haberlo estado.

Magnus estaba de pie en la puerta. No había hecho un plan que fuera más allá de esto.

—Jamás hubiera imaginado que lo harías —dijo con cautela—. Tomar la tercera espina por tu propia voluntad, quiero decir.

—Siento decepcionarte. —Los ojos de Ragnor brillaban—. Cuando llegó el momento, decidí que no quería morir. Y tú tampoco deberías.

—Bueno —dijo Magnus, mirando el interior sucio del templo

—Ahora que he visto las ventajas que vienen con el trabajo, ¿cómo podría resistirme? —Ragnor suspiró. Magnus no pudo soportarlo más.

—Cuando fingiste tu muerte. En Idris. Me dijiste que te pondrías en contacto conmigo —soltó—. Y no lo hiciste. Asumí...

—Asumiste que Samael me había atrapado —dijo Ragnor—. En efecto, tenías razón.

—Asumí que estabas muerto —dijo Magnus.

Ragnor se encogió de hombros.

—Podría haberlo estado. Durante un tiempo, bien podría haber estado.

Era tan extraño, hablarle a Ragnor de esta manera. Sonaba como... bueno, sonaba como *Ragnor*, el primer y más antiguo amigo de Magnus, que había hecho más que nadie para convertir a Magnus en lo que era. Pero Magnus podía ver el palpito de luz roja brillando en el pecho de Ragnor, y sabía que por más rudo y familiar que fuera el comportamiento de Ragnor, se había convertido en la criatura de Samael, quizás para siempre.

Su curiosidad era demasiado grande para no continuar esta conversación, aunque sabía que no tenía tiempo, tal vez Shinyun o Samael ya sabían que estaba aquí. Pero tenía que saberlo. La pregunta le había carcomido durante demasiado tiempo.

—¿Qué pasó? —demandó.

—Shinyun pasó —dijo Ragnor—. Toma asiento.

Había otra silla de madera junto a la puerta abierta, y Magnus la arrastró y se sentó frente a Ragnor, como si lo estuviera entrevistando en un programa de entrevistas.

—Samael me estaba buscando —comenzó Ragnor—. Estaba mayormente en el Vacío, y buscando un reino demoníaco en el que pudiera incorporarse y desarrollar sus planes. Mi nombre llegó a sus oídos.

—Me acuerdo —dijo Magnus—. Así que fingiste tu muerte durante la Guerra Mortal y huiste.

—Exacto. La mayoría de las personas no creían que pudiera ser el verdadero Samael el que había regresado, pero Shinyun sí. Me encontró y me metió en una jaula.

—¿Una jaula? —preguntó Magnus.



—Una jaula —confirmó Ragnor—. No fue mi momento más digno. Paso antes que Shinyun le jurara lealtad a Samael, como comprenderás. Pero ella sabía de él. Sabía cómo había sido desterrado, sabía que podía aparecer por breves y débiles momentos. Y sabía que me había estado buscando. Yo era la carnada con la que ella pensaba podía atraer su atención. —Sonrió amargamente—. Funcionó.

Magnus estaba incómodo con el concepto de «carnada» como eje central de su propio plan y el de sus amigos.

Ragnor continuó.

—Me contó cómo los había conocido a ti y a Alec Lightwood, cómo había sido rechazada por Asmodeus. Cómo, al final, te compadeciste de ella. Y en lugar de llevarla al Laberinto Espiral, o dejar que los nefilim la atraparan, Alec la dejó ir.

Magnus dejó salir una respiración profunda.

—Alec es quien la dejó ir —agregó—, porque es mejor persona que casi todos los demás que conozco. Me lo contó cuando regresamos de Italia. Creo que ambos esperábamos que Shinyun tomara esa compasión como una oportunidad para reevaluar sus elecciones. Pensar en un camino diferente al de buscar la entidad más poderosa disponible y declarar su lealtad a ella.

—Bueno, no funcionó —dijo Ragnor, de una manera tan normal para él que Magnus casi sonrió—. Shinyun interpretó que la compasión venía de ambos, y lo percibió como un mensaje claro sobre tu poder sobre ella. Una burla. Que tenías su vida en tus manos, y dejarla ir, era jugar con ella. De la misma manera que un gato juega con un ratón.

—¿Qué pensaste tú? —dijo Magnus en voz baja.

Ragnor resopló.

—Pensé que le habías hecho un favor totalmente inmerecido, y lo menos que podía hacer era mostrar algo de gratitud. No le gustó eso.

—Apuesto a que no lo hizo —dijo Magnus.

—Cuando Lilith murió, expulsó a Samael del Vacío y lo puso en los brazos de Shinyun. Por así decirlo. Él le ordenó a Shinyun que recuperara la Svefnthorn. Y ya sabes lo que pasó después. —Ragnor se movió en su silla—. Shinyun y Samael vinieron a mí juntos, con la espina. Antes que Samael me estacara la primera vez, dijo que aumentaría mi poder, y que necesitaría ese poder para encontrarle un reino. Me negué, porque en ese momento no entendía del todo el poder de Samael ni el de la espina y pensé que podría existir otro camino que no fuera el de servirle. No fue así, por supuesto.

Magnus no dijo nada.

—Me marcó por segunda vez, dibujando una cruz griega en mi corazón. Sentí que el poder aumentaba dentro de mí. Fue... una experiencia embriagadora. Me emborraché brevemente con el poder y rompí los barrotes de mi jaula. Quise escapar, pero Samael me detuvo. —Sonrió, como si sintiera nostalgia de algún buen recuerdo—. Debí imaginar que no debía desafiarlo.

—Shinyun también exigió ser estacada. Samael le permitió tomar la espina, pero le explicó la forma en que funcionaba la magia de la espina: que necesitaría un tercer golpe, para convertirse en su sirviente para siempre, o la espina quemaría su vida. Ella agarró la espina y realizó la tercera herida sin dudarlo.

—¿Y tú? —dijo Magnus.

—Me resistí, por supuesto —respondió Ragnor—. Estaba frustrado y obstinado, y aún no entendía la situación. Una vez que lo hice, tomé la espina voluntariamente. No quería morir, después de todo. —Le dio a Magnus una mirada severa

—Tú tampoco quieres morir, Magnus. No hay razón para sacrificarte por la causa de los ángeles sólo para demostrar un punto. Somos criaturas de Lilith, después de todo, tú y yo, y es apropiado que sirvamos a su eterna pareja.

—No traicionaré a Alec —dijo Magnus—. O a Max.

—No hay necesidad de traicionar a Max —se burló Ragnor—. Es hijo de Lilith tanto como cualquiera de nosotros. Él crecerá, en la Tierra de Samael. En cuanto a Alec... bueno, supongo que ese es tu error. Te dije hace mucho tiempo, muchas



veces, que la vida de un brujo es solitaria, y que pretender lo contrario sólo conduce al dolor. Y ahora aquí está esa tristeza, viene por ti como siempre supimos que lo haría.

Magnus estuvo en silencio, observando el juego de luces en el piso vacío. Después de un largo rato, Ragnor suspiró.

—El resto de la historia la puedes adivinar. Usé mi poder aumentado, encontré a Diyu para Samael, él se hizo cargo y comenzó sus preparativos para la guerra.

—Ragnor. —Magnus se inclinó hacia adelante—. Incluso si no puedo salvarme a mí mismo... puedo salvarte a ti. No tienes que quedarte aquí en Diyu. No tienes que servir a Samael, ni a nadie más. Puedo liberarte.

*Eso creo. Tal vez.* Se levantó de la silla, y lentamente sacó las dos espadas, la Impermanencia Blanca y la Negra, de donde estaban atadas a su espalda.

Tuvo un presentimiento. Un presentimiento muy vago, pero antes había actuado con menos. Sin embargo, rara vez cuando las apuestas eran tan altas.

Le preocupó brevemente que Ragnor lo atacara, pero el otro brujo no se movió.

—Si con eso quieres decir que puedes matarme, creo que descubrirás que aquí en Diyu no puedes. —La voz de Ragnor era melancólica—. Estoy bajo demasiada protección de Samael y este lugar está lleno de su poder.

—No voy a matarte —dijo Magnus, aunque tuvo que admitir que si alguien le decía eso mientras le apuntaba con dos espadas, probablemente no le creería.

—Incluso si pudieras liberarme de la espina —continuó Ragnor—, no puedes *salvarme*. He hecho demasiado, bajo el mando de Samael, para redimirme por ahora. Ni el Laberinto Espiral o Idris permitirían nunca mi libertad, aunque el Arcángel Miguel bajara y matara a Samael por segunda vez, delante de mis ojos. —Parecía curioso—. *Espero no fuera ese tu plan.*

—No —dijo Magnus. Giró las espadas de manera que las sostenía con los filos de ambas hacia el cielo—. ¿Conoces estas espadas?

—No lo hago —gruñó Ragnor—, pero apuesto que me vas a hablar de ellas.

—Esta —continuo Magnus, sosteniendo la negra—, dice que no hay salvación para los malvados. Esta —señalando la blanca— dice que los que se redimen estarán en paz.

—Así que se contradicen entre sí —dijo Ragnor—. ¿Se supone que eso tiene algún significado?

Pero Magnus no estaba escuchando atentamente. Sintió su magia fluir dentro y a través de las espadas, y pensó, *Heibai Wuchang. Maestro Fan, Maestro Xie. Su casa ha sido tomada, y la magia de la Svefnthorn fluye a través de este lugar, donde nunca quiso estar. Tu rey Yanluo se ha ido, y no volverá. Pero si sacas la espina de este brujo delante de ti, te liberaré de nuevo en Diyu, para servirte como quieras. Sólo haz esto por mí.*

Después de un momento, Ragnor dijo secamente:

—¿Se supone que algo está pasando? Tus ojos están cerrados.

Magnus sintió que las espadas se sacudían en sus manos. Sus ojos se abrieron de golpe. Se había formado un resplandor alrededor de las espadas, no el resplandor carmesí de la magia de la espina, sino algo totalmente diferente, humo blanco y humo negro mezclándose en el aire entre ellos.

Las espadas deseaban estar juntas. Magnus sintió que se acercaban una a la otra, como imanes. Observó con fascinación cómo se transformaban, de objetos inertes e inanimados a seres vivos visibles y en movimiento. Como si nunca hubieran estado inanimados, solamente durmiendo.

Magnus esperaba que no les importara demasiado que hubieran estado clavadas en un montón de asquerosos cuerpos de demonios en los últimos días.

Soltó las empuñaduras de ambas espadas, y se movieron en el aire una hacia la otra, cada una buscando a su pareja.

Se unieron por la mitad, hoja contra hoja, y luego comenzaron a doblarse y a girar una alrededor de la otra. Ragnor simplemente miraba las espadas, con una mirada de absoluto asombro en su rostro. Hizo contacto visual con Magnus, y Magnus se encogió de hombros para indicarle que tampoco sabía lo que estaba pasando.



La luz brotaba de las espadas, y al terminar de girar y retorcerse, Magnus pudo ver que donde habían estado las dos, ahora había una sola espada. Le entristeció notar que en realidad no era del doble del tamaño de las otras espadas, pero era impresionante de todas formas. Toda la empuñadura era de cuero negro brillante, con la funda tallada con formas curvas que se asemejaban bastante a los cuernos de Ragnor, (sus viejos cuernos), no las nuevas monstruosidades puntiagudas que la espina había hecho. La hoja era de acero, lisa y larga y, como Magnus podía ver, muy afilada.

Tuvo el tiempo justo para admirar la belleza de la espada antes que esta se hundiera y atravesara a Ragnor.

Ragnor fue lanzado hacia atrás, con su túnica abierta. Magnus pudo ver la tercera marca de la espina, una línea que cortaba la «cruz griega» de las dos primeras heridas. La espada se había hundido en el centro de la unión de las cicatrices, luz brillaba desde el lugar donde el metal penetró la carne de Ragnor.

Inmediatamente Magnus cayó de rodillas junto a Ragnor. Su viejo amigo parecía incapaz de verlo, sus ojos miraban al frente, su mirada en blanco. La espalda de Ragnor se dobló, y la espada comenzó a hundirse más profundamente en su pecho, deslizándose lentamente. Una nube acre de niebla roja se elevó de la herida. Se hizo más densa y espesa, y luego escurría también de los ojos de Ragnor, de sus fosas nasales y de su boca abierta.

Magnus se inclinó hacia atrás. No sabía si respirar la niebla mágica era realmente un problema, pero pensó que era mejor no arriesgarse.

La espada penetró a través del pecho de Ragnor hasta la empuñadura, y luego siguió adelante, empuñadura incluida, atravesando por su pecho como si fuera agua. La niebla roja salió de su pecho con un ataque de tos, y entonces la espada desapareció, la niebla roja se disipó, y Ragnor se quedó quieto.

Por un momento, sólo se escuchó el sonido de la respiración de Magnus, terriblemente fuerte en sus propios oídos.

Pero Ragnor no estaba muerto. Su pecho, Magnus vio, se elevaba y bajaba. No mucho. No con fuerza. Pero lo suficiente.

Después de lo que pareció un momento muy largo, Ragnor parpadeó para abrir sus ojos. Miró a su alrededor hasta que su mirada encontró a Magnus, a su derecha.

—Tú —dijo Ragnor—. Eres un estúpido idiota.

Magnus ladeó la cabeza, inseguro de lo que esta declaración decía sobre el actual estado de maldad o no maldad de Ragnor. Sí notó que los cuernos de Ragnor habían vuelto a su tamaño normal. Sus ojos y dientes, también, parecían más familiares.

—Tenías el poder de los dioses en tus manos —dijo Ragnor—. Ellos me hablaban. Podrías haberlos usado de muchas formas contra Samael. Y lo desperdiciaste, entre todas las cosas, des-espinándome a mí.

Magnus rio, incapaz de detenerse. Se inclinó y envolvió a Ragnor en un fuerte abrazo de oso.

—Supongo —dijo Magnus después de un momento—, que estás tolerando que te abracen durante tanto tiempo porque te invade tu amor por mí como tú más querido amigo y también salvador, y no porque estés demasiado débil para escapar.

—Piensa lo que quieras —dijo Ragnor.

Magnus se alejó y examinó el pecho de Ragnor desde varios ángulos. Las cicatrices de las espinas, hasta donde él pudo decir, habían desaparecido por completo. Desafortunadamente, también las espadas.

Ragnor se elevó sobre sus codos.

—La Impermanencia Blanca y Negra —dijo, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. ¿Dónde en todos los reinos de este universo las conseguiste?

—Me perdonarás —dijo Magnus—, si no te lo digo. Sólo estoy un setenta y cinco por ciento seguro de que ya no estás bajo la influencia de Samael.

Ragnor sacudió la cabeza sombríamente.



—Fue la decisión equivocada, Magnus. Salvarme. Hubiera sido mejor que usaras el poder de los Heibai Wuchang para detener a Samael, o incluso para retrasarlo o cambiar sus planes. Estaría mejor si me dejaras aquí. Te lo dije, he hecho demasiadas cosas que no pueden ser perdonadas.

Magnus levantó las dos palmas de las manos e hizo mímica para simular equilibrar una balanza.

—No hay salvación para los malvados. Aquellos que redimen, están en paz. Lo siento, Ragnor, pero los dioses de la muerte han decidido, y dicen: Ve en paz.

—¿Crees en todo lo que te dicen los dioses de la muerte? —expresó Ragnor severamente.

Magnus le ayudó a ponerse de pie.

—¿Crees que se han ido? Las... ¿las he gastado?

Ragnor dijo:

—No puedes mantener a un dios oculto, Magnus. Son la Impermanencia Blanca y Negra. Ya sabes, impermanentes. Después de un tiempo se reformarán en Diyu, estoy seguro. —Miró alrededor del templo, como si acabara de notar lo desordenado y mugriento que estaba.

—Ragnor —dijo Magnus—, ¿era absolutamente necesario robar el Libro de lo Blanco? ¿Lo exigió Samael?

Ragnor miró el Libro sobre la mesa y bizqueó, como si hubiera olvidado que estaba allí. Luego giró hacia Magnus y soltó una carcajada.

—No. Fue idea de Shinyun.

Magnus enarcó las cejas.

—¿No lo quiere?

—Bueno, no, sí lo quiere —admitió Ragnor—. Quiere que lo usemos para debilitar las guardas de la Tierra, las que se pusieron a funcionar después de intentar

invadir la primera vez. Para que pueda volver a entrar. —Dio una mirada irónica—. Pero Shinyun estaba muy interesada con la idea de recuperarlo.

—¿Porque quería venir a visitarme? —dijo Magnus.

—No todo es sobre ti, Magnus —señaló Ragnor severamente—. Aunque sí, Shinyun tiene... sentimientos complicados en lo que a ti respecta. Pero creo que quería el Libro para sus propios intereses. Puede que sea la mascota favorita de Samael, pero la conozco, y definitivamente está jugando su propio juego, separado del de Samael.

—¡Eso es exactamente lo que dije! —exclamó Magnus, satisfecho—. Dije esas palabras exactas, «jugando su propio juego». Entonces, ¿qué juego? ¿Una opción contra la posibilidad de su fracaso?

—Preparando el camino para su propio éxito —dijo Ragnor. Se puso de pie—. Mis estrellas —dijo—, no puedo creer que aceptara este tipo de alojamiento sólo porque estaba dispuesto a servir a Samael. Qué basurero.

—No puedo prometer que será más cómodo —dijo Magnus—, pero déjame llevarte de regreso a San Ignacio. Bueno, San Ignacio Inverso. Todos los Cazadores de Sombras se están refugiando allí.

Ragnor dudó.

—Supongo que debo hacerlo —dijo—. La expiación tiene que empezar por algún lado. Y Samael no va dejarme volver a casa sin más. —Parecía un poco perdido—. Mi casa... —dijo—. No puedo volver allí de todas formas.

—Vamos —dijo Magnus—. Podemos discutir tu futuro cuando lleguemos allí.

Ragnor recuperó el Libro de lo Blanco. Lo colocó en las manos de Magnus, y este lo tomó. No sentía que finalmente estuviera recibiendo una de sus posesiones de regreso; sentía que era sólo la última vez que se le ponía esta carga sobre sus hombros. Sin embargo, cuidadosamente encogió el Libro a un tamaño manejable y lo guardó en su bolsillo.



Tan pronto como se fueron por el sendero lejos del templo, Magnus pudo notar que Ragnor estaba en un estado de debilidad. Caminaba lentamente y movía sus pies con cuidado, como si no estuviera seguro de que le obedecieran.

Después de unos minutos de caminar en silencio, en la oscuridad, con Magnus al menos bastante seguro de que iban en la dirección correcta, Ragnor habló.

—Magnus, no conozco ninguna forma de deshacer el daño de las espinas. Ahora que las espadas se han ido, no sé cómo podrían retirarse de ti. O Shinyun, dado el caso, aunque no es que quiera que se la quiten. Pronto tendrás que elegir entre unirme a Samael o morir.

—Entonces moriré —dijo Magnus.

—No lo harás —dijo Ragnor con un suspiro—. Nadie elige morir, cuando hay una elección de vivir. Tú reflexionas. Justificas.

Magnus no dijo nada. Hubo un cambio en el aire muerto de Diyu. Donde antes todo había sido quietud y silencio agobiante, ahora se había formado un ligero viento. Emitía un ligero ruido en el silencio, y un incómodo aire caliente en ráfagas irregulares alrededor de la cara de Magnus. Ragnor también lo notó, su cabeza se levantó cuando empezó, pero después de un momento sus ojos volvieron al suelo y volvió a caminar.

—Así que —dijo Ragnor—, Max. —Se aclaró la garganta—. Tu hijo.

—Se llama así por el hermano de Alec —dijo Magnus—. El que fue asesinado por Sebastian.

Ragnor le dio una mirada irónica.

—¿Sabías que Samael apareció en primer lugar porque intentaba contactar con el hijo de Valentine Morgenstern, Sebastian? Lilith sugirió que Samael lo buscara. Dijo que tenían objetivos similares. De todos modos, al parecer Sebastian estaba muerto mucho antes de que Samael lo encontrara. Eso habría sido interesante.

—«Interesante» es una forma de describirlo —dijo Magnus. Hizo una pausa—. Ragnor. Una cosa que sucedió, que probablemente no sabes. —Sólo tenía que decirlo rápidamente—. Rafael... murió.

Ragnor dejó de caminar, y Magnus se detuvo a su lado. A su alrededor soplabla el débil y seco viento de Diyu, que olía a hierro y carbón.

—El hijo de Valentín, Sebastián —dijo Magnus—. Él... se hizo cargo de Edom.

—Oh, lo sé —dijo Ragnor, con las cejas levantadas—. No escuché el final de eso. ¿Crees que Samael estaría aquí si pudiera estar en Edom? Le encanta el lugar. Pero... Rafael.

Magnus respiró profundamente.

—Sebastian nos tenía a ambos prisioneros. Ordenó a Rafael que me matara. Rafael se negó. Sebastián lo mató. —Miró a Ragnor, que parecía estar pasando por todas las etapas del duelo a la vez, su expresión viéndose rápidamente aturdido por la sorpresa, la pena, la ira, la reflexión y la aceptación.

—Estaba pagando su deuda conmigo, dijo. Por haberle salvado la vida.

Ragnor tomó una larga respiración y se recompuso.

—Toda guerra tiene un registro de muertes —dijo amargamente—. Y si vives lo suficiente, verás que muchos amigos se convierten en parte de ese registro de muertes. Pobre Rafael. Siempre me gustó.

—Siempre le gustaste —dijo Magnus.

—Siento —continuó Ragnor tras un momento de silencio de ambos, el aullido del viento caliente de Diyu el único sonido del mundo—, que es bueno que Samael no haya podido conocer a Sebastian.

—No sé si hubieran llegado a entenderse —dijo Magnus—. Ninguno de ellos es exactamente bueno para trabajar en equipo.

—¿Cómo llegaste a adoptar a Max?



—Es una larga historia —respondió Magnus—, que te contaré en su totalidad una vez que salgamos a salvo del infierno.

—Bueno, cuenta la versión corta —dijo Ragnor con impaciencia. Empezó a caminar de nuevo, y Magnus lo siguió.

—Otro bebé brujo abandonado —dijo Magnus de golpe—. Otro padre aterrorizado. Dejaron una nota que decía: “¿Quién podría amarlo?”.

Ragnor resopló.

—La historia más antigua de los brujos.

—Lo dejaron en la Academia de los Cazadores de Sombras —dijo Magnus—. Yo era un maestro invitado. Terminamos regresando a casa con Max.

—En verdad —dijo Ragnor—, esta es la cúspide de tu tonta abnegación por rescatar gente.

Magnus le dio una mirada incrédula.

—Tú eres el que habla.

—No es que no esté agradecido —aclaró Ragnor.

—Eso no es lo que quiero decir —dijo Magnus—. No digo que *ahora*. Me refiero a mira quien habla porque hace cientos de años *me* rescataste. Idiota.

El viento estaba aumentando y, se estaba volviendo preocupantemente más caliente. Caminaron por las calles oscuras, pasando por cascarones de edificios negros y vacíos que Magnus no pudo identificar, presumiblemente, coincidían con edificios de Shanghái, pero aquí estaban en completa oscuridad y apenas se podían distinguir del paisaje que los rodeaba.

Ragnor dijo bruscamente.

—Bueno, al menos es un brujo más que crecerá con padres cariñosos que saben sobre el Submundo. —Magnus sabía que viniendo de Ragnor, esto era un elogio cariñoso—. Sin embargo, lástima por la influencia de los Cazadores de Sombras.

—Hola —dijo Magnus—. Si sabes... fui educado por los Hermanos Silenciosos.

—Sí, y mira cómo *ha* resultado —dijo Ragnor.

Magnus se quedó en silencio por un tiempo y caminaron. Incluso aquí en el Infierno, había algo agradable al caminar junto a Ragnor, como lo habían hecho tantas veces antes. Incluso con la espina que le quemaba el pecho, incluso sin un camino claro de vuelta a casa.

—Creo que deberías saberlo, me voy a casar con Alec —dijo después de un tiempo.

Ragnor levantó las cejas.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Todavía no. Los Cazadores de Sombras no lo reconocerán, pero esperamos que eso cambie.

—¿Cómo podría cambiar? —cuestionó Ragnor en un tono despectivo.

—Porque lo cambiaremos —respondió Magnus.

Ragnor sacudió la cabeza. Parecía cansado. Magnus sospechó que, en algún momento, todo el horror de lo que había hecho afectaría a Ragnor. Ahora mismo parecía estar bloqueado por el estrés.

—De dónde sacaste tu esperanza, no tengo ni idea. Ciertamente no te enseñé eso.

—Cuando podamos casarnos y hacer que nos reconozcan, entonces lo haremos —dijo Magnus—. Sólo así. Cuando sea legal para mí casarme con Alec. Para que Tian se case con Jinfeng.

—Para que Shinyun se case con Samael —dijo Ragnor secamente, y Magnus ahogó una risa, hasta que doblaron la siguiente esquina y su risa se cortó.

Delante de ellos estaba San Ignacio. Volando.

Aquí, el viento caliente que habían sentido antes era más fuerte. Se movía alrededor de sus cabezas, desatando un caos, arrancó pedazos de la catedral y los arrojó al cielo vacío. Enormes trozos de mármol y ladrillo se liberaron, haciendo un



ruido estrepito, al chocar y destruirse. Una de las dos torres no estaba, desapareciendo con el viento. Pero lo que realmente le preocupaba a Magnus era el techo.

El techo no estaba, no, no había desaparecido. El techo ahora estaba en pedazos, flotando libremente, con enormes rocas de teja y piedra, como si alguna gran criatura hubiera venido y abierto la iglesia, como un niño desenvolviendo un regalo. Los trozos de techo flotaban con el viento, suspendidos y a la deriva. Era difícil saberlo con seguridad, pero si Magnus entrecerraba los ojos, creía ver una figura humana volando alrededor de las rocas, cayendo en picado y acercándose.

Ragnor gritó.

—¡Alec! —y Magnus miró al fondo, donde Alec, su Alec, corría a toda velocidad hacia ellos, con hollín en la cara. Gritaba algo, pero Magnus no podía entenderle.

Sólo cuando se acercó más, pudo entender.

—¡Las espadas! —gritaba—. *¡Necesitamos las espadas!*

18  
AVICI

Traducido por Helkha Herondale  
Corregido por Lady Herondale ☞

ALEC NO SABÍA QUE HABÍA sido de sus amigos. Se había despertado por un tremendo sonido, como el de un terremoto, y para cuando había subido las escaleras, el techo había sido arrancado de la catedral. Sobre él, contra la cortina de tinta negra del cielo de Diyu, dos figuras retozaban. Una de ellas era Shinyun, quien además de sus largas extremidades, le habían brotado un par de anchas alas de insecto, iridiscentes y con venas, como las de una libélula. Ella daba vueltas alrededor de las piezas flotantes del techo de la catedral, claramente divirtiéndose.

La otra figura era Samael. Era difícil pasarlo por alto, ya que ahora era fácilmente tres veces más grande que el tamaño que había tenido en el puente de hierro, flotando sobre Shinyun y sintiéndose como en casa, suspendido en el aire. Miró hacia la catedral desde arriba, ocasionalmente empujando las rocas que se interponían en su visión.

Alec había pensado que sería insensato cruzar toda la longitud de la catedral, directamente bajo la vista de Samael, para llegar a sus amigos. Tenía que esperar que ellos estuvieran buscando algún tipo de refugio. Pero, ¿dónde estaba Magnus? Se había marchado voluntariamente: su ropa y sus zapatos no estaban. Pero, ¿por qué se había llevado la espada de Alec junto con la suya?

El viento, aunque no era tan fuerte como para no resistirlo, parecía estar dañando a la iglesia, la cual se estaba comenzando a desmoronar. Alec sabía que tenía que salir del edificio, lo rodeó para evitar ser visto hasta que encontró una abertura lo suficientemente baja en las decadentes paredes. Se lanzó a través de él con una voltereta, acurrucado para proteger su cabeza. Sintió el viento caliente y corrosivo sobre él, y luego estaba a salvo.



La runa de la Alianza había ardido en su brazo, y había sentido la presencia de Magnus, no muy lejos. Podía ver el brillo de Magnus en su mente, incluso a través de la oscuridad y el viento. Corrió hacia ese resplandor.

Ahora había llegado a Magnus, y para su sorpresa, a Ragnor, quien parecía hundido y avergonzado al ver a Alec. Por un momento Alec se había preocupado de que quizás Magnus hubiera sido golpeado por tercera vez por la espina, y que estaba con Ragnor porque, como Ragnor, se había perdido. Pero luego, mientras se acercaba, Magnus y Ragnor empezaron a hablar al mismo tiempo, y estaba claro que, de alguna forma, Ragnor estaba fuera del control de Samael.

Magnus le explicó rápidamente sobre las espadas, de que habían salvado a Ragnor, y que ahora ya no existían. Cuando terminó, vaciló y dijo. —¿Estás enojado?

—Claro que no estoy enojado de que usaras las espadas para salvar a Ragnor —dijo Alec—. Estoy un *poco* enojado porque no me dijiste que te marchabas y de que no me llevaras contigo.

—No quería despertarte —comenzó Magnus, pero Ragnor lo detuvo con una mano en su brazo.

—Las riñas domésticas *más tarde* —dijo con brusquedad—. Miren. —Inclinó la barbilla hacia la iglesia.

Figuras humanas, pequeñas y distantes, estaban revolcándose de un lado al otro en la tormenta de viento de Samael, haciéndose visibles para Alec mientras se despejaban las paredes de la catedral. Se dio cuenta de que Samael estaba reuniendo a los Cazadores de Sombras para sí, arrastrándolos para que se unieran a él en el cielo teñido de fuego. Jace, Clary, Simon, Isabelle, Tian, todos identificables, más por las siluetas que hacían con sus armas que cualquier otra cosa.

—Tenemos que ir por ellos —dijo Alec.

—Puede que no tengamos otra opción —dijo Magnus. Y en efecto, Alec sintió el desagradable calor del viento a través de su cuerpo también, envolviéndose alrededor de sus piernas, tirando de él como manos insistentes.

—Espera —dijo Magnus—, voy a...

El viento levantó a Alec por los aires, el horizonte girando a su alrededor con una prisa vertiginosa. Siempre había querido ser capaz de volar, pero esta no era para nada la forma en la que se lo había imaginado. Las corrientes de aire se arremolinaban a su alrededor, haciéndolo girar como un trompo. Trató de alcanzar su espada serafín—estaba atravesada en su cinturón— pero no podía alcanzar la empuñadura.

Entonces el movimiento se detuvo, y mientras que a Alec le tomó un momento reorientarse, se dio cuenta que estaba suspendido en el aire. El viento seguía arremolinándose a su alrededor, pero al menos ya no estaba a su merced.

Miró a su alrededor y se dio cuenta que Magnus y Ragnor seguían con él, o al menos estaban cerca. Ellos también flotaban en el aire; las manos de Magnus estaban levantadas, los brazos tensos, y una luz blanca carmesí brotaba del centro de sus palmas. En la distancia, los otros Cazadores de Sombras aún daban vueltas como ropa en una secadora; Alec sabía muy bien que a Magnus le estaba tomando toda su fuerza mantenerlos a ambos estables.

Shinyun rondaba cerca, observando, pero sin participar. Alec se preguntó por qué. Seguramente estaban indefensos. Seguramente si Samael quisiera eliminarlos, ahora sería el momento...

Se volteó de nuevo para ver a Magnus. Su preocupación debió mostrarse, porque Magnus hizo una serie de movimientos de cabeza de tal forma que Alec interpretó como una señal de que estaba haciendo lo mejor que podía, pero que su magia no podía alcanzar a los demás desde aquí.

Samael estaba acercándose a ellos, con las manos cruzadas en una forma de burla a la oración. Parecía totalmente indiferente al viento, probablemente porque él era quien lo estaba causando.

«Estúpido», pensó Alec. «Nuestro plan era tan estúpido». Incitar a Samael a luchar contra ellos hubiera sido una idea terrible. Él podría parecer un mundano de buenos modales, podría hablar como un presentador de un programa de deportes, pero era —por supuesto— un demonio supremamente poderoso. No había comparación,



pensó Alec, y solo la falta de interés de matarlos de Samael los había mantenido con vida. Era un pensamiento escalofriante.

—¡Hey! —dijo Samael con un gesto, mientras se acercaba a ellos—. ¿Cómo están todos por aquí?

Antes que alguien pudiera contestar —no que Alec tuviera alguna idea de cómo hacerlo— Samael miró a Ragnor y se echó hacia atrás en sorpresa en una muestra de actuación exagerada.

—¡Santos gatos! —exclamó—. El espino se ha ido. ¿Cómo lograste ese pequeño truco? —le dijo a Magnus—. Ragnor —continuó—. ¿No la pasamos muy bien? ¿No esperabas gobernar el mundo conmigo? ¿Al menos un poco? Vamos, sí que lo querías, aunque sea un poquito.

Ragnor no parecía impresionado.

—Me mantuviste enjaulado y me apuñalaste varias veces. No era un recluta tan voluntario.

—Para ser justos —dijo Samael—, fue Shinyun quien te mantuvo en la jaula.

Se volvió hacia Magnus.

—Espero que no estés planeando quitarle el espino a Shinyun también.

—No creo que ella quiera que se lo quite —dijo Magnus.

Samael se rio.

—Tú lo dijiste, amigo. Ni siquiera la iba a espinar, ¿lo sabías? ¿Te dijo ella eso? Pensé: no hay forma de que lo soporte. Pero ella insistió. Lo exigió. ¡Lo exigió de mí, el más grande de todos los demonios!

—El segundo más grande —dijo Ragnor en voz baja.

El Príncipe del Infierno entrecerró los ojos.

—Bueno. No hablamos de él. —Miró por encima de ellos a Shinyun, flotando cerca de los Cazadores de Sombras que aún luchaban cerca de ahí.

—Saben —les confió—, si se lo permito, los mataría a todos.

Alec se aclaró la garganta.

—Entonces ¿por qué no le dejas?

—¡Oh! —dijo Samael—. Porque se me ocurrió un plan. Justo de camino hacia aquí, ¿puedes creerlo? Se apareció directamente en mi cabeza.

Agitó su brazo, y muy por debajo de ellos, el suelo comenzó a temblar. Por un momento, Alec no estuvo seguro de lo que estaba viendo, pero luego comenzó a comprenderlo. Alrededor de todos los muros de la catedral, se abrieron fisuras en el suelo. La catedral misma se inclinó moviéndose peligrosamente, y luego, con un gran estruendo, la mitad delantera y trasera cayeron contra sí en un tremendo choque. El polvo y el humo comenzaron a subir a través del caliente viento.

La catedral no tuvo tiempo de colapsar completamente. Mientras sus paredes aún se tambaleaban unas con otras, toda la extensión de tierra alrededor de ella colapsó, hundiéndose en un agujero. Una losa de tierra del tamaño de una manzana se desprendió de las calles que la rodeaban, y la catedral gimió, balanceándose mientras caía al agujero.

Aturdido por el horror, Alec la vio caer, dando tumbos a través del oscuro vacío. En el fondo de ese vacío había un lago, uno rojo y negro, como hecho de roca fundida.

La catedral se estrelló en el lago de fuego con un estruendo que siguió y siguió. Jace, Isabelle y los otros habían dejado de girar: Alec apenas podía verlos a través del humo, pero todos parecían estar viendo en silencio mientras la iglesia se instalaba en su nueva posición, con su mitad sumergida en lava, una torre rota todavía sobresalía de forma que su ángulo parecía la mano de un hombre ahogándose.

Alec miró a Samael, quien captó su mirada y movió las cejas. Alec miró más allá, a Magnus, quien continuaba con las manos levantadas, sosteniéndolos a los tres — Alec, Ragnor y Magnus— firmes en el aire.

Ahora que la nube de polvo comenzaba a extenderse a la deriva, Alec podía ver que el lago de abajo no era tan monótono como había pensado al principio. Alrededor de la catedral hundiéndose, altas columnas de piedra se elevaban por



encima de la superficie del lago, y aquí y allá plataformas de piedra conectadas por puentes y escaleras. La catedral había destrozado parte de su infraestructura, pero quedaba gran parte de ella, ahora modificada por las losas de ladrillo y mármol que eran todo lo que quedaba de ella.

—Admira —dijo Samael—. El Infierno del Abismo de Fuego. Un elaborado laberinto de torturas, donde las almas condenadas tratan de mantenerse en pie en la siempre cambiante maraña de plataformas conectadas, a medida que entran y salen de las ardientes llamas. Lo moví debajo de la catedral de aquí, solo por diversión.

Alec miró al lago debajo de él. Nada parecía moverse alrededor del lago, exceptuando la nube de polvo que se estaba disipando lentamente del impacto de la catedral. Miró de nuevo a Samael.

—Bueno —dijo Samael—, no está en funcionamiento ahora, obviamente. Ha cerrado debido a reparaciones por unos ciento cincuenta años, más o menos. Ese es el problema con Diyu. Ese es el *problema*, Ragnor —gruñó—. Se supone que genere toda esta energía demoníaca del tormento de las almas, pero la maquinaria está rota y las almas se han ido, así que *¡nada funciona!*

Con esas últimas palabras bajó la mano en un gesto violento, y las siluetas distantes que eran los amigos de Alec cayeron, cayeron a través del agujero, a través del aire, y lograron aterrizar en la cima de la torre de la catedral. Alec contuvo el aliento, pero ni siquiera tuvo que buscar dentro de sí para verificar su conexión con Jace para saber que seguía intacto: claramente los Cazadores de Sombras seguían vivos, llevados ahí a salvo por Samael. Se aferraron a la torre y la rodearon; estaban demasiado lejos de Alec para poder divisar bien lo que estaba pasando.

Samael se rio y agitó la otra mano. Por el lago, muy abajo, se abrieron tres Portales, y pequeñas figuras comenzaron a emerger de ellos. Demonios, pensó, por la forma en que se movían. Intercambió una mirada de alarma con Magnus.

—Verán —dijo Samael, como si estuviera confesando un maravilloso secreto—. Descubrí que puedo usar *sus* almas y hacer que luchen contra algunos demonios, y usar *ese* poder. No será mucho, nada como lo que Diyu debe haber producido en su mejor momento. Pero lo suficiente para hacer el Portal que quiero.

—Igual no puedes pasar por la Tierra —dijo Ragnor—. Las protecciones del Taxiarch están intactas...

Samael sonrió alegremente.

—El portal no es para mí —dijo—. Es para Diyu.

—¿Qué? —dijo Alec. Fue lo único que se le ocurrió decir en el momento.

Samael se frotó las manos.

—Así es. Necesitaré la energía de las almas de todos tus amigos para abrir un Portal *del tamaño de todo Shangai*. —Hizo un pequeño baile en el aire—. Soy un genio. De verdad lo soy. No había suficiente energía en Diyu para quebrantar la protección del Taxiarch, ¿verdad? Así que empecé a pensar: ¿Dónde puede un hombre obtener una gran explosión de energía demoníaca como esa? Estaba recopilando toda esa información de Tian acerca de las fuerzas enemigas y dónde tienen su sede y todo sobre el tema y luego me di cuenta, hey, soy *Samael*. ¡Soy el maestro de los Portales! Puedo enviar *lo que sea* a través de un Portal. Así que ¡bam! Shangai desapareció en un instante, y Diyu tomó su lugar. O al menos un trozo de Diyu del tamaño de Shangai. —Se rio—. ¡Piénsalo! Una ciudad humana entera devorada por una ciudad demonio. Absolutamente garantizada para proporcionarme suficiente energía para atravesar las barreras.

—¿Puede hacer eso? —le preguntó Magnus a Ragnor—. ¿Tragarse toda la ciudad?

Ragnor parecía enfermo.

—Definitivamente lo va a intentar.

—Por favor no hablen de mí como que si no estuviera aquí —resopló Samael—. Es muy descortés.

—También va a torturar a nuestros amigos. ¡Eso es parte de “intentarlo”! —le dijo Alec a Magnus—. Magnus, mándame ahí abajo...



—No —dijo Samael bruscamente—. Si quisiera a alguno de ustedes ahí abajo con ellos, los habría *enviado*. Nosotros tenemos asuntos pendientes —le dijo a Magnus—. Asuntos espinosos. Pero —añadió un guiño—, ¿hay de algún otro tipo?

Hubo un fuerte sonido, y Alec sintió una ráfaga de viento en la cara. El lago de fuego, las ruinas de la catedral, el resto de la sombra de Shanghái alrededor del agujero, todo se volvió negro, y por segunda vez en Diyu, Alec cayó a través de la nada, hacia la nada, rodeado de nada.

\* \* \*

ESTA VEZ CAYÓ solo por unos segundos, y cuando se detuvo, no aterrizó realmente. Estaba flotando en el aire, por encima de las ruinas de la Catedral de Xujiahui, luego estaba cayendo, y luego estaba de pie en algún otro lugar.

Miró a su alrededor. Magnus estaba ahí, y Ragnor, y —luciendo un poco desconcertada— Shinyun. Y Samael, por supuesto, quien afortunadamente había regresado a su tamaño humano.

Tan abandonado y destrozado como estaba el resto de Diyu, este lugar parecía haber sido olvidado por completo. Había silencio, como el de una tumba que había sido sellada por miles de años y que no tenía intención de abrirse de nuevo. En el Reino de abismos abandonados, Alec sabía, lo sentía en el cuerpo, que este era el más profundo y solitario.

De cerca, Shinyun tenía un aspecto parecido al de una araña, pensó Alec —sus extremidades alargadas y de múltiples articulaciones, su rostro estrecho y afilado. Su falta de expresión siempre era misteriosa, pero ahora que sus movimientos parecían menos humanos, le daban el aspecto de una criatura alienígena estudiándolos, tratando de decidir si aplastarlos. Sus ojos brillantes los miraban en la oscuridad, con su cabeza inclinándose hacia atrás y adelante como una serpiente estudiando a su presa.

No es que Magnus se viera mucho mejor. Sus ojos estaban más grandes de lo normal y parecían brillar por sí mismos. Las cadenas que lo ataban se notaban crudamente en sus brazos, y los círculos de púas ásperamente en sus palmas. También parecía alargado, como en un estilo de serpiente, más alto y delgado de lo que era.

Alec pensó que era notable que Ragnor fuera, por mucho, el más parecido a un humano aparte de él, y eso que tenía cuernos de verdad en su cabeza.

Alec no tuvo más tiempo para observaciones, porque Shinyun comenzó a gritar.

—¡El Svefnthorn gritó! —llamó al eco del vasto espacio vacío en el que se encontraban—. Me dijo... que había sido insultado. Ofendido. Herido. —Su mirada se encontró con la de Ragnor, que la miró con odio.

—Ragnor, ¿Por qué lo harías? ¿Por qué rechazarías el mayor de los regalos?

—Si mal no recuerdo —dijo Ragnor, como si el esfuerzo de hablar fuera casi demasiado para él—, rechacé tu regalo, y por igual me fue dado, sin mi consentimiento. Creo que sabrás que no es eso lo que se refiere la gente cuando dice “regalo”.

—Bueno, bueno. ¡Bienvenidos! —interrumpió Samael. Su constante tono exuberante estaba comenzando a alterarle los nervios a Alec—. Bienvenidos a Avici.

Alec miró a Magnus. Magnus asintió levemente, como si eso era exactamente lo que estaba esperando.

No era lo que Alec estaba esperando en absoluto. Lo que sabía de Avici era que se trataba del infierno más bajo de Diyu, el que estaba reservado para los peores pecadores. Dado lo que sabía de dimensiones infernales, había esperado fuego, lava fundida, los gritos de los pecadores ardiendo en las llamas purificadoras. O hielo, quizás, una extensión sin fin, con almas congeladas, inmóviles, para siempre.

Avici simplemente estaba... vacío. Estaban de pie sobre algo, de eso estaba seguro, pero ese algo era negro y sin características, indistinguible como cualquier material en particular. No era nada: no áspero, ni suave, no nivelado, ni ondulado. Estaba en todas las direcciones a su alrededor, estirado por todos lados, sin fin. En el



horizonte, solo una tenue neblina borrosa marcaba el cambio de tierra a cielo, el mismo cielo vacío que rodeaba todo Diyu.

Quizá el castigo de Avici era simplemente estar aquí, a solas, sin sonidos, ni vistas o vientos, solo suelo desnudo y cielo desnudo. Solo tú y tu mente, hasta que tu mente inevitablemente se deshaga, queme y derrita.

—Sé en lo que están pensando —dijo Samael. Estiró los brazos y adoptó una mirada perpleja—. ¿Dónde está todo?

Alec intercambió una mirada con Magnus.

—Cuando llegué aquí, también pensé eso —continuó Samael—. Pensé, ohh, muy astuto, muy bien, el peor castigo para los peores pecadores no es. —Hizo un gesto hacia arriba, presumiblemente indicando todos los otros infiernos—, que te arranquen la lengua, que te arrollen vagones o que te hiervan en calderos. Es solo estar aquí contigo mismo y nada más, ¿verdad? Pero *luego* —continuó—, pude hablar con algunos lugareños y me di cuenta que eso no era todo. Este era el... lugar de trabajo de Yanluo. Este era su taller. Lo hizo vacío para poder traer lo que quisiera, porque los que vienen aquí se han ganado torturas *personalizadas*.

Se rio, con una risa falsa y chirriante.

—Así es, para los clientes VIP, Yanluo creía en involucrarse y ensuciarse las manos él mismo. Algunos de los demonios dicen que lo hizo del negro más oscuro, de modo que no importara todo lo que hiciera aquí, o de cuantos cuerpos humanos desmantelara, mutilara, lacerara o masacrara, nada mancharía Avici.

Volvió a abrir los brazos.

—Todo es mancha, lo ven —dijo con placer.

—¿Entonces... no se queda vacío? —preguntó Alec—. ¿Traes cosas? Como... cosas de tortura.

Samael parecía ofendido.

—Yo no hago nada —dijo—. O al menos no lo he hecho. Yo no hice este reino, sabes. Culpen a Yanluo por cómo funciona. ¿De verdad pareciera que yo haría mi

infierno más profundo en un gran espacio vacío? Soy mucho más del tipo cascadas de sangre, o esculturas abstractas de vísceras. Pero para responder a tu pregunta, sí, lo excelente de Avici es que puedo traer lo que yo quiera. Por ejemplo, puedo meter a este traidor a una jaula, donde pertenece.

Hizo un movimiento teatral con las manos y aparecieron púas de hierro forjado alrededor de Ragnor. Fue rápido, pero Alec estaba sorprendido de que Ragnor ni siquiera se moviera mientras la jaula se cerraba.

—¡Ragnor! —dijo Magnus—. Sigues siendo un *brujo*, vamos. No tienes que dejarlo simplemente... capturarte.

Ragnor inclinó los ojos hacia Magnus, y Alec se sorprendió por la profundidad del auto desprecio que vio en ellos.

—No puedo —le dijo—. Merezco esto, Magnus.

—Así no es cómo funcionan las cosas —dijo Magnus, claramente frustrado—. Puedes enmendar lo que has hecho, pero no así. No dejándote atrapar.

—Te lo dije —le dijo Ragnor—. Me he traicionado demasiado ya. He ido muy lejos, he hecho muchas cosas no se pueden deshacer.

Samael los miraba a los dos de un lado para otro, visiblemente entretenido.

Las barras de hierro se cerraron por encima de la cabeza de Ragnor con un sonido metálico. Él apenas parecía registrar su presencia, mirando sin propósito a la distancia.

—Está bien —dijo Samael, como si hubiera estado esperando a que la situación de Ragnor fuera tratada—. El Libro, por favor Shinyun.

Shinyun miró a su alrededor como si no estuviera segura de sí misma.

—Ragnor lo tenía.

Samael se frotó la frente con la mano.

—En otras palabras —dijo—, ahora Magnus lo tiene.



—Quizás no —sugirió Magnus—. Quizás todavía esté en la casa de Ragnor. —Samael le lanzó una mirada fulminante, y Magnus se encogió de hombros—. Valía la pena intentarlo.

—Por favor —le dijo Samael a Shinyun—, ve a recuperar mi Libro.

Con las alas de libélula temblando en su espalda, Shinyun caminó hacia ellos. Magnus levantó una mano, con luz escarlata floreciendo en el centro.

—No te daré el Libro, Shinyun.

Shinyun siguió acercándose.

—Magnus, te conozco. Los conozco a ambos —agregó, asintiendo con la cabeza a Alec—. Tú crees en la misericordia. Crees en el perdón. Crees que no se deben hacer cosas de las cuales no puedas retractarte.

Alec estaba viendo a Samael, quien permanecía un poco apartado del resto de ellos, con los brazos doblados, mirando con gran interés. Era extraño: Alec estaba seguro de que Samael podía hacerles cualquier cantidad de cosas terribles, o simplemente voltear a Magnus y sacudirlo hasta que el Libro se le cayera. Pero no lo hacía; estaba feliz en dejar el trabajo en manos de Shinyun, aunque ella fuera mucho menos poderosa que él.

A Alec se le vino a la mente que la mayoría de las personas poderosas contra las que había luchado se esforzaban por demostrar ese poder. Valentine, Sebastian, la propia Shinyun, Lilith... ellos querían respeto. Querían miedo.

A Samael no parecía importarle nada de eso. Como si su poder fuera tan grande que no le importaba que fuera irrespetado. Como si en su mente, su victoria era tan inevitable, tan segura, que la cuestión del Libro de lo Blanco era de menor interés.

—No me atacarás —dijo Shinyun—, a menos que yo te ataque primero. Así que, ¿qué harás cuando acorte la distancia entre nosotros? —Ella estaba mirando a Magnus—, e intente tomar el libro ¿Vas a correr? No hay ningún lugar a dónde ir. ¿O me dejarás tomarlo, así como me dejaste atravesarte tu corazón con la espina?

Magnus miró a Shinyun con tristeza. Entonces un rayo de luz carmesí estalló de su palma, y Shinyun voló hacia atrás, golpeada por la fuerza de su magia.

—¡Guau! —dijo Samael—. ¿Viste eso?

\* \* \*

SHINYUN TENÍA RAZÓN: MAGNUS NO quería atacarla. Quería que entendiera que había otras formas de hacer que las cosas sucedieran sin violencia ni amenazas. Le había dado una oportunidad. Le había dado, pensó, probablemente demasiadas oportunidades. Shinyun no quería aprender. No quería cambiar.

Magnus tenía el corazón roto por lo perdida que ella estaba, lleno de compasión por la bruja, que había aprendido demasiado pronto que el mundo solo presta atención a la fuerza bruta, que la empatía era debilidad.

Pero eso no significaba que iba a dejar que se acercara lo suficiente para tomar el Libro. O que lo apuñalara con el Svefnthorn de nuevo.

Ella no estaba esperando el primer estallido de su mano, así que cayó hacia atrás. Alec cargó contra ella, alcanzando su espada serafín, pero ella rápidamente recuperó el equilibrio y se alzó en el aire. Le lanzó su magia a Alec, y una gran explosión lo hizo caer de rodillas. Shinyun bajó gritando hacia Alec, con el Svefnthorn estirado como un arma, listo para el golpe.

Magnus lanzó la espina a un lado con su propia ola de energía, y Alec rodó fuera del camino. Magnus extendió la mano para invocar algo —lo que fuera— de cualquier lado en Diyu. Una espada de un guerrero caído de Baigujing. La silla del templo de Ragnor. Un trozo de masonería de una derrumbada corte del infierno.

Nada vino. Aparentemente, el poder de invocar cosas a Avici era solo de Samael —Magnus estaba seguro de que, si Shinyun pudiera, estaría invocando demonios, lava y quién podía adivinar qué más. Samael había elegido un excelente lugar para



dejar a Magnus en desventaja. La mayor parte de la magia de los brujos no se basaba en canalizar poder puro en fuerza violenta, sino sobre manipular el mundo a tu propio beneficio. Pero aquí no había mundo para manipular. Y a diferencia de él, Shinyun tenía un arma.

Alec ya estaba de pie. Su espada serafín en su mano. Lanzó una mirada de desprecio hacia Samael.

—*Michael* —dijo, y cuando la espada ardió con una llama sagrada, Samael se estremeció visiblemente al oír el nombre del arcángel.

Magnus sintió una oleada de orgullo. No cualquiera podría disgustar a un Príncipe del Infierno con tanta habilidad.

Con la espada en mano, Alec se abalanzó sobre Shinyun por detrás, y ella despegó por los aires de nuevo, dando vueltas en un amplio arco. A su altura, dibujó una elaborada estrella en el aire con el Svefnthorn, y las llamas brotaron de él. Magnus rápidamente lanzó hechizos de protección, y el fuego rebotó sin causar daño a Alec.

Pero Shinyun seguía dando vueltas, y pronto encontraría una nueva abertura. Magnus miró a Alec y luego de nuevo a Shinyun.

—Ve —dijo Alec con urgencia—. Estaré bien.

Con la fuerza de la runa de la Alianza, la fe de Alec y la espina zumbando a través de él, Magnus se levantó en el aire.

—Mientras más uses tu magia —le dijo Shinyun—, más cerca estarás de perderte completamente. Los cambios se acelerarán.

En el vacío sobre Avici, Magnus luchó contra Shinyun. Ella estaba decidida en atacar a Alec, reconociendo que era el objetivo más débil, y también sabiendo que Magnus lo protegería por encima de todo. Magnus voló a la defensiva, interponiéndose en el camino de Shinyun, bloqueando su magia, distrayéndola. Pero con todo el poder de la espina detrás de ella, Shinyun era más que una rival para él. Y Alec no podía tocar a Shinyun a menos que ella se acercara, lo que claramente no haría.

Peor aún, mientras luchaba, Magnus podría sentir la magia de la espina entrando y atravesándolo. Le dio poder, pero un poder que le era ajeno, algo separado de él. Podía sentir su hambre, su deseo de llenarlo hasta que, inevitablemente, lo reemplazara.

—Si tan solo te entregaras a la espina —gritó Shinyun con frustración—. No habría necesidad de nada de esto.

—Sí —dijo Magnus con los dientes apretados—, ese es el punto.

Lucharon ahí, en el cielo vacío, sin poder obtener una ventaja real sobre el otro.

—¡Shinyun! —la llamó Samael—. He notado que aún no tienes el Libro de vuelta. ¿Necesitas ayuda?

—¡No! —le dijo Shinyun enojada. Magnus aprovechó la oportunidad para hacerla perder el equilibrio.

—No lo sé —dijo Samael—. De verdad parece que Magnus lo mantiene alejado de ti. Déjame darte una mano.

—¡No! —gritó Shinyun de nuevo, pero Samael ya estaba extendiendo su mano, y mientras él permanecía en su sitio, creció y se extendió agarrando a Magnus, bajándolo del cielo y aplastándolo contra la llanura áspera de Avici. Un momento Magnus estaba volando hacia Shinyun, y al siguiente estaba de rodillas en el suelo, junto a Samael. Samael estaba apoyando su mano, de tamaño normal otra vez, en el hombro de Magnus de manera casual, de forma paternal, pero Magnus descubrió que no podía moverse de su agarre.

—Estás haciendo trampa —dijo, mirando a Samael.

Samael frunció el ceño, aparentemente desorientado.

—Mi querida maldición, ¿cómo es posible que sigas pensando que estamos jugando un juego limpio?

Magnus se dio la vuelta, con la mano de Samael agarrándose fuertemente a su hombro. El aliento dejó del cuerpo de Magnus con una sola y fuerte exhalación. «No», pensó, y luego: *«debí haberlo sabido»*.



Shinyun tenía agarrado a Alec. Estaba atrás de él, agarrándolo por el cuello con su brazo y sosteniendo la punta del Svefnthorn contra su pecho. Su espada serafín yacía delante de él, consumiéndose como una cerilla gastada.

Su rostro estaba impasible, sus ojos azules firmes. Podría haber estado mirando un hermoso paisaje, o estudiando un mapa del metro. Magnus había visto a Alec asustado —lo había visto en cada fase de vulnerabilidad, claro y abierto como un cielo veraniego— pero Alec nunca mostraría algo así ante Shinyun y Samael.

—Oh, *interesante* —dijo Samael con alegría.

—¡Magnus! —La voz de Shinyun sonó ronca y quebrada—. Exijo que tomes el tercer golpe del Svefnthorn. Lo *exijo*. O mataré a lo que más amas. —Sus ojos eran salvajes, monstruosos, más inhumanos que nunca.

Torció la punta del Svefnthorn contra las costillas de Alec, sobre su corazón, y Magnus lo sintió como una puñalada en su propio estómago. La espina era magia de brujo; no podía significar otra cosa más que muerte para un Cazador de Sombras.

No le quedaban opciones. Si tomaba la espina, Shinyun ganaba: se convertiría en un dispuesto sirviente de Samael, y probablemente el mundo entero sería destruido. Si rechazaba la espina, Alec sería asesinado frente a sus ojos, él mismo moriría, y Samael continuaría la guerra que tanto quería.

—¿Perdonarás a Alec? —dijo en voz baja—. Prométeme que dejarás ir a Alec, y lo haré.

Ella miró a Samael; él se encogió de hombros.

—Tienes mi permiso. No es como que este Cazador de Sombras represente una verdadera amenaza. No puedo garantizar su seguridad una vez que la invasión a la Tierra comience, por supuesto —añadió—. Esa es otra historia.

Magnus asintió. Alec lo estaba mirando, su mirada aún firme, aún ilegible. Magnus se preguntó en qué se convertiría su amor por Alec después de la espina. ¿Se desvanecería como si nunca hubiera existido? ¿Amaría solo a Samael? ¿O todavía amaría a Alec, pero le exigiría que también se pusiera del lado de Samael?

Pero la elección entre él y Alec definitivamente muriendo, a que solo uno de ellos muriera, no era una opción en absoluto. Max estaba esperando en casa. Mejor un padre que ningún padre. El cálculo de la misma era evidente, la conclusión inevitable.

Sin embargo, antes que Shinyun pudiera actuar, Alec se estaba moviendo. Estaba extendiendo su mano y envolviéndola alrededor de la hoja del Svefnthorn, haciendo muecas de esfuerzo y resolución, estaba empujando el Svefnthorn en su propio pecho, perforando su propio corazón. Desde donde estaba arrodillado, Magnus pudo ver la espina atravesándolo por completo, emerger por su espalda y permanecer ahí. Los ojos de Alec seguían abiertos, seguían anchos, seguían mirando directamente a Magnus.

Magnus abrió la boca para gritar, y magia carmesí explotó del pecho de Alec, desde su espalda, un destello cegador que convirtió brevemente en día la noche permanente de Avici. En el resplandor, más allá de la vista, todavía bajo el agarre de hierro de la mano de Samael, todo lo que Magnus pudo ver de Alec fueron sus ojos, claros, brillantes y llenos de amor.



## EL CAMINO SIN FIN

Traducido por: Dany Fray  
Corregido por: Jeivi37

POR SU NATURALEZA A ALEC NO le gustaba actuar por corazonadas. Le gustaba estudiar una situación, hacer un plan y ejecutarlo. Lo que consiguió que Jace e Isabelle se burlaran de él, ya que ambos creían en saltar de un acantilado y de alguna manera coser un paracaídas en el camino hacia abajo. Actúan por instinto, y por lo general resulta bien. Pero Alec no tenía el mismo tipo de fe en sus propios instintos. Creía en reunir información, investigar, estar preparado. (Para ser justos, Isabelle y Jace también creían en esas cosas; sólo que creían que otras personas deberían hacerlas, porque son aburridas).

Esta fue una buena estrategia para la mayoría de las misiones de Cazadores de Sombras, pero a veces todo se viene abajo. A veces había una situación sin salida, donde tus únicas opciones parecían ser entre morir de una manera o morir de otra.

Diyu, Samael y Shinyun habían confundido la habilidad de Alec para organizar y hacer planes. Las motivaciones de Shinyun eran tan confusas y contradictorias que Alec estaba seguro de que ella misma no las entendía. Diyu era una ruina surrealista. Y Samael actuaba como si todo fuera un juego para distraerse, como si nada de lo que hicieran pudiera tener consecuencia alguna.

Para toda esta misión habían estado trabajando en corazonadas, sobre todo en las de Magnus. Un presentimiento de que Peng Fang sabría algo sobre los brujos del Mercado. Una corazonada de que la catedral estaría en Diyu y estarían a salvo. Una corazonada de que Heibai Wuchang podría ser usado para salvar a Ragnor.

Así que Alec actuó según su propia intuición y le preguntó a Magnus si podían usar la Runa de la Alianza.

Ahora, enfrentados a la elección de perder a Magnus de una manera o de otra, actuó, hundiendo la Espina del Sueño en su propio corazón. Solo tuvo tiempo para registrar la sorpresa en la cara de Shinyun antes de que todo explotara.

La luz carmesí estalló, tan intensa que cegó a Alec. Sintió una violenta y ardiente energía vertiéndose en él, cáustica y alienígena en su pecho. Podía sentir sus runas calentándose, como si fuera por fricción, como si fueran abrasadas por la magia demoníaca de la Espina, como un meteoro que cae a través de la atmósfera superior. Todos excepto la runa de la Alianza, que le chisporroteó en el brazo. El poder de Samael y el poder de Raziel batallaban dentro de su propio cuerpo, pero él podía sentir la runa de la Alianza absorbiendo la fricción, suavizándola, enseñando a las diferentes magias a cooperar.

La visión de Alec comenzaba a aclararse. Podía ver el desolado espacio negro de Avici, el cuadro de Shinyun, Samael y Magnus mirándolo, la cara de Magnus era una mueca de horror.

*Estoy vivo, Alec se dio cuenta. Estaba un poco sorprendido.*

Shinyun le sacó la espina. Se veía casi tan horrorizada como Magnus, cuando la espina se deslizó fuera del cuerpo de Alec. Fue indoloro. No había sangre en la Espina, y cuando Alec miró hacia abajo, no vio ninguna marca que mostrara dónde le había atravesado.

Shinyun se tambaleó hacia atrás. Sostuvo la Svefnthorn frente a ella, mirándola fijamente: brillaba en rojo, como el hierro calentado en el fuego, y con cierto asombro Alec vio que el brillo de la espina era visible para él en Magnus y Shinyun también. En cada uno de sus pechos colgaba una estrella en miniatura, una bola de fuego hecha de magia, girando detrás de las heridas que la espina había hecho. La bola de fuego de Shinyun era un poco más grande que la de Magnus, pero más importante, tenía una gruesa cuerda mágica extendida de la herida de Shinyun que terminaba en el medio del pecho del propio Samael. Magnus no tenía una cuerda que lo conectara a Samael, presuntamente porque no había sufrido el tercer golpe de la espina.



Alec se estremeció; pudo sentir la magia saliendo de su cuerpo, su runa de la Alianza enfriándose. Él tuvo que actuar antes de que se fuera por completo. Todavía arrodillado, extendió su mano hacia Magnus y llamó al poder de la espina.

Era como tratar de contener a un caballo salvaje. La bola de fuego en Magnus se sacudía y saltaba. Más allá del reino del pensamiento consciente, Alec se acercó a él. Lo alivió. Lo persuadió. Y con un suave movimiento, lo arrancó de los zarcillos de la propia magia de Magnus que la mantuvo en su lugar, la magia que conocía, azul y fría y amada. Él la alcanzó, y la bola de fuego dejó el cuerpo de Magnus.

Tan pronto como fue liberada, se expandió en tamaño, convirtiéndose en la única estrella que iluminaba el cielo de Avici. Giró sobre todos ellos, una bola de fuego de varios pies de ancho, chisporroteando con fuerza. Alec podía sentir su inestabilidad, su deseo de encontrar un nuevo lugar de descanso. Anhelaba estar dentro de su propio pecho, pero sin otra herida de la espina del sueño, no encontraría entrar en él. Así que por un momento giró libremente, y todos ellos sólo lo miraron fijamente.

Samael se recuperó primero, por supuesto. Había quitado su mano del hombro de Magnus y estaba mirando hacia la esfera. Magnus permaneció de rodillas. — ¡Excelente! —dijo Samael, riendo—. Gran trabajo. Me encantan los giros inesperados, ¿a ti no? —Parecía que dirigía esta pregunta a Ragnor, que no levantó la cabeza para reconocer nada de lo que estaba pasando. Samael entrecerró los ojos mirando a la esfera—. Shinyun, si pudieras ser amable y agarrar esa cosa y traérmelo, podemos seguir con nuestros planes.

Shinyun también estaba observando la esfera. No respondió.

—¿Hola? —dijo Samael después de un momento—. ¿Shinyun Jung? ¿Mi leal teniente? ¿Trae el orbe?

Cuando Shinyun se dio la vuelta, no estaba mirando a Samael. Estaba mirando a Magnus. Mirándolo fijamente, con odio al rojo vivo en sus ojos.

—Nunca te entenderé —dijo, en un tranquilo temblor que sugería que apenas se contenía a sí misma de un completo colapso.

—Nunca he visto a alguien tan decidido a tirar su derecho de nacimiento. Somos hechiceros, Magnus Bane. Somos los hijos de Lilith.

Alec trató de ignorar la magia espumosa que bullía en su cuerpo y se centró en Magnus. Podía sentir la esfera giratoria de la magia sobre ellos. Magnus la había estado mirando, un poco aturdido, pero ahora su atención estaba en Shinyun mientras lo acechaba y sus alas se movían peligrosamente.

—El poder de la Espina es el mayor regalo que un hechicero puede recibir —dijo entre dientes—. Es el poder de nuestro padre, nuestro verdadero padre, Magnus, no sólo el demonio que nos hizo individualmente, aquel sin el cual nuestra raza no existiría. Encontré ese poder. Te lo ofrecí. A pesar de todo lo que hiciste, a pesar de tu rechazo hacia Asmodeus... me mostraste misericordia. Y así es como te lo pagué.

Su voz se quebró de angustia. —¿Y así es como me lo pagas?

—Shinyun —dijo Samael, un toque de alarma se deslizó en su voz jovial—. Entiendo que tú y Magnus tienen algunas cosas sin resolver, pero en realidad, él es irrelevante para el plan más grande.

Magnus miró a Samael. —Bueno, eso duele un poco.

Samael levantó sus manos y dio una mirada desconcertada. —Ni siquiera sabía que existías. Quiero decir, una vez que entendí que eras la maldición ancestral de Asmodeus y que ya tenías dos espinas en ti, bueno, simplemente no iba a ignorar la posibilidad de tu servicio.

—¿Así que no formaba parte de tus planes... en absoluto? —dijo Magnus, incrédulo—. Pero fuiste tras mi viejo amigo... y el hechicero que intentó arrastrarme al control de Asmodeus hace tres años.

—Me perdonarás —dijo Samael—, si lo pienso primero a Ragnor Fell como “el mayor experto vivo conocedor del tema de la magia dimensional”, y segundo como tu más viejo amigo. En cuanto a Shinyun, *ella* vino a mí.

Magnus miró impotente a Ragnor, quien se encogió de hombros.



Sacudiendo la cabeza, Samael dijo —No sé cómo decirte esto, pero no todo es sobre ti, Magnus. En cuanto a ti, Shinyun —dijo, extendiendo la mano hacia la esfera—, estoy muy decepcionado de ti...

—¡Cállense todos! —gritó Shinyun, e incluso Samael se asustó. La esfera había ido a la deriva hacia la mano abierta de Samael; Shinyun de repente se disparó desde la tierra, sus nuevas alas aleteando, y atrapó el orbe en el aire como si fuera una pelota de baloncesto.

Samael dijo: —*Shinyun* —esta vez con severidad.

Ella le dio una mirada salvaje, y luego empujó su mano hacia adelante, golpeando a través de la superficie de la esfera. De inmediato emitió un chillido agudo y comenzó a desinflarse como un globo. Alec se puso las manos sobre las orejas y se dio cuenta de que no se desinflaba. La herida de seis puntos sobre el corazón de Shinyun estaba absorbiendo la magia, atrayéndola como una profunda inhalación. Mientras todos miraban, el orbe se hizo más pequeño y oblongo hasta que, con un estallido, la totalidad de éste desapareció en Shinyun.

—Uh-oh —murmuró Samael.

Shinyun flotaba inmóvil donde la magia había estado, brillando como un fuego carmesí. Después de un momento, empezó a emitir un extraño sonido de sacudida. Después de otro momento, ella echó la cabeza hacia atrás y Alec se dio cuenta: se estaba riendo. Una risa terrible, una carcajada de rabia y burla.

Su cara comenzó a quebrarse.

Aparecieron líneas que se extendían desde su boca hasta sus mejillas, fisuras que se abrían alrededor de sus ojos, en su frente y en su barbilla. Los planos de su rostro comenzaron a separarse, y Alec sintió que se le caía el estómago. Los rasgos de Shinyun se separaron, se rompieron; se rompieron como si algo detrás de su cara se estuviera abriendo paso a golpes.

Con un gran rugido de triunfo, inhumano y antiguo, ella estalló, en una ruptura de miembros, líneas, ojos, alas y dientes...

Sus ojos eran ahora el doble de grandes que antes, y la propia Shinyun tenía el doble de altura. Sus miembros se extendieron como los de un gran insecto de agua, y sus alas, ahora de color rojo sangre oscura, se agitaban lentamente detrás de ella. Su cara, ya no estaba congelada en su lugar por la arbitraria maldición de la marca del hechicero, retorcidas en regocijo. Sus dientes eran brillantes y afilados, con un par de colmillos, como los de una tarántula. En su espalda había una larga cola en forma de látigo, y al final de la cola, una desagradable púa de hierro. La propia Svefnthorn.

Alec miraba con horrorosa fascinación. Shinyun se había convertido en la cosa que más amaba... un demonio. Un demonio mayor, Alec estaba seguro.

Dio ese grito sobrenatural otra vez, y el suelo de Avici comenzó a temblar bajo sus pies.

—¡Shinyun! —Samael llamó. —¡Que maravilloso nuevo estilo! Aunque, creo que tal vez hemos ido un poco fuera de foco. Si bajas y decidimos qué hacer con...

En un destello de movimiento, Shinyun se cernía sobre Samael y Magnus, su cola moviéndose peligrosamente.

—Creí que eras el poder supremo —le dijo a Samael. Su voz era todavía reconociblemente suya, aunque fue cortada con chillidos agudos y una especie de gruñido que Alec se dio cuenta de que era su respiración—. Pero no lo eres.

Samael parecía ofendido. —Si conoces a un demonio más poderoso que yo, siéntete libre de hacérmelo saber y así poder rendirle homenaje.

—Puede que seas el más grande de los Príncipes del Infierno —escupió Shinyun—. Pero eres más débil de lo que pensé. Eres tan dependiente de los demás como estos humanos idiotas —gesticuló con una de sus garras a los otros—. Dependes de Diyu. Tú dependes de las almas siendo atormentadas para darte poder. Tú dependes de mí.

—Si has decidido que Samael, de todas las personas, no es lo suficientemente poderoso para ti —Magnus agitó la cabeza—. Eres una dama difícil de complacer, ¿lo sabías?



—Aparentemente, de todos los seres aquí —dijo Shinyun—, soy la única que entiende el verdadero poder. El verdadero poder es no depender de nadie, de nada. Si no puedo confiar en nadie más para que gobierne sobre mí, entonces me gobernaré a mí misma. Y yo gobernaré sola.

Con eso, dio un círculo hacia arriba, alejándose de ellos. Abrió la boca y exhaló un amplio cono de luz carmesí en la oscuridad. Cuando el resplandor se despejó, formó un portal, el emerger de un espejo de plata cuyo destino Alec no pudo distinguir. Con un último grito, Shinyun voló a través del Portal, que se cerró a su alrededor, y desapareció.

El suelo retumbaba aún más fuerte ahora. Alec notó que en algún momento había caído y estaba agachado en el suelo. Magnus se estaba dirigiendo hacia él, moviéndose cuidadosamente en el terreno súbitamente desigual.

Samael miró a su alrededor con cierta decepción. —Bueno, eso es todo para Diyu, supongo. Ella va a hacer que todo el lugar se derrumbe a nuestro alrededor —suspiró—. Así es como la galleta se desmorona, supongo.

Magnus había llegado a Alec. Le estaba ayudando a levantarse. Alec sólo estaba débilmente consciente. El mundo entero se agitaba a su alrededor, temblando y tambaleándose. ¿O posiblemente él estaba temblando y tambaleándose?

Levantó la vista para ver que Samael había venido a unirse a ellos por alguna razón. —Magnus, siento que no vayamos a trabajar juntos. Y lamento que ambos vayan a morir en el pozo más profundo de Diyu cuando kilómetros y kilómetros de ciudad subterránea y las cortes y los templos se derrumban sobre ustedes —frunció el ceño—. Ahora que lo pienso no tengo ni idea de lo que les pasará a los humanos si mueren en una dimensión para los ya muertos. Bueno, lo que sea que te espere, buena suerte con tus futuros esfuerzos. Si resultas tener alguno.

—¿Ya te vas? —Alec dijo.

Samael parecía sorprendido. —¿No lo dejé claro? Tengo que ir a buscar otro reino —se encogió de hombros y añadió, casi para sí mismo—. Qué inusuales días han sido.

Luego, como si nunca hubiera estado allí, se fue.

\* \* \*

EN EL MOMENTO EN QUE EL SAMAEL DESAPARECIÓ, Magnus cayó de rodillas junto a Alec. Tiró a Alec hacia él casi violentamente, presionando su mano sobre el pecho de Alec, apartando el cuello de la camisa de Alec para poder llegar al lugar donde la espina lo había atravesado y correr sus dedos sobre él.

No había ninguna herida, ninguna indicación de que algo le hubiera pasado a Alec, y la mayoría de sus runas parecían normales. La runa de la Alianza, sin embargo, había desaparecido por completo.

Magnus continuó acariciando el pecho de Alec donde la espina había entrado, hasta que Alec, con esfuerzo, dijo: —Aquí no, mi amor. Ragnor nos está mirando.

Un sonido salió del pecho de Magnus, mitad risa y mitad sollozo. Agarró el pelo de Alec en una mano y le dio besos por toda la cara, llorando y riendo a la vez. Los ojos de Alec estaban abiertos, y reflejadas en ese azul de medianoche, Magnus vio un brillo de oro. Sus propios ojos, mirando a Alec de vuelta.

—Fue muy valiente lo que hiciste —dijo Magnus—. También fue completamente imprudente.

Alec sonrió débilmente. —He estado trabajando en ser más valiente e imprudente. Encontré realmente un gran ejemplo a seguir.

—No podemos ser *ambos* valientes e imprudentes —dijo Magnus—. ¿Quién nos cuidará?

—Eventualmente, Max, eso espero —dijo Alec con una sonrisa.



—Si ustedes dos tienen un momento —la voz de Ragnor vino a la deriva a través del vacío—. ¿Ustedes creen que puedan dejar de estar soñando el uno con el otro y sacarme de esta jaula?

La mirada de amor de Alec de repente se convirtió en alarma. —Magnus. Los otros. El Infierno del Foso de fuego.

Magnus saltó. —Nunca termina, ¿verdad? —dijo. Corrió hacia Ragnor, que estaba sentado en el suelo malhumorado y con las piernas cruzadas, golpeando impacientemente los barrotes de su prisión.

Magnus buscó su magia, y sintió un mareo desorientador, como si hubiera fallado al subir un escalón en una escalera. Había un vacío en su pecho, y aunque sabía que el poder de la espina había venido de un terrible enemigo, el enemigo de todos los humanos, él entendió por qué Shinyun se había aferrado a ella, se había dejado calentar y consolar por ella. Eso no era amor, pero si no sabías la diferencia, podría haberse sentido como amor.

Con unos pocos gestos rompió los barrotes de la jaula de Ragnor y lo ayudó a ponerse de pie. Ragnor miró a Magnus durante un minuto, luego se volvió para mirar más allá de él y dijo —Eso fue muy estúpido.

Alec se dirigía hacia ellos, un poco lento, pero caminando con paso firme. Cuando se acercó, Magnus puso su brazo alrededor de su cintura. —Tal vez necesito ser más minucioso en las presentaciones aquí —se aclaró la garganta—. Ragnor, este es Alec Lightwood, mi novio y co-padre. Acaba de salvar mi vida y, por extensión, la tuya. Alec, este es Ragnor Fell. Es un terrible imbécil para todo el mundo, incluso cuando no está bajo el control mental de un Príncipe del Infierno.

—He oído hablar mucho de ti —dijo Alec.

—No he oído nada durante años, excepto espeluznantes planes malvados para gobernar el mundo —dijo Ragnor—, pero ahora que he vuelto de nuevo, espero que Magnus me aburra hasta las lágrimas con historias de mi ausencia. —Miró a Alec de nuevo—. ¿Cómo sobreviviste a la Espina? Cualquiera que no fuera un hechicero debería haber muerto por el desbordamiento de la magia demoníaca. Y no hay

ningún hechicero que sea Cazador de Sombras, excepto...—Observó sospechosamente a Alec—. No eres Tessa Gray disfrazada, ¿verdad? ¿Esto no es una elaborada broma que le has estado gastando al pobre Magnus? Si es así, Tessa, tú y yo vamos a hablar.

—¡Claro que no! —Alec dijo, ofendido.

Ragnor le entrecerró los ojos con más fuerza. Magnus suspiró. —He estado en la misma habitación con ambos, Ragnor. Definitivamente no es Tessa.

—Entonces, ¿cómo...?

—Más tarde —dijo Magnus. Sólo entonces comprendió plenamente cuánto se había perdido Ragnor, y cuánto más necesitaba que le dijeran. La runa de la Alianza. La Guerra Mortal. ¡La Guerra Oscura! Y cosas más pequeñas y personales. Malcolm Fade era el Alto Brujo de Los Ángeles. Catarina todavía estaba en Nueva York, por ahora.

Una cosa a la vez. —Ragnor —dijo—, ¿Puedes llevarnos al Infierno del Pozo de Fuego, donde están los otros Cazadores de Sombras? Tenemos que tratar de salvarlos.

Ragnor sacudió la cabeza. —Estoy seguro de que es demasiado tarde —dijo—. Pero abriré el Portal y ya veremos. Al menos podemos llevar lo que queda de ellos de vuelta a la Tierra.

Alec parecía afectado. Magnus le dio una palmadita en el hombro. —No te lo tomes demasiado en serio —dijo—. Ragnor es así.

Ragnor movió sus dedos, la articulación extra en cada uno de ellos hacía sus movimientos intrincados y ajenos incluso para Magnus. En un momento se abrió una puerta de la nada en Avici, a través del cual las llamas naranjas saltaron contra la roca negra. Parecía estar temblando de la misma manera que Avici.

Magnus miró a Alec. —¿Estás listo para luchar de nuevo?

—En realidad no —dijo Alec, sacando la hoja serafín de su cinturón. —Pero aquí vamos.



—Bien —Magnus cargó a través, y Alec lo siguió de cerca.

Emergieron en una plataforma rocosa suspendida en lo alto de las piscinas de lava de abajo. Una escalera de piedra que conducía a más plataformas y al resto del paisaje laberíntico. Magnus no estaba contento de notar que nada mantenía visiblemente su plataforma en el aire, y el terremoto que retumbó en Diyu fue aún más fuerte aquí.

—Bien —dijo Alec—. Salvemos a nuestros amigos.

—O lo que queda de tus amigos —murmuró Ragnor—. Espera. ¿Dónde están tus amigos?

Parecían estar dispersos. Muy por debajo de ellos, en una llanura bastante amplia Simon, Clary y Tian estaban luchando contra algunos de los demonios de Diyu. Separados de ellos y algo elevada estaba Isabelle, y aún más alto, en una plataforma separada, estaba Jace.

Alec parecía desconcertado. —¿Qué está pasando?

—Bueno, el pie de Jace estaba roto, así que supongo que encontraron un lugar seguro para él —ofreció Magnus.

—¿Y por qué está Isabelle sola? —podría haber estado agotado por la magia, pero Alec todavía corría por la escalera delante de ellos, con el arma preparada.

Ragnor le dio una mirada a Magnus. —No vas a correr, ¿verdad?

Magnus levantó una ceja. —¿Con estos zapatos?

Bajaron la escalera, y la siguiente, con el decoro apropiado para brujos que habían derrotado a un Príncipe del Infierno ese día. O al menos, habían estado en el mismo lugar que un Príncipe del Infierno, y lo habían hecho irse primero.

Para cuando llegaron donde Jace, Alec claramente ya había intercambiado algunas palabras con él y parecía mucho menos preocupado.

—Veo que aún no habéis sido devorados todos —dijo Ragnor.

—No, lo tienen todo bajo control —dijo Alec, emocionado. Le hizo un gesto a Jace. —¡Diles!

Jace lo miró de reojo. —Estaba a punto de hacerlo. Lo tenemos todo bajo control —siguió—. No puedo luchar ahora mismo, así que Clary me ayudó a subir para que pudiéramos ver tanto del campo de batalla como sea posible, ya que los caminos son tan irregulares y confusos. Pero entonces nos dimos cuenta de que los demonios tenían el mismo problema que nosotros. Sólo podían llegar a nosotros por un número determinado de caminos, y tres personas podrían cubrir dos caminos cada una.

Magnus levantó las cejas.

—Así que Simon, Tian y Clary fueron allí para hacer eso. Pusimos a Isabelle en el medio porque es la única cuya arma tiene algún alcance, así que puede manejar a los tipos voladores ocasionales.

Alec parecía estar a punto de llorar. —Estoy muy orgulloso de ti —le dijo a Jace—. Realmente hiciste un plan.

—¡Soy bueno haciendo planes! —dijo Jace.

—Eres, en realidad, bueno haciendo planes —dijo Magnus—. Es sólo que normalmente los gritas detrás de ti mientras corres hacia el peligro.

—¡Pero usaste tu suntuoso cerebro y estás bien! —dijo Alec, golpeando a Jace en el hombro. Miró a Ragnor—. ¡Toma eso, pesimista!

Ragnor frunció el ceño. —Bueno, obviamente me alegro de que todos sigan vivos.

—Debo mencionar —dijo Jace—, que el suelo empezó a temblar hace un rato.

—Eso sería Shinyun —dijo Magnus—. Es una larga historia. Además, por suerte para ti yo traigo al principal experto mundial en magia dimensional, y va a darnos un portal para salir de aquí.

Ragnor le dio a Magnus una mirada amarga. —Supongo que sí, pero voy a necesitar tu ayuda.



—Buenas noticias —dijo Magnus, y saltó de la plataforma. Flotó lentamente hacia abajo a la llanura, saludando a Isabelle al pasar.

—¡Magnus! —dijo Clary, cortando la cabeza de uno de los esqueletos de Baigujing—. ¡Que bueno verte!

—Voy a decir algo —dijo Simon en dirección a Clary—, y no quiero que tú te enojés.

Clary soltó un largo y asediado aliento. —Adelante. Supongo que te lo has ganado.

—Magnus —dijo Simon con una sonrisa—. Muy amable de tu parte el haber venido.

Clary suspiró de nuevo.

—Tengo buenas y malas noticias —dijo Magnus—. La buena noticia es que estoy aquí para llevarnos de vuelta a la Tierra. La mala noticia es que necesito la ayuda de Ragnor, y está tomando las escaleras hasta abajo.

Ragnor, en efecto, bajaba las escaleras a un ritmo lento. Mientras Magnus miraba, Jace lo adelantó, lo que fue impresionante dado que estaba caminando con una muleta.

Parecía que la horda de demonios estaba empezando a flaquear. Nuevos demonios aparecieron desde los portales cada vez con menos frecuencia, y tanto Jace como Isabelle se unieron a sus amigos para limpiar lo que quedaba. Tal vez los demonios se dieron cuenta del inminente colapso de Diyu y huyeron por sus vidas; tal vez una vez que Samael y Shinyun se fueron no tenían razón para obedecer sus órdenes.

Finalmente, Ragnor se dignó a unirse a ellos. Él y Magnus rápidamente trabajaron juntos para hacer el Portal, Magnus se dio cuenta cuánto había extrañado trabajar con Ragnor. Y cuando el portal se abrió, se sintió aliviado al ver que brillaba un familiar y alegre color azul.

## EL ALMA DE LA CLAVE

Traducido por Katvire  
Corregido por Lady Herondale ☯

EN 1910, EL HIJO DE CATARINA LOSS, Ephraim, murió. Para ese tiempo, era un anciano con hijos y nietos propios. Catarina no lo había visto por décadas; él creía que ella había muerto cuando tenía sólo treinta años, en un naufragio.

Magnus había estado viviendo en Nueva York en ese tiempo, en un elegante apartamento en Manhattan frente a la antigua Opera Metropolitana, esa que derribaron en 1967. Recibió un telegrama: *No. 2, Bund, Shanghái*, decía el texto con la letra de una Catarina apresurada. Así que Magnus agarró sus guantes, su sombrero y se fue.

El número 2, el Bund, resultó ser la sede del Club de Shanghái, un poco de la elite inglesa justo en el centro del corazón de China, con forma de un edificio tipo barroco de mármol en el que la élite británica de Shanghái se codeó, bebió y durante un corto tiempo, básicamente controló el mundo mundano. El edificio era nuevo, aunque el club no lo era. Era una elección divertida para Catarina. Ella sabía tan bien como Magnus que estaba abierto sólo a los hombres blancos. Esta era Catarina siendo maliciosa, a su manera. A veces ella disfrutaba entrar a los lugares privados de los mundanos adinerados, deleitándose con su habilidad de estar totalmente fuera de su mundo, de tomar una copa con un viejo amigo en la cara de aquellos que no les permitían la entrada en circunstancias normales.

Todo el lugar era sumamente lujoso de una forma que resultaba un poco grotesca. Magnus caminó a través de un salón abovedado con columnas, pasando por comerciantes y diplomáticos, completamente complacidos con ellos mismos. ¿Y por qué no? Vivían como la realeza en el corazón de uno de los reinos más antiguos del mundo. No tenían ninguna razón para pensar que acabaría algún día, y en ese momento, Magnus se preguntó cuánto tiempo podría durar. No mucho más, al parecer.



Pero por ahora, tenían cigarros caros y brandy, periódicos actuales y una biblioteca que se rumoreaba que era más grande que la de la ciudad de Shanghái. A Magnus no le sorprendió encontrar a Catarina en ella.

Aunque nadie más que Magnus podía verla, estaba elegantemente arreglada como siempre: su vestido era uno esbelto de satín blanco, con una capa de encaje negro y mangas tipo mariposa. Un cinturón de terciopelo negro completaba el conjunto. Magnus imaginó ver la mano de Paul Poiret, el famoso diseñador, su trabajo; se preguntó si Catarina se las había arreglado para superarlo.

Estaba sentada en una de las sillas del club, mirando las estanterías frente a ella como si estuviera estudiando sus lomos desde la distancia, aunque estaban demasiado lejos para que Magnus las leyera. Se sentó en la silla frente a Catarina y dijo—: ¿Cuál es el plan? ¿Vamos a derribar todo este lugar en nombre de la libertad y la igualdad?

Catarina lo miró. Había ojeras debajo de sus ojos.

—Una vez tuve que ver morir a un hombre aquí —dijo ella.

Magnus se inclinó bruscamente hacia adelante.

—¿Qué?

—Fue hace unos años —respondió—. Estaba aquí, en la biblioteca, y un hombre cayó al suelo, retorciéndose de dolor. Se llamó a un médico, los otros miembros del club se reunieron alrededor de su amigo, pero ninguno de ellos tenía alguna formación médica o sabía qué hacer, discutieron sobre si elevar sus piernas o elevar su cabeza, si debía estar boca abajo o de espaldas, y él murió allí, antes de que cualquier médico o enfermera pudiera llegar a él.

Ella parecía distante.

—¿Podría haberlo salvado? ¿Mágicamente o de alguna otra forma? ¿Podrían haberlo hecho los doctores mundanos, si hubiera habido uno aquí? No lo sé. Tal vez habría muerto de todas formas. ¿Pero qué podía hacer? No podía simplemente aparecer frente a ellos como si viniera de un sueño; hubieran pensado que alguien había envenenado el ponche.

—¿Todavía sirven el ponche? —dijo Magnus.

Catarina levantó una ceja.

—Crees que estoy siendo morbosa.

—Creo —dijo Magnus—, que el hecho de que los mundanos mueran, y que no podamos salvarlos, no es algo que recién hayas aprendido.

Catarina suspiró.

—No es que no podamos salvarlos —dijo ella—, es que no podemos hacerlo, aunque los amemos demasiado. —Había lágrimas en sus ojos ahora. Él sabía que no debía decir nada; en su lugar, simplemente tomó sus manos entre las suyas.

Después de un momento continuó—: Para los mundanos, se considera la mayor de las tragedias si un padre vive más que su hijo. Para los padres brujos es algo inevitable. Siempre me pareció extraño que la mayoría de los brujos pasen su vida solos, sin compromisos, sin nunca echar raíces...

Magnus la dejó terminar y suavemente le dijo—: Si tuvieras que volver a hacerlo, ¿elegirías no hacerlo?

—No —respondió Catarina sin dudar—, por supuesto que lo haría de nuevo. Sin importar cuántas veces me hicieran elegir, elegiría adoptar y criar a Ephraím de nuevo, verlo convertirse en un hombre, tener hijos y nietos. Por muy duro que fuera. Por más difícil que sea ahora.

—Nunca he tenido un hijo —dijo Magnus—, pero sé lo que es perder a alguien que amas, por la misma razón de que todos los humanos deben morir.

—¿Y? —expresó Catarina.

—Hasta ahora —continuó Magnus—, la vida me parece que es cuestión de elegir al amor, una y otra vez, incluso sabiendo que te hace vulnerable, que podría herirte más tarde. O incluso antes de lo pensado. Simplemente no tienes elección. Eliges amar o eliges vivir en un mundo vacío sin nadie más que tú. Y esa parece ser una forma realmente terrible de pasar la eternidad.



Catarina no sonrió del todo, pero sus ojos brillaron.

—¿Crees que los vampiros también pasan por este tipo de cosas?

Magnus puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que sí. He descubierto que no puedes hacer que se callen sobre el tema ni siquiera por un momento.

—Gracias por venir, Magnus.

—Siempre vendré —dijo.

Catarina se limpió los ojos con la mano.

—Sabes —dijo, resoplando un poco—, este club tiene la barra más grande del mundo, abajo.

—¿La barra más grande? —dijo Magnus.

—Sí —dijo ella—. Tiene al menos treinta metros de largo. Se llama la Barra Larga.

—Los ingleses son buenos para el lujo —indicó Magnus—, pero no siempre toman decisiones creativas para nombrar algo, ¿verdad?

—Ya verás —dijo Catarina—. Es muy larga.

—Dirija el camino, querida dama.

\* \* \*

MIENTRAS SALÍAN TAMBALEÁNDOSE del portal, Alec al principio estaba seguro que los portales seguían funcionando mal. Esperaba las concurridas calles de Shanghái, pero parecían haber terminado en un montón de árboles, altísimos y

delgados y plantados muy cerca, sus hojas comenzaban a cambiar de verde pálido a amarillo y a naranja. Cerca de allí, Alec podía ver la luna reflejada en el agua.

Estaba oscuro, lo que lo sorprendió, pero no estaba muy seguro de cuántas horas habían pasado en Diyu, y sabiendo lo extraño que puede ser el viaje dimensional, posiblemente hubo algún efecto de aumento del tiempo. Probablemente podría preguntarle a Ragnor.

—¿Dónde hemos terminado? —gritó Alec—. ¿Estamos cerca de Shanghái?

Se giró para ver a Jace levantando las cejas hacia él, sorprendido. Sin decir nada, Jace señaló la vista que había detrás de él.

Alec avanzó unos pasos, y a través de los árboles, de repente, estaban las luces de Shanghái, brillando de todos los colores.

—Oh —dijo.

—Hay unas cosas llamadas “parques” —dijo Jace.

—Han sido un par de días muy largos —dijo Alec.

—Un parque público —dijo Tian. Señaló al agua que Alec había notado antes, y el cual ahora podía ver que era un pequeño estanque con bancos de piedras cuidadosamente colocadas. Lirios flotaban, negros contra la superficie vidriosa.

—Ese es el Estanque de las Cien Flores. Una buena elección —le dijo a Ragnor y Magnus.

Ragnor asintió en reconocimiento.

—Pensé que estaría tranquilo a esta hora de la noche.

—¿Qué hora es? —dijo Clary.

Después de un momento de ver el cielo, Magnus dijo—: Por las diez y media.

—¿Puedes decir la hora mirando al cielo? —preguntó Alec, divertido.

Magnus parecía sorprendido.

—¿Tú no puedes?



—¿Eh, chicos? —dijo Simon—. ¿Podemos tomarnos un momento para, uh, celebrar rápidamente que ganamos, y que nadie murió? Porque no creo que debamos dejarlo pasar sin mencionarlo.

—Escucha, escucha —dijo Isabelle, golpeando al aire en victoria—. Hurra por nosotros. Hemos vencido a un Príncipe del Infierno.

—Bueno —dijo Ragnor—, para ser justos, todos ustedes nos salvaron a Magnus y a mí del Svefnthorn, Alec en concreto, obviamente, y luego Shinyun se volvió loca y comenzó a destrozarnos Diyu, así que el Príncipe del Infierno se fue para encontrar un reino diferente, y definitivamente volverá en algún momento. Shinyun, también, es un cabo suelto, ya que ahora es una especie de araña libélula.

Todos se detuvieron a considerar seriamente eso por un momento. Finalmente, Simon dijo—: Pero, todos vivimos. Magnus te salvó. Y Alec salvó a Magnus. Y mi novia me salvó a mí *mientras montaba un tigre gigante*.

—Sí —reconoció Ragnor—, el día no ha sido una completa pérdida.

Alec sonrió, pero estaba cansado de estar lejos. Y sintió un tirón hacia su hogar, uno al que no estaba acostumbrado, pero que ahora le llamaba con una fuerza increíble. *Max. Max.*

Trató de captar la mirada de Magnus, pero Magnus se había acercado a Tian, que parecía tan cansado como el resto de ellos.

—¿Podrías despedirte de Jem por nosotros? ¿Y darle todos nuestros saludos?

Tian parecía sorprendido.

—¿Te vas?

Magnus asintió.

—Realmente siento que no tuvimos tiempo de explorar Shanghái de la manera que hubiera preferido, pero espero que no te lo tomes como un insulto si los neoyorquinos nos fuéramos a casa directamente desde aquí. —Magnus se encontró con la mirada de Alec—. Me gustaría ver a mi hijo.

—Por supuesto que no. —Sonrió Tian. Una luz había vuelto a sus ojos oscuros que ni siquiera Alec se había dado cuenta que faltaba—. Voy a ir a ver a Jinfeng. Estará muy contenta de saber que ya no voy a pasar más tiempo en Diyu. Ragnor... —Ragnor se giró hacia él, sorprendido—. Por lo que sé, eres la única persona viva que ha sido apuñalada por Heibai Wuchang y ha sobrevivido. Podría haber algunos efectos secundarios interesantes.

—Excelente —dijo Ragnor con tristeza—. Algo para esperar en mis próximos años de vergüenza y anonimato.

Tian se volvió para mirar a los demás.

—Por cierto, gracias a todos por todo lo que han hecho. Y por guardar mi secreto y el de Jinfeng.

—Y gracias a ti, Tian —dijo Simon, estirando su mano para estrechar la mano del otro chico—. Por salvar a Isabelle. Por ayudarnos.

Hubo un coro de apoyo.

—La Paz Fría no durará para siempre —dijo Alec—. Seguiremos trabajando para hacer entrar en razón a la Clave y ponerle un fin.

—Espero que lo hagan —dijo Tian—, pero sé que no eres la única fuerza influyente dentro de la Clave en estos días. —Puso una mano en el hombro de Alec—. Debes entender cuánta inspiración das —dijo con firmeza—. Tu familia, ambos y su hijo, con sólo existir, al ser tan importantes en la Clave, están haciendo mucho. Tu familia, si la Clave va a sobrevivir, ese es su futuro. Debe serlo.

—Sin presión, entonces —dijo Alec con una sonrisa—. Y tú mismo eres una inspiración. No lo olvides.

Tian inclinó su cabeza.



—Es solo cuestión de tiempo para que haya una verdadera lucha por el alma<sup>68</sup> de la Clave. Si no queremos que la visión de la Cohorte se haga realidad, tendremos que intervenir. Ser ruidosos, aunque preferiríamos no serlo.

—Eres un buen tipo, Tian —dijo Alec—. Me alegro que estemos del mismo lado.

No era el más ruidoso de su familia. Era el más callado por un muy buen margen. Pero Tian tenía razón. Y él iba a darle más pensamiento a ello.

Ragnor y Magnus habían comenzado los preparativos para el Portal a casa, aunque parecía que Ragnor dejaba que Magnus hiciera la mayor parte del trabajo pesado. Su argumento fue que se estaba recuperando de tres golpes de un Svefnthorn, mientras que Magnus sólo se estaba recuperando de dos.

—¿Sabes quién debería abrir este portal? Clary —refunfuñó Magnus—. Nada tan malo le pasó en este viaje.

—No me siento del todo cómodo con la capacidad de esa chica para abrir portales —dijo Ragnor, con una mirada nerviosa en dirección a Clary. Tenía el brazo de Jace alrededor de ella, y se estaba riendo con Isabelle. Era increíble lo resistente que era la gente, pensó Magnus—. Lo encuentro... teológicamente confuso.

—Por eso —dijo Magnus en tono alegre—, es por lo que nunca pienso en el significado más profundo de nada. —La mirada de Ragnor le dijo que el otro brujo sabía muy bien que eso no era cierto—. Entonces, ¿adónde te vas? —dijo—. ¿De regreso a Idris? ¿A ordenar tú casa por primera vez en años?

Ragnor dudó. Magnus puso los ojos en blanco.

—No me digas que vas a seguir fingiendo que estás muerto. ¿Qué tan bien funcionó eso la última vez?

—El error que cometí —indicó Ragnor—, fue tratar de desaparecer por completo. Eso me hizo parecer más sospechoso. —Echó una mirada paranoica por detrás de sus hombros—. Habrá muchos problemas para mí durante un tiempo.

---

<sup>68</sup> Se refiere al futuro de la Clave, solo que con un significado más profundo al hablar de los cimientos de la ideología de la Clave.

Shinyun y yo no fuimos... muy cuidadosos en no ser vistos en el Mercado del Sol. Seré una persona de interés para gran parte del Submundo, y posiblemente también para algunos Cazadores de Sombras. Sin mencionar que la misma Shinyun sigue ahí fuera. Samael, también, en algún momento.

Magnus suspiró.

—Ragnor, ¿sabes cuántos golpes ha recibido mi reputación a lo largo de los años? Todavía estoy trabajando en ello. Nadie me ha lanzado a la Ciudad Silenciosa. Nadie me ha llevado delante de un tribunal de hadas.

—Eso es diferente —dijo Ragnor—. No estabas trabajando para un Príncipe del Infierno.

—Ragnor, no mucho después de que fingieras tú muerte me acusaron de dirigir un culto para Asmodeus.

—Tú sí iniciaste ese culto —dijo Ragnor, frunciendo el ceño—. Fue una de tus bromas menos graciosas, según recuerdo.

—Entonces, te alegrará saber que fui debidamente castigado por ello —dijo Magnus.

Ragnor detuvo sus historias fantasiosas.

—No, por supuesto que no. —Suspiró—. Tal vez tú puedas soportar esa clase de presión, Magnus, pero yo no. Más bien, no deseo hacerlo. Hice cosas malas trabajando para Samael. Cosas realmente malas, que ahora no puedo remediar. El solo invocar a Samael para Diyu probablemente sea un delito capital.

—¡Estabas siendo controlado mentalmente! —dijo Magnus.

—Pero yo elegí tomar la tercera espada. Elegí eso. Necesito tiempo. Para compensarlo, supongo. Llevo muerto tres años; necesito tiempo para pensar en quién será Ragnor Fell cuando vuelva a la vida.

Magnus no dijo nada durante un tiempo mientras terminaban de preparar el Portal.



—¿Voy a tener noticias tuyas? Porque si no lo hago, asumiré que Shinyun te ha capturado de nuevo y *vendré* por ti.

—Sólo tú puedes hacer que una promesa de rescate suene como una amenaza —gruñó Ragnor—. Pero sí, espero que tengas negocios frecuentes con el nuevo yo.

—Bueno, eso es algo —dijo Magnus. Hizo una pausa—. No se lo dije a Catarina.

—¿Nada? —preguntó Ragnor.

—Nada. Pero no es justo para ella. Se lo diré cuando la vea la próxima vez. Significaría mucho para ella saber que estás bien.

Ragnor parecía sorprendido, pero contento.

—¿En serio?

—Sí —dijo Magnus—. Idiota. Ella se preocupa, más que nadie. Somos tan pocos, y... —Se detuvo. Se le ocurrió un pensamiento terrible—. Oh no —dijo—. ¿No vas a usar ese estúpido alias otra vez?

—En primer lugar —dijo Ragnor—, no voy a aceptar el consejo de alguien que podría haber elegido cualquier nombre en el mundo y terminó con “Magnus Bane”. Segundo, sí, voy a usar ese nombre.

—Desearía que no lo hicieras —dijo Magnus.

—Es lo más apropiado —dijo Ragnor con un guiño—. Después de todo, ahora soy solo una Sombra<sup>69</sup> de mi antiguo yo.

Magnus soltó un largo gemido.

\* \* \*

---

<sup>69</sup> «Shade» en idioma original. Es el nombre que adopta en el tiempo que se hace pasar por muerto. Ty y Kit lo conocen por ese alias en *Lord of Shadows*.

DESPUÉS DE DECIR ADIÓS A RAGNOR y a Tian, Alec y el resto de ellos atravesaron el Portal y salieron a una fresca mañana otoñal en Nueva York. Desafortunadamente, estaban en un callejón cerca del Instituto, el cual olía con el fragante olor a basura.

—Ah —dijo Simon—, casa.

—Magnus —dijo Jace—, ¿por qué no abriste el portal directamente en el Instituto?

Una de las cosas que Alec había llegado a disfrutar de la crianza de un niño con Magnus era cuando Magnus, el hombre más seguro de sí mismo y sensato que conocía, se veía inseguro e incómodo. Y tener un hijo aumentó enormemente la frecuencia con la que Magnus se veía inseguro e incómodo.

Esta fue una de esas veces. Alec quería agarrarlo y besarlo, pero le pareció un momento raro.

—No quería que quizás despertáramos a Max —dijo Magnus encogiéndose de hombros.

Una vez que entraron, Max fue encontrado rápidamente, gateando felizmente sobre la alfombra del estudio de Maryse mientras era vigilado por Maryse, Kadir, e inesperadamente, Catarina. En lugar de saludar a cualquiera de ellos, Alec se encontró dejando de lado su habitual actitud y corrió a alzar a Max del suelo y abrazarlo con fuerza. Max estaba contento, pero claramente confundido por la intensidad del afecto de Alec. Después de un rato cedió y comenzó a reír y a retorcerse felizmente. Magnus se acercó y acarició la cabeza de Max cariñosamente, luciendo un poco distraído.

Jace e Isabelle habían ido a abrazar a Maryse; Simon y Clary estaban hablando con Kadir y Catarina. Sosteniendo a Max, Alec se inclinó hacia Magnus, disfrutando el espacio que los tres formaban, aquí, rodeados por su familia y amigos. Él había arriesgado su vida y estaba agradecido de llegar a casa a salvo muchas veces antes, pero esto era diferente. Esto era doloroso y hermoso y terrible y perfecto.



Al poco tiempo, Jace, Clary, Simon e Isabelle se excusaron para ir a limpiarse, ya que estaban llenos de suciedad y mugre. Alec sabía que no se veía mucho mejor, pero no le importaba, movía a Max en sus brazos mientras Magnus apartaba a Catarina para conversar. Alec supuso que quería contarle sobre Ragnor; ellos habían estado juntos por siglos, y ella necesitaba saber toda la historia, empezando con que él no estaba muerto y terminando con... donde sea que estuviera ahora.

Por su parte, Maryse y Kadir parecían felices, tanto por haber cuidado a Max como por devolver el bebé a sus padres. Max también parecía bastante contento. Saltaba feliz en los brazos de Alec.

—¿No fue tan malo? —dijo Alec, sonriendo.

—¡No! —Respondió Maryse—. En absoluto. Nada que no pudiera manejar.

—No puedo evitar notar —dijo Alec—, que tu brazo está en un cabestrillo. También —le dijo a Kadir—, que tienes dos ojos negros.

Kadir y Maryse intercambiaron miradas y luego continuaron con sus sonrisas brillantes.

—Nada que ver con Max —dijo Maryse alegremente—. Sólo un pequeño accidente al colgar un cuadro en una pared alta.

—Ajá —dijo Alec—. ¿Así que definitivamente no tiene nada que ver con Max?

—La mera idea es ridícula —dijo Kadir seriamente.

—La pasamos muy bien cuidando a Max —dijo Maryse con firmeza—. Y estamos deseando volver a hacerlo.

—¡Otra vez! —estuvo de acuerdo Max. Alec le acarició debajo de su barbilla.

—Hola, pequeño —dijo Clary. Ella y Jace habían regresado, se habían limpiado y cambiado. Su pelo rojo brillaba. Alec notó que Jace todavía llevaba su lanza de Diyu; aparentemente se había encariñado con ella. Clary le hizo un gesto al cabello azul de Max—. ¿Manteniéndote alejado de los problemas?

—Boof —le confesó Max. Chocando los cinco con Jace.

—Esa es una buena lanza, Jace —dijo Kadir—. Aunque preferiría mejor una *naginata*<sup>70</sup>.

—Está bien —dijo Jace—. Mamá, Kadir. Clary y yo estábamos hablando. Y creo... que estoy dispuesto a dirigir el Instituto, pero sólo si puedo hacerlo con Clary. Los dos juntos.

Maryse parecía encantada.

—Creo que eso funcionará bien. —Miró a Alec—. ¿Ayudaste a convencerlo?

Alec negó con la cabeza.

—Nop. Lo decidió por su cuenta. ¿Ya se lo has dicho a Isabelle y Simon? —le preguntó a Jace.

Jace y Clary intercambiaron una mirada.

—Fuimos a la habitación de Isabelle —dijo Jace con cautela—, pero parecían estar... ocupados.

—Esa es mi hermana —dijo Alec—. No necesitaba saber eso. —Miró a su madre, que estaba, o pretendía estar, en una profunda conversación con Kadir.

—Al menos no tuviste que oírlo —dijo Clary.

La esquina del labio de Jace se levantó.

—Supongo que Simon se ha dado cuenta que en lugar de pensar en los misterios de la vida, debes pasar tiempo de calidad con la gente que amas.

—Querido Dios —dijo Alec—, me estoy retirando a mí mismo y a mi bebé de esta conversación.

Se dirigió al otro lado de la habitación hacia Magnus, aún en una profunda conversación con Catarina. Parecía aturdida, pero se las arregló para sonreír cuando Alec se acercó a ellos llevando a Max.

---

<sup>70</sup> La *naginata* es un arma de asta usada por los samuráis del Japón feudal, compuesta por una hoja curva al final de un asta larga.



Max extendió sus gordos brazos azules hacia Magnus.

—¡Ba! —dijo.

—Oh, aquí —dijo Alec—. Carga al pequeño por un minuto. —Se preparó para entregarlo.

Magnus retrocedió, con las manos levantadas como si estuviera evitando algo.

—No, tú... tú quédatelo por ahora. Yo... yo solo...

—¿Qué? —dijo Alec—. ¿Qué pasa?

Magnus miró a su alrededor nerviosamente.

—He estado... he sido un monstruo últimamente. Todavía estoy un poco aturdido por eso. No quiero, ya sabes... dejarlo caer. Ni nada.

—Magnus —dijo Alec—. No eres un monstruo. Eres Magnus. Toma a tu hijo.

—Discúpanos, Alec —dijo Catarina, y cogió la mano de Magnus—. Necesito que me prestes a tu novio por un momento.

\* \* \*

CATARINA EMPUJÓ A MAGNUS EN una silla del pasillo. Todavía estaba un poco aturdido; ella había avanzado sobre él y lo había arrastrado lejos de Alec y Max con una fuerza sorprendente. A veces olvidaba lo fuerte que era.

Lo miraba intensamente.

—No hagas esto —dijo.

—¿Qué?

—No hagas esto de odiarte a ti mismo, “bla bla soy un monstruo”. Es indebido.

Magnus vaciló.

—No viste a Shinyun. Estuve muy cerca de convertirme en un monstruo. Fue totalmente una suerte que me salvara.

Catarina lo miró escépticamente.

—Creí que había sido un plan inteligentemente ejecutado por tu novio.

—Bueno, sí, pero fue una apuesta de su parte. No sabía que funcionaría. Aún no estoy seguro de por qué funcionó.

—Y así, de repente, después de cientos de años has decidido que, ¿qué eres un peligro para la gente que amas? ¿Porque eres un brujo y los brujos tienen padres demonios? Ya has pasado por esto antes, ya sabes, y has llegado tan lejos. No necesitas que te dé el discurso sobre cómo nos define lo que hacemos, no lo que somos. Te he escuchado dar ese discurso. —La mirada de Catarina era compasiva, pero Magnus podía sentir el enojo sobre sus hombros. Realmente se conocían desde hace mucho tiempo.

—Es diferente ahora —dijo Magnus. Hizo una pausa—. ¿Recuerdas el Club de Shanghái? ¿En 1910?

Catarina asintió lentamente.

—Fue justo después de la muerte de Ephraim.

—Te pregunté si criarlo había valido la pena —dijo Magnus—. Diste tanto, y él vivió una buena vida... pero de todos modos murió luego.

—Ah —dijo Catarina con una pequeña sonrisa—. Por eso es diferente ahora.

Magnus asintió tímidamente.

—Magnus, estás rodeado de gente que te quiere. No dejé ir a Ephraim hasta que me aseguré de que también estuviera rodeado de amor. Vivió hasta una edad madura, muriendo en su cama rodeado de su familia... Estuve muy triste cuando murió, pero también fue una victoria. Yo había salvado a ese niño. Lo había convertido en un hombre. Él había vivido, había amado a otros. Tuvo exactamente lo que yo quería que tuviera.



—Pero Max —comenzó Magnus, y Catarina agitó sus manos.

—Magnus, odio sonar como Ragnor, pero a veces eres un idiota. Te estoy diciendo que estás haciendo el bien, que estás haciendo lo correcto. Tus seres queridos, tu familia, estarán ahí para salvarte cuando necesites que te salven. Y estarán ahí para ayudar a salvar a Max, si necesita ser salvado. Tienes que confiar en eso. —Ella le dio una sonrisa irónica—. Literalmente eres la persona que *me* enseñó eso.

Magnus sacudió su cabeza, abrumado.

—Tienes razón. Es sólo que a veces es difícil de recordar. Se siente tan diferente ahora, con Max. Mi responsabilidad con él es tan grande, mucho más grande que cualquier responsabilidad que haya sentido antes.

—¡Sí! —dijo Catarina, doblando los brazos—. A eso le llamamos “ser padre”.

Magnus levantó las manos en rendición.

—Bien —dijo—. Bien. Tú ganas. Y como eres mi más vieja amiga, o una de ellos...

—Me vas a pedir un favor, ¿no? —dijo Catarina en tono resignado.

Magnus metió la mano en su rota y andrajosa chaqueta y sacó El Libro de lo Blanco.

—Lleva esto al Laberinto Espiral por mí, ¿puedes? —dijo—. Creo que por ahora ya he terminado de cuidarlo.

\* \* \*

SIEMPRE ERA EXTRAÑO PARA Alec dejar el Instituto, despedirse de su madre, de Isabelle y Jace y... *volver a casa*. El Instituto había sido su hogar durante muchos años, y aunque ya había asimilado el apartamento de Magnus como suyo, siempre

había un breve instante, cuando se iban, en el que Alec sentía como si algo no iba del todo bien.

De regreso a casa, Magnus llamó al Hotel Mansion en Shanghái y arregló que todas sus cosas fueran guardadas, desde donde planeaba teletransportarlas a casa cuando el personal del hotel no estuviera viendo. Alec jugaba con Max, quien gateaba felizmente por la sala, disfrutando de la tranquilidad de estar en casa. En ese momento, Magnus volvió y recogió a Max, quien protestó brevemente antes de rendirse, rompiendo en una sonrisa radiante, e inmediatamente empezando a masticar uno de los botones de Magnus.

—Son bonitos, ¿verdad? —dijo Magnus.

—Sabes —dijo Alec—, siempre entendí que nuestro trabajo era salvar al mundo, pero es mucho más aterrador ahora que Max está aquí.

—Disculpa —dijo Magnus—, tal vez tu trabajo sea salvar el mundo. Mi trabajo es más difícil de resumir, pero una parte significativa es solo lucir bien.

—Oh —dijo Alec—, así que cuando el mundo necesite ser salvado, ¿no vas a aparecer y salvarlo? Claro, eso suena como al Magnus que conozco. ¡Oye, Max! —añadió y Max se detuvo brevemente en su intento de masticar para mirar a Alec—. ¿Es ese tu *bapak*<sup>71</sup>? ¿Puedes decir *bapak*?

—Todavía no dice *bapak* —dijo Magnus en un susurro—. No lo presiones.

—Es raro —dijo Alec—. Es una vida extraña. Pero es la vida para la que estamos hechos, supongo. Y la que elegimos.

—¡Bapa! —gritó fuertemente Max, agitando un brazo. Detrás de él, una de las cortinas de la ventana se incendió. Alec suspiró, agarró un cojín del sofá y fue a apagar el fuego.

—Nuestro otro trabajo —dijo Magnus—, es evitar que Max queme todo el edificio hasta que tenga edad suficiente para controlar su magia.

---

<sup>71</sup> Papá en indonesio.



Alec sonrió.

—Después de Samael, eso parece casi posible.

—Bpppft —repitió Max.

—¿Bapak? —repitió Alec otra vez.

Max frunció el ceño concentrado y luego comenzó a masticar nuevamente el botón.

\* \* \*

MUCHO, MUCHO DESPUÉS, CUANDO TODO estaba oscuro y tranquilo en el apartamento, y todos estaban de vuelta en sus propias camas, Magnus se despertó de un sueño agitado. Con mucho cuidado se liberó del brazo de Alec, salió fuera de la cama, se puso un suéter sobre su pijama de seda, cruzó el pasillo y entró al otro dormitorio.

Casi inmediatamente, vio dos ojos muy azules que lo miraban por encima del borde de la cuna. Los ojos expectantes le recordaron a Magnus una vez que había visto un hipopótamo al acecho con sus ojos justo por encima de la superficie del agua.

Magnus caminó hacia la cuna.

—Oye, tú —susurró—. Veo a alguien que no debería estar despierto.

Había una chispa brillante en los ojos azules, como si Max hubiera sido atrapado con la mano en el tarro de galletas, pero con la esperanza de encontrar un cómplice que se involucrara en sus negocios ilícitos de galletas. Cuando Magnus se acercó, Max levantó sus brazos, en una silenciosa demanda para que lo cargaran.

—¿Quién es un malvado brujo que rompe las reglas? —dijo Magnus, cumpliendo con la petición—. ¿Quién es mi bebé?

Max chilló de alegría.

Magnus levantó a su hijo alto. Luego lanzó a Max al aire en una lluvia de chispas azules y lo vio reír, perfectamente feliz, confiando plenamente en que cuando bajara, su padre lo atraparía.

\* \* \*

EL SONIDO DE LA CANCIÓN INQUIETÓ la calma del sueño de Alec. Fácilmente pudo haberse dejado envolver en sus sábanas de seda y volver a caer en el confortable sueño, pero en vez de eso se arrastró a la superficie de la conciencia. Aún estaba somnoliento, pero la canción era dulce, y le hacía querer ver.

Cuando abrió la puerta y observó en la habitación de Max, lo hizo. Magnus estaba vestido para estar cómodo en casa. De hecho, llevaba una de los suéteres de Alec, la gruesa y gastada tela que se deslizaba a un lado en sus más estrechos hombros. Como con la mayoría de las cosas, Magnus hacía que se viera bien.

—*Nina bobo, ni ni bobo* —cantaba con su profunda y hermosa voz, una canción de cuna indonesia, mucho más antigua que el propio Magnus. Acunó a su hijo en sus brazos. Max agitaba sus manos como si fuera a dirigir la canción, o para atrapar las luciérnagas y las chispas de magia azul cobalto que flotaban por la habitación. Magnus le sonreía a Max, una pequeña, tierna e imposiblemente la más dulce sonrisa, incluso mientras cantaba.

Alec quiso dejarlos en paz y regresar a la cama, pero Magnus hizo una pausa a su canción y le lanzó a Alec una mirada que decía que sabía que había estado observando.

Alec se inclinó en la puerta de la habitación, apoyando la mano sobre su cabeza contra el marco de la puerta.

—¿Es ese tu *bapak*? —le preguntó a Max.



Después de pensarlo un poco, Max dijo—: *Bapak*.

La mirada que Magnus le dio a Alec era tan dorada como una moneda, como la vestimenta de boda nefilim, como la luz de la mañana a través de las ventanas de la casa.

# EPÍLOGO

Traducido por Katvire  
Corregido por Lady Herondale ☞

EN UN LUGAR MÁS ALLÁ DE UN LUGAR, los Príncipes del Infierno se reunieron.

Una petición había llegado, haciendo que los velos de los mundos resonaran con el sonido de la voz de su hermano. Que fuera una petición, y no una orden, era en sí mismo sorprendente.

Algunos vinieron por lealtad. Otros por curiosidad. Y algunos vinieron porque si los otros venían, ciertamente ellos también lo harían.

—Sé que no hablamos mucho —comenzó Samael.

Se calmaron y le prestaron atención. Eran una multitud muy diversa, tuvo que admitir, desde Belial; que aparecía, como la mayoría de las veces, como un hermoso hombre de pelo pálido, hasta Leviatán, que era más bien una serpiente verde oscura, con escamas y brazos elegantes que podrían describirse amablemente como tentáculos colgantes.

—Sé que la mayoría de las veces seguimos nuestros propios caminos —continuó Samael—. Sólo nos vemos para luchar, por el territorio, por el poder. Así es como ha sido desde el principio.

Así era como era en el presente, también. Belphegor y Belial se habían ignorado completamente desde que llegaron, cada uno negándose a reconocer la existencia del otro. Leviatán y Mammón habían decidido sentarse en la misma silla, cada uno argumentando que era la única silla cósmicamente grande que había y como el más grande de los príncipes, se la merecían más.

Samael consideró explicarles que la silla era sólo una construcción mental y que podía haber fácilmente dos sillas como una sola, ya que estaban en un lugar más allá del lugar y todo eso. Pero no le interesaba involucrarse.



Asmodeus, obviamente el más fuerte de todos por distintos aspectos, todavía mantenía su lealtad a Samael. Por suerte para él. Cuando inclinó su cabeza en reconocimiento de la superioridad de Samael, los otros lo notaron, y Samael no pensó que tendría demasiados problemas con ellos.

—Si así es como siempre ha sido, entonces así es como debe ser —dijo Astaroth. Los demás asintieron.

—Recientemente —dijo Samael—, como algunos de ustedes seguramente saben, el amor de mi vida, la gran Madre de los Demonios, Lilith, fue asesinada por los humanos en la Tierra. Eso me ha *destruido* —continuó severamente—. Me duele tanto como para querer hacer que las estrellas caigan.

Azazel puso los ojos en blanco.

—¡Vi eso, Azazel! —Samael gritó—. Ninguno de ustedes quizás entienda, ya que creen que el amor es incompatible con los objetivos de los reinos demoníacos. Pero estoy aquí para decirles que están equivocados —dijo—. Lilith era la mayor de mis fuerzas —continuó, ahogándose un poco—. Y sólo ahora que se ha ido siento que me falta una parte.

Hubo un silencio. Belial dijo—: Samael, ¿nos has traído a todos aquí, interrumpiendo nuestras actividades en todo el universo, para decirnos que el *amor es real*?

—No —dijo Samael—. Bueno, sí. El amor *es* real, así que si son capaces de entenderlo, ahí está. Pero no, tengo una razón más específica para reunirlos.

—Recientemente —siguió—, tuve una serie de encuentros extraños con humanos, brujos y nefilims, en las cortes destruidas del reino de Diyu.

—¿Diyu? —rugió Mammón—. ¿El viejo hogar de Yanluo? Hicimos algunas fiestas allí.

—Sí —dijo Samael—, y deberías ver el estado en el que está ahora. *Nada. Bien.* —Les dio una mirada significativa—. Pero eso es relevante para mi punto. Todos mis planes allí se arruinaron.

—Nos has traído aquí —dijo Belial, su acento tan elegante como siempre—, ¿para decirnos que el amor es real y que eres terrible en tu trabajo?

Samael ignoró eso.

—Fallé no porque me faltara poder, y no porque el reino de Diyu fuera incapaz de servirme. Fracaseé porque no tuve en cuenta el poder que un grupo puede tener trabajando juntos y apoyándose mutuamente.

Los otros Príncipes del Infierno intercambiaron miradas desconcertadas.

—Realmente lo encontré muy inspirador —dijo Samael—. Y por eso vengo a ustedes con una propuesta, queridos hermanos.

—Demasiado tiempo hemos estado solos. Si verdaderamente queremos alcanzar nuestros objetivos, debemos reconocer que somos más parecidos que diferentes. Debemos dejar de lado nuestros viejos conflictos, olvidarlos y trabajar juntos.

Asmodeus parecía atónito.

—Quieres decir...

—Sí —dijo Samael—. Quiero hablar de Lucifer.



# AGRADECIMIENTOS

Traducido por: BLACKTHORN

Quiero agradecer a Naomi Cui por leer atentamente el manuscrito, de otra forma, esta sección de agradecimientos sería un poco diferente de la mayoría. Ordinariamente, uso este espacio para agradecer a mis amigos, mi familia, mis coescritores y editor. Mientras estoy profundamente agradecida con todos ellos por proveerle una comunidad nutritiva<sup>72</sup> a *The Lost Book of the White*, en esta ocasión quiero usar este espacio para agradecerle a mis lectores.

Queridos lectores, gracias por quedarse conmigo y con Magnus y Alec y todos sus amigos. Gracias por compartir historias, aventura y magia conmigo. Su entusiasmo y afecto por los habitantes del mundo de Cazadores de Sombras y Subterráneos nunca para de asombrarme. Soy muy afortunada de tener lectores tan atentos, alegres y encantadores como ustedes. Gracias por ser parte de mi historia. No podría imaginarla sin ustedes.

—C. C.

No estoy diciendo que *The Eldest Curses* puso un hechizo en mí ni nada<sup>73</sup>, pero antes de trabajar en esta serie yo tenía cero niños. Le dimos la bienvenida al mundo a Hunter mientras trabajaba en *Los Manuscritos Rojos de la Magia*, y después a mi segundo hijo, River, mientras trabajaba en *The Lost Book of the White*.

¿Coincidencia? Taaaaaal vez.

Me gustaría pensar que esto tiene menos que ver con la correlación y casualidad y más que ver con el hecho de que había alegría y amor en abundancia en mi vida durante esos años de *Eldest Curses*. Vino de mi creciente familia y vino de mi trabajo escribiendo las aventuras de Magnus y Alec (¡y Max!). Era especialmente entretenido ser testigo de cómo Magnus y Alec pasaban por los mismos temores que

---

<sup>72</sup> Sus palabras, no las mías ;-;

<sup>73</sup> *The Eldest Curses* = Las Maldiciones Ancestrales xD

nosotros al formar una familia. ¿De qué otra manera puedes hacer malabarismos con dar biberón, la guardería y (escribir) batallas mágicas al mismo tiempo?

Entonces, sobre todo, este libro está dedicado a la familia —mi familia y las familias en todos lados— mientras balanceamos amor, felicidad y las increíbles aventuras de criar estas maravillosas criaturas que llamamos niños. A mi amorosa esposa, Paula, mi compañera, por ayudarme a criar dos maravillosos niños. Para Hunter, mi inspiración y maestro de paciencia, siempre seré tu DJ y compañero de baile. Para River, mi alegría y fé en la humanidad, vas a conquistar el mundo un día. Para el resto de mi familia extendida, gracias; ustedes son mi tribu. A mi familia de la agencia en *Scovil Galen Ghosh Literary*, por siempre cubrirme la espalda con su apoyo inquebrantable. Para la familia en *Simon & Schuster*, por producir este libro asombroso que los lectores tienen entre sus manos.

Un saludo especial a Cassie, mi familia escritora. Gracias por permitirme asientos de primera fila para testificar tu genio creativo.

Finalmente para la familia de Cazadores de Sombras: ustedes son la razón por la que contamos estas historias. Gracias por su amor y confianza.

Un agradecimiento final para Magnus y Alec y Max. Felicidades por su maravillosa familia. Deberíamos contratar una niñera para los niños e ir a una doble cita alguna vez.

—W. C.



# MÁS LIBROS DE LOS AUTORES

También por Cassandra Clare:

## Las Crónicas de los Cazadores de Sombras

### Cazadores de Sombras

- Ciudad de Hueso
- Ciudad de Ceniza
- Ciudad de Cristal
- Ciudad de los Ángeles Caídos
- Ciudad de las Almas Perdidas
- Ciudad del Fuego Celestial

### Cazadores de Sombras: Los Orígenes

- Ángel Mecánico
- Príncipe Mecánico
- Princesa Mecánica

### Cazadores de Sombras: Renacimiento

- Lady Midnight
- El Señor de las Sombras
- La Reina del Aire y la Oscuridad

### Cazadores de Sombras: Las Maldiciones Ancestrales (con Wesley Chu)

- Los Manuscritos Rojos de la Magia
  - **The Lost Book of the White**
- The Black Volume of the Dead<sup>74</sup>

### The Last Hours

- Chain of Gold
- Chain of Iron<sup>75</sup>
- Chain of Thorns<sup>76</sup>

<sup>74</sup> Todavía no tiene fecha de publicación.

<sup>75</sup> Fecha de publicación esperada: 2 de marzo de 2021.

<sup>76</sup> Todavía no tiene fecha de publicación.

## The Wicked Powers<sup>77</sup>

### Libros Complementarios

- The Shadowhunter's Codex (con Joshua Lewis)
- Las Crónicas de Magnus Bane (con Sarah Rees Brennan y Maureen Johnson)
- Tales From the Shadowhunter Academy (con Sarah Rees Brennan, Maureen Johnson y Robin Wasserman)
- Ghosts of the Shadow Market (con Sarah Rees Brennan, Maureen Johnson, Kelly Link y Robin Wasserman)
  - Cazadores de Sombras y Subterráneos: La Guía Esencial
- The Mortal Instruments Official Colouring Book (ilustrado por Cassandra Jean)
- An Illustrated History of Notable Shadowhunters and Denizens of the Downworld (ilustrado por Cassandra Jean)

### The Infernal Devices: Manga Book Series (ilustrado por HyeKyung Baek)

- Clockwork Angel Manga
- Clockwork Prince Manga
- Clockwork Princess Manga

### The Mortal Instruments: Graphic Novel Series (ilustrado por Cassandra Jean)

- Volume 1
- Volume 2
- Volume 3
- Volume 4<sup>78</sup>
- City of Bones: The Graphic Novel<sup>79</sup>

### Magisterium (con Holly Black)

- La Prueba de Hierro
- El Guante de Cobre
- La Llave de Bronce

---

<sup>77</sup> Sin fecha de publicación exacta ni títulos de libros revelados, solamente sabemos que será una trilogía.

<sup>78</sup> Fecha de publicación esperada: 20 de octubre del 2020.

<sup>79</sup> Esta es la primera adaptación a novela gráfica de Ciudad de Hueso, ilustrada por Nicole Virella y adaptada por Mike Raicht, esta adaptación fue reemplazada por las novelas gráficas de Cassandra Jean.



- La Máscara de Plata
- La Torre de Oro

## Libros autoconclusivos/Antologías

- Steampunk! An Anthology of Fantastically Rich and Strange Stories
  - Welcome to Bordertown
  - ZVU: Zombies Versus Unicorns
- Eternal Kiss: 13 Vampire Tales of Blood and Desire
  - Vacations From Hell
- Geektastic: Stories From the Nerd Herd
  - Futuredaze 2: Reprise<sup>80</sup>
- Summer Days and Summer Nights: Twelve Love Stories
  - Vacations From Hell
  - Teeth: Vampire Tales
- Monstrous Affections: An Anthology of Beastly Tales
  - Turn the Other Chick<sup>81</sup>
    - Dark Duets
  - Magic in the Mirrorstone
  - So Fey: Queer Fairy Action
  - Bad Seeds: Evil Progeny

## También por Wesley Chu

### Tao

- The Lives of Tao
- The Deaths of Tao
- The Rebirths of Tao
- The Days of Tao<sup>82</sup>

### Time Salvager

- Time Salvager
- Time Siege

### Io

- The Rise of Io

<sup>80</sup> Es una antología con dos volúmenes, Cassie participó en el segundo pero no en el primero

<sup>81</sup> Es el quinto libro de antologías de la serie Chicks in Chainmail

<sup>82</sup> Libro 3.5 de la saga.



CLARE  
and CHU

➤ The Fall of Io

## Libros Autoconclusivos

➤ Robert Kikman's The Walking Dead: Typhoon

THE LOST BOOK  
OF THE WHITE



# SOBRE LOS AUTORES

Traducido por: BLACKTHORN



**Cassandra Clare** es la autora *bestseller* #1 del *New York Times* y *USA Today* de *Chain of Gold* así como de la trilogía *bestseller* internacionalmente “Cazadores de Sombras: Renacimiento”, la saga “Cazadores de Sombras” y la trilogía “Cazadores de Sombras: Los Orígenes”. Es coautora de la serie “Cazadores de Sombras: Las

Maldiciones Ancestrales” con Wesley Chu; “Las Crónicas de Magnus Bane” con Sarah Rees Brennan y Maureen Johnson, “Tales From the Shadowhunter Academy” con Sarah Rees Brennan, Maureen Johnson y Robin Wasserman, y “Ghosts of the Shadow Market” con Sarah Rees Brennan, Maureen Johnson, Kelly Link y Robin Wasserman. Sus libros tienen más de cincuenta millones de copias impresas alrededor del mundo y han sido traducidas a más de treinta y cinco idiomas y adaptados a una película y una serie de televisión. Cassandra vive en el oeste de Massachusetts. Visítala en [cassandraclare.com](http://cassandraclare.com). Aprende más del mundo de Cazadores de Sombras en [shadowhunters.com](http://shadowhunters.com).



**Wesley Chu** ganó el premio John W. Campbell por Mejor Nuevo Escritor. Su novela debut *The Lives of Tao* le valió un Premio Alex de la Young Adult Library Services Association, así como estar en el Top 10 de *Science Fiction Goodreads Choice Award*. También es coautor de la serie “Cazadores de Sombras: Las Maldiciones Ancestrales”

con Cassandra Clare, cuyo primer libro debutó en el número 1 en la lista *bestseller* del *New York Times*.



# CIUDAD DEL FUEGO CELESTIAL



¡Gracias por leer nuestra traducción! No olvides seguirnos en nuestras redes sociales para más información de libros y futuras traducciones.

- [Instagram](#)
- [Facebook](#)
- [Twitter](#)
- [Grupo de Facebook](#)
- [Blogspot](#)

Si quieres unirte a Ciudad del Fuego Celestial, mándanos un correo a [ciudadelfuegocelstial@yahoo.com](mailto:ciudadelfuegocelstial@yahoo.com) con el asunto "CDFC: Traducciones", solamente tienes que decir que deseas unirte como traductor y nosotros te daremos más información.